

Poema épico

EL MONSERRATE

DEL CAPITÁN

CRISTÓBAL DE VIRUÉS

— TOMO UNICO —



EDICIÓN DE LA BIBLIOTECA
La Verdadera Ciencia Española

DA
2142

0-2
341

EL
MONSERRATE.

B.P. de Soria



61116592
D-1 2142

D-1
2142
6592

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA.

EL
MONSERATE

DEL CAPITAN

CRISTÓBAL DE VIRUÉS.



BARCELONA

IMPRENTA DE LA V. É H. DE J. SUBIRANA

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.

1884.

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.



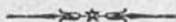
PRÓLOGO.

BAS dos partes con que la poesía llega á su perfecto punto (segun nos enseñan los dos excelentes maestros della, Aristóteles y Horacio) son dulzura y utilidad, y á éstas se ha de atender en cualquier cosa que en verso se escribiere; pero más particularmente y con mayor cuidado y diligencia se han de procurar en aquella principal poesía llamada *épica ó heroica*, que es la que debajo de una accion forma un poema, qual es la *Eneida* de Virgilio. Queriendo pues yo hacer una obra en este género de poesía, tomando por accion la milagrosa aparicion de la imágen de Nuestra Señora de Monserrate y fundacion de su santa casa, parecióme que las dos primeras partes no podian faltarme de parte del sujeto; y así determiné de emplear en él el talento que Dios fué servido de comunicarme, por cuya gracia he salido con el libro presente. El celo que he tenido ha sido bueno, y con él he usado de la invencion poética en la parte que lo ha permitido la historia como

humana, que es en lo que toca al ermitaño Garin, procurando pintar en él un heróico y verdadero cristiano, con varias digresiones y ejemplos que, sin alterar la historia, miren á aquellos fines principales ya dichos, de provecho y gusto. En la parte deste poema que trata de la sagrada imágen (guardando el respeto y decoro debido á cosa de tanta calidad y tan divina) no ha llegado la poesía á más de decir la verdad de la historia, con sólo el ornamento que el verso pide, como se verá en el canto XVIII y en el último: el cual, aunque decirlo Garin como en profecía es invencion poética, es lo que dice pura verdad. Esto he querido advertir, porque se entienda que en tratar la santa historia que tomé por accion y fundamento de mi poema he tenido consideracion cristiana cuanta me ha sido posible, así como en la poesía atencion en las dos partes que dije, de dulzura y utilidad. Si al debido fin de todo esto hubiere llegado mi libro, la gloria sea á Dios, y si no, recíbase mi voluntad.



EL
MONSERRATE.



CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Mueve á Garin á fuego y sangre guerra
El comun enemigo riguroso,
Y al Conde trae á su aserrada sierra
Con su doliente hija lastimoso:
Del cuerpo de la dama desencierra
A Satan el bendito religioso,
Y con él, encendiendo ardiente llama,
Sin poderlo excusar, queda la dama.

LA excelsa causa del honor divino
Que causa á Monserrate excelsa gloria,
Y aquel gran penitente y peregrino
De poema dignísimo y de historia,
Del cual allí por celestial camino
Hace la fama singular memoria,
Vuelvo á cantar, habiendo alzado el punto
Al grave tono y dulce contrapunto.

Tú, santa musa, que por premio ofreces
Divina laureola de tu mano
Al mismo que tú dotas y enriqueces
Por tu gracia de intento soberano,
Pues por la misma ilustras y engrandesces
Con divino favor estilo humano,
Tú levanta mi voz ahora tanto,
Que heróico sea mi segundo canto.

Y adorna tú con el primor del arte
El admirable principal intento,
Cuanto conviene de su dulce parte
Ser adornado el alto heróico acento:
Lo uno y lo otro es gracia que reparte
A su eleccion tu favorable aliento;
Lo uno y lo otro ¡oh santa musa! imploro
A gloria eterna del eterno coro.

Y vos, excelso rey, en quien el cielo
Nos muestra con tan ciertas esperanzas
Aquel valor del padre y del abuelo
Que no cabe en humanas alabanzas;
Cuando el gobierno universal del suelo
Suspendeis en justísimas balanzas
Con santos ócios de que el alma usa,
Volved á oír el canto de mi musa.

Por el alto supuesto de que canta,
Y por su melodía sonora,
Al gusto de vuestra alma se levanta
Con proporcion entre las dos gozosa,
Pues música divina, heróica y santa,
Como en su centro natural, reposa
En heróico, divino y santo gusto,
A gran intento y gran conciento justo.

Al peso inmenso de la real diadema
Este alivio entre algunos se interponga,
Con ese gusto de virtud extrema,
Cuando en sus santos ócios se componga
Para volver en majestad suprema
A donde el cielo os guie y os disponga
A ser señor de su divina Astrea,
De cuanto ciñe el mar y el sol rodea.

Y no menos que tanto el mundo espere
Del gran nieto del César invencible,
Del gran hijo del rey por quien se infiere,
Virtud en vos en grado incomprendible;
La cual, cuando en su punto pareciere,
Puesta ha de estar en punto inaccesible
A humano canto; mas mi musa ahora
Al de su monte grata audiencia implora.

Revuelto habia el tiempo presuroso
Ocho siglos y medio desde el día
Que el humanado Redentor piadoso
Salió del sacro claustro de María,
Cuando el valiente don Jofré Velloso,
Libre del francés feudo poseía
El condado y ciudad de Barcelona,
Por el valor y sér de su persona.

En cuyo tiempo en Monserrate estaba
Garin el ermitaño recogido,
Donde con aspereza ejercitaba
En santidad su espíritu encendido;
Y tanto en ella el gran varon ganaba,
Que el ángel comunero y confundido,
Teniendo su virtud por propia injuria,
Le movió guerra con inmensa furia.

Y resuelto en hacella á todo trance
El príncipe furioso del infierno,
Acrecentando va de lance en lance
Su eterna rabia y su rencor eterno;
Y dándole el dolor furioso alcance,
Con horror nuevo del horrible averno
Y alteracion del más confuso abismo,
Desta suerte el cruel dijo á sí mismo:

«¡Qué pueda el hombre contra mí ya tanto!
¡Qué tan enflaquecida esté mi fuerza,
Que á tan cobarde miedo y vil espanto
Y á tanta mengua el hombre ya me fuerza
Que yo he de ser el del eterno llanto,
Que el hombre tan de veras ya se esfuerza
Con la gracia y favor de aquel Cordero
Que fué y es para mí leon tan fiero!

»¡Qué una vil criatura, torpe y llena
De desventuras y de imperfecciones,
Que anda afanando de una en otra pena
Tras mil varias miserias y pasiones,
Ha de heredar aquella estancia amena
Que tiene asiento sobre los triones,
Aquella dulce y rica patria mia,
Llena de eterno gozo y alegría!

»¡Y yo, en ella criado, en ella puesto
Por lustre y ornamento á su grandeza,
No de materia baja y vil compuesto,
Sino de tan real naturaleza,
Eternamente de mi bien depuesto,
Privado de mi próspera riqueza,
He de sufrir el gran rigor del cielo,
Sin que haya para mí jamás consuelo!

»No será así; que aún no está en mi perdido
Aquel valor y espíritu primero
Con que, en ardiente cólera encendido,
Al alto trono me mostré tan fiero;
Y aunque quedó mi brazo enflaquecido,
No dejó de quedar mi sér entero
Para poder hacer sangrienta guerra,
Ya que no al cielo, á toda la ancha tierra.

»Y así ha de ser mientras el cielo diere
Sus influjos al hombre favorables;
Y si él cual padre le favoreciere
Con regalos y dones tan amables,
Yo, no habrá cosa, en cuanto el mundo fuere
Que con ingraticudes detestables,
No procure que el hombre corresponda,
Con que á mi saña su dolor responda.

»¡Qué un vil ermitañuelo que no sabe
Si hay más mundo que un monte y una cueva,
Donde duerme en el heno, y do le sabe
A maná el fruto que la sierra lleva,
Tanto contente á Dios, tanto le alabe,
De virtud haga tan heróica prueba,
Que eterno gozo tenga; y yo, que tanto
Sé y puedo, he de tener eterno llanto!

»Pero ¿qué estoy mi pena acrecentando
Con la gloria, el contento y el sosiego
De que este monje vil está gozando,
Leña añadiendo á mi encendido fuego?
¿Qué sirve estar gimiendo y reventando
Con mortal inmortal desasosiego
En la ponderacion de la esperanza
Y de la gloria que este monje alcanza?

»Consuelo ó sombra de consuelo busque
Mi potencia y mi furia vengativa,
Sin que la pena y el dolor me ofusque
La soberana inteligencia altiva;
Ya que no vendimió gloria, rebusque
Las sombras della mi virtud nativa:
Tenga en batalla en su vital palestra
Al hombre siempre mi potente diestra.»

Desta suerte á sí mismo se provoca
El fiero rey del tártaro tremendo;
Así su mal con brava envidia toca,
El rico bien del pobre monje viendo:
Sus ministros fortísimos convoca,
Y en su extremo espantable, airado, horrendo,
Con furores bravísimos altera
El inmenso escuadron de gente fiera.

Y á dos de los rebeldes capitanes,
Los más crueles, bravos y furiosos,
Pláticos en mortíferos afanes,
Probados en mil trances peligrosos,
Con soberbias palabras y ademanes
Impone sus intentos maliciosos,
Diciéndoles con voz turbada y fuerte,
Ardiendo en ira y rabia, desta suerte:

«Valientes capitanes, que á mi lado,
Desde la gran jornada temerosa,
Habeis con tanto esfuerzo militado,
Que espanta vuestra mano belicosa;
Ese valor y espíritu indignado,
Esa astucia sutil y artificiosa,
Ahora quiero que la vea el hombre
Para que más nuestro poder le asombre.

»Anda por el camino verdadero
Que al hombre á nuestras altas sillas lleva,
Uno, nuestro enemigo bravo y fiero,
Haciendo en santidad divina prueba:
Este, soldados valerosos, quiero
Que venga á mi infernal eterna cueva,
A despecho del cielo que le guia,
Con tanta infamia y tanta pena mia.

»Quien emprendió la guerra contra el alto
Empíreo cielo con tan fuerte pecho,
¿No ha de tenerle de valor más alto
Contra un vil hombre de vil polvo hecho?
Alcáncese un asalto á otro asalto:
No haya defensa en él, no haya pertrecho
Que de cimiento no se desmantele;
Todo se bata, se destruya y vuele.

»Tengo, no sé por qué, un temor oculto,
Que me atormenta como el fuego eterno,
Al grande y enriscado monte inculto
Donde habita este monje en tal gobierno;
Y aunque en vencelle yo no dificulto,
Y el modo facilísimo discierno,
Temo, como si viese en tal victoria
De pena aumento en mí, y en él de gloria.

»Pero padezca cuanto mi adversario
Cielo me da con vengativo intento,
Y este monte, no menos que el Calvario
O que el Carmelo, cáuseme tormento;
Que eternamente yo he de ser contrario
Tambien al hombre, sin cesar momento,
Cual verá ahora con su inmenso daño
En el temido monte este ermitaño.

»Volad á Monserrate, mis leones,
Y empréndase Garin, que libre y suelto
Está de nuestras ásperas prisiones,
Y en las de su esperanza y gozo envuelto:
Ya me entendeis, ya veis mis intenciones,
Ya conoceis en lo que estoy resuelto:
No he menester deciros más; volando
Partid, poned por obra lo que mando.»

Tembló por largo espacio el gran profundo,
Y pararon Cocito y Flegetonte
Al soberbio mandar, fiero, iracundo,
Del bravo rey del reino de Aqueronte;
Y en aquel punto acá en el claro mundo
Se estremeció más de una sierra y monte,
Y el soberano de la luz ministro
Se vió turbado desde el Tajo al Istro.

Visto pues ya lo que su rey les manda,
Con furia horrenda parten al momento
Los dos á dar principio á la demanda
Que es tan á gusto de su mal intentó:
Garin, el enemigo se os desmanda:
Poned en órden vuestro alojamiento;
Fortificad la mal segura tierra;
Que á sangre y fuego se os hará la guerra.

Fuego que encienda en vuestro flaco pecho
Llamas abrasadoras sensüales,
Sangre inocente derramada á hecho
Por vuestras fieras furias desleales;
Guerra mortal que os traiga al fuerte estrecho
De eternas destrucciones infernales;
Batalla á todo trance, á toda muerte,
Presenta el enemigo armado y fuerte.

Estaba el religioso en una cueva,
Que aún hoy se llama de su mismo nombre,
Haciendo de su cuerpo y alma prueba
De casi más que humano y mortal hombre:
En solo Dios allí sus gustos ceba;
No hay contento sin Dios que no le asombre:
Oraciones, cilicios y abstinencia
Regalan su limpísima conciencia.

Pero los dos sus enemigos fieros,
Que ya emprendieran su mortal viaje,
Con piés apresurados y ligeros
Llegaron en un punto á su paraje:
Diferentes tomaron los senderos,
Y diferente el hábito y lenguaje:
A Barcelona el uno va invisible;
Al monte el otro llega y va visible.

En forma y traje de ermitaño anciano,
Blanco el cabello, y barba blanca y larga,
A Monserrate llega aquel tirano,
Vestido de grosera y vieja sarga;
Y con plática dulce y rostro humano,
Fingiendo la inhumana voz y amarga,
Como si allí á Garin acaso viera,
Se le presenta y habla en tal manera:

«Si, como pareceis, sois ermitaño,
Y no divino espíritu escondido
En esa humanidad y en ese paño
Humilde y pobre de que estais vestido,
Vuestra mano me dad y el desengaño,
Diciendo la ocasion que os ha traído
Por este monte, donde á nadie he visto
En muchos há que en él asisto.»

Admirado Garin de lo que oia,
Responde al enemigo simulado:
«La razon misma que decís podria
Deciros yo muy cierta, padre amado;
Pues desde que la santa compañía
Por quien en este monte en este estado
Viví, faltó, jamás hasta ahora supe
Que hubiese en él quien como yo se ocupe.

»Desde al cielo el alma santa, á cuya
Virtud divina debo yo esta vida,
Subió dichosa á convertir la suya
En la eterna, de gloria enriquecida,
Hasta este punto la persona tuya,
Otra jamás he visto, y que traída
Por el cielo ella sea estimo y tengo,
Con que á cobrar la ya perdida vengo.»

Finge notable admiracion el fiero
Y cruel enemigo, y junto muestra
Gran contento en hallar tal compañero,
Y dale con amor la mano diestra,
Diciendo: «Vuestra vida, padre, espero
Que me será tan singular maestra
Para mi pretension y firme intento,
Que consiga su fin mi pensamieuto.»

Con la humildad á su virtud aneja
Le responde Garin: «Antes yo creo
Que aquella perfeccion que se me aleja
Tanto cuanto alcanzalla yo deseo,
Si en lo exterior el alma ver se deja,
En vos, padre carísimo, la veo,
Y por vuestra bendita compañía
Podrá ser alcanzalla yo algun dia.»

Estas y otras razones se dijeron,
Con que la compañía confirmaron;
En sus dos cuevas ambos estuvieron,
Y sus secretos se comunicaron:
Desde aquel día cada día se vieron,
Y mil cosas santísimas trataron,
Tratadas por el uno santamente,
Por el otro rabiando en saña ardiente.

Cerca de donde el buen Garin estaba
Tenia el enemigo en una altura
Una pequeña cueva en que habitaba,
Que el nombre de Satan aún hoy le dura;
Mas mientras esto así despacio andaba,
El otro compañero se apresura,
El otro, que, cumpliendo su viaje,
Fué á Barcelona sin fingido traje.

Este, del cuerpo de una dama bella
Se apoderó con presurosa furia:
Hija es del conde don Jofré, y doncella,
Y á él el fiero, como á ella, injuria:
Fué conjurado, y respondió que della
Jamás saldrá ni cesará su injuria
Si Garin no lo manda; y que en su cueva
Nueve dias estar la dama deba.

Dice quién es Garin, y dice dónde
Tiene su habitacion. Pártese al punto
Con la doliente dama el triste Conde,
Ella en tormento y él casi difunto:
Hallan la cueva, y que en su centro esconde
Al que es de santidad vivo trasunto;
Póstrasele delante el conde en verle,
Sin que Garin pudiese detenerle.

Y con los ojos hechos fuentes dice:
«No os espanteis si destos ojos hago
Rios, pues las ofensas que á Dios hice
Hacen en l' alma de amargura un lago;
Y ellas son causa de que martirice
Esta niña inocente el fiero drago,
El infernal dragon que el cuerpo á ella
Y el alma á mí, cual veis, nos atropella.

»Que sea del cielo paternal castigo
Siéntolo así, bendito padre, y veo
Que el justo Dios, que al hombre es tan amigo,
Y que es sólo salvarle su deseo,
Permite que este pérfido enemigo
Haga en nosotros de su saña empleo
Para ganancia nuestra: así del pio
Divino amor yo firmemente fio.

»Y así, cual padre de misericordia,
Consuela mi mortal desasosiego,
Por este mismo padre de discordia
Que ardiendo veis en tan airado fuego;
Pues venimos con él en tal concordia,
Que á vuestro mandamiento saldrá luego
Del afligido cuerpo de mi hija,
Sin que más la atormente ni la aflija.

»Por esto vine aquí, por esto os pido
Que os dolais desta moza lastimada.»
Así el Conde rogaba, y condolido,
Con alma en caridad toda abrasada,
Garin postrado, el vuelo más subido
Levanta en su oracion de punto alzada,
La cual apenas el varon concluye,
Cuando Satan de la doncella huye.

Huye el demonio, y huye juntamente
La tristeza, el dolor, la pena, el llanto
Del ya contento Conde y de su gente,
Huyendo de la dama el fiero espanto;
La cual revuelve con serena frente
Los bellos ojos que espantaban tanto,
Y al padre y los demás y al monte mira,
Y de todo y de verse así se admira.

No maravilló más la extraña vista
A Lázaro, el dichoso muerto, visto
Que, trasladado de una en otra lista
Por quien el hecho tuvo tan previsto,
Sin que el infierno ó muerte le resista,
Al mundo vuelve á la alta voz de Cristo,
De lo que á la doncella maravilla
El ver en sí la misma maravilla.

Y no con mayor gozo las hermanas
Al hermano ya vivo acariciaron,
Y las gentes incrédulas profanas
No con mayor admiracion quedaron
De ver salir las carnes vivas sanas,
Que cuatro dias antes enterraron;
Que es del padre la dama acariciada,
Y que toda su gente está admirada.

Y vuelto el Conde al pío Garin llorando
Le dice: «Padre, pues lo más hicistes,
Vence del todo al enemigo bando
Con el valor que ahora le vencistes;
Porque nos dijo aquel tirano, cuando
Puestos nos tuvo en el dolor que vistes,
Que, aunque como ha salido ya, saliese
Cuando á vuestra obediencia aquí viniese,

»Con más furor sin duda volvería
A dar á esta afligida jóven pena,
Si en esta santa cueva no tenia
En vuestra compañía una novena.»
El buen Garin, que atento aquello oia,
Con voz de amargo sentimiento llena,
Y con cristiana alteracion responde
No convenirle aquello á él ni al Conde.

Y esfuerza aquesto con fervor, haciendo
Mil razones vivísimas y urgentes,
Con gran prudencia y santidad poniendo
Mil graves causas, mil inconvenientes;
Con ejemplos notables concluyendo
Sus argumentos firmes y prudentes;
Pero, aunque más se esfuerce y más arguya,
La ajena voluntad fuerza á la suya.

Porque, demás del encendido ruego
Del afligido Conde, el triste llanto,
El bravo miedo, el gran desasosiego
De la triste doncella pueden tanto,
Que vino bien en ello; y así luego,
Condescendiendo el ermitaño santo,
Quedó en su pobre cueva la doncella;
Donde solo Garin queda con ella.

A Monistrol, un pueblo situado
Al pié del alto monte floreciente,
De la cueva una legua desviado
Hácia la parte del dorado oriente,
Bajó contento el Conde y consolado
De haber dado remedio al daño urgente,
Con sus criados y sus compañías,
Para esperar allí los nueve dias.

Y cada día desde allí enviaba
Criados con regalos y comida,
De quien sabía cuanto ella gustaba
De aquella santa solitaria vida;
A los cuales Garin importunaba,
Su mortal guerra ya reconocida,
Que llevasen al padre la doncella;
Lo cual rehusaban ellos y él y ella.

El tiempo ahora ¡oh buen Garin! os fuerza
A mostraros soldado valeroso,
Para valer contra la brava fuerza
Del enemigo fiero y poderoso:
Mirad que ya con la ocasión se esfuerza,
Y juntamente es fuerte y cauteloso:
Prevenid vuestras armas y defensas
Para que se resistan sus ofensas.

Anchos fosos abrir, cerrar portillos,
Reconocer traveses y cortinas,
Levantar puentes y calar rastrillos,
Cuidadoso prevenir secretas minas,
Municionar del alma los castillos,
Plataformas en ella alzar divinas,
Caballeros trazar, poner reparos,
Conviene ahora para aseguraros.

Y aunque veo que destas defensivas
Preveniciones os vais apercibiendo
Con las trazas más finas y más vivas,
Que estais en vuestro espíritu escogiendo;
Las armas enemigas ofensivas
Son dañosas, en modo tan horrendo,
Que de sus furias pocos se defienden,
Sí, como á vos ahora, los emprenden.

Vos, Garin, encendeis la ilustre dama
A contemplar la celestial riqueza ;
Y en vos el enemigo enciende llama
Que os arda y deje en mísera pobreza :
Vos le mostrais el bien del que bien ama
Del bien eterno la inmortal belleza ;
Y el enemigo á vos amar os hace
Esa mortal belleza que os aplace.

Era la vírgen tierna y delicada
Un ángel en aviso y hermosura ;
Las gracias la tenian adornada,
Y dellas era un réal hechura :
Los dos hermanos que con luz amada
Platean y doran la estrellada altura,
Cada cual con la faz serena y bella,
Menos hermosos son que la doncella.

De quince á diez y seis años tenia
La bellísima dama generosa,
Enriquecidos de una gallardía
Tierna, suave, blanda y amorosa :
Sólo con el mirar, rendir podía
El furor de una tigre rigurosa,
El de un cruel determinado asalto,
El del airado mar cuando más alto.

Si la gran perfeccion, si la luz viva
De sus ojos, mejillas, boca y frente,
Y aquella gracia angélica y altiva
De que sabía usar perfectamente,
Hubiera visto el gran pintor que iba
Buscando lo perfecto y lo excelente,
No deseara más hermosa idea
Para pintar la linda Citerea.

Su gran beldad á toda humana vista
Admiracion dulcísima causaba ;
Fué su alta gracia con espanto vista,
Espanto que en mil gustos se anegaba :
Su excelso aviso, general conquista
Hizo de cuantas almas regalaba,
Formando en cuerpo y alma un paraíso,
Gran beldad, alta gracia, excelso aviso.

Fué, al fin, en hermosura aventajada
A cuantas en su tiempo en todo el suelo
Al alma de más dones adornada
Causar pudieran celestial consuelo :
Naturaleza, de su fuerza armada,
A imitación de la beldad del cielo
La de la generosa dama hizo,
Y allí de su poder se satisfizo.

No es maravilla pues que Garin quede
Vencido por Satan en la batalla,
Si, demás de lo mucho que obra y puede,
Tal ocasion para su intento halla :
Si al valiente varon en fuerza excede
Y en este trance rinde y avasalla,
No es de espantar ; que á fuerza de belleza
Resiste mal nuestra mortal flaqueza.

CANTO II.

ARGUMENTO.

Por el poder del apetito ciego,
 Rendido todo al infernal engaño,
 Roba la castidad, roba el sosiego
 A la noble doncella el ermitaño;
 Y mal aconsejado, dando al fuego
 Más leña, y añadiendo daño á daño,
 Mata á la dama, y á este punto entiende
 Que es el que le aconseja quien le ofende.

CUAL en un campo seco los rastrojos
 Entra abrasando la furiosa llama,
 Cuando ocupan las eras los manojos,
 Y las hojas se secan en su rama ;
 Así la luz de los divinos ojos
 Y la belleza de la linda dama
 Entra en el pecho de Garin, talando
 La santidad y su divino bando.

Conoce el afligido el fuego ardiente,
 Y procura con ánimo esforzado
 Evitar tan mortal inconveniente
 Y destruir tan infernal cuidado :
 Hace discursos el varon prudente,
 Y viéndose confuso y apretado,
 Determinado de pedir consejo,
 Su pasión dice al ermitaño viejo.

A quien la causa, su pasión descubre ;
Con quien su mal procura, se aconseja ;
Llega el cordero al lobo, que se cubre
Y disimula con la piel de oveja ;
Y él, contento de oír, el daño encubre
Arcando á veces la una y otra ceja,
Como maravillándose y sintiendo
Aquel caso tristísimo y horrendo.

Dice Garin su lástima y congoja,
Ora con faz de amarillez teñida
Por el dolor, ora de empacho roja,
Con baja voz en lágrimas rompida ;
Y mostrando también que se congoja
El traidor de su pena dolorida,
Encubriendo mejor lo que en sí esconde,
Así á Garin con blanda voz responde :

«No sólo ¡ oh padre ! no ha de dar tormento
Esa pasión que vuestro pecho aflige,
Sino consolación, gozo y contento,
Considerando quien la ordena y rige :
Los que el Señor para su excelso asiento
Con su infinita providencia elige,
Siempre quiere que sean apurados
En semejantes penas y cuidados ;

»Y que muestren la santa fortaleza
De que han de estar armados los varones
Que desean gozar la eterna alteza
Entre los celestiales escuadrones :
Así que, padre, no mostreis tibieza,
Como la muestran ya vuestras razones ;
Sino seguid con ánimo la empresa,
Pues en su peso el mérito se pesa.

»Bien veis cuán grande ejemplo y testimonio
 Nos son de lo que digo, padre amado,
 Hilario, Paulo, Juan, Macario, Antonio,
 De fortaleza cada cual dechado :
 Resistid á la fuerza del demonio ;
 No dejéis el camino comenzado
 Apurad vuestro espíritu en la llama
 Que causa la presencia de esa dama.

»No conviene que sea tan cobarde
 Quien sirve á Dios, que del peligro huya ;
 Es menester que al enemigo aguarde,
 Pues ha de ser en honra eterna suya :
 Si el alma ahora en ese fuego arde,
 Con valor su templanza restituya ;
 Y así merecereis por la victoria,
 Como varon perfecto, mayor gloria.»

¡ Oh fiera brava de veneno llena,
 Mónstruo cruel, perverso y penicioso,
 Que con la voz y rostro de sirena
 Encantas al más sabio y valeroso !
 ¡ Simulacion traidora, que condena
 Tu trato doble, infame y alevoso,
 A que valga el doméstico enemigo
 Lo que el tesoro del leal amigo !

¡ Oh tirana absoluta de las cortes,
 A donde no hay Proteo que te iguale
 En variar de trazas y de cortes,
 Segun las formas del que puede y vale ;
 Tomando alturas mil, mudando nortes
 A cada viento que reinando sale
 Por los profundos golfos espantables,
 Sólo á tí y tus secuaces navegables !

Si en el excelso trato cortesano
 Tú no mezclases tu mortal cicuta,
 Y en dulce estilo gravemente llano
 A la verdad dejases resoluto,
 ¡Ay cuánta de Jacob trocada mano
 Viéramos, bendicion dando absoluta
 A quien más justamente le tocase,
 Sin que simulacion se lo estorbese !

Pues cuanto en la milicia heróica y alta,
 Donde honor y valor tienen su punto,
 Donde sublima, donde fama exalta
 Las cosas con excelso contrapunto,
 ¡Cuánto tú contrapuntas ! ¡ Cuánta falta
 Por tí se tiene, y cuánta sobra ! Y junto
 ¡ Cuánto daño y rüina, varios puestos
 Trocados por tu mano y contrapuestos !

Lobo voraz, airada tigre horrible
 En traje de cordero y de ovejuela ;
 Zángano ponzoñoso, aborrecible,
 En hábito y susurro de abejuela ;
 Grande miseria, daño muy terrible
 Caso que en l'alma al justo es justo duela :
 ¡ Qué el trato fiel que la amistad requiere
 La infiel simulacion así adultere !

La infiel simulacion, por cuyas sobras
 Pobre y desnuda vas, filosofía,
 Por ser el trato de tus justas obras
 El que verdad, el que modestia cria ;
 Donde salvarte debes tú, zozobras,
 Y ella se salva do morir debria :
 Tanto daña á tu sabio y fiel intento
 Su bárbaro y su infiel atrevimiento.

Podrá guardarse fácilmente el hombre
De quien tuviere manifiestamente
De su adversario título y renombre,
Aunque sea fortísimo y valiente ;
Pero de aquel amigo que en tal nombre
Envuelve esta mortífera serpiente,
No se puede guardar; que el fiero daño
Viene cual aquí vino al ermitaño.

El cual vuelve engañado así á su cueva,
Con un grande propósito encendido
De emplear su virtud con fuerza nueva
Hasta ver su mortal deseo rendido;
Mas este buen propósito que lleva
Presto fué con su fuego consumido,
Con su fuego cruel, con aquel fuego
Que consume la vida y el sosiego.

Recibióle la dama generosa,
Mostrando en el cristal resplandeciente
En los dos soles, y en la fresca rosa
(Helado asiento del amor ardiente),
Que sin consuelo, triste y temerosa
Había estado mientras dél ausente,
Esto diciendo con tan dulce acento,
Que por oírla se paraba el viento.

Como suele salir la blanca aurora
Del negro albergue de la noche oscura,
Vertiendo con los ojos que enamora,
Dignos bien de tal luz, luz del sol pura:
Así salía la gentil señora
De aquella cueva tenebrosa y dura,
Esparciendo la luz de aquellos ojos,
Dignos de mil trofeos y despojos.

No tan presto sus luces se encontraron
Con las que de los ojos dél salieron,
Cuando el intento principal borraron
Y el propósito santo consumieron:
Ambos alegres en la cueva entraron,
Y entre varias razones estuvieron
Hasta que, ya cansado y anhelante,
Eton pasó del mauritano Atlante.

Ya mostraba la luz cualquier estrella
Que le reparte la febea mano,
Ya la casta Lucina blanca y bella
Hacia su curso tras su rubio hermano;
Plateaba su clara y fria centella
El monte, el mar, la playa, el valle, el llano,
Y esparciendo venía ya Morfeo
Las descuidades aguas de Leteo;

Cuando Garin, rendido ya y postrado
Al enemigo riguroso y fuerte,
El sér de la razon preso y atado
En ásperas cadenas de la muerte,
Del alma tan amada ya olvidado,
Como cosa de poco precio y suerte,
De hombre, y tan bueno, se convierte en fiera
Cual si Medea ó Circe le prendiera.

Y á la noble doncella, que esperando
Está de oír lo que él decir solia,
Con ambiguas palabras murmurando,
Confusa y atajada la tenia;
Y con furioso atrevimiento osando,
Ya sus honestas tocas componia,
Ya hablaba sin ton, ya impaciente
Daba licencia al suspirar ardiente.

Volvía los ojos la doncella honesta,
Triste, turbada, atónita y confusa,
Como si preguntara, ¿ qué obra es esta
Tan nueva ¡ oh padre! que tu mano usa?
Y aunque él la entiende, no le da respuesta ;
Que bien conoce que no tiene excusa ;
Ni desiste del acto torpe y ciego,
Rendido al sensual furioso fuego.

No sólo no le ataja con mirarle
Con castos ojos la gentil doncella:
Mas antes sirve para acrecentarle
Con fuerza nueva la mortal centella:
Siente aquellos espíritus entrarle,
Que salen de la una y otra estrella,
Al tierno corazón, donde esforzados,
Aumentan los deseos y cuidados.

Ya el carro de la noche, gobernado
Por el silencio y por el sueño, había
De su viaje la mitad andado
Por la estrellada relumbrante vía,
Cuando Garin, en llamas abrasado,
La luz pequeña que en la cueva ardía
Mató; porque sin duda al que mal hace
La luz no le apetece ni le aplice.

Viendo tras tantas novedades esta,
La doncella temblando se arrincona
Hacia una parte de la cueva, y puesta
Entre mil dudas, entre sí razona;
Pero Garin, toda razón pospuesta,
Mancilló su castísima persona
No hallando ni haciendo resistencia,
Rotas las armas ya de la conciencia.

¡Oh más que vidrio frágil suerte nuestra,
Con qué facilidad te precipitas!
¡Oh furia, que, diabólica maestra,
A tan mortales obras nos incitas!
¡Oh carne poderosa, brava y diestra
Con armas que tú misma inhabilitas!
¿Quién, sino tú, causar pudiera tanto
En un varon tan escogido y santo?

¿Qué poderosas fuerzas de leones,
No fuerzas con las tuyas invencibles?
¿Qué entrañas de diamante y corazones
Son á tus sentimientos resistibles?
¿De quién no cuentas tú en cien mil blasones
Triunfos, á no ser vistos, increíbles?
¿Quién tanto á Aníbal en Italia daña?
¿Quién perder hace al gran Rodrigo á España?

¿Quién al que á tantos bravos filisteos
Hizo con la quijada mil pedazos,
Dando al fiel pueblo célebres trofeos
De mil infieles poderosos brazos,
Trae rendido á gustos y deseos
De tan falsos y míseros abrazos,
Que de alma y cuerpo vista y vida quita,
Y en desesperacion le precipita?

¿Quién al que á Dios en corazón conforme
Tan santo fué, tan valeroso y fuerte,
Fuerza á adulterio y á homicidio enorme,
Con sólo dél dejar desnuda verte?
A quien, para que de esto se reforme,
Particular aviso se lo advierte
Con alto ejemplo de notable espanto;
Que es menester contra tus fuerzas tanto.

Y ¿quién al hijo de éste, que advertido
Tanto lloró con penitencia tanta,
Tan sabio y poderoso y tan querido
De la divina mano eterna y santa,
Le tuvo entre los ídolos metido
Con ceguedad y error que al mundo espanta,
Sino tú, carne, que con tu flaqueza
Triunfas de humana ciencia y fortaleza?

Apenas el estupro cometido
Garin habia, cuando en son horrendo
Movi6 la confusion tal alarido,
Y el arrepentimiento tal estruendo
Que la razon turbando y el sentido
Y el alma y corazon estremeciendo,
Le acongojaron con dolor tan fuerte,
Que estuvo casi para darse muerte.

En su forma terrible y espantosa
La confusion se le mostr6 delante,
Y con turbada vista y rigurosa,
Cual la del lince fuerte y penetrante,
El arrepentimiento en faz llorosa
Le mostr6 del pecado aquel semblante.
Lleno de espanto y de terror, y lleno
De cruel y mortífero veneno.

En reñida batalla brava y fiera
Con estos poderosos combatientes
Garin qued6 tal, que mover pudiera
A compasion leones y serpientes:
De pena el alma un mal amargo era,
Y de amargo dolor los ojos fuentes.
Y de congoja el corazon cuitado
Un fuego vivo, riguroso, airado.

Mas ¿quién la pena de la dama bella
Podrá decir y la congoja brava?
Era una larga fuente cada estrella,
Que los claveles y el jazmin regaba:
Lloraba el mismo amor allí con ella,
La castidad con ella allí lloraba,
Y las gracias lloraban juntamente
En sus ojos, mejillas, boca y frente.

El blanco pecho con rigor hería,
Guedejas se arrancaba de oro fino,
Las delicadas manos se mordía,
Arañábase el rostro cristalino;
Y con la voz que al viento suspendía
Con triste lloro y suspirar continuo,
Llamaba en su favor la triste dama
La muerte, que no viene á quien la llama.

La muerte, que no viene á quien la llama,
Llama llorando, en voz amarga y triste,
Triste tanto, que el llanto que derrama,
Derrama el alma que en su cuerpo asiste:
Asiste el duelo ardiendo en viva llama,
Llama que la vergüenza enciende. ¿Oiste,
Oiste, amor, que lloras con su llanto,
Llanto que te forzase á llorar tanto?

Así estuvieron hasta que en la cumbre
De la montaña vieron que la aurora
Doraba con los rayos de su lumbre
Los esmaltes riquísimos de Flora,
Y entonces con turbada pesadumbre
Salió el contrito mísero, que llora
Su triste culpa y la espantosa pena
A que le precipita y le condena.

¿A dónde vas, Garin? Tente, no vayas;
Guárdate de mayor inconveniente:
No te ciegue el dolor, mira no cayas
En otro río de mayor corriente:
Guarda que cuando aconsejado te hayas
Con la cruel mortífera serpiente
Que tú tienes por santo compañero,
No sea otro mayor despeñadero.

Va Garin por consuelo al falso viejo,
Queda la dama en desconsuelo horrible;
Él busca quien le pueda dar consejo,
Ella no puede darle al mal terrible:
Mira su culpa él, como en espejo,
En la faz del pecado aborrecible;
Ella mira su bien, mira su gozo
Caído todo en un profundo pozo.

A la cueva del falso monje llega
Con tal congoja y pena el monje pobre,
Que con el llanto que su rostro riega
Muestra cuánto el dolor le aflija y sobre;
Y pudo tanto la cruel refriega
De los sentidos, que postrado sobre
La dura peña, como peña dura
Quedó, perdida la vital figura.

Haciendo muestra de piadoso amigo,
Con diligencia corre á socorrerle
El pérfido, sagaz, impío enemigo,
Siendo sólo su intento el ofenderle;
Y vuelto en sí, y á él Garin: «Yo os digo,
Dice, padre, que ha sido el defenderle
Al alma su partida deseada
Grande piedad con impiedad mezclada.

»Que aunque ella gana en no partirse ahora
Con culpa digna de tan gran tormento,
Es de suerte la pena que en mí mora,
Que le diera el partirse algun contento.»
Así dice Garin; y gime y llora
Con tan amargo y grande sentimiento,
Que, no pudiendo ser, casi parece
Que su enemigo dél se compadece.

Al fin con triste voz que se rompía
Con mil sollozos donde toma forma,
De lo que el falso viejo bien sabia
Con grande empacho y gran dolor le informa:
Y cuando el caso ya escuchado habia,
Como quien gran dificultad reforma
Que está profundamente imaginando,
Así muestra el traidor estar pensando.

Puesta la barba sobre el pecho estaba,
En el báculo el cuerpo reclinado;
Ya los ojos abria, ya enarcaba
Ambas las cejas, el color mudado;
Mas mostrando el cruel, al fin, que daba
Verdadero remedio á su cuidado,
Con animosa voz al monje dice
Que no se aflija ni se martirice.

Que acuda luego á remediar el daño,
Antes que sea mayor y más le ofenda,
Que aunque es tan grave el caso y tan extraño,
Si presto se procura, tendrá enmienda:
Que le parece que use algun engaño
Para que su flaqueza no se entienda,
Pues los casos injustos el discreto
Suele desagrarar con el secreto.

Y que pues la pasion que ahora manda
A la razon y al buen discurso, impide
Poder él escoger lo que demanda,
Y su consejo en aquel caso pide;
Que le parece, pues tan lejos anda
Del remedio que al mal se cuadra y mide,
Que mate aquella dama y que la entierre,
Y que él de la montaña se destierre.

Turbóse oyendo aquello el afligido,
Y replicó mil cosas en contrario;
Mas con otras cien mil fué persuadido
Por el fuerte astutísimo adversario;
Y aunque de varias dudas combatido,
Teniendo á aquel traidor por un Hilario,
En hacer lo que dice se resuelve,
Y á su cueva tristísimo se vuelve.

Olvidado del todo de sí mismo
Con la pasion que en las entrañas ceba,
Haciendo ya un confuso silogismo,
Y un discurso de horror, llega á su cueva;
Llama siempre un abismo á otro abismo,
Y un daño en mil nos precipita, y lleva
El pecado tras sí, como cadena,
Mil eslabones de tormento y pena.

Halló á la triste dama de tal suerte,
Y tanto la aterró con su presencia,
Que para recibir la fiera muerte
Hizo poca ó ninguna resistencia.
¡Ay alma ya rendida! ¡Ay furia fuerte!
¡Oh terrible rotura de conciencia!
¡Oh corazon al de Satan conforme!
¿Así intentais un caso tan enorme?

Atónita la dama y vergonzosa,
De la cueva en la parte más interna
Se arrinconó, sin duda deseosa
De esconderse en hondísima caverna;
Y allí la mano injusta y rigurosa
Que el infernal furor rige y gobierna
Llegó con un cuchillo no afilado
Para tan fiero y tan atroz pecado.

Deten, Garin, la mano; no te arrojes
A maldad tan enorme y atrevida:
Mira bien, desdichado, cuán mal coges
El fruto de las obras de tu vida:
No dividas, cruel, no desalojes
Esa alma de esa carne su querida:
Acude á Dios: ¿qué olvido te enajena
De su clemencia de dulzura llena?

Al fin, del infernal poder vencido,
El fiero monje va á la dama bella,
Y el cuchillo mortal apercebido
Pasa por la garganta tierna de ella:
Cayó el hermoso cuerpo, ya rendido
A la fiera que todo lo atropella;
Y el alma, de su amado albergue fuera,
A su fatal lugar voló ligera.

Cual tierna rosa al asomar del día,
Cuando, de fino rosicler pintada,
Sus hojas con fragancia desparcía,
Que fué de su materno pié cortada,
Y con los rayos que el planeta envía,
Siendo en la tierra al cielo abierto echada,
Se marchita, y lo blanco y rojo y verde,
El olor, la belleza y gracia pierde;

Así el cuchillo y la inhumana mano
Que en la garganta su furor probaron,
Perdida su frescura y su verano,
A la dama bellísima dejaron;
Así aquel cuerpo y rostro más que humano,
Donde tanto las gracias se esmeraron,
Quedó, perdida la belleza y gracia
Dignas del canto del cantor de Tracia.

¡Oh miserable y lastimosa muerte!
¡Oh furor infernal! ¡Oh mano airada!
¿Cómo pudiste, cómo, dí, atreverte
A tal crueldad tan fieramente usada?
Antes tú misma habías de ponerte
A ser con el mortal cuchillo asada
En un fuego cual tú bravo y furioso,
Como la del romano valeroso.

El claro sol se oscureció al instante
Que con un ¡ay! rindió la dama el alma;
Mil visiones Garin vió allí delante,
Mil gritos dar, batiendo palma á palma:
En mil truenos el cielo resonante
Trocó la dulce y apacible calma;
El alto monte fué vaiveneado,
De un súbito temblor arrebatado.

En lo más hondo de otra cueva oscura,
Para esconder el bello cuerpo frio,
En un momento abrió una sepultura
El triste monje, aunque sin fuerza y brio;
Y allí enterrado, parte y se apresura
Hácia la cueva de su amigo pio,
Adonde el pobre, en vez del ermitaño,
Vió de que era demonio el desengaño.

Con risa y con el dedo señalando
Recibe el monje falso al verdadero,
En su contento y ademan mostrando
Ser su enemigo poderoso y fiero:
Llegó de pena al postrer punto cuando
Su daño vió Garin tan por entero;
Y así, cayó en el suelo sin sentido,
Casi del todo al gran dolor rendido.

Quisiérale ayudar á darle muerte
Con mayor obra el áspero enemigo,
Aunque de aquel desmayo largo y fuerte
Piensa llevarse el alma ya consigo;
Pero tuvo Garin más buena suerte;
Fuéle más pio el cielo y más amigo,
Pues vuelto en sí del parasismo, pudo
Hacer contra la muerte eterna escudo.

Alzase mejorado y fervoroso,
Y con el enemigo al punto cierra,
Armado de la cruz, arnés dichoso
Que al fiero engañador vence y destierra;
Y con esto animado y temeroso,
En lo más intrincado de la sierra
Al momento emboscándose, se esconde,
Puesto en huir del injuriado Conde.

Con tristes rayos el que alegra el mundo
Volando por su esfera se subía,
Dando causa á Garin de horror profundo
Con que aumente su pena y su agonía,
Viendo que el sol mostrándose iracundo,
Con priesa tal las horas ya traía
Que visitada suele ser la dama
Con los regalos de quien tanto la ama.

Vuela el sol, vuela el monje; el uno al curso
De su veloz carrera acostumbrada,
El otro á procurar mejor recurso
Que el de su inícuca y falsa camarada:
No el temor á Garin quita el discurso,
Antes le aviva; y de la sierra amada
Toma seguro puesto y oportuno,
Antes que venga á ver la dama alguno.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Conociendo sus culpas, al remedio
Garin aspira con fervor divino;
Y orando al cielo por el justo medio
Que repare su injusto desatino,
De tierra y mar piensa poner en medio
Gran trecho, ya trazado un gran camino:
Huye del monte; á Rosas llega, y junto
Con Alberto y su armada parte al punto.

Después que el enemigo bravo y fuerte
Del incauto Garin hubo triunfado,
Y en las gruesas cadenas de la muerte
Revuelto le dejó y aprisionado,
Aquel divino espíritu que advierte
Al alma, de quien es por guardia dado,
Cuanto conviene á su esencial gobierno,
Dijo á Garin en su secreto interno:

«Vencido quedas por el enemigo;
Pecaste lastimosa y gravemente;
Mira la ofensa, tiembla del castigo;
Goza, Garin, de la ocasion presente:
Repara en las razones que te digo;
Llora y haz penitencia suficiente:
No tienes ante el justo Dios disculpa;
Parte luego á purgar tu grave culpa.»

Oyó la voz el alma arrepentida,
Que, de fiero dolor arrebatada,
Casi no daba al triste cuerpo vida,
Dél en su confusion enagenada;
Y al son divino y dulce resentida,
Aunque de mil pasiones aquejada,
Al cuerpo anima, y lo que oyó revuelve,
Y á tomar el consejo se resuelve.

La fria noche, el aire, el cielo y tierra,
Confuso en sombra lóbrega encerraba,
Y con tristeza en la fragosa sierra
Los árboles el viento meneaba:
La cueva que el leon ardiente encierra,
De sus roncós rugidos resonaba;
Las sordas aguas triste son hacian,
Y las del rio y las del mar se oían ;

Cuando temblando sale el ermitaño
Del secreto escondrijo, y como mira
Aquel horror nocturno tan extraño,
Con mayor miedo dentro se retira;
Pero resuelto en remediar su daño,
Como su buen espíritu le inspira,
Vuelve á salir, y en el oscuro cielo
Puestos los ojos, póstrase en el suelo.

Y con voz dolorosa y triste dice :
« Pequé, Señor, en tu rēal presencia ;
Sé, mi Dios, que la ofensa que te hice,
De infierno digna, indigna es de clemencia :
Veo cuán al contrario satisfice
A mi debido amor y continencia:
Mi iniquidad conozco, y mi pecado
Contra mí fieramente veo armado.

»Es clara y conocida la justicia
Que contra mí, justísimo Rey, tienes,
Por mi grave abundancia de malicia
Y por mi ingratitud á tantos bienes;
Pero, Dios de la angélica milicia,
Si severo jüez al hombre vienes,
Si á la piedad permites apartarse,
¿Quién ante tí podrá justificarse?

»Yo no sólo, Señor, no justifico
Esta alma mia, ilustre imágen tuya,
Pero mi grave culpa te publico,
Puesto que en tu saber ella se incluya:
Sé que no hay parte en todo el cerco oblico
Del mundo, adonde de tus ojos huya:
Conozco que á mi grave y fiera culpa
No hay cosa que le pueda ser disculpa.

»Y así, mi Dios, no de justicia pido
El favor á tu mano omnipotente;
El de piedad que tanto me ha valido
Invoco ahora con afecto ardiente:
Desta, mi Dios, sea yo favorecido
En peligro y en daño tan urgente:
Desta la absolucion, Señor, imploro,
Con que borre las culpas por quien lloro.

»Tú, Dios, que eres verdad pura, infinita,
Y que tanto de oírla y verla gustas,
Ves que sólo mi lengua se ejercita
En culparme ante tí de obras injustas;
Y que ni un punto de mis culpas quita
Con excusas que sé que no son justas,
De inclinacion y de la culpa y pena
Original, destas miserias llena.

»Que tú, Señor, que de tu oculta ciencia
Con cierta luz el alma me alumbraste,
Dando á mi voluntad libre potencia
Que á resistir al enemigo baste,
Me muestras, pues no tuve resistencia,
Que no es razon que yo palabras gaste
En injustas excusas y disculpas;
Que sería aumentar mis graves culpas.

»Misericordia simplemente pido
Con corazon contrito y humillado:
No le desprecies; dale grato oído,
Cual suele dalle el padre al hijo amado;
Y cuanto en mí el pecado ha destruido
Vuelva á ser por tu mano edificado:
Borra mi iniquidad y mi desgracia;
Vuélveme la alegría de tu gracia.

»Vuelve, Señor, tu tan piadosa cara
A mí, tu redimida criatura,
Y con la fuerte mano que me ampara
Dame al perseverar fuerza segura,
Y darte he yo con penitencia rara,
Con suspiros y llanto de amargura,
Con dolor que mi espíritu renueve,
Lo que un contrito corazon te debe.»

Así Garín oró; y al punto un fuego
Sintió que dulcemente le encendía
El pecho, que en mortal desasosiego
La fiera ofensa con terror tenia,
Y que en él al temor helado y ciego
Con un ardor suave consumía,
Poniéndole animado ya de suerte
Que emprenda á defenderse de la muerte.

Y esfuerzo nuevo con fervor haciendo,
Vuelto en sí, reportado y animoso,
Hácia la mar el rostro revolviendo,
Baja por aquel monte fatigoso;
Y el áspero camino prosiguiendo,
Llegó con el silencio tenebroso
Adonde con el llano se termina
El alto monte, enfrente á la marina.

Entónces con mayor cuidado y priesa
Los bien guiados pasos apresura:
Campos, valles y arroyos atraviesa,
Por malezas, por bosques y espesura:
Del presuroso caminar no cesa
Mientras la noche lóbrega le dura;
Y siempre vuelto el rostro al alto oriente,
Teniendo la marina por de frente.

Abria ya las puertas de levante
La blanca aurora á la diurna lumbre,
Y poco á poco le salía delante
Guiando como tiene de costumbre:
Doraba ya más alta y más radiante
Del alto monte la enriscada cumbre,
Y el sol ya poco á poco descubría
El claro rostro, dulce autor del día;

Cuando Garin el paso apresurado
Detuvo, de ser visto receloso,
Y en intrincadas matas emboscado
Estuvo el dia largo y enojoso,
De yerbas y agua siendo alimentado
Y de triste y brevísimo reposo,
Y de oracion y lágrimas ardientes,
Con que los ojos convertía en fuentes.

Y á veces, vuelto el rostro al monte amigo,
Decía con fervor divino y santo:
«No dejaré el camino que ya sigo,
Aunque lo estorbe el reino del espanto.
Adios, mi dulce albergue y caro abrigo;
Adios, fértiles peñas, donde tanto
Consuelo tuvo quien, sin él ahora,
Tan justamente gime, afana y llora.

»Adios, ameno y rico Monserrate,
Cuya sublime altura á la del cielo
Hará que se transporte y se arrebate
El alma que gozare su consuelo;
Donde puede subirse de quilate
De la contemplacion el largo vuelo,
Y regalarse entre esas piedras duras
Con sus divinos gustos y dulzuras;

»Donde yo, miserable, poseía
Tan sosegada y apacible calma;
Donde cuanto trataba y cuanto via
Era colmado bien de cuerpo y alma;
Donde de gloria celestial tenia
Parte tan grande en esta frágil palma;
En quien, como no mérita, no cupo,
Ni conocella ni tenella supo.

»Pero si desde que nací he tenido
Esta admirable bienaventuranza,
Sin que haya en parte alguna padecido
La ordinaria del mundo maladanza,
Fuera como no ser de Adan nacido
Si no tuviera de tal bien mudanza,
Pues á infalible y á mortal fatiga
Forzosamente el serlo nos obliga.

»Y así, pues, es la general carrera
De los hijos de Adan fatiga y muerte,
No por pasalla yo en su furia entera
Siento perder aquella dulce suerte;
Es lo que siento, que mi culpa fiera
Tan alto bien destruya de tal suerte;
Es que por culpa tan atroz y extraña
Pierda yo mi dulcísima montaña.

»¡Oh peñas, más preciosas que diamantes,
Qué záfiro, jacinto y topacio!
¡Oh plantas bellas, fértiles, fragantes,
Que adornais con tal regla sus espacios!
¡Oh cuevas, más hermosas y abundantes
Que reales riquísimos palacios!
¡Oh monte, para mí parte del cielo,
En su santo y dulcísimo consuelo!

»No me esperéis, no os veré más: mi ofensa
De vos me aparta miserablemente;
Y será della en parte recompensa
El haber de vivir de vos ausente.
¡Quiera el alto Señor que lo dispensa,
Que, á gloria suya, deste mal presente
Eterno bien suceda, eterna gloria,
Ganando al enemigo la victoria!

»Que si en este furioso trance he sido
Roto y desbaratado, espero y creo
Que con victoria quedaré y valido,
Si llevo á pelear como deseo:
De mi Rey seré luego socorrido
Si segun mi propósito peleo,
Yendo á pedir favor á su Vicario
Contra mi fiero y áspero contrario.

»Proseguiré con el favor divino,
Que al santo intento nunca desampara,
Este mi comenzado ya camino,
Que en Roma en mi intencion llorando pára;
Que desde aquí con viva fe adivino,
Pues la piedad la contricion ampara,
Que he de ser amparado de tal suerte,
Que á mi enemigo no valdrá ser fuerte.

»Como yo, como debo, le demande
Al Capitan supremo de la tierra
Favor, socorro, amparo en este grande
Trance mortal de rigurosa guerra;
Por más que mi enemigo se desmande
Con el poder que en su impía mano encierra,
De mano tan piadosa cuan potente
Espera el lauro mi humillada frente.»

Así decía, cuando el sol ya daba
En las espaldas del infiel Atlante,
Y con templados rayos perfilaba
Las nubecillas que tenía delante;
Y él, que la oscura noche deseaba,
Sin que haya en ella cosa que le espante,
Levántase, y en paso presuroso
Convierte el cansadísimo reposo.

Toda la noche sin parar anduvo,
Y ya que el alba se mostró en oriente,
Pasada Barcelona, se detuvo
Entre las altas yerbas de una fuente;
Donde escondido poco rato estuvo;
Porque aquel día con el sol ardiente,
Y después con las sombras tenebrosas
Caminando, llegó el siguiente á Rosas.

A Rosas, villa ilustre y grande puerto,
Llegó Garin pasado mediodía,
Del nuevo caminar cansado, muerto,
Y más de la mortal nueva agonía:
Halló él allí que el general Alberto
Su armada ya para partir tenía,
La bandera de leva al viento suelta,
Toda la gente en embarcarse envuelta.

Era de la gran Nápoles la armada
Que con tormenta había allí aportado;
Y ya de su naufragio reparada,
El tiempo adverso en próspero trocado,
Quería dar la vuelta deseada
Con diligencia al patrio puerto amado;
Y así, puesta señal ya de partida,
Se embarcaba la gente apercebida.

A vista pues del puerto y de la villa
Se detuvo Garin, mirando atento
El acudir las gentes á la orilla.
Todas al parecer con un intento:
La novedad le causa maravilla
Y un receloso y cauto pensamiento,
Siendo la vez primera que galeras
Ver se le ofrece y gentes extranjeras;

Aunque el varon prudente, por lectura
Y relacion de quien le fué maestro,
Que en santidad, en juicio y escritura,
Y en las cosas del mundo fué muy diestro,
Con claro entendimiento y conjetura
Hizo luego jüicio no siniestro,
Y en Rosas entra, y con industria grande
No hay cosa que al seguro no demande.

Y viendo ya que le faltaba el dia,
Cierto y asegurado bien de veras
De las personas que en la armada habia,
Dónde van y quién llevan las galeras;
Del gran peligro y daño que temia
Seguro con mil pruebas verdaderas
Salió, aunque con recato y gran prudencia,
Poniendo en embarcarse diligencia.

Y lleno de dulcísimo consuelo,
A la marina llega presuroso,
Con esperanza en el clemente cielo
De gozar del pasaje venturoso;
Y ya que quiere con humilde celo
Procurar de su intento el fin dichoso,
Conoció entre la gente que iba al puerto,
En el respeto, al general Alberto.

Llégase á él con santa confianza,
Y dícele humillado: «El ser quien eres,
Señor, de tu favor me da esperanza,
Y muy cual tú será el que á mí me dieres.»
Alzóle Alberto, y dijo: «En lo que alcanza
Mi mano, alcanzarás lo que quisieres,
Pues el rostro y el hábito asegura
Que el complacerte me será ventura.»

« Sé, señor, replicó Garin, que partes
Para Nápoles hoy con esta armada;
Y aunque de merecer hay pocas partes
En mi persona mísera y cuitada,
Pues que tu gracia en todos aquí partes,
No me ha de ser ahora á mí negada.
Es á Roma por fuerza mi viaje:
Manda, señor, que tenga yo pasaje. »

Con rostro alegre el General la mano
Entonces á Garin tomó, diciendo
Con amigable voz y trato humano,
Y al esquife el camino prosiguiendo:
« Bien fácil es lo que pedís y llano;
Vuestra necesidad y intento entiendo:
Venid, padre, conmigo á mi galera,
Que sólo á mí para levarse espera. »

Al esquife, que, á tierra ya acostado,
Aguarda al General, llegan contentos;
Y allí, de los que viene acompañado
Despedido con gratos cumplimientos,
Fué en hombros de dos moros levantado
Y puesto del batel en los asientos,
Que estaban adornados hasta el suelo
De alfombras ricas de pintado pelo.

Garin luego tras él, y luego el resto
De la gente se embarca diligente:
Calan los alieres remos presto,
Vuelan los barcos con la alegre gente,
Desocupan la orilla, mudan puesto;
Y vuelta cada cual la aguda frente,
Da la popa á la escala de galera,
Que ya dada á la banda los espera.

Apenas pone el pié en la escala Alberto,
Cuando con altos gritos sonoros
Y con dulces clarines á concierto
Le saludan alegres y gozosos:
Quedó por largo espacio el ancho puerto
Con los acentos últimos gustosos,
Que los llevó por él con voz sonora
Eco, de los desiertos morada.

El planeta más rico y más lumbroso,
De arreboladas nubes despejado,
Había en el Océano espacioso
Sus claros rayos ya somorgujado;
Y la noche, no el manto tenebroso,
Sino puesto se había el estrellado,
De dulces esperanzas ciertas lleno
De ser el tiempo próspero y sereno:

Cuando, sentado el General prudente
En su popa rëal, rica y hermosa,
Con quince capitanes y la gente
Contina suya, ilustre y valerosa,
Le sirvieron la cena, rëalmente
Servida y ordenada y suntüosa,
En la cual dió el general cristiano
Asiento al monje á su derecha mano.

Bien que lo rehusó Garin, modesto,
Humilde, sabio, sóbrio y vergonzoso,
Pero por fuerza el señalado puesto
Con obediencia ocupa el religioso:
Fué bien notada su bondad en esto,
Y su encogido trato y virtuoso,
Y dió muestra evidente en la comida
De ser varon de continente vida.

Acabada la cena regalada,
Dió por último postre de ella Alberto
El órden general de la jornada
Con discreto propósito y concierto;
Y allí, en breve consulta señalada
La hora de levarse de aquel puerto,
Todos del General se despidieron,
Y á sus galeras y á sus puestos fueron.

El con los de su popa fueron solamente,
Cuyo número ya Garin aumenta,
En su rēal quedó, donde la gente
Ya del amado sueño se alimenta:
Manda dar á Garin lugar decente
En el escandelar, porque no sienta
Tanto las pesadumbres de galera,
Como sin este cómodo sintiera.

Retíranse, al fin, todos entre tanto
Que el partir esperado se dilata,
Al silencio entregando todo cuanto
El activo rumor ordena y trata,
Rindiéndose al suave y dulce encanto
Que en olvido las almas arrebatá,
Quedando solamente en pié y despiertos
Los de la guardia, con cuidado alertos.

Así estuvieron hasta que tocado
En la mitad de su camino había
La noche, y de la guardia el señalado
Cuarto segundo ya rendir se via;
Que entonces, en un tono levantado,
Que en vuelo por el aire se esparcía,
Un alegre clarin con voz sonora
De la partida señaló la hora.

En dulce calma está la mar quieta,
Que ni á ella ni al aire mueve el viento:
La gente al blando sueño está sujeta,
Sin hacer un pequeño movimiento:
Tan solamente el plático trompeta
Esparce por el aire el alto aliento,
Dando con vario son alegre nueva
De aquella alegre y deseada leva.

Como del centro de la mar salido,
O del cóncavo cerco de la esfera,
Así sonaba en el atento oído
El alto son de aquella voz primera:
Oyóse, el gran silencio entretenido,
La pausa del primer aliento entera;
Mas ésta el hombre apenas acababa,
Y para la segunda respiraba:

Cuando, como si el carro tenebroso,
Cual el de Faeton roto y abierto,
Con ímpetu y estruendo riguroso
A dar viniera en aquel ancho puerto,
Un rumor se levanta presuroso,
Y en un momento cada cual alerta
Atiende á su faena diligente
Y á lo que manda el cómitre prudente.

Abaten, zarpan en un punto y cian,
De tierra el cabo ya desamarrado;
Del puerto salen ya, ya se desvian
Del que á las veces es tan deseado:
Sostan la boga, la galera avian,
Tras la réal el curso enderezado,
Que por via de tódo vigilante,
El fanal encendido, va delante.

Al céfiro esperado desplegaron
Las velas del trinquete los proeles,
Y sin que las hinchese, navegaron
Bogando algunas millas á cuarteles;
Pero ya que en el alto golfo entraron
Avivando el favonio los pineles,
El cómitre silbando luego ordena
Levar los remos y amainar la entena.

Afrenillada ya la palamenta,
Viene la entena abajo con rüido;
La espiga en un momento se le aumenta,
Y en un punto el bastardo está tendido:
Iza la chusma, alegre ya y contenta
Del viento á su descanso que ha venido,
Sube la entena y llega á dar al tope;
Va la galera más que de galope.

Con aquel fresco embate navegaron
Hasta que, viendo de Titon la esposa,
Alegres y devotos saludaron
Al Hacedor de aquella luz hermosa;
Y en acabando la oracion, calaron
Remos, con que saltó la agua espumosa
Del apacible golfo sosegado,
Ya del hermoso sol iluminado.

El son agudo de la campanilla
Del breve sueño al buen Garin despierta,
Y escucha con atenta maravilla
Lo que se trata ya sobre cubierta:
El cuerpo y alma el ermitaño humilla,
Y á la santa oracion abre la puerta,
Alzado de las tablas donde estaba,
Y no del traspontin que le esperaba.

En éxtasis divino arrebatado,
Los ojos vueltos y las manos puestas,
Está el contrito monje transportado
En divinas demandas y respuestas:
El rostro y pecho con fervor bañado
En lágrimas ardientes, ya dispuestas
A recibir favor de amor eterno
Para prevalecer contra el infierno.

Con un suspiro de dulzura lleno
De aquel santo consuelo se levanta:
Las lágrimas enjuga al rostro y seno,
Y compone la voz en la garganta:
Sube del aire lóbrego al sereno,
Tanta virtud mostrando y bondad tanta,
Que, en viéndole subir, toda la gente
Se le humilla y ofrece juntamente.

Llévanle á popa, donde la nobleza
Le acoge y acaricia y honra tanto,
Como si se tuviera gran certeza
De que era el afligido Garin santo;
Y ellos con caridad y con llaneza
Bendecidos y honrados fueron cuanto
Por el discreto monje convenia,
Usando humilde y santa cortesía.

Y retirado luego en un asiento
De un corredor, que por defuera daba
Maravillosa gracia al ornamento
De la soberbia popa extraña y brava,
Dió, rezando las horas, alimento
Al alma, que de aquello alimentaba;
Recogiéndose allí de la manera
Que si solo en un páramo estuviera.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

El alto golfo de Leon navega
Garin, y en tablas de inmortal memoria
Ve de romana gente y persa y griega
Victorias dignas de notable historia;
Y de la Santa Liga allí se alegra
Aquella sin igual naval victoria:
Tras esto al General Garin da cuenta
De sí, con que su angustia y pena aumenta.

HECHE el santo ejercicio acostumbrado
En el mismo lugar entretenido,
Garin contempla el golfo sosegado,
Al claro sol en planta convertido,
Y el resplandor alegre tremolado
Dulcemente le tiene divertido:
Luego la vista donde está convierte,
Y allí más se entretiene y se divierte.

Mira de la real popa sublime
Puesto en su punto el arte y la riqueza:
Los ojos, en pie puesto, en ella imprime,
Y admira la riquísima belleza;
Pero la vista un poco más reprime,
Para ver con más gusto y entereza,
Parte por parte, de la gran hechura
La milagrosa traza y compostura.

La materia es marfil, ébano y oro,
De la real y artificiosa popa:
En la ancha basa está historiado el toro
Que pasa el mar Cretense con Europa:
De la dama el espanto, el miedo, el lloro
Y el movimiento del cabello y ropa
Exprime lo esculpido, de manera
Que mostrar más lo vivo no pudiera.

Desde la bella basa que restriba,
En el suelo de flores matizado
Del corredor, hasta el bandil de arriba,
Que en forma de cornisa está labrado,
Hay cuatro dioses Términos, que arriba,
Cada cual con el brazo levantado,
A dar por pié la mano á las primeras
Ménsulas que sustentan las tijeras.

De los hermanos Términos, ornados
De trofeos marítimos infieles,
Están los tres vacíos empleados
En el arte bellissimo de Apeles:
Muestran estos tres cuadros señalados
Cuanto pueden mostrarnôs los pinceles.
Representando en su color diversa
Tres batallas navales del gran Persa.

En el cuadro primero se mostraba
Negroponte, del mar Egeo ceñida,
Que de galeras bárbaras estaba
Confusa y fieramente circuida;
Y por la angosta parte que miraba
A la costa de Grecia, la reñida,
La fiera, la sangrienta, la espantosa
Batalla, de ambas partes peligrosa.

Jérjes, con casi mil y cuatrocientas
Galeras, con Temístocles pelea,
Que, dél acometido, con quinientas
La griega industria y el poder emplea;
Pero la noche, envuelta con las violentas
Tinieblas, la victoria que desea
Cada cual de los dos, aquí les quita,
Con pérdida de todos infinita.

En la segunda tabla otra batalla,
Allí en el mismo mar de Negroponte,
Se muestra tan sangrienta, que al miralla
Se via turbar la luz del horizonte;
En la cual la famosa griega malla
Fué retirada al Artemisio monte,
Donde á los jonios escribió el famoso
Temístocles su exceso vergonzoso.

En el tercero cuadro el gran Corinto,
La isla Salamina al istmo enfrente,
El espumoso mar en sangre tinto
Y lleno de la infiel soberbia gente:
Un intrincado y fiero laberinto
Que allí formaba el infernal tridente,
Del número de fustas execivo,
Representaba lo pintado vivo.

Tan vivamente el arte los sentidos
De cada cosa allí representaba,
Que no la vista sino los oidos
Con espanto dulcísimo engañaba:
Parece que se oian los rüidos
Que aquella belicosa gente brava
Mostraba en el pintado movimiento,
Cual si gozara de vital aliento.

Aquí los fieros persas y atenienses,
Y acullá los corintos y sus jonios;
Allá los bravos medos y focenses,
Y allí los partos y lacedemonios:
Acá los negros indios y tricenses,
Y allá los pilios y los paflagonios,
Vierten sangre, dan fuego, desbaratan,
Rompen, abren, destrozan, mueren, matan.

Aquí se via una mujer famosa,
En favor del confuso persa armada,
Tan valiente y tan brava cuan hermosa,
Y más que todo aquesto, apasionada;
La gran reina de Caria, que amorosa,
Tras tener en su cuerpo sepultada
De su muerto marido la ceniza,
Con el vano sepulcro le eterniza.

Esta tambien con los del fiero bando
Del roto persa, vergonzosamente,
Al viento y mar la vela y remo dando,
Huye de la furiosa griega gente;
Y aquel consejo á todos acordando
Que á Jérjes dió de plática y prudente,
Mostró, con gloria de su sexo y nombre,
Ser digna en todo de inmortal renombre.

Su galera, de muchas perseguida,
La pintura vivísima mostraba,
Con la vela mayor llena y tendida,
Y con la presta boga que volaba:
Fué más que todas las demás seguida,
Dándole caza porfiada y brava
Cada cual, aspirando á la promesa
Que Aténas hizo por tan rica presa.

Mas, aunque no alcanzaron esta gloria,
Que fuera la mayor con que pudiera
Ilustrar de los griegos la memoria
La fama, de sus cosas pregonera;
En lo demás se via la victoria
Pintada de su parte de manera,
Que á hierro y agua, y fuego y fuga, rota
Quedó del persa la soberbia flota.

Ya que de la siniestra banda habia
Visto Garin la obra delicada,
Y aquella grande historia que él sabia
Tan vivamente allí representada;
Por donde el ancho corredor hacia
A la espaciosa timonera entrada,
Pasó á gozar en la derecha parte
De lo que ya le prometia el arte.

Mira por el mismo órden compartida
La obra, y en la basa de escultura,
Medusa bella, por el mar traida,
De un gran caballo á su placer segura:
Muéstrase más alegre y atrevida
Que Europa y con más gracia y hermosura;
Todo lo cual le fué dañoso tanto,
Que en fealdad se convirtió y espanto.

A los tres cuadros de pintura luego
Alza la vista, y en el uno mira
De dos armadas encendido un fuego
Y un bélico furor que al mundo admira,
Y un caudillo de amor turbado y ciego,
Y otro abrasado en vengativa ira:
Es Marco Antonio el torpe, y el airado
El grande Octaviano, su cuñado.

Entre las dos armadas, mil galeras,
Casi en iguales partes repartidas,
Daban al aire claro las banderas
De las romanas gentes divididas;
Y en el fértil Epiro, en las laderas
Del Accio promontorio al mar tendidas,
Los dos campos están de los romanos,
Vueltos al mar, las armas en las manos.

Sólo representaba lo pintado
En este primer cuadro, presentada
La batalla del uno y otro lado,
En orden puesta la una y otra armada:
En la segunda tabla ya trabado
Se via el gran conflicto, con la airada
Furia que suele en estos trances tales
Emplear sus rigores infernales.

Allí se vian llamas encendidas,
Que llegaban furiosas á su esfera;
Allí en el aire denso suspendidas
Nubes de vista tenebrosa y fiera;
Allí de astadas armas impelidas
El daño se mostraba de manera,
Que el mar, de muertos lleno, está revuelto,
Y en espumosa y negra sangre vuelto.

Pero ¿Quién el furor que las espadas
Muestran allí podrá decir, al punto
Que se ven las galeras abordadas,
Y el confuso tropel de armados junto,
No sólo por los vivos gobernadas,
Que aún dañan en las manos del difunto,
Hallando en ella mil varones fuertes,
Por varios casos mil, mil varias muertes?

Pone la vista, al fin, en el tercero
Cuadro de la pintura artificiosa,
Y mira el fin de aquel conflicto fiero
Con la rota de Antonio lastimosa;
De Antonio, que, de honor rompiendo el fuero,
Huye, no de prisión ó muerte honrosa,
Sino por ver huir desto á Cleopatra,
En quien el torpe idólatra idolatra.

Y de la Reina aquí el bajel se via
Con la purpúrea vela desplegada,
Que, aunque era tarde ya, se descubria,
Por ser de las demás diferenciada:
Demás que la sagaz mujer hacia,
En medio de la fuga acelerada,
Alzar de cuando en cuando un fuego para
Que su querido Antonio la atinara.

Era de ver allí la fuga della
Y el presto seguimiento dél, causado
De la fuerte de amor viva centella
En que el lascivo amante está abrasado:
Infame fuga y trágica, que en ella
Herido Antonio, muere desangrado
Al pecho de Cleopatra, y ella muere
Del áspid con que el pecho airado hiere.

Echa á fondo y abrasa cuanto topa
El grande Augusto en su mayor ventura,
Que el ser de Asia y de Africa y de Europa
Monarca, esta victoria le asegura:
Al fin, llegaba de la bella popa
Todo lo de pincel y de escultura
A su perfecto punto, en cualquier parte
De las que se requieren en el arte.

Pero, si cuan pintor, fuera adivino
El que pintó la popa suntüosa,
El arte y el ingenio peregrino,
Y la mano sutil y artificiosa,
Y el elevado espíritu divino
Que empleó en la labor maravillosa,
Sin duda lo empleara en otra historia
Para gauar eterna fama y gloria.

En la marina misma allí pintada
Del Egeo revuelto y espumoso,
Pintara aquella célebre jornada,
Aquel gran vencimiento milagroso,
Donde mostró la dulce paz amada
Un rayo de su rostro tan hermoso
Cón Pedro y Diego y Marco, y la florida
Gente del mundo en santa liga unida;

Donde por Pio Quinto y por Venecia,
Y por Felipe, el gran don Juan, su hermano,
Breve consuelo á la afligida Grecia,
Y espanto del imperio del tirano,
De la infelice gente que desprecia
El nombre felicísimo cristiano,
Tuvo tantos marítimos trofeos,
Que pudieron cuadrar con sus deseos.

¡Oh pio! ¡oh santo! ¡oh singular prelado!
Lleno de celo paternal divino,
Vuestro alto intento en viva fe fundado
Abrió al poder cristiano este camino,
Para ver su estandarte enarbolado
En la grande ciudad de Constantino,
Y librar el Sepulcro y Santa Tierra
Del cautiverio injusto y larga guerra ;

Teniendo á vuestro intento el aparejo,
Cual en el mundo desear se pudo,
Con el gran Rey, de reyes claro espejo,
Y de la Iglesia diamantino escudo ;
Cuyo gobierno y sér, celo y consejo,
Y cuya gran prudencia yo no dudo
Que fué claro milagro con que quiso
Darnos Dios de su ciencia claro aviso.

Llore la santa Madre militante
Con su sacro rëal cuerpo difunto,
Y cante en gozo eterno la triunfante
Con la alma santa que llegó á su punto :
Llore la triste tierra, el cielo cante,
Donde muriendo, gozo y pena junto
Dió el gran Felipe, á quien de eterna gloria
Será, como de justo, la memoria.

Y no menos, pontífice famoso,
Tuvistes aparejo para el hecho
En el libre senado poderoso,
Conforme en intencion á vuestro pecho ;
Y en aquel fuerte jóven belicoso,
Que general, en general provecho
Del Cristianismo, fué de la jornada,
Digna de ser por única estimada ;

Digna de que las plumas cuyo vuelo
Pasa las altas cumbres de Helicon,
La esparzan con la fama en todo el suelo,
Y la coronen de inmortal corona.
¡ Oh si á mi pluma concediera el cielo
En esto lo que en vella á mi persona !
Oh si así como ví la gran batalla,
Supiera describilla yo y cantalla !

Al fin, si aquel pintor aventajado
Que mostró procurar por su arte y gloria,
Fuera en adiviñar tan extremado
Como en pintar y en escoger historia ;
En el sangriento mar allí pintado
No diera aquella célebre memoria
A los furores bárbaros y ciegos
De persas, de romanos y de griegos.

No mostrara su espíritu ingenioso
Los hechos, aunque grandes, de gentiles ;
Del gran don Juan el hecho milagroso
Mostrara con sus manos tan sutiles ;
Y no en cuatro ó en seis artificioso
Retratará los Héctores y Aquiles,
Sino en todos pudiera retratarlos,
Y en muchos mucho más aventajarlos.

Pues es muy cierto que, aunque igual no fuera
La famosa batalla de este día,
En número ó en fuerzas, á cualquiera
De las cuatro que allí pintado habia,
¿Cuál furia dellas igualar pudiera
A la infernal de tanta artillería,
De tanto fiero y tempestuoso rayo,
Del celestial tan infernal ensayo ?

Arcabuces, mosquetes, esmeriles,
Pedreros y cañones reforzados
(Por martirio de espíritus viriles,
Por los de infierno y su volcan forjados,
Con que suelen matar soldados viles
Los que apenas mirar serían osados),
No usaron las gentílicas armadas,
Y así no pueden sernos igualadas.

Cuanto más, que demás destas no iguales
Armas, dellos no usadas, espantosas,
De doscientas y diez galeras reales
Y de seis galeazas poderosas
Fué nuestra armada; y los varones, cuales
Suelen hallarse en cosas tan famosas,
Fueron veintiocho mil, seis de Alemaña,
Doce de Italia, y los demás de España.

Y fué la fiera armada de Otomano
De doscientas galeras sobre treinta,
Y sesenta de aquellas que al tirano
Suelen servir á costa suya y cuenta,
Galeotas, que el mar Mediterraneo
Corren con tanto daño y tanta afrenta ;
Y en naciones y en armas diferentes,
Fueron treinta y seis mil sus combatientes.

De los cuales la suerte allí trocaron
Más de diez mil con doce mil cristianos,
Que en deseada libertad quedaron,
Dejando aquellos hierros inhumanos ;
Que este gran bien que entonces alcanzaron
Nuestras cristianas vencedoras manos,
Es bien con quien en igualdad no cabe
La victoria mayor que el mundo sabe.

Por todo, al fin, desta naval victoria
Es sin igual el triunfo y preferido
A cuantos tiene el mundo en su memoria,
Y la Iglesia Católica ha tenido ;
Para el gran vencedor de eterna gloria,
Y de eterno terror para el vencido:
Obra, al fin, de la paz divina amiga.
¡ Oh si siempre duraras, Santa Liga !

Y ya que no duraste, ¡oh Liga Santa!
Como durar pudieras hasta ahora,
¡Oh si cual fértil arraigada planta
En el jardín de la divina Flora,
Volviesses á brotar ahora tanta
Flor de eterna virtud productora,
Que al nuevo excelso rey hicieses della
Corona de victoria la más bella!

¡Si de Sión con la real conquista
Hiciese á mi gran rey sacro diadema
La santa paz del Cristianismo, vista
En un divino presupuesto y tema,
Despues que á la insolencia calvinista,
Herética, cismática y blasfema,
Su primer golpe echase en el profundo
Mar de su error sacrílego y inmundo!

Despues que los agudos filos nuevos
De su espada mi rey pruebe, cortando
Duras raices y ásperos renuevos
Del sedicioso, infiel, pérfido bando,
Con aquellos primeros dulces cebos
El gusto de altos triunfos incitando,
¡Oh santa paz! potente en santa guerra,
Dale tú el triunfo de la Santa Tierra.

Vaya á tomar la posesion Felipe
De su Jerusalem sagrada, y della
Aquel injusto posesor disipe,
Indigno tanto de reinar en ella;
Que despues, cual corriente de Aganipe,
Tras victoria de todas las más bella,
Africa toda, toda Tracia, todo
El ancho mundo vencerá á su modo.

Así sea, señor, así el divino
Os lo conceda, cuanto á su alta gloria
Sea conveniente, en su rëal camino
No discrepando un punto la memoria:
Así seais, en modo peregrino,
De poema dignísimo y de historia;
Así la santa paz, en santa liga,
Santísimos efectos os consiga.

Pero mientras Garin de la galera
La belleza riquísima miraba,
Ella con viento próspero ligera
El sosegado golfo atrás dejaba
Y al tiempo ya que la mayor lumbrera
En la mitad de su camino estaba,
Mostrando alegre y claro el horizonte,
Descubre de Marsella el alto monte.

Con alegre rumor los marineros
Su cumbre con el dedo señalaban,
Y á Garin y á los otros pasajeros
Como nube entre nubes le mostraban,
Y al favorable viento los ligeros
Bajeles con el arte apresuraban,
Ora con el timon, ya con la escota,
Tomada para el puerto la derrota.

El General subió á la popa en esto,
Y el contento creció; el rumor cesando,
Garin se le humilló sabio y modesto,
El á Garin notablemente honrando;
A quien en su alto y reservado puesto,
Ya las mesas alzadas retirando,
Como admirado de su sér notable,
Le dice así con dulce voz y afable:

«Dais, padre, de bondad y de prudencia
Tan grandes muestras, que me habeis forzado
A que quiera saber de cierta ciencia
El nombre vuestro, el hábito y estado;
Y así con toda salva y reverencia
Os pido aquí, en secreto retirado,
Satisfagáis en esto á mi deseo,
Si en ello cosa injusta no deseo.»

Con baja voz, humilde y grave, dando
Un severo y tristísimo suspiro,
Garin al General responde: «Cuando
Tu grandeza, señor, contemplo y miro,
Ese término llano, afable y blando
Que usas conmigo, cual divino admiro
Por ver en tí la clara ilustre lumbre
De heróica alteza y santa mansedumbre.

»Pedir tú así, señor, es mandamiento
Que por mí debe ser obedecido;
Y así el hábito y nombre y nacimiento,
Y cuanto puede ser de mí sabido,
Por tu satisfaccion y tu contento,
Como es á tu grandeza y sér debido,
Con llaneza diré y verdad sencilla,
Y no sin darte alguna maravilla.

»Cerca de donde Lobregate ameno
Mezcla sus aguas con el mar profundo.
De bellezas riquísimas tan lleno,
Que á ningun rio debe ser segundo,
Tiene dos islas en su dulce seno,
A donde da la que enriquece el mundo
Todo lo de más gusto y alegría
Que en los jardines más curiosos cria:

»En una de las cuales retirado
Vivia un hombre santa y dulcemente,
A quien fuí yo del mar por hijo dado,
Siéndome el cielo próspero y clemente:
Oirás, señor, un caso señalado,
Reveládome á mí por el prudente
Viejo que me crió de la manera
Que si su verdadero hijo fuera.

»Contábame que, estando atento un día
Mirando cómo el mar bravo y furioso,
Con un levante que le revolvía
Con porfiado soplo y riguroso,
Sus altas olas con furor rompía
En su preciso límite arenoso,
Atronando la playa que alterada
Estaba, negra, triste y despoblada:

»Vió llegar fluctüando á la ribera,
Allí muy cerca de donde él estaba,
Una ancha y hermosísima venera
Que por cosa admirable celebraba;
La cual, como si alguno la rigiera
En el rigor de la tormenta brava,
Los golpes de las olas esquivando
Del bravo mar, la tierra iba ganando.

»Y al fin llegada y puesta en salvamento
Donde al soberbio mar la tierra enfrena,
Un niño echó con admirable tiento
Fuera del agua en la mojada arena;
Y luego del reflujó y mar violento
Sorbida fué de arena y agua llena,
Quedando yo, que el niño era, tendido,
Sin pulso, sin aliento y sin sentido.

»El viejo, que mirando atentamente
Estuvo siempre aquella maravilla,
Con presurosos pasos diligente
A ver lo que era yo, llega á la orilla,
Y visto, me levanta, y con ardiente
Celo de caridad á su casilla
Me lleva, y con remedios principales
Vuélveme los espíritus vitales.

»Tenia yo de edad un año, cuando
Fuí por este camino así admirable
A ser hijo del viejo venerando,
En cristiandad y en discrecion notable;
El cual, como estuviese vacilando
Con discurso confuso y variable
Acerca de mi nombre y nacimiento,
Y de aquel prodigioso acaecimiento;

»Sucedió que quitándome el vestido,
Del tempestuoso mar todo mojado,
En un pequeño reliquiario asido
Un cordon, y con fuerza desatado,
Fué causa que se abriese, y de escondido,
Manifiesto quedó un papel doblado,
Que era una oracion hecha en mi ruego,
De quien mi nombre supo el viejo luego.

»Supo que Juan Garin mi nombre era,
Y así me llamó siempre el sabio anciano:
Crióme allí desde esta edad primera,
Hasta seis años con su industria y mano;
Al cabo de los cuales la ribera
Del mar dejó, la isla, el rio y llano,
Y subióse conmigo á Monserrate,
De cuyo asiento gustarás que trate.»

Hizo aquí pausa el sabio religioso,
Como para querer tomar aliento,
Y al mismo punto un tono lastimoso
El hilo rompe de su dulce cuento:
«¡Hombre á la mar!» dice el proel cuidadoso:
«¡Hombre á la mar!» replica en un momento
La chusma; y como el cómitre le ordena,
De golpe amaina la cruzada entena.

Luego por una banda apriesa boga,
Y por la otra á toda furia cia,
Y la galera al triste que se ahoga
Vuelve veloz por la sulcada via;
Y no con vara, ó pica, ó remo, ó sogas
El sócorro prestísimo le envia,
Sino con la barqueta y marineros,
Que al mar se arrojan diestros y ligeros.

Sacan, al fin, al pasajero pobre,
Que de bisoño y mal considerado
Al mar cayó, por confiarse sobre
Un filarete en sueño descuidado;
Y para que el aliento y vida cobre
Se atiende con piedad y con cuidado,
Volviendo la galera ya á su curso,
Y las demás que guardan su discurso.

CANTO V.

ARGUMENTO.

Pinta el discreto monje á Monserrate
Con todos sus regalos celestiales:
Su cuento acaba sin perder quilate
En callar sus secretos principales:
Llega á Marsella, y siente cual le trate
La guerra de las furias infernales,
Yendo á ver el sagrado monumento
De Magdalena, con devoto intento.

Garin, que lastimado y condolido
Del triste que pasó el peligro fiero,
Porque en el alma fuese socorrido,
Fué á velle con cuidado verdadero;
Dejándole ya vuelto en su sentido,
Con el esfuerzo y ánimo primero,
Vuelto al ilustre Alberto y á su intento,
Así prosigue el comenzado cuento:

«Monserrate, señor, la alta montaña
Cuyas grandezas gustas que te cuente,
Tras el suceso de mi vida extraña
Que he referido ya sumariamente,
Está situada en la felice España,
Casi en el medio de la noble gente
De que es cabeza Barcelona ilustre,
Grande ciudad, de gran riqueza y lustre:

»De quien hácia poniente está distante
Siete leguas, y doce á tramontana
Tiene los Pirineos, y delante
Al mediodía la marina llana;
Por donde, cuando sale de levante
La clara luz de quien el día mana,
Los rayos de oro que en el agua altera,
En el hermoso monte reverbera.

»Cuatro leguas ocupa de la sierra
El ancho asiento al rededor medido;
Y el grande rio que en el mar se encierra,
Allí donde yo fuí del mar traído,
Fertiliza del pié la verde tierra,
De las aguas del monte enriquecido,
Que son muchas, muy claras y agradables,
Dulces, suaves, frias, saludables.

»La belleza, la gala y compostura
De toda la montaña es admirable;
La varia y hermosísima espesura
No puede ser más linda y agradable:
La eterna y fertilísima verdura
Es en extremo dulce y deleitable;
Hasta los riscos ásperos y yertos
Están de flores y árboles cubiertos:

»Los riscos, cuyas cimas hasta el cielo
En forma de pirámides subidas,
Bastan á divertir y dar consuelo
A las más tristes almas y afligidas;
Que, ora cubiertas de importuno hielo,
Ora se muestren verdes y floridas,
Sólo el órden y traza de su asiento,
Cuanto es de admiracion, es de contento.

»Ni en los famosos tempes de Tesalia,
En la mayor riqueza del Peneo,
Ni donde más las ninfas de Castalia
Enriquece el arroyo Pegaseo,
Ni en la aurífera Hesperia, ni en Italia,
Ni en lo mejor del Arabe ó Sabeo,
Algun lugar con Monserrate igualo
En belleza admirable y en regalo.

»Cual famosa ciudad puesta en la raya
Del enemigo reino poderoso,
Donde mil torres y atalayas haya
Sobre un asiento altísimo y hermoso,
Y que entre el cerco, torre y atalaya
Se muestre el alto templo suntuoso,
La casa principal, los capiteles,
Las almenas, las cruces y pineles;

»Así parece desde lejos vista
La sierra, porque están los riscos puestos
Con tal concierto, que uno de otro dista
Casi á nivel en el altura y puestos:
Engañan al jüicio y á la vista,
Que parece por arte estar dispuestos,
Y por entre ellos ver con varias luces
Templos, almenas, capiteles, cruces.

»Están las peñas como si aserradas
O partidas á mano hubiesen sido,
Menos ó más en partes levantadas,
Segun menos ó más hayan crecido;
Y de verlas la gente así cortadas,
Y el monte en tantas partes dividido,
Fué Mont Serrat en catalan llamado,
Que es lo mismo decir monte aserrado.

»Pero la universal lengua de España,
De Mont Serrat llamóle Monserrate,
Y así se ha de llamar esta montaña
Por cualquier que en tal lengua della trate:
Fuera otra cosa afectacion extraña,
Y quitar á la lengua su quilate,
Pues es en ella propio ya tal nombre,
Y así es razon, señor, que yo la nombre;

»Aunque es mejor nombralla un paraíso,
Segun es la alegría y el consuelo
De que dotar del monte el aire quiso
El liberal y favorable cielo:
Gozo divino, celestial aviso,
Lleno de sacra luz, claro desvelo,
Influye el rico clima eternamente
Del fértil y alto monte al aire ambiente.

»Y á las innumerables plantas bellas
Influye varios y abundantes frutos,
De que con liberales manos ellas
Al hombre en todo tiempo dén tributos;
Y á las yerbas las flores como estrellas
Hasta en los secos riscos más enjutos
De quien el viento ofrezca á los sentidos
Los ámbares y almizques más subidos.

»De fieras y aves: ¿quién pintar podría
La multitud, belleza y mansedumbre?
De sus voces y cantos y armonía
¿Quién referir el gusto en su costumbre?
Hacen al hombre amiga compañía,
Cual si razon humana las alumbre,
Con gusto que el espíritu levanta
Al Hacedor de maravilla tanta.

»Y así las espesuras espantosas,
Las fieras y aves, plantas, frutos, flores,
Las altas sendas, ásperas, fragosas,
La regalada suavidad de olores,
Las oscuras cavernas temerosas,
Y del aire los claros resplandores,
Se conforman de suerte en dar contento,
Que no desea más el pensamiento.

»Y el ver desde amenísimos lugares
Que tiene á cada paso la montaña,
Mil sierras, mil llanuras, mil lugares,
Los altos montes término de España;
Y áun las fértiles Islas Baleares
Se pueden ver, tal es su altura extraña,
Que están dentro del mar doscientas millas,
En frente de las íberas orillas.

»Es un regalo, un gozo, una belleza,
Y un entretenimiento tan gustoso,
Que levanta el espíritu á la alteza
Del deseado celestial reposo:
Al fin, allí extremó naturaleza
• Todo lo más suave y más hermoso,
Y todo lo que más mueve y aviva
La santa soledad contemplativa.

»Allí fué pues, señor, donde el discreto
Viejo conmigo se subió escondido,
Aquel puesto más áspero y secreto,
Por más á su propósito escogido;
Y allí de mi niñez el ya inquieto
Bullicio fué en sus obras convertido,
Siéndome el sabio anciano juntamente,
Dulce padre y maestro diligente.

»Tal le gocé veinte años en aquella
Vida llena de gusto y de consuelo,
Sólo aspirando y procurando en ella,
Con eficaz deseo y santo celo,
La vida eterna que en la patria bella
Al hombre ofrece el Hacedor del cielo;
A la cual él subió con gozo y canto,
Quedando solo yo con pena y llanto.

»Y así como quedé, perseverando
En aquella dulzura solitaria,
Otros veinte años he vivido, obrando
La vida al cuerpo y alma ya ordinaria:
Hasta que al fin de tanto tiempo, cuando
Era aquella quietud más necesaria,
Por suceso importante me es forzoso,
Hacer este viaje trabajoso.»

Aquí dió fin al cuento de su vida
El afligido monje sabiamente,
Y mostró de su pena dolorida
Lo que él quiso encubrir como prudente;
Y al punto la galera, que traída
Era del fresco y próspero poniente,
De Marsella tomó el seguro puerto
Con grande salva y singular concierto.

Ya estaba en l'alta puerta de levante
La noche á la salida aparejada,
Y ya pasado el ancho mar de Atlante,
El dia apresuraba su jornada;
Cuando Garin, en devocion constante,
Con licencia dificilmente dada,
Fué á visitar el santo monumento
De aquella dama del precioso unguento.

Todo encendido en el divino ejemplo
De aquella pecadora tan gran santa,
Quiere ver el sepulcro, cueva y templo
Donde ella hizo penitencia tanta:
Para allá parte, y dice: «Si contemplo
Lo que un contrito espíritu levanta
La penitencia y oracion continua,
Ellas repararán mi gran ruina.

»Si en vos, dichosa Magdalena, miro
El primer nombre deslustrado y feo,
Y el segundo lustroso y lindo admiro,
Que ser trocado en penitencia veo;
Con justa causa á penitencia aspiro,
Con gran razon la busco y la deseo,
Animado, aunque indigno y miserable,
Con vuestro santo ejemplo memorable.

»Aquel santo Señor por mi enclavado
En alta cruz delante á vuestros ojos;
Aquel que vistes vos resucitado
Lleno de mil trofeos y despojos,
Siendo de mí como de vos amado,
El reparo será de mis enojos:
En él espero yo con vuestro ejemplo,
Aunque inmérito tanto me contemplo.»

Diciendo así, el andar apresuraba
El contrito animado penitente,
Cuando ya el sol del todo se encerraba
En el mar de las Indias de Occidente,
Y de la parte donde él iba, estaba
En medio del camino justamente;
Cuando con grave horror oyó un gemido
Cerca de sí, lloroso y dolorido.

Y vuelto el rostro á la siniestra mano,
 Entre una espesa y áspera maleza,
 Vió abierto un corto paso, fácil, llano,
 Aunque lleno de espanto y de tristeza:
 Hizo allí fuerza el apetito humano
 De investigar las cosas de extrañeza,
 Y así volvió, aunque á espacio y receloso,
 El paso al paso triste y temeroso.

Guióle á aquella parte donde oía
 La voz llorosa que á su son le lleva,
 Una pequeña lámpara que ardía
 Al fin del paso en una angosta cueva:
 A la puerta llegó, y no bien ponía
 Los piés en ella, cuando en forma nueva
 Y en tono triste, humilde, afable y blando,
 Así la voz sonó siempre llorando:

«¡Oh tú que con divino y santo celo
 Y con alma contrita y dolorida
 Procuras el reparo y el consuelo
 De tu pesada y mísera caída!
 Quéjate del rigor bravo del cielo,
 Duélete de tu amarga y triste vida,
 Blasfema y aborrece el ser criado
 Para tan miserable y triste estado.

»¿A dónde vas, cuidadoso peregrino,
 Mil mares y mil tierras travesando,
 Piedad, favor y gracia en el divino
 Juez rigurosísimo esperando?
 Vuélvete, ó pára aquí de tu camino,
 Que en vano vas ¡oh triste! agonizando:
 Yo lo sé, no lo dudes, yo te aviso:
 No hay silla para tí en el paraíso,

»Y porque creas lo que digo, advierte:
De España vienes; Juan Garin te llamas;
Con torpe estupro y con injusta muerte
De una doncella mísera te infamas;
En el infierno con tormento fuerte
Tu asiento tienes entre eternas llamas:
Con lástima de prójimo y con duelo
Sentencia irrevocable te revelo.

»La cual, si me ha mandado que te diga
El Juez, que es sólo quien saberla puede,
Es porque se repare tu fatiga
Mientras la mortal vida te concede,
Dándote la fortuna siempre amiga
Mientras contigo en este mundo rueda;
Y alcances esto por tus buenas obras,
Ya que el infierno por las malas cobras.

»No te congojes, pues, ni así afanado
Andes en tu esperada penitencia:
Huye de Roma, donde tu pecado
Se sabe ya con presta diligencia:
El mismo Conde, fiero y lastimado,
Acusa tu sacrílega insolencia,
Hallado el cuerpo do la ve patente,
Y cuanto es justo la exagera y siente.

»Y para que mejor ¡oh Garin! creas
Que no ha de ser tu culpa perdonada,
Y el gran rigor del Juez del cielo veas,
Como si vieses su sangrienta espada;
Yo triste ahora entre las almas feas,
En la pena más fiera y lastimada,
Eternamente lloro, gimo y peno,
Habiendo sido en alto grado bueno.»

Aquí cesó la triste voz, y al llanto
Primero se volvió con ronco acento:
El monje queda cual si un fuerte encanto
Le atara el corazón y el pensamiento:
El fiero horror, el infernal espanto,
Ni da á la vista paso ni al aliento,
Ni deja al alma la espantosa pena
Discurso ni razón ni cosa buena.

Cual estatua de piedra el monje estaba,
Sin movimiento y sin color, pasmado;
Cuando la luz pequeña que alumbraba
El aposento triste y asombrado,
Con una furia temerosa y brava,
De un turbión repentino arrebatado,
En humo espeso y negro fué resuelta,
Y en él se fué la triste cueva envuelta.

Solo Garin quedó en el campo abierto,
Del espanto primero conmovido,
Con el segundo bravo desconcierto
Del repentino desigual ruido;
Y junto á un grande pozo y al desierto
Camino que á la cueva le ha traído
Se vió Garin, y casi estuvo dentro,
Con la intención, de aquel profundo centro.

Pero ya que el confuso desvarío
A la flaqueza humana sojuzgaba,
Y faltando del alma el santo brío,
A punto ya de ser rendida estaba;
Sin que supiese él cómo, el albedrío
De aquel peligro el paso retiraba
Al asombrado y flaco peregrino
A mano diestra por el buen camino.

Y como si de un impetu de viento
Contra su voluntad fuera llevado,
O si algun repentino encendimiento
Le siguiera con vuelo acelerado,
Vuelve á seguir el comenzado intento
Con prestos piés por el camino usado;
Y en breve tiempo llega al templo santo,
Y allí renueva su angustioso llanto.

Póstrase ante el altar de Magdalena
Con presuroso respirar rendido,
Al presto movimiento y á la pena
Que con tanta congoja le han traído;
Y sin poder hablar, y sin que apenas
Se pueda aprovechar de algun sentido,
Pasmado se quedó, como si fuera
Voto ofrecido allí de tabla ó cera.

Así gran rato está; pero ya cuando
Se vino poco á poco recogiendo
El espíritu pobre, que volando
Andaba ya de su mortal huyendo;
Cual de profundo sueño despertando,
Rios de amargas lágrimas vertiendo,
Con sollozar tristísimo y amargo
Vuelve Garin de aquel desmayo largo;

Y dice con llorosa voz, salida
De un ronco pecho convertido en hielo:
«¿Quién trocó la esperanza de mi vida
En tan desesperado desconsuelo?
¿Qué mar, qué tierra podrá dar cabida
A quien así la niega el justo cielo?
¿A dónde iré ó qué haré, cuitado,
Tan miserablemente condenado?»

» ¿Es esta la dulcísima esperanza
Que con tanto cuidado me traía
A santa penitencia, y que en bonanza
El alto mar de mi dolor tenía?
¿Es esta aquella bienaventuranza
Que mi santo viaje prometía,
Yendo á los piés del Sumo Sacerdote
A demandar el saludable azote?

»Que cuanto la tremenda voz y horrible
De mí me ha dicho sea verdad sin duda,
En cuanto á quien yo soy y á la terrible
Culpa que de la gracia me desnuda,
Conozco ser verdad cierta, infalible;
Queda mi lengua contra ella muda;
Mas que á mi llanto falte en Dios clemencia
Tengo por dudosísima sentencia.

»Y así dudoso en esto, y no dudoso
En que Dios puede al pecador cuitado
Más perdonalle con amor piadoso,
Que pecar él con corazon trocado;
Teniendo de mi parte el congojoso
Dolor de haber en su camino errado,
¿Cómo puedo creer la irrevocable
Sentencia que esta voz dijo espantable?

»Pero ¿qué voz osar pudiera tanto,
Que con tanta certeza pronunciara
De parte del Juez tan justo y santo
Sentencia tal, definitiva y clara?
En todo veo un mar de inmenso llanto;
Todo en dolor, en pena todo pára,
O sea el llanto que el perdón merezca,
O el que por tal sentencia se padezca.

»Y así, por tan intrínsecos cuidados,
Con miedo horrible, con temor horrendo,
Con dolores vivísimos, causados
De asombro tan atroz, tan estupendo,
Llorad sin descansar, ojos cansados;
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo;
Formad un mar inmenso en mí de pena,
Y la culpa anegad que me condena.»

Así lloraba, así su pena amarga
Con dolores vivísimos sentía,
Mientras la noche triste, al triste larga,
El usado camino proseguía:
Al fin, juntando á la pesada carga
De tormentos que tanto le afligía,
Un sueño pesadísimo rindióle
Y el alma á sus fantasmas entrególe.

El triste sueño grave y congojoso
Le trabó los sentidos trabajados,
Y al afligido espíritu cuidadoso
Dejó solo en las penas y cuidados:
Allí del fuerte trance riguroso
Confusamente vió representados
Los pasados tristísimos horrores,
Los peligros, las penas y temores.

Y particularmente el sueño vano
Le representa aquel oscuro centro,
Aquel profundo pozo que en el llano
Al triste fué tan peligroso encuentro;
Y que le arroja con horrenda mano
Uno vestido de ermitaño dentro,
El cual era en el hábito el del monte,
Y en las manos y cara un Aqueronte.

Pero ya, cuando la amorosa estrella
Recogía su luz resplandeciente,
Y la rosada aurora, alegre y bella,
Salía por las puertas del oriente,
La vió en sueño salir, y á par con ella,
Pero más adornado y más luciente,
Un jóven vió salir, y que guiaba
Hácia el ardiente pozo donde estaba.

Dos alas hermosísimas batía
El bello jóven en el largo vuelo
Con que ligeramente descendía
Por el abierto iluminado cielo:
Severo el lindo rostro sí traía,
Mas echaba mil rayos de consuelo;
Y al affigido y mísero llegado,
Así le dice en tono sosegado:

«Levanta, no desmayes, persevera,
Esfuerza, no te rindas, cobra aliento;
Vuelve más animado á la carrera;
Confía, y sigue tu primer intento.
Ya ves que vengo de la excelsa esfera,
Donde podrás tener eterno asiento;
No creas las pasadas ilusiones;
Dios oye los contritos corazones.»

No dijo más, sino alargó la mano,
Y al cabello la echó del que dormía;
Y del gran pozo por un paso llano
Tras sí le trae allí donde yacía;
Y luego el mensajero soberano
Vuelve ligero á la alta jerarquía:
Con el alma Garin le sigue alerta,
Entrar le ve, y hállase despierto.

Temblando, y el cabello espeluzado,
Se vió despierto ante el altar tendido:
Estuvo un rato así; pero animado
Y al discurso y razon restituido,
Siéntese internamente consolado
De un divino consuelo no entendido:
Tiernas lágrimas riegan sus mejillas,
Y dice así, lloroso y de rodillas:

«¿Qué hielo riguroso diamantino
Hará, Padre piadoso, resistencia
Al fuerte rayo de ese sol divino
De tu inefable altísima clemencia?
Animas á este pobre peregrino
A que prosiga y haga penitencia;
Abresle de tu gracia la ancha puerta;
Quieres, Señor, que viva y se convierta.

»Yo lo conozco verdaderamente:
Era ángel tuyo el que he visto yo ahora
Salir y entrar en el umbroso oriente
Por las doradas puertas de la aurora:
Ya siente el fuego de tu amor clemente
Esta alma tuya, que sus culpas llora,
Y se apercibe en tu servicio y nombre
A dar al traste con el viejo hombre.»

Así se consolaba, confirmado
En la verdad de la vision divina:
Desta suerte se anima, ya esforzado
Con aquella preciosa medicina:
En esto del oficio acostumbrado
La santa hora del alba se avecina,
Y entraron luego al santo ministerio
Los cultores del sacro monasterio.

Gimiendo siempre, siempre en tierno llanto
Pasó las horas del divino oficio,
Mostrando valerosamente cuánto
Vuelve ya á confiar de su ejercicio:
El que gobierna el monasterio santo,
Llegado al fin el alto sacrificio,
A Garin llega, y con amor le ofrece
Todo lo que conoce que merece.

Era Garin de aspecto venerable,
Aguileña nariz, enjuta cara,
Alegre vista, gravemente afable
Con humildad y con modestia rara;
Blanco, rubio, dispuesto y de agradable
Compostura, que daba muestra clara,
En amable apariencia, ser persona
Que de nobleza y cristiandad se abona.

Y así el monje prudente conociendo,
Luego en viendo á Garin, que merecía,
En su notable aspecto y reverendo,
Cumplida y amigable cortesía;
Hospedaje carísimo ofreciendo
Con palabras discretas de alegría,
Su voluntad, su celda y mesa ofrece,
Y él la caricia acepta y la agradece.

Van á la celda á entretenerse hasta
Que se llega la hora de la mesa,
Dando cuenta de sí la que le basta
A quien sus cosas con prudencia pesa;
Que almacén de palabras no se gasta
Adonde es dellas la razón turquesa,
Porque las saca solamente al justo
Con la verdad, con el provecho y gusto.

CANTO VI.

ARGUMENTO.

Pinta la sacrosanta Eucaristía,
Y la alta Concepcion immaculada,
Y la asuncion triunfante de María,
Y Magdalena á penitencia dada,
Y Agueda, que á la gloria el alma envía;
Y es la grande Judit aquí pintada:
Juntando sus dulcísimos primores
Pluma y pincel en versos y colores.

Era el sabio francés discretamente
Curioso, y lo mostraba su aposento:
Gozaba de las musas el ardiente
Fervor y afecto de divino aliento:
Con el arte de Apeles excelente
Adornada en igual compartimiento
La celda está, y entre el color diverso
Altos relieves de divino verso.

En frente de la puerta la pintura
Muestra á la vista con belleza y arte
El pan de ángeles santo, en la figura
Que el alto amor al hombre le reparte;
Y en un gran carro de triunfal hechura,
Cual los que ofrece el victorioso Marte,
Aunque de su soberbia no adornado,
En alto asiento de oro era llevado.

No feroces caballos saltadores
Tiran el carro con soberbia huella;
No muestran ruedas y armas los rumores
Ir levantando á la más alta estrella;
No trofeos de humanos vencedores
Hacen la pompa más vistosa y bella;
Y no cautivos hombres esforzados
Van al divino carro encadenados.

Mansos corderos sosegadamente
Con paso humilde el santo carro tiran;
Suave són parece que se siente,
Con que los ojos al oído admiran:
Los trofeos del brazo omnipotente
Son tales, que á rendir el mundo aspiran,
Y los aprisionados, prisioneros
Del hombre, son los enemigos fieros.

Cinco eran éstos en disforme traje:
Uno desnudo, en todo extremo feo;
Otro adornado de humanal linaje,
Con varias formas de pomposo arreo;
Otro revuelto en femenil ropaje,
Todo manando sensual recreo;
Otro en forma de bestia torpe y bruta;
Otro de huesos armadura enjuta.

Estos en sus prisiones diamantinas
Vienen detrás al sacro carro atados;
Otras figuras raras y divinas
Ornan las anchas ruedas y los lados:
Cuatro bultos están en las esquinas
Con majestad altísima asentados,
Que son hombre, leon, águila y toro;
La fe es cochero en rico asiento de oro.

Pero como el francés discreto había
Juntamente pintado el aposento
Para emplear tambien su poesía
Con celestial espíritu y aliento,
En este primer cuadro parecía,
Por admirable traza y ornamento,
El verso lleno de artificio y ciencia,
De quien es tal la altísima sentencia:

«El que no cabe en el inmenso cielo,
Y en breve humanidad cupo encubierto;
El que viste nacido en heno al hielo,
Y en cruz despues tras mil tormentos muerto;
El que, en manjar de celestial consuelo
Se da á las almas por su bien, cubierto,
Es triunfador del enemigo fuerte,
Del mundo y carne, del pecado y muerte.»

La dulzura del verso regalado,
La gala que en sus términos comparte,
Y el artificio bien considerado
Con que el alto concepto se reparte,
Fué el epigrama por Garin loado;
Y vuelto el rostro á la derecha parte,
Mira de la divina Virgen pura
La limpia concepcion puesta en figura.

Una doncella en perfeccion hermosa,
Del claro sol vestida y adornada,
Se muestra en la pintura artificiosa,
De doce estrellas de oro coronada;
Y una sierpe mortífera enconosa,
Abierta la cabeza y quebrantada,
Se ve tendida estar sin fuerza alguna
Ante sus piés, que estriban en la luna.

Al rededor de la figura santa,
Mostrando sus virtudes y loores,
Aquí un árbol se muestra, allí una planta,
Y allá un cerrado huerto con mil flores;
Allá un lucero, acá una fuente, y tanta
Diversidad de gracias y favores,
Cuanto el verso dulcísimo mostraba,
Que así la alta pintura declaraba:

«Alegre dia dió este sol hermoso,
Huyó la noche de esta luna llena,
Aseguró este norte el mar dudoso,
Con esta fuente fué la tierra amena:
Echó la muerte al centro tenebroso
La luz que al mundo dió esta luz serena,
Al tiempo que llegó el cumplido tiempo;
Que al tiempo se entregó el Señor del tiempo.»

Desta suerte los versos sonoros
Muestran la virginal sacra pintura,
Juntando en sus secretos misteriosos
Heróica alteza y cordial dulzura:
Dos cosas que los más artificiosos,
En la más elevada compostura
Procuran con acorde melodía,
Para llegar al fin de la poseía:

Dos cosas en que fundan sus poemas
Los que la heróica gravedad imitan,
Con dulce voz cantando obras supremas
De ejemplos graves que á virtud incitan;
Y éstos, para alcanzar nobles diademas
De eterno lauro, en todo se habilitan;
Pues si á lo dulce lo útil fuere junto,
En todo se tendrá el debido punto.

Vuelven la vista á la pared que en frente
Está de la segunda que han mirado,
Donde ven el clarísimo oriente
De luz divina todo iluminado;
Y en él la puerta altísima patente,
Toda adornada de uno y otro lado
De los santos ministros celestiales
Y de sus cortesanos principales.

Estaban divididos en hileras
Aquellos admirables escuadrones;
Al aire tremolaban mil banderas,
Mil heróicos trofeos y pendones:
Mostraban ser suavemente fieras
Altas trompetas y marciales sonos
Que en la boca, en las manos y á los lados
Traian puestos músicos alados.

Viase por entre estas maravillas,
Por este alarde altísimo triunfante,
Ser levantada á las más altas sillas
La humilde amada del excelso amante:
Ponen por donde pasa, las rodillas
Cuantos la ven, en viéndola delante:
Al brazo de su Hijo va apoyada
La Virgen Madre, como tal honrada.

No hay pluma que al pincel artificioso
Pueda igualar en la sutil pintura;
Tan altamente muestra aquel glorioso
Y sacro triunfo de la Virgen pura:
Aquí del rico verso numeroso
La bien compuesta y fácil escritura,
Con el usado gusto y gallardía
Esto en breves razones contenía:

«La paloma sin hiella, rēal ave
Que con sus soles mira al sol de hito;
La pertrechada y bella y rica nave
Que al mundo trajo el blanco pan bendito;
La que en su cláustro con virgínea llave
Tuvo y guardó encerrado al Infinito,
Paga á la muerte temporal tributo,
Y coge de la vida eterna fruto.»

Admirado Garin de la belleza
De la sutil pintura delicada,
Y de la majestad y sutileza
De la alta rima dulce y regalada;
Con devota y dulcísima terneza
Vuelve la vista alegre y consolada
Hácia la puerta, y á su diestra parte
Descubre otra riqueza de aquel arte.

De la santa patrona de la ermita
La penitencia el cuarto cuadro muestra:
Estaba la apostólica bendita,
De penitentes única maestra,
Con lágrimas mostrando la infinita
Constancia en la asperísima palestra;
Que así llamo la cueva peñascosa
Adonde ella quedó tan victoriosa.

No allí rubio color del oro fino
Mostraba el hermosísimo cabello,
Ni aquella tez de lustre diamantino
Se via en las mejillas, frente y cuello;
Y no el color rosado peregrino
Hácia el tierno y dulce labio bello,
Ni en los hermosos ojos parecía
La luz que tantas almas encendía.

Encarnizados, tiernos y sumidos
Se ven los ojos, blandos y llorosos;
Cárdenos, levantados, denegridos
Están los labios, secos y escabrosos:
Es la tez de morados esparcidos
Con mortales colores espantosos;
Y color ceniciento y negro envuelto
Muestra el cabello, corto ya y revuelto.

Sobre la rigurosa peña dura
Está la Santa puesta de rodillas,
Regando en la santísima amargura
Con rios de los ojos las mejillas;
Y parecía en la sutil pintura,
Que, absorta en las divinas maravillas,
Decía el santo corazón contrito
Esto que estaba ante sus piés escrito:

«A tí, Señor, que con pasión tan fuerte
Esta alma inobediente redimiste,
A tí se humilla y llama y se convierte,
Con inmenso dolor turbada y triste:
Tú, que para trocar su amarga muerte
En dulce vida, al suelo descendiste,
Tú la recibe; á tí, Señor, la entrego;
Que es para verte tarde para luego.»

Desta suerte parece realmente
Que la muda pintura está diciendo;
Espíritu tan alto y tan vehemente
Le fué el pintor rarísimo imprimiendo:
Arrebatada de Garin la mente,
Con dulce y leve vuelo, fué leyendo
Los santos versos, y con llanto amargo
Volvió después de aquel consuelo largo.

Van luego á ver el postrer cuadro, puesto
 A la parte siniestra de la puerta,
 Y descubren, en viéndole, un recuesto
 De una grande montaña seca y yerta,
 Y un tirano bravísimo dispuesto
 A dar á un pueblo una doncella muerta:
 El monte es Mongibelo, y el tirano
 El cruel y torpísimo Quinciano.

La vírgen santa, delicada y bella,
 Es Agueda, y Catania el pueblo injusto:
 Muéstrase del tirano la querella
 Ser por no haber querido dalle gusto:
 Vian de la bellísima doncella
 Aquel cuerpo castísimo y augusto,
 Con lastimosa muestra ensangrentado
 Del tierno pecho con rigor cortado.

Y aunque de aquella tan cruel herida,
 Y de duros azotes otras tales,
 Está la vírgen con rigor herida
 Por mil furiosas manos infernales,
 Su celestial belleza aún no perdida
 Daba de sí mil rayos celestiales;
 Todo lo cual moviera un tigre hircano,
 Y el verso más, que dice así al tirano:

«Corta, tirano torpe, el tierno pecho
 Con duro hierro en tu furor templado;
 Haz que en sangre y en lágrimas deshecho
 Quede este casto cuerpo delicado:
 Pon esa vírgen en el fiero estrecho
 De cruel muerte, á que la has ya entregado:
 Muestra en su mayor punto tu venganza;
 Que ella muriendo la victoria alcanza.»

Así el cuadro postrero de pintura
Que la celda bellísima adornaba,
Aquel cruel martirio que asegura
Del fuego de Etna, al catanés mostraba:
La gala, el artificio y la dulzura
De la pluma y pincel Garin loaba,
Y con admiracion gozo y contento
Acabaron de ver el aposento.

Y por ancha ventana, que de puerta
Para salir á un corredor servía,
El cual lindo jardin y bella huerta
Y montañas y mares descubría,
Ambos salieron, donde no desierta
En parte alguna la pared se vía,
Sino adornada de otra sacra historia,
Digna de eterna y singular memoria.

De aquella dama tan hermosa cuanto
De santidad y de valor dotada,
Que la fiera cabeza que fué espanto
De tanto pueblo y tanta gente armada
Metió en Betulia, á quien libró del llanto
A que estaba del todo ya entregada,
La historia ilustra el corredor hermoso,
Por el mismo pincel artificioso.

Holofernes se via en campo puesto,
De innumerable ejército seguido,
Grandes provincias discurrir, dispuesto
A que por dios su rey fuese tenido;
Y en este injusto y vano presupuesto
El juicio anegado y pervertido,
Se via pervertir pueblos potentes
Y anegarlos en sangre de inocentes.

Los montes de Ange, de altas fuerzas llenos,
Llanos se vian á su fuerza brava:
El Eufrates pasado, en sus amenos
Pueblos Mesopotamia le mostraba:
Desde Sicilia al mar los anchos senos
De páramos y valles ocupaba,
Sangre humana por todo y fuego horrendo
El inhumano idólatra vertiendo.

A los campos dulcísimos descende
Del ameno Damasco á la cosecha,
Y mieses, viñas y árboles enciende,
Tala y destruye y por el suelo echa:
Destruir, asolar, hundir pretende;
Con él lástima ó ruego no aprovecha;
Temor infunde con su horrible guerra
Sobre cuantos habitan la ancha tierra.

Y el consejo de Aquior menospreciado,
Echándole de sí afrentosamente,
Se acerca al pueblo de Israel amado,
Sin temor de su Dios omnipotenté;
Y amenazando al mundo con su airado
Hierro cruel y con su fuego ardiente,
La ancha tierra cubriendo cual langosta,
Llega á Betulia por su sierra angosta.

Cerco espantoso al triste pueblo pone,
Los valles y los montes ocupando;
Sobre las fuentes guardias mil dispone,
El agua importantísima quitando:
Así traza la empresa y la compone,
A la sed la victoria encomendando:
Salen los de Betulia, en arma puestos,
A defender fortificados puestos.

Pero la sed es enemigo fuerte,
A quien la humana fuerza no resiste:
Presente tiene inevitable muerte
El pueblo fiel, ó cautiverio triste:
A su Dios, Dios de ejércitos, convierte
Su espíritu, y cilicio y saco viste:
A su príncipe Ocía acude y culpa,
Y él del remedio trata, y se disculpa.

Pero entre estos efectos diferentes
Que el pincel sutilísimo mostraba,
De inmensa multitud de armadas gentes
Y de aparatos de la guerra brava,
Y de pasos tomados y de fuentes
Que el cruel defendía y agotaba,
Una dama bellísima se vía,
Que de Betulia á pelear salía.

A pelear Judit y á vencer sale;
Así es cierto, aunque en ella no parece
Arnés de acero y oro, que honra y vale
Al noble y fuerte que á vencer se ofrece:
De otro, á quien no hay alguno que se iguale,
Viene armada la dama, y resplandece
Santa virtud, heróica, inçontrastable,
Invencible belleza incomparable.

Divina compostura jamás vista,
Celestial aire, soberana gala,
Que corazones y ánimos conquista,
Y con santas victorias se señala:
Iman divino de la humana vista,
Por donde al alma gloria ofrece, y dala
Cuanto beldad humana darla puede,
Y cuanto al alma en tierra se concede,

De piedras preciosísimas con oro,
Con esmaltes y perlas variadas,
Ropas de seda y plata que un tesoro
Muestran valer, traía matizadas;
Alto diadema con real decoro,
Anillos y collares y arracadas
Le adornan con bellísimas parejas
Cabeza, manos, pecho, cuello, orejas.

Al alma santa de virtud ornada,
Que ser hermosa en perfeccion desea,
Cuerpo de perfeccion tan señalada
Divinamente adorna y hermosea;
Y al cuerpo de beldad tan acabada
Haciendo vistósísima librea,
Fortuna la riqueza inmensa ofrece
Que en alto ornamento resplandece.

Los poderosos bienes de fortuna,
Sobre los altos bienes naturales,
Levantán sobre el cerco de la luna
Los pensamientos y ánimos mortales:
No ve á la gran Judit persona alguna
Que con mil bendiciones celestiales
No alabe al Hacedor, que en tal hechura
Mostró su omnipotencia y su figura.

Y el Señor, que llevaba al hecho grande
La santa y hermosísima señora,
Le infunde gracia, ó hable ó mire ó ande,
Con virtud que almas rinde y enamora;
Porque, aunque en componerse se desmande
La viuda tan curiosamente ahora,
Pende de alta virtud heróica y pura,
No de otra causa, aquella compostura.

Y así el Señor le da que cuantos ojos
Contemplan su belleza y ornamento
Le rindan vasallaje y dén despojos,
Sujetándole el alma y pensamiento:
Destierra, por do pasa, los enojos;
Da, donde llega, celestial contento:
La puerta Ocías manda se le abra;
Sale sola Judit con su fiel Abra.

Admirados mirándola, y al cielo
Los ojos y las manos levantando
Los de Betulia quedan, su consuelo
Por medio de Judit sola esperando:
Muestra el pincel el santo afecto y celo
Con que parece estarla encomendando
El clero, el pueblo y las hebreas madres
Al alto Dios de sus antiguos padres.

Más adelante, al fin, la heróica dama
Se muestra descendida ya del monte,
Al tiempo que del sol la viva llama
Comenzaba á ilustrar el horizonte,
Del fresco y rico aljófár que derrama
La alegre mensajera de Argifonte
Sembrado el hermosísimo cabello,
Que el cielo parecia componello.

Por los exploradores parecia
Preso Judit, y luego en la ancha tienda
Del príncipe Holofernes se ofrecia
Cual admirable, rica y rara ofrenda:
La inmensa admiracion que en él ponía
El arte muestra, y hace que se entienda
Ser al momento preso de su vista,
Sin que en él haya cosa que resista.

Víase entralla en su real tesoro,
Al fiel eunuco Vagao entregada,
Do parece en castísimo decoro
Ser y en su gusto y religion guardada:
Luego entre vasos de altas joyas y oro
Grande cena se muestra, y ser sacada
La santa dama, más que nunca linda,
Do el encendido príncipe la brinda.

El Príncipe, encendido y abrasado
En dos ardientes fuegos infernales:
Amor el uno, amor, el engendrado
De torpes apetitos sensuales;
El otro el vino, el vino, en vicio usado,
Que causa tantos, tan infames males:
A injusto amante el justo incendio vino,
Y á quien quitaba el agua abrasa el vino.

Tras esto, el caso heróico, el alto hecho
Subidamente al vivo parecia,
Do con su espada el bárbaro, en su lecho
Durmiendo, á manos de Judit moria,
Cortada la cabeza, que en estrecho
Zurron la diestra y fiel Abra ponía,
En tanto que la heróica dama, donde
El cuerpo yace, entre el dosel le esconde.

Ya fuera de la grande tienda, y fuera
De los alojamientos caminando,
Cual si á rezar, como solía, fuera,
Se ven las dos que el valle van girando;
Y á la puerta llegada donde espera
Betulia, de su vuelta ya dudando,
Desde algo lejos á la guardia alerta
Muestra decir Judit: «Abrid la puerta.»

Cercada de su pueblo ya gozoso,
Puesta en alto con grande luminaria,
La fuerte diestra en modo victorioso
Alzando la cabeza temeraria,
El hecho cuenta, y da el ardid famoso
Para vencer la gente infiel contraria,
Dandó gracias, loor, honor y gloria
Al gran Dador de aquella gran victoria.

Mostraba en otra parte la pintura,
El cielo arrebolado ya y sereno,
Descubrir el adorno y hermosura
Del monte fértil y del valle ameno,
Y la admirable forma y compostura
Del campo militar, de espanto lleno
Cuando en tu muro ¡oh pueblo fiel! disciernes
Colgada la cabeza de Holofernes.

Y desde él, con altísimos clarines
Arma tocando en levantado grito,
Hasta los aledaños y confines
Llegas de aquel ejército infinito,
Donde cumplido ves con tristes fines
Del pensamiento de Judit bendito
El fin alegre de su excelsa gloria,
Poniéndote en las manos la victoria.

Esta se via retratada tanto,
Que á quien la mira atentamente infunde
Horror y asombro tal, grima y espanto,
Que turba los sentidos y confunde:
Muerte cruel en su profundo llanto,
Sin quedar hombre, el fiero bando hunde,
En mar de sangre el campo infiel convierte,
Y en altos montes de hombres muertos muerte.

Y aquí era el fin de la sutil pintura
Que en los dos lados de la puerta estaba,
Sobre la cual se vía la figura
De Judit, y debajo se mostraba
Que un epigrama en dulce compostura
La bendecía y la solemnizaba,
Y al alto Dios omnipotente en ella,
Cual obra de su mano rica y bella:

«Tú, de Jerusalen gloria y consuelo,
Tú, de Israel altísima alegría,
Tú, honor de nuestro pueblo, cuyo celo
Hizo viril tu pecho y osadía:
Porque tu castidad en su alto vuelo
Te tuvo siempre el alma santa y pia,
Te confortó la mano omnipotente
Y serás bendecida eternamente.»

Y casi al mismo punto que acabaron
De ver la alta pintura delicada,
Diligentes ministros allí entraron
Con la comida sobria y regalada:
A la naturaleza recrearon
Con ella y con la siesta reposada:
Del templo y su cultor Garin tras esto
Se despidió, y partió con paso presto.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

De Provenza, de Génova y Toscana
Pasa la armada, á su placer la costa,
Hasta que ya metida en la romana
Temida playa, al puerto ya se acosta;
Pero la contrapuesta tramontana
Estorba en él tomar segura posta,
Y al mar arroja al monje la tormenta,
Por quien sólo se causa y se acrecienta.

POR el mismo camino trabajoso
Que pasó en noche oscura el ermitaño,
En día claro vuelve, receloso
Aún casi del pasado fiero engaño:
Recibióle en galera el generoso
General, dando con aplauso extraño,
Como sabio señor, debida muestra
De amar la alta virtud que Garin muestra.

Aquella noche, cuando el estrellado
Nocturno carro á la mitad estaba
De su lácteo camino, que empedrado
De lucientes estrellas se mostraba,
La fuerte escuadra, tras el són usado
Que el sonoro clarín al aire daba,
El fuerte ferro zarpa, el puerto deja,
Y con próspero tiempo dél se aleja,

Un blando y fresco viento de poniente
Hinche las velas de la alegre armada,
Con que volando regaladamente
Va por el agua blanca y sosegada:
Sale el dorado sol del alto oriente
Tras la alba de mil flores adornada,
Y con su luz se ve á la diestra mano
El mar inmenso, claro, alegre y llano.

Alegre vista el piélago espacioso,
Cuando manso, se ofrece al navegante:
Pero triste es al ver y temeroso
Cuando revuelto, fiero y resonante:
Ahora al claro rayo del hermoso
Planeta que asomaba por levante,
Alegre vista le es en su derróta
A la napolitana ilustre flota.

La cual ya á la siniestra va dejando
A la noble Provenza largo trecho,
Y á Niza y Villafranca, y acercando
A Génova se va con viento hecho;
Del cual el sabio general gozando,
Lleva el viaje próspero derecho
Por el seguro mar claro y abierto,
Sin tomar en Liguria playa ó puerto.

El viento dura, y dél no se recela
Aquella noche ni se tiene injuria;
La fuerte escuadra dulcemente vuela
Por el alegre golfo de Liguria:
Alta la entena, llena la ancha vela,
Sulca al amanecer el mar de Etruria,
Por parte donde claro se divisa
El fértil Arno y la estudiosa Pisa.

No calma el viento con el sol; la luna,
A la tarde saliendo, calma el viento;
Pero sin ser enojo de fortuna
Vuelve luego más largo y más violento;
Y á Montenegro y á Liorna y Luna
Deja la armada atrás, y de su intento
No cesa, ni al venir del nuevo dia
Cesa tampoco el viento y larga via.

Descubre al claro sol la alegre armada,
Siempre con la bonanza favorable,
La ribera de Sena regalada
Y Pomblin en metales admirable:
Hace dichosamente su jornada;
No siente la fortuna variable;
Mas ¡ay fortuna! entonces más os temo
Cuando en favorecer haceis extremo.

Hasta la playa del romano Tibre
El dulce tiempo, al fin, la armada lleva,
Libre del tempestoso mar y libre
De sentir contra sí fortuna nueva;
Mas cuanto el riguroso azote vibre
Cuando dél hace señalada prueba,
Y en cuanto en hacer bien se mide y cuadra,
Allí le muestra á la contenta escuadra.

Mas ¿á qué llamo yo fortuna en esta
Mudanza que en el mar y el viento ahora
Sus furores fortísimos apresta,
Y se ofrece bravísima á deshora?
Es ira, es furia del infierno puesta
Contra Garin con saña matadora,
Para estorbar con áspero rodeo
El fin de su santísimo deseo.

A vista estaban ya de la ancha boca
Del fértil, espumoso y sacro río,
Y el remo ya sus turbias aguas toca
Con gozo inmenso y con inmenso brio;
Cuando con furia arrebatada y loca
Y con un repentino desvario
Al mar se arroja inesperadamente
El seco y frío bóreas inclemente.

Desciende con tal furia y tal rüido
Del Artico hemisferio el fiero viento,
Alza tanto el bravísimo bramido
Del alto mar, revuelto en un momento,
Causa tal rechinar y tal gemido
En el seco bajel hasta el cimiento,
Que la esperanza y el color de vida
Llevó á la gente en su veloz corrida.

Lleva al primer encuentro riguroso
Los árboles y velas del trinquete,
Y revuelto, soberbio y espantoso
Arrebata tendal y tendalete:
Vista su furia, el cómitre cuidadoso
Con fiero imperio fuertes remos mete;
Tomar el puerto con su fuerza tienta,
Y proejar contra el soberbio intenta.

Estaba el puerto de Ostia tan vecino,
El remedio del mal tan cerca estaba,
Que, á ser menos furioso y repentino
El fiero viento en su soberbia brava,
Le tomara en tres horas de camino,
Segun la fuerte gente proejaba;
Mas fué del viento tal la airada fuerza,
Que en vano en esto el cómitre se esfuerza.

Vuelven al fin las proas, ya rendidos
A las contrarias ondas rigurosas,
Dando á sus altos montes impelidos
Las popas, de aquel daño recelosas;
Y al que impele estos montes dan tendidos
Los cortos treos, y con presurosas
Y hábiles manos hacen todo cuanto
Hacer conviene al peligroso espanto.

La inútil gente va sota cubierta,
Sintiendo en ir allá pena infinita,
Y en el escotillon ó angosta puerta,
El paso al agua el calafate quita;
Ni cantareta, ni rehendija abierta
Deja que el paso al respirar permita:
Allí quedan los tristes sepultados,
De mil varios rumores atronados.

Quiere el cómitre diestro á diestra mano
Tomar tierra á pesar del bravo viento,
Orzado ya el timon; mas es en vano
Este su conveniente pensamiento:
Crece el soberbio bóreas inhumano,
Con soplo tan veloz y tan violento,
Que si orcear el cómitre procura,
Es dar consigo en la mortal hondura.

Por no anegarse, al fin, en popa toma
Al bravo viento el triste marinero;
Y á tiempo bueno fué, que veis do asoma
Más fuerte y largo, más furioso y fiero:
Ya en el golfo bravísimo de Roma
Dobla cruel el ímpetu primero,
Y de sus aguas hasta el horizonte
Va levantando monte sobre monte.

Por puntos va creciendo el espantoso
Y soberbio soplar de tramontana,
Cuando en el alto golfo peligroso
Los tiene la fortuna ya inhumana;
Y va subiendo el bravo mar furioso
Hasta la luz de donde el día mana,
Ante la cual, con su violenta priesa
El viento mil nublados atraviesa.

Hasta la noche los trabaja solo,
Con rigurosa y áspera porfía,
El fiero viento del cercano polo,
Con bravo soplo opuesto á mediodía;
Mas cuando ya la clara luz de Apolo
Al ocaso turbada descendia,
Saltan, á su furor y rabia iguales,
Sus dos ministros y colaterales.

El furioso aquilon y el bravo coro
Al espantoso bóreas se juntaron,
Al tiempo que en poniente el carro de oro
Los caballos del sol somorgujaron;
Y de suerte la armada al suelo moro
Los tres airados soplos aguijaron,
Que va menos furiosa la saeta
Y más espacio el volador cometa.

Pudiera con alguno destes vientos
Tomar para las islas la derrota,
Y alcanzar de salvarse sus intentos,
Con fuerza y arte, la afligida flota;
Pero fueron tan fuertes, tan violentos,
Que ni vale timon ni sirve escota
Para volver en la furiosa via
La proa, ya encarada á Berbería.

Demás que tras la noche temerosa
Y el nuevo asalto de maestre y griego,
Vino una nube espesa y tenebrosa,
Abierta á ratos de espantoso fuego,
Que aumentó la tormenta peligrosa,
Y dejó el mundo horriblemente ciego,
Confundiendo en mil truenos y ruidos
Al experto piloto los sentidos.

Y bien que á la escondida luz atento,
En la brújula y carta está mirando
El variar ó el porfiar del viento
Y adónde su rigor los va arrojando,
Y con sus consellers, con gran tiento,
Está varios remedios consultando;
Por más que los intente, no aprovecha
En tormenta tan áspera y deshecha.

¿Quién el rumor del alto mar furioso
Podrá explicar, y el fuego y el ruido
Del encendido rayo presuroso
Y de su ronco trueno suspendido?
¿Quién podrá retratar el riguroso
Soplar del raudo viento embravecido?
Y ¿quién, entre terror y asombro tanto,
Del ardiente relámpago el espanto?

Y ¿quién dirá la grima y sobresalto
Que en los humanos ánimos infunde
Ver al flaco bajel subir tan alto,
Que entre las negras nubes se confunde,
Y que de allí con tan horrendo salto
En el profundo piélago se hunde?
¡Oh corazón de piedra, oh duro acero,
Tú que sulcaste el fiero mar primero!

Que te fiaste con un frágil pino
De tentar el furor del viento airado,
Y de enfrenar el ímpetu marino
Cuando está más de rabia y furia armado :
¡ Oh duro corazón diamantino !
¿ Qué temerás, si con la muerte al lado,
Entre el fiero temor de tantas cosas,
Te fiaste á las aguas tempestuosas ?

La capitana, que al volver la prora,
En el furor primero fué postrera,
En padecer la mayor furia ahora,
Aunque va tras de todas, es primera ;
Y aunque la causa en realidad se ignora
De ser mayor el mal de esta galera,
Garin parece que la descubria
Cuando, gimiendo en medio dél, decia :

« Echenme al mar, como otro Jonás, luego,
Que por mí se levanta esta tormenta,
Si quieren ver el mar puesto en sosiego,
Y reparar esta mortal afrenta :
Apague esta agua de mi torpe fuego
Aquel ardor que el alma me atormenta ;
Que no menos conviene que tanta agua
Para apagar aquella ardiente fragua.

» No menos que ancho mar de inmensa altura,
De amargas aguas con furor movidas,
Debe y puede apagar fuego que apura
Y pone en riesgo tal eternas vidas :
Formen pues mar inmenso de amargura
Lágrimas de suspiros conmovidas,
En él alma infeliz que fué un compendio,
Con fuego tal, del infernal incendio.

»Estas movidas aguas espantosas
 Y estos vientos airados y revueltos,
 Que entre tan bravo horror de obras dañosas
 Tienen cuerpos y espíritus envueltos;
 Sus fieras semejanzas temerosas;
 Sus aspectos á asombro y grima vueltos,
 Si tales por mí están en el abismo,
 De mi grave dolor forman lo mismo.

»Horror, asombro, pásmo, grima, espanto
 En mi afligido corazón imprime
 La horrible vista deste mar, que tanto
 Estos bajeles con su furia oprime;
 Sólo por el dolor intenso y llanto
 De aquel fuego infernal á que rendíme,
 Que irreparable me le representa
 En modos mil esta mortal tormenta.

»¿Qué reparo ha de haber á culpas tales,
 Muriendo aquí tan sin satisfacellas?
 ¿Qué esfuerzo en los espíritus vitales
 Para advertillas bien y componellas?
 ¿Quién diligencias hacer puede y cuáles
 Entre tal confusión y tanta dellas?
 ¿Con qué piensa esta gente miserable
 Contrastar este mar incontrastable?

»¿Quién diligencias para el alma puede
 Hacer aquí como convenga al alma,
 Si apenas hay quien satisfecho quede
 De que las hace en muy tranquila calma?
 Mas, aunque así tanto contrario vede
 Al alma aquí la deseada palma,
 Con inmenso dolor y intenso lloro
 Tu infinita piedad, mi Dios, imploro.»

En un rincon de la ancha popa estaba
Con baja voz diciendo el peregrino
Tales lamentaciones, con la brava
Y triste angustia del rigor marino ;
Cuando del mar, que por el cielo andaba,
Un alto inmenso golpe repentino
Pasó de popa á proa la galera,
Y al monje se llevó en su furia fiera.

Estaba casi el triste sin sentido,
En su congoja atónito y turbado,
Ni á parte alguna con la mano asido,
Ni en tabla ó soga ó hierro asegurado ;
Y así fué fácilmente el afligido
De la galera al bravo mar sacado ;
Al bravo y alto mar, que de sí mismo
Le abrió para tragarle un ancho abismo.

¡ Oh peligros crueles, rigurosos,
Que en tantas formas el linaje humano
Perseguís con rigores tan furiosos,
Con tan pesada y tan violenta mano !
¡ Oh fieros enemigos poderosos,
Que el gran rencor del infernal tirano
Mostráis con sus fortísimos aceros !
¿ Quién podrá resistiros y venceros ?

La humana débil fuerza, enflaquecida
Con mil culpas enormes detestables,
De tan fuertes contrarios combatida,
¿ Qué vencimientos puede dar notables ?
¡ En tan pequeño término de vida
Tantas cosas tan varias y espantables,
Tantos peligros y temores, tantos
Sobresaltos bravísimos y espantos !

Hombre, ¿qué sientes, qué te ensoberbecé?
 ¿Hay miseria, por dicha, hay desventura
 En que cada momento no tropiece,
 Y aún caya, tu torpísima locura?
 Lo que este siglo engañador te ofrece,
 ¿No ves que es amarguísima dulzura?
 Vuelve los ojos, mira el claro cielo;
 No te engañen las máscaras del suelo,

Las lisonjas, los cargos, la riqueza,
 Los regalos, los gustos, las dulzuras,
 Los linajes, las gracias, la belleza,
 Los descansos, las prósperas venturas,
 No te engolfen, mezquino, en la braveza
 De su revuelto mar de desventuras,
 Porque no embista por tu mal gobierno
 Tu rota barca en rocas del infierno.

¿No te escarmientan, dí, tantos castigos
 De la mano justísima enviados,
 Los prósperos sucesos de enemigos,
 La perdición de reinos y de estados,
 Las pérdidas de deudos y de amigos,
 Los continuos tormentos y cuidados,
 Tu descontento eterno y tus ofensas?
 ¡Oh ciego! ¡Oh vano! ¡Oh mísero! ¿En qué piensas?

Si un Garin, que con llanto tan vehemente
 Sus culpas llora tan arrepentido,
 Tan lleno de dolor y amor ardiente,
 Ves de tantos trabajos afligido;
 ¿A qué levantas tú la altiva frente?
 ¿A qué te muestras ensoberbecido?
 Templa ese brio, humíllate, y conviérte
 El alma á Dios con miedo de la muerte.

Trino Señor, que con amor tan grande
Amas mi alma, humilde te suplico
Le des favor con que en tus sendas ande,
Porque la lleven á su asiento rico;
Haz, poderoso Rey, que rija y mande
En ella la razon; que á mí me aplico,
A mí me digo lo que al hombre digo,
Contemplando tu premio y tu castigo.

Y mirando la altísima clemencia,
Dulce Señor, que con Garin usaste,
Pues, á pesar de la infernal potencia,
De en medio de mil muertes le sacaste,
¿Qué no puede, Señor, tu omnipotencia?
Al sordo, airado y bravo mar mandaste
Que, libre de la muerte, diese sobre
Otra galera con el monje pobre.

Y obedeciendo el mar tu mandamiento,
Una gran parte dél, furiosa y alta,
Con Garin casi muerto, en un momento
Sobre otra fusta fluctuante salta;
Y con pequeño golpe y movimiento
Allí le deja, y riguroso asalta
Otro bajel, y desde proa á popa
Rompe y abate cuanto encuentra y topa.

Como incitado del humor adusto,
Suele representar sueño pesado
Triste vision, que con cuchillo injusto
Separa el alma de su cuerpo amado;
Y tras aquel gravísimo disgusto
Despierta el hombre ansioso y congojado.
Con duda (tal fué el sueño triste y fiero)
Si fué caso soñado ó verdadero;

Así queda Garin, del riguroso
Trago cruel de amarga muerte lleno,
Triste, turbado, atónito y ansioso,
Casi del todo de sí mismo ajeno :
Un rio por la boca echa furioso
Del mar que tiene en el hinchado seno,
Tras mil arcadas y ásperos rigores
De crueles tormentos y dolores.

El cuitado Garin, al fin, tendido
En el batel quedó, que siempre estaba
En su lugar y á su barbata asido,
Con la gente ordinaria que alojaba;
Y allí, desconsolado y afligido,
Con Dios su flaco espíritu esforzaba;
Y en tanto la asperísima tormenta
La brava furia y fiero espanto aumenta.

Ya la segunda noche temerosa
Las negras sombras sobre el mar tendia,
Despues que la tormenta rigurosa
Las frágiles galeras combatía;
Y más fiera, revuelta y tenebrosa,
Que la que precedió al segundo dia,
Sus espantos gravísimos ofrece,
Con que la confusion terrible crece.

Más truenos, más relámpagos, más viento,
Mayor escuridad, mayor rüido,
Más cansancio, más pena, más tormento,
Y mayor turbacion, grito y gemido,
La fiera noche con rigor violento
Consigo trajo al cómitre afligido,
Cuyo mandar, ó sea silbando ó sea
En voz, no llega al fin que se desea.

No se muda jamás un solo punto
El septentrional viento espantoso,
Y con sus dos colaterales junto,
Siempre alterando más el mar furioso,
Al triste pueblo, casi ya difunto
En la esperanza de alcanzar reposo,
Lleva derecho por el alto lago,
A dar donde ya fué la gran Cartago.

Quando de nubes lóbregas y oscuras
Salía el tardo sol todo cubierto,
A los tristes por tantas desventuras
Dando del tercer dia aviso cierto,
Descubren los pilotos las alturas
De los montes que dan seguro puerto
En medio de Biserta, y del collado
Que Dido vió á su gusto edificado.

Usan allí toda la fuerza y arte
Los marineros tristes y cansados
Para guiar las proas á la parte
Que ofrece el puerto alivio á sus cuidados :
La galera que lleva el estandarte,
A pesar de los vientos enojados,
Ya el puerto toma, y de la estrecha boca
Las no tan removidas aguas toca.

Otras ocho tras ella, una á una,
Al puerto, aunque enemigo, deseado,
Las echa, ya clemente, la importuna
Furia del alto mar y viento airado:
Sólo sintió el rigor de la fortuna
La galera en que el monje habia quedado,
O fuese caso, ó furia del infierno,
Para gloria mayor del Rey eterno.

En unas peñas que á la misma boca
Del puerto estaban embistió el navío,
Llevado del furor con que provoca
El viento á irremediable desvarío;
Y en una apenas con la quilla toca,
Apenas da sobre el cruel bajío,
Cuando, cual si de frágil vidrio fuera,
Quedó rota y perdida la galera.

Allí se vió la lástima en su punto,
Allí la muerte rigurosa y brava
Se vió fiera traer consigo junto
Todo lo que en el mundo más la agrava:
Allá muriendo uno, acá difunto
Otro de un fiero golpe se mostraba;
Otro sobre un madero allí forceja,
Y contra el bravo viento y mar proeja.

Los míseros esclavos y forzados,
A los ramales de cadena asidos,
Tristemente se vian anegados,
Del fiero mar acá y allá traídos:
Los diestros marineros esforzados,
Con propios piés y manos impelidos,
Triunfan del bravo mar osadamente,
Pero no de la muerte más potente.

Las tablas, los pedazos de maderos,
Y los troncones de árboles y entenas
Sacaban á los fuertes marineros
Con fiero golpe el alma por las venas:
Ya los últimos tocan los primeros,
Y aquellos, casi ya secas arenas,
Cuando una recia tabla ó viga gruesa
Con mortal golpe entre ellos se atraviesa.

Estos, que en las faenas se intrincaron,
Y el capitán de la galera junto,
Como los que cadenas anegaron,
Pasaron deste mal al mayor punto;
Que otros al bien allí que no esperaron
Se vian pasar en un instante ó punto,
Aunque causando en todo en varios modos
Varios tormentos la tormenta á todos.

Los infantes que lleva esta galera,
Y el alférez que en ella los regía,
Allí tambien siguiendo su bandera,
Muestran su obligacion y valentía:
El alférez, nadando, en tal manera
Valor les dió con ella en su agonía,
Que victoriosos desta brava guerra,
A pesar de la mar tomaron tierra.

Pero al triste Garin, desta segunda
Mortal congoja, ¿quién le saca y libra?
¿Quién le solivia porque no se hunda?
¿Cómo en el agua ó aire el cuerpo libra?
¿Quién á su ruego y oracion segunda,
Y en su favor alguna fuerza vibra?
¡ Oh poderoso Dios! vuestra clemencia
Le oye y le libra, y muestra su potencia.

Dije que en el batel estaba el triste
Despues de aquel primer peligro extraño;
Ahora pues que la galera embiste
En el bajío con tan grande daño,
En el pequeño esquife se resiste
Aquel peligro, mas con desengaño
De ser fuerza del cielo manifiesta
Contra el infierno por el monje puesta.

En seco dió, más de seis pasos fuera
Del riguroso mar, la corta barca,
Quitando al triste monje de la fiera
Y brava mano de la airada parca:
Vuelos los ojos él á la alta esfera,
Sin hablar rinde al celestial Monarca,
Con el contrito corazón cuitado,
Las gracias á que está tan obligado.

Y ya con más esfuerzo y más consuelo
Tras la contemplacion humilde y santa,
Besando con mil lágrimas el suelo,
Asienta en él la una y otra planta,
Y al puerto va con otros que del cielo
Alcanzaron, cual él, ventura tanta,
Que del naufragio mísero escapasen
Y tan grande peligro contrastasen.

Fué recibido en la real galera
Con gran gozo de todos; pero Alberto,
De quien con tierno amor llorado era,
Dió dél allí más claro indicio y cierto;
Quiso saber del todo la manera
De haber llegado á salvamento al puerto,
Habiendo sido ante él arrebatado
Del alto mar, y al centro dél llevado.

A todo satisfizo el ermitaño,
Alabando al Señor; cuya clemencia
Mostró en el fiero irreparable daño
Su infinita piedad y omnipotencia:
Admiró al General el caso extraño
Y á todos; y con santa reverencia,
Por tan nuevo suceso y admirable,
A Garin tienen por varon notable.

CANTO VIII.

ARGUMENTO.

Salta en Portofarin la gente en tierra
Por agua y leña, tras la gran fortuna,
Y un bárbaro cosario en fiera guerra
Con poder y arrogancia la importuna;
Mas el poder y la arrogancia atierra
La virtud y razon, hechas á una
En la mano dichosa del valiente,
Florel, venido misteriosamente.

Despues que Alberto con Garin, gozoso,
Un espacio pequeño se entretiene,
Donde trabaja el cómitre cuidadoso,
Con diligencia cuidadoso viene,
Y del seguro puerto y espacioso
Hace tomar la posta que conviene,
Y dar órden tras esto que la gente
Del trabajo asperísimo se aliente.

Estaba el sol en la mitad del cielo
Cuando la armada en este punto estaba,
Y despejado el africano suelo
De gente mora al General mostraba;
El cual con vigilancia, aviso y celo
Ya el órden conveniente consultaba
Para saltar en tierra, y que la armada
Fuese del daño inmenso reparada.

Para lo cual, habiendo sido tanto
El daño general de los bajeles,
Y faltándoles agua y leña y cuanto
Hacen faltar tormentos tan crueles;
Siendo forzoso despallar, si tanto
Lugar le dan los bárbaros infieles,
Resuélvese en sacar la gente armada,
Y que esté en escuadron fortificada.

Y aunque desde galera descubria
Los montes y los valles y laderas,
En tierra manda echar experta espía
Que lo mire y advierta más de veras:
Luego manda aprestar la infantería
Que tiene repartida en las galeras,
Que es su guardia ordinaria, mil soldados
Por cinco capitanes gobernados.

Es sobrino de Alberto el uno, Almonte
Del Pó llamado, fuerte y valeroso;
El otro el florentin Alcimedonte,
Y de Palermo el bravo Sinforoso;
Los otros dos de Nápoles, Oronte,
Y Filadelfo, jóven generoso,
A quien Marte y Apolo, en gloria suma,
Daban ora la espada, ora la pluma.

Estos cinco famosos capitanes
Sacan su gente plática y briosa,
Algo aliviada ya de los afanes
De la brava tormenta peligrosa:
Ya tienden las banderas los galanes
Alféreces, la caja belicosa
Ya á recoger á toda priesa suena,
Aunque la toca el atambor apena.

Con bajo són, las cajas destempladas,
Recogen la feroz gente de guerra,
Por no alterar con altas algaradas
La sosegada gente de la tierra:
De las agudas proas acostadas,
A la falda más llana de una sierra
Sale la armada gente ya, por anchas,
Para aquel menester, capaces planchas.

Alberto era el primero que salia,
Y tras él sale su sobrino Almonte,
A quien sigue una brava compañía
De gente agreste del Vesubio monte:
Al mismo tiempo en tierra la ponía
Con gente de Salerno, Alcimedonte,
Y con napolitanos, Sinforoso,
Y Oronte, y Filadelfo valeroso.

Es sargento mayor Ulisio fuerte,
Un varon de valor discreto lleno,
Descendiente del hijo de Laerte,
Y en nada á su mayor menor ni ajeno:
Este, para que en órden se concierte
La gente, visto del infiel terreno
El llano, el monte, el valle y las laderas,
Ordena, traza y forma las hileras.

Hace tres escuadrones de la gente,
Guarnecidos de diestros tiradores,
Mostrando cada cual en la ancha frente
Largas picas de armados contendores:
Marchan luego con paso diligente
Para el bosque á la sorda, sin rumores:
Tras ellos sigue chusma de los fieles
Con hachas y barriles y cordeles.

Estaba el sol en medio del camino
De la mitad postrera de su via,
Cuando se vió la gente en el vecino
Bosque, donde agua y leña pretendia;
Y ya el robusto roble y alto pino
Con recio golpe la segur heria,
Y de altos pozos que en el campo estaban,
A sacar agua dulce comenzaban;

Cuando, como si hubiera allí sembrados,
Por Cadmo dientes de la sierpe airada,
Una gran banda de árabes armados,
Apareció con súbita algarada;
Y de flechas y dardos arrojados
Les dió una carga súbita y pesada,
Entrando con tropel bárbaro y fiero,
Aunque muy fuerte, el escuadron primero.

No dejó de alterar á nuestra gente
El no esperado acometer furioso,
Aunque Alberto y Almonte osadamente
Mostraron bien su esfuerzo generoso:
El sargento mayor, diestro y prudente,
Al segundo escuadron ~~manda animoso~~
Que entre al socorro del primero y manda,
Que corte el otro la enemiga banda.

De doscientos soldados de galera
Y los doscientos del Vesubo monte,
Nuestro fuerte escuadron primero era,
Adonde van el General y Almonte;
Y todo, aquella gente airada y fiera,
Salida, al parecer, de Flegetonte,
Le descompone, rompe y desbarata,
Y á más de cien soldados hiere y mata.

Alcimedonte y Filadelfo tienen,
El escuadron segundo con su gente,
Los cuales, animosos, contravienen
Al furor de la bárbara corriente,
Cuyo soberbio arremeter detienen,
Mostrando cada cual honradamente
La fuerza que conviene y la prudencia
Para tan peligrosa resistencia.

Por otra parte Oronte y Sinforoso,
Como mandó el sargento, acometieron
Arremetiendo al escuadron furioso
Por el lado más cómodo que vieron;
Y con esto su fuego belicoso
De tal manera todos encendieron,
Que suben de sus llamas las centellas
Hasta al que las reparte á las estrellas.

Un moro armado de luciente malla
Casi desde los piés hasta la frente,
Es el que pone en la cruel batalla
El primero de todos fuego ardiente:
Rompe y abate todo cuanto halla,
Cual grande y furiosísima creciente,
Con un pesado alfanje damasquino,
Contra quien no hay acero fuerte ó fino.

Llámase el fiero moro Tulipante,
Nacido entre leones y criado,
De miembros y estatura de gigante,
De corazon más que de tigre airado:
Robusto y fuerte, bravo y arrogante,
Sagaz y diestro, suelto y alentado,
Ladron furioso en tierra y temerario,
Y en mar astuto y singular cosario.

Este abre calle á su escuadron, y pasa
Por el del general á pura fuerza;
Este con raudo curso le traspasa,
Sin que por nadie le detenga ó tuerza;
Este á su gente de valor escasa
Con sus obras bravísimas esfuerza;
Este mata á Leandro y á Timbreo,
Y al jóven Cláudio y viejo Clodoveo;

Cuatro soldados que ornamento y gloria
De Taranto, su patria ilustre, fueron;
Donde con lastimosa y triste historia
Segunda vez por muerte tal nacieron,
Quedando en larga vida la memoria
Del valor con que á ella se ofrecieron,
Viéndola irreparable, irremisible,
En el acero deste mónstruo horrible;

El cual al valeroso Sigismundo,
Primo de Filadelfo y su sargento,
Priva de un golpe de la luz del mundo,
Y de otro al noble Mucio de Agrigento;
Con lo cual causa con dolor profundo
En Filadelfo tanto sentimiento,
Que á él, ardiendo en cólera, se arroja,
Puesta de punta la templada hoja;

Y fué con tanta fuerza y tanta suerte,
Que por la fina malla el hierro entrado,
Quedó en el atrevido pecho fuerte
Hasta el tercio postrero sepultado:
Sintió el moro la furia de la muerte,
Que al corazon le habia ya llegado,
Y alza el alfanje; pero al mismo punto
Cayó ante el fuerte capitan difunto;

El cual, sabroso de esto, y encendido
Del enojo de ver su primo muerto,
Pasa adelante con valor subido
A socorrer al general Alberto:
Sigue su gente, y es tambien seguido
De Alcimedonte, el florentin experto
Que á Bósforo mató y á Sarmacante,
Mientras él al soberbio Tulipante.

Y aunque de Abenzain, de Yarba y Fraso,
Con sus tres compañías contrapuestos,
Se defendia el peligroso paso,
En pretension de mejorar de puestos,
Fué de los tres contra los dos escaso
El valor de los ánimos dispuestos,
Pues á sus manos mueren, y su gente
El puesto y paso gana honradamente;

Su gente, entre la cual dos caballeros
De aquel heróico antiguo honor romano,
Valerosos soldados verdaderos
Se muestran contra el émulo africano:
César, cuyos fortísimos aceros
Del César parecian soberano,
Y Pompeyo, que imita al gran Pompeyo,
En deseos de triunfos del Tarpeyo;

César, que á Lesbo, á Parto, á Turbo, á Olito,
En pretension del paso de aquel suelo,
El espantoso paso de Cocito
Hace pasar en presuroso vuelo;
Y Pompeyo, que á Franio, á Tolomito,
Al grande Audalla, al espantoso Orbelo,
Las almas saca por sangrientas puertas,
Que las dejan al paso estrecho abiertas.

Llegan, al fin, á donde con Almonte
El General valiente detenía
La furia de la gente que del monte
Por entre el bosque al llano descendía;
Y allí, con Sinforoso y con Oronte,
Gran resistencia el gran valor hacia,
Habiendo por el lado ya el sargento
Rompido el escuadron á su contento.

Alberto y su sobrino Almonte, en tanto
Resistiendo la furia horrible y brava,
Cada cual, con inmenso horror y espanto
Del atrevido moro, peleaba:
Alberto al fuerte capitan Leofanto,
Que alcaide en Túnez fué de la Alcazaba,
De un revés la cabeza le derriba,
Y en dos de un tajo se la parte á Liba.

A Ismen mató de una estocada, y junto,
De otra muerto, sobre él echó á Creonte;
A Nicandro y Perito al mismo punto
Mató, y á Nicoran y á Musco, Almonte;
A Celebin en su escuadron difunto
Dejó, y á Celetin y á Torvo, Oronte;
Sinforoso á Dalmuz, á Zen y Abdella,
A Nico y Tracio, y Nicanor degüella.

Y aquí el noble y discreto Serafino,
Eterno honor del águila famosa,
Y Fulvio de Sulmona, y Antonino,
De Cápua, y Vitantonio de Venosa,
A Lanco, Ormuz, Obir, Zerbin, Folino,
Faon, Jafer, Aluz, Pafin, famosa,
Y heroicamente peleando, embisten,
Y el gran furor detienen y resisten.

Un hora ó más habia que duraba
El combatir furioso y porfiado,
Cuando á la gente sarracena brava
Un socorro le vino reforzado;
El cual á la cristiana que ganaba
Gran parte ya del campo, por un lado
Entrando á toda furia, descompuso,
Y en retirada á paso largo puso.

Más eran de tres mil los que primero
Acometieron nuestros escuadrones,
Y de otros tantos era este postrero
Bravo tropel de bárbaros varones:
A cuyo acometer soberbio y fiero
Quedaron los cristianos corazones
Llenos de espanto; pero, no de suerte
Que haya quien vuelva el rostro al moro fuerte.

Con valor admirable peleando,
Y aquella brava furia resistiendo,
Se iban ya para el monte retirando,
Bajar á la marina no pudiendo;
Pero los fieros bárbaros, tomando
Todos los pasos, fuéronlos trayendo
Al ancho llano donde á todos lados
En rueda los tenian ya cercados.

Reconocida aquí la adversa suerte,
El valeroso ejército cristiano,
No pretendiendo más de honrada muerte,
Hinche de sangre bárbara aquel llano:
No hay pluma ó lengua que á decir acierte
Lo que allí hizo la cristiana mano;
Pero la multitud de gente perra
Ya ya ganaba la sangrienta guerra.

Que demás de tenellos circuidos
Y de ser tantos más los áfricanos,
Y de estar tan cansados y heridos
Los bravos y fortísimos cristianos;
Ya los forzados míseros rendidos
Atadas tienen las robustas manos,
Y al buen Garin con ellos juntamente
Tiene ya preso la furiosa gente.

Al buen Garin, por cuya causa el fiero
Infernal enemigo suyo había
Traido al bravo moro bandolero
A revolver allí mortal porfia:
Atado el triste monje y prisionero,
Tiernas y amargas lágrimas vertía,
Pidiendo á Dios algun piadoso medio
Para el bien de su campo y su remedio.

¡Oh Señor clementísimo, amoroso!
¡En cuántos modos á tu pueblo amado
Muestras el tierno corazon piadoso
De dulcísimo padre regalado!
Si permites que á trance peligroso
Sea por sus deméritos llegado,
Tu amor y celo más allí le muestras,
Y en tu divina voluntad le adiestras.

En el peligro extremo de las vidas,
De los feroces árabes cercados,
Las generosas almas no rendidas,
Estaban los fortísimos soldados;
Cuando por las furiosas y homicidas
Armas de aquellos bárbaros airados
Un robusto mancebo entró desnudo,
Con un espada sola y un escudo,

Con sola una camisa cobijaba
Los fortísimos miembros el cristiano,
Que entre la gente mora se mostraba
Como leon entre escuadron villano:
Era tan alto, que sobrepujaba
Al más alto de todos una mano,
Y era conforme á la admirable altura
La trabazon del cuerpo y compostura.

Mas en las bravas fuerzas y destreza,
En ánimo, en valor y osadía,
A la disposicion y á la belleza
Con ventaja grandísima excedia,
Era un milagro de naturaleza
Aventajado á quanto engendra y cria,
Como se podrá ver ahora en parte,
Todo empleado de mi musa el arte.

Al primer moro en quien probó la espada
Partió desde la frente á la cintura;
Del cuerpo la cabeza destroncada
Rodando á otro echó por la llanura;
Al través de otra fiera cuchillada
Otro, partido tiende en la verdura;
A otro los dos muslos le cercena;
Y juntos, de una punta á dos barrena.

De un corte era la espada y tunecina,
Aunque derecha y larga á lo cristiano;
Tan segura de temple y fuerte y fina,
Cual la del Teucro que forjó Vulcano;
Y no menos que espada diamantina
Conviene á tan robusta y fuerte mano,
Para sufrir los golpes espantosos
Con que entra por los árabes furiosos.

Hácese larga plaza el jóven fuerte;
No hay quien resista, no hay quien rostro haga;
Súbita furia de repente muerte
Es de su espada la más corta llaga:
Ni ciencia de Esculapio habrá que acierte
A curar sus heridas, ni arte maga;
Todas van de mortal congoja llenas
Hasta agotar la sangre de las venas.

Revuelve los airados ojos, vista
La poca resistencia de aquel lado,
Y ve matar á Sergio y á Batista,
Un viejo alférez y su abanderado;
Pone en el bravo matador la vista,
Que es un valiente moro señalado,
Y á él se arroja, derribando á Brino,
A Zaide, á Mir y al capitan Fandino.

Espera el bravo bárbaro arrogante,
Y en la fuerte rodela recogido,
Repara el golpe que el antiguo Atlante
En dos montes hubiera dividido:
El escudo cortó, brazo y turbante,
Y el cuerpo de anchas mallas circuido
En dos medios partió, y la fiera espada
Quedó en el suelo un palmo sepultada.

Saca la espada, y pasa presuroso
Adonde ve una cruel pendencia
Que tienen Filadelfo y Sinforoso,
A más de mil haciendo resistencia:
Entra por ellos con rigor furioso,
Y lleno de valor y de inclemencia,
Cuerpos y piernas, brazos y cabezas,
Volando envia por el aire en piezas.

A donde están los dos valientes llega,
Hiriendo y derribando á todos lados,
Y de manera enciende allí la brega,
Que van los moros ya desbaratados:
Crece la furiosísima refriega,
Y llega tras los bárbaros airados,
Adonde un moro capitan valiente,
Con gran valor hace parar su gente.

Con treinta bravos moros se acompaña
El capitan valiente y señalado,
Y todos juntos con furiosa saña
Acometen al jóven esforzado,
El cual no pierde un pié de la campaña
Ni un punto de su espíritu extremado;
Antes se arroja entre la escuadra fuerte,
Llevando en la sangrienta espada muerte.

Lo mismo Filadelfo y Sinforoso
Con encendido corazon hicieron,
Y entre el tropel soberbio y riguroso
Con denodado esfuerzo se metieron:
Cúpole á Filadelfo el valeroso
Arabe capitan, y allí vinieron
A batalla cruel de solo á solo,
Que duró tanto cuanto al dia Apolo.

Sinforoso, siguiendo al fiero mozo,
Hace á su ejemplo pruebas varoniles,
Con miserable pérdida y destrozo
De aquellas atrevidas gentes viles;
Cuya grito, alarido y alborozo
Aumenta nuevo esfuerzo al nuevo Aquiles,
Con el cual hace innumerables pruebas
Espantables, fortísimas y nuevas.

El General estaba con Almonte
Cuando el bravo rencuentro en esto estaba,
Y con su mejor gente y con Oronte
En peligroso y fuerte trance andaba;
Al cual el valeroso Alcimedonte,
Trayendo el resto de la gente brava,
Acude á socorrer con el sargento,
O á ver con él el último tormento.

En este punto aquí también llegaron
Los nueve capitanes que en el puerto
En la nueve galeras se quedaron
Cuando dellas salió el prudente Alberto;
Que, habiendo visto el caso, procuraron
Dejar la armada en el mejor concierto,
Y partir luego con intento honroso
De verse en aquel trance peligroso.

De la nobleza de la gran Sirena
Son todos los valientes capitanes:
Sus nombres son Ricardo de Lorena,
Florante de Altamor, Fadrique Danes,
Alardo Olindo, Anselmo de Ravena,
Uberto, Guido y Telamon de Alfanes;
Faltaba el buen Trancredo, que en la fiera
Tormenta se perdió con su galera.

Desembarcaron asimismo, junto
Con estos capitanes señalados,
Cien pasajeros que en tan fuerte punto
No quieren de flaqueza ser notados,
Conociendo de honor el claro punto
A que todos estaban obligados:
Son españoles, y la fama antigua
De solos dos los nombres averigua.

Cardona, capitan grande y famoso,
De heróicos capitanes descendiente,
Cuyo apellido y grado suntüoso
Por todo el orbe resonar se siente;
Y Aragon de Segorbe el valeroso,
De reyes de Aragon claro pariente,
Amigos de amistad inseparable,
De voluntad, de amor y fe inviolable:

Son los dos que la fama aclara y nombra
Por excelso valor entre los ciento,
Cuyos nombres dejó en oscura sombra
Como es estilo de su corto aliento;
Pero de todos el valor asombra
Al insolente bárbaro sangriento,
Que al grande Alberto sus designios turba
Con la braveza de su infame turba.

Juntos pues todos ya con el valiente
Alcimedonte y con Ulisio, llegan
Donde combate el general prudente,
Matando á cuantos el camino niegan:
Crece con ellos la raudal corriente
Con que los secos páramos se riegan
De sangre mora, aunque tambien mezclada
Con la valiente sangre bautizada.

Allí acudió tambien el jóven fiero
Que por el campo todo penetraba,
Mil veces más airado que primero,
Por dos ó tres heridas con que estaba:
Llegó de los cristianos el postrero
A donde el grande Alberto peleaba;
Pero no fué tan tarde su venida,
Que á mil no fuese muerte y á mil vida.

Estaba el sol muy cerca de encerrarse
En el profundo golfo de poniente,
Cuando el rencuentro vino allí á trabarse
Tan porfiada y rigurosamente,
Viniendo en breve término á juntarse
Toda la nuestra y la contraria gente,
Como dándose priesa á la victoria,
Antes que deje el sol sin luz su gloria.

Era el caudillo de la gente mora
Un viejo capitan bravo y osado,
Hecho á correr desde la clara aurora
Hasta el hercúleo Calpe el mar airado:
Sus bajeles perdió, y andaba ahora
Con aquel pueblo acá y allá arrojado,
Haciendo por las bárbaras marinas
Mil insultos, asaltos y rapinas.

En dos bandas traia repartida
El moro experto aquella gente fiera;
Por un sobrino suyo era regida
La una, y él regia la primera:
La que de su pariente era traída
Es la que en la batalla entró prosterá:
Ceilan se llama el viejo, el mozo Armeno,
De gracia, de valor y de amor lleno.

Este es quien queda en singular batalla
Con Filadelfo, capitan famoso,
Y es quien en la de dulce amor se halla
Con Lijerea, de quien es esposo;
Con Lijerea, que, cual él, de malla
Ornado el cuerpo varonil hermoso,
Suele entrar en revueltos escuadrones
Y rendir valentísimos varones.

No entró en este bravísimo rencuentro
La bella mora, por haber quedado
Del alto bosque en el secreto centro,
Adonde estaba su aduar plantado;
Ni lo pudo saber ella allá dentro,
Habiendo sido tan arrebatado,
Por suceder inesperadamente,
En viendo todos la ocasión presente.

Esta suerte de gente, al fin, los fieros
Árabes eran, que al famoso Alberto
Probaron los fortísimos aceros
Cuando descanso pretendió en el puerto;
De quien con sus valientes caballeros
No se escapara de cautivo ó muerto,
Si Dios á tan buen punto no enviara
Aquel fuerte varón que le amparara.

El cual en el mayor conflicto ahora,
Junto ya con Alberto y con su gente,
De la que en el merchán de Arabia adora
Vierte la sangre miserablemente:
Ya vuelve el rostro la canalla mora;
Ya no hay quien mire la cristiana frente:
Sigue el alcance aquel feroz mancebo
Hasta que se escondió la luz de Febo.

La chusma que prendida en sus cordeles
Estuvo grande rato ya cautiva,
Y el monje, digno que un famoso Apeles
Le pinte y un Virgilio le describa,
De poder de los bárbaros crueles
Fueron sacados por la gente altiva
Que por el jóven de inmortal memoria
Tuvo el enemigo la victoria.

A retirar entonces manda Alberto
Que apriesa toquen los marciales sonos,
Y así del peligroso desconcierto
Se retiraron luego sus varones;
De quien el viejo Ulisio, como experto,
Vuelve luego á formar sus escuadrones,
Visto que el roto bárbaro arrogante
Su campo forma poco dél distante.

Alberto queda al pié de la montaña,
Y allí pone su ejército en defensa,
Y entre él y el puerto, el moro en la campaña,
Determinado de vengar la ofensa;
Y cada cual con diligencia extraña
Las cosas en su ejército dispensa
Por el órden que entiende que en el hecho
Le serán de mas cómodo y provecho.

No hay quien se quite ni una sola malla;
No hay quien repose, ni aún el más herido;
Cada cual, de la suerte que se halla,
Puesto está en arma con atento oido:
No hay reparo, trinchera ni muralla;
Ha de estar el soldado apercebido
Para que el primer arma que sonare
Cale la pica, ó la saeta encare.

CANTO IX.

ARGUMENTO.

De sí da cuenta el gran don Diego, y junto
De la victoria que el Leon sagrado
Tuvo del fiero moro, que en mal punto
Fué á querer perturbar su santo Estado:
La guerra sigue, y casi ya difunto,
Cautivo viene Armeno desdichado,
Por Filadelfo al campo fiel traído,
De su valor y su virtud movido.

A sí ya puestos de una y otra parte,
El General, en todo cuidadoso,
Manda buscar aquel su nuevo Marte,
Aquel fuerte mancebo milagroso:
Hállanle, y viene ante él ya puesto de arte
Que no esté por desnudo vergonzoso:
De un bárbaro despojo en noble suerte
Viene armado y vestido el jóven fuerte.

Y de esta suerte al General llegado,
Que, de los capitanes de galera
Y de Garin y de otros rodeado,
Con deseo grandísimo le espera,
Con rostro grave, alegre y sosegado
Les hace cortesía de manera
Que todos conocieron ser persona
En todo digna de real corona.

El valeroso General prudente,
Visto el rēal respeto y la prudencia,
Le abraza con amor estrechamente
Y con gran cortesía y reverencia:
Hizo lo mismo aquella noble gente,
Ofreciéndole todos obediencia
Como á señor y como á quien debian
La vida y libertad que poseian.

Tras esto y tras curalle dos heridas
Que en un muslo y un brazo habia sacado,
Y haber con las mochilas proveidas
A la naturaleza restaurado;
A las partes del mozo esclarecidas
El general discreto aficionado,
Con razones dulcísimas le obliga
A que su nombre y calidad les diga.

«Y particularmente la venida
Milagrosa, señor, le dice, cuenta,
Que ha sido á tantos libertad y vida
Y que tanto tu honor y gloria aumenta:
De tu patria del cielo engrandecida,
Pues un varon le dió de tanta cuenta;
Y de tu nombre, al fin, haz satisfechos
A los que ya lo estamos de tus hechos.»

El fuerte jóven con el rostro humano,
Agradecido al noble tratamiento,
Mostrando ser no sólo cortesano,
Pero señor del cortesano asiento,
Con dulce estilo gravemente llano
Responde: «Cumpliré tu mandamiento:
Soy don Diego Florel: nací en Castilla,
Sucesor, aunque indigno de su silla.»

Cardona y Aragon, que el nombre oyeron ,
Puesta la vista más atentamente,
Al heróico varon reconocieron
De ambos deudo, aunque en modo diferente:
Alegres, dél á conocer se dieron ;
Alegre él los conoce, y la valiente
Mano las de ambos toma; y sosegado
Así prosigue el cuento comenzado:

«Por varios casos y por gran deseo
De ver del mundo las heróicas cosas,
Salí de España, donde no hay empleo
Por ahora de empresas generosas;
Y despues de larguísimo rodeo
Del mar y sus carreras tan dudosas,
A Roma, al fin, llegué, y en coyuntura
Cual pudiera pedir á la ventura.

»No es posible que sepas el gran hecho
Del santo Leon Cuarto, pues te hallo
Con estos moros puesto en este estrecho;
Y así, será justísimo contallo; ;
Que de admirable regocijo el pecho
Tendrá cualquiera lleno al escuchallo;
Y más en tí será tal regocijo,
Cual de la Iglesia tan ilustre hijo.»

Responde Alberto: «De la Iglesia santa
Soy y de su pastor hijo obediente
Y de su gozo ha de caberme tanta
Parte cual es á un hijo.conveniente;
Y así, señor, suplicote con cuanta
Cortesía te debo, el excelente
Hecho que dices digas por extenso;
Que heróico ya y altísimo le pienso. »

«Sabá, rey africano valeroso,
Don Diego dice, con su armada grande,
Como tan arrogante y victorioso
Por las costas de Italia y Grecia ande,
Confiado, por verse poderoso,
De que nadie en su daño se desmande,
El puerto de Ostia de improviso toma,
Determinando destruir á Roma.

»El gran prelado valeroso y santo,
Teniendo aviso del peligro urgente,
Depuesto el sacro venerable manto,
Corre á las armas valerosamente;
Y con presteza singular, en tanto
Que el campo forma la enemiga gente,
El con la suya, de la Santa Tierra
Sale animoso á la sangrienta guerra.

»Yo, que ofrecido al gran Leon habia,
Como en tal ocasion era obligado,
Mi persona, con gozo y alegría
De haber á punto tal allí llegado,
Con la gente tambien que le seguia
Salí tras el santísimo prelado,
El cual, guiado de virtud divina,
Con gran presteza para el mar camina.

»Ya el moro con formados escuadrones,
Talandó todo el campo, apresuraba
La multitud inmensa de ladrones
Con que tan atrevido y bravo andaba;
Cuando el santo Leon con sus leones
Al sacrílego lobo se acercaba
Tanto ya, que en un ancho y largo llano
Se descubrió el ejército africano.

»Descubiertas las bárbaras banderas,
El valeroso y gran caudillo nuestro
Va primero á las armas verdaderas,
Como en ellas tan plático y tan diestro.
—Rinda, Señor, aquellas gentes fieras,
Con lágrimas decia, el pueblo vuestro;
El pueblo que os confiesa y que os adora
Rinda, Señor, aquella gente mora.

»No permita, mi Dios, vuestra clemencia
Que este contrito y fiel pueblo romano
Sea con tanta sacrilega insolencia
Vencido del soberbio infiel tirano:
Muestre en nuestro favor vuestra potencia
La fuerza inmensa de su diestra mano,
Pues veis, Señor, lo que á su santa gloria
Y de su Iglesia importa esta victoria.

»De ese divino trono sempiterno,
Que con tres luces resplandece en una,
Mandando con altísimo gobierno
A la naturaleza y la fortuna,
Salga favor de dulce padre tierno
Contra esta gente bárbara importuna
Que con tanta soberbia y saña intenta
Hacer á vuestros hijos tanta afrenta.—

»Así oró, regando las mejillas
Con eficaces lágrimas ardientes,
Puesto con todo el campo de rodillas
En forma de contritos penitentes;
Y luego con palabras que al oíllas
Los ojos convertíamos en fuentes,
A la cercana gloria nos incita,
Nos mueve, nos anima y habilita,

»Diciendo:—¡Oh valentísimos varones,
Acostumbrados por virtud nativa
A sujetar las bárbaras naciones
En cuanto el sol reparte su luz viva!
Si deseais en vuestras posesiones
Gozar de ilustre palma y dulce oliva,
No hay camino más cierto que domando
El fiero orgullo deste infúco bando.

»Mirad, mirad que es pueblo de Mahoma
El que se atreve con armada mano
A la triunfante vencedora Roma
Y á su pueblo ya bueno, ya cristiano:
Contra quien siempre le ha vencido, toma
Las armas el infiel pueblo africano,
Y contra Cristo; pues mirad si en esto
Conviene echar de nuestra fuerza el resto.—

»Así diciendo al pueblo, que ya habia
Por órden suya en Roma confesado,
Con poderosa mano bendecía,
Todo en alegres lágrimas bañado;
Y allí de nuestra santa Madre pia
Abre el tesoro á su gobierno dado,
Con indulgencias, con absoluciones
Y con mil largas gracias y perdones.

»Estaban ya muy cerca los réales
Del libio rey cuando el romano Papa
Las armas de su imperio celestiales
Desta suerte descubre y desatapa:
Tras lo cual las segundas materiales
Muestra, dejando la tiara y capa,
Y descubriendo la persona santa
Cubierta del arnés hasta la planta.

»Como cuando á la luz del claro día
Suele quitar alguna nube parte
De los ardientes rayos de alegría
Que por el orbe anchísimo reparte,
Si aquella de repente se desvía
Con el furor de un bravo viento aparte,
El radiante sol se nos ofrece,
Que con más clara lumbre resplandece;

»Así de nuestra Iglesia el sol luciente,
Dejando el sacro manto religioso,
Al nuevo aparecer resplandeciente
Del limpio arnés fortísimo y lustroso,
Divinos rayos repentinamente
Con resplandor despide milagroso
Del claro electro y de la santa cara,
Con viva lumbre más ardiente y clara.

»Y junto con el rayo repentino
Del rostro y del arnés, al mismo instante
Ante el sagrado capitán divino
Fué vista una doncella relumbrante,
Que su redondo escudo diamantino
Con fuerte brazo le tenía delante,
Animándole al hecho señalado
Con rostro alegre, grave y confiado.

»Y luego el santo Príncipe famoso
—Arma, arma,— dice, y arma el campo suena;
El clarín alto, el atambor furioso
Con fiero alarma cielo y tierra atruena;
Y al enemigo campo poderoso,
Que en aquella presteza piensa apenas
Con ordenada furia, en varios modos
Nos arrojamos al instante todos.

»Creciente que de altísimas montañas,
Trayendo piedras y árboles, descienda;
Rio que en vegas, valles y campañas
Con avenida súbita se extienda;
Rayo que las fortísimas entrañas
Del Apenino ó Pirineo encienda;
Temblor de tierra que revuelva el centro,
No pueden compararse al fiero encuentro.

»Juzgo que fueron muertos y heridos
Más de diez mil en el encuentro airado
De los soberbios moros atrevidos,
Que en mal punto incitaron al prelado:
Luego por todas partes embestidos,
Y el conflicto del todo ya trabado,
Con brava obstinacion la gente mora
Hizo furiosamente rostro un hora;

»Al cabo de la cual, ya no pudiendo
Resistir al ejército cristiano,
A la mar se vinieron retrayendo,
Con prestos piés desamparando el llano:
Entonces, la victoria prosiguiendo,
Siguió el alcance el capitán romano
Hasta el mar, que en mar rojo convertía
La inmensa sangre que el infiel vertía.

»Allí yo (pues me mandas que te diga
Cómo fué mi venida aquí á tal punto),
Siguiendo la vencida y enemiga
Gente con el sagrado Leon junto,
Viendo que en un batel, con gran fatiga
Y con color y rostro de difunto,
De las manos Sabá se nos escapa,
Y que á voces lo dice el santo Papá;

»Del caballo me arrojó al mar, y á nado
Sigo el batel donde iba el moro fiero,
Y alcanzóle, que habia ya llegado
Sobre un bajel fortísimo y ligero:
Subo tras él y hago lo que armado
Tiene en obligacion un caballero;
Y fué mi buena suerte de manera,
Que rendí en breve espacio la galera.

»Y como tuve alguna resistencia,
Aunque para prender al Rey ponía
Con gran cuidado toda diligencia,
Mientras con sus soldados combatía
Se desapareció de mi presencia,
Y en un bajel ligero que tenía,
Veo despues que por el agua vuela
Con largos remos y con ancha vela.

»Corria una furiosa tramontana,
Que en espuma tenía convertida,
Con prestas y altas olas, la romana
Exenta playa, con razon temida:
Yo, que en aquella cólera, de gana,
Por prender aquel rey diera la vida,
Con los cristianos de galera junto
Hago vela, y volando parto al punto.

»Pongo la proa por la misma via
Que lleva la ligera galeota,
Y doyle brava caza todo el dia,
No perdiéndole un punto la derrota;
Mas, ya que el sol sus rayos escondía,
El viento creció tanto, que la escota
Y los amantes y el timon rompiendo,
Vine á quedar en un peligro horrendo.

»Los pláticos cristianos, que en galera
Habian sido mucho tiempo esclavos,
Acá y allá con jarcias y madera,
Con remos, con estacas y con clavos,
Hicieron en el arte de manera,
Que por entonces á los vientos bravos
Se pudo resistir, aunque en mil modos
Ya nos amenazaban muerte á todos.

»Tres dias desta suerte contrastamos
La brava furia á nuestro daño intenta,
Y hoy todos ya del todo confiamos
Salir con bien de la mortal tormenta,
Que á tres ó cuatro leguas allegamos
De tierra, cada cual haciendo cuenta
Que la pisaba ya, cuando el navío
Nos hizo mil pedazos un bajío.

»Estaba yo en la popa asido á un remo
Que en cierto modo de timon servia,
Cuando ví el triste y miserable extremo
A que el grande peligro nos traia:
Fué favor (ello es cierto así) supremo,
Que para tanto en mí valor no habia ;
Quítome los vestidos en un punto,
Y salto al mar con aquel remo junto.

»Desde el cruel bajío peligroso
Hasta el mojado pié de esta montaña
Nadando vine por el mar furioso,
Con pena á cualquier otra pena extraña:
Besé la tierra cuando el pié gozoso
En ella puse, y luego la campaña
Con gente armada se me ofrece, y luego
Conozco el sér del belicoso fuego.

»Y con dolor inmenso de que el fiero
Infel al fiel tuviese tal ventaja,
Asiendo de las armas que primero
Se me ofrecieron, vine á la baraja...»
Apenas á este punto el caballero
Llega, cuando el gran cuento lé baraja
Un «¡arma!» viva, que á la estable sierra
Hizo casi mover á brava guerra.

A la primera voz los caballeros
Saltan en pié, y acuden á la parte
De donde comenzaron los primeros
Gritos del alto estrépito de Marte:
El sargento mayor sus sabios fueros
Con diligencia próvida reparte,
Y puesto en arma con atento oído,
Ver no pudiendo, atiende al gran rüido.

Así pues con las armas aprestadas,
Alerta estando la animosa gente,
Por las tinieblas lóbregas cerradas
Metiendo paz viene un varon prudente:
«Repórtense las armas alteradas,
Viene diciendo en alta voz vehemente:
Amigo, amigo soy; hágase pausa
Al gran rumor que mi venida causa.»

Su nombre en alta voz así diciendo
Mil veces por el campo repetia:
El sabio General, reconociendo
La amiga voz, á aseguralle envia;
Y todo el campo en su quietud volviendo,
Seguro paso al valeroso abria,
Al valeroso Filadelfo amado,
Ya por muerto en su ejército llorado.

Viene el valiente mozo generoso
En paz y en guerra extremadamente bueno,
Cansado por un peso victorioso
Que trae puesto al noble y fuerte seno :
Es el bravo caudillo valeroso
Sobrino de Ceilan, llamado Armeno;
Aquel con quien ya dije que quedaba
Trabado en singular batalla brava.

El moro viene en una sien herido
De una gran cuchillada, y el cristiano
Desde los hombros á los piés teñido
De su sangre, que riega todo el llano:
Estaba sin aliento y sin sentido
Por la vertida sangre el africano,
Cuando ya el capitán para curarle
A donde Alberto está viene á dejarle.

Luego al són eficaz de sacros versos
Fué la corriente sangre restañada,
Y el alma de mortales y diversos
Espantos fué á sosiego revocada,
Y de sucesos de la guerra adversos
Con amiga esperanza consolada;
Que es la que sobrelleva adversidades
En las almas de heróicas calidades.

¡Oh alivio de la vida de este mundo,
Cuyo nombre más pio y justo es muerte;
Dulce esperanza de valor profundo,
Contigo el sufrimiento se concierte;
Que en tí con él la mortal vida fundo!
¡Oh vital muerte trabajosa y fuerte
De este engañoso temporal infierno,
Donde eres tú tan celestial gobierno!

¡Gobierno celestial, santa esperanza,
 Acompañada á santo sufrimiento!
 ¿Cuál hay del mundo fiera malandanza
 Que del alma te arranque de cimiento?
 ¿Cuál tú nos pintas bienaventuranza
 Que fuera sea del empíreo asiento?
 ¿Y cuál consuelo y bien en él no calas
 Con el excelso vuelo de tus alas?

Ya pues que el sabio Armeno fué curado,
 Despues que en su sentido le volvieron,
 Y su daño y peligro reparado
 De la manera que mejor pudieron,
 Del capitan valiente y señalado
 La causa de traelle así supieron,
 La cual fué al grande Alberto tan gustosa,
 Quanto al discreto Filadelfo honrosa;

De quien en breve así fué referida:
 «Como cayese ese caudillo fuerte,
 La fuerza con la sangre ya perdida,
 Yendo sobre él, me dijo desta suerte:
 Vencido habeis; pero si dar la vida
 Quereis á quien habeis traido á muerte,
 Haced, fuerte soldado, de manera,
 Si ser pudiere, que cristiano muera.—

»No dijo más el valeroso Armeno,
 Y yo le dije que por él haria,
 Visto el buen fin de aquel su intento bueno,
 Todo lo que á cristiano le debia:
 Entonces replicó, de gozo lleno,
 En medio del desmayo y su agonía:
 —Yo sé que no hay camino en este suelo
 Sino la lèy de Cristo para el cielo.

»Que cuando mi dichosa suerte quiso
Que fuese esclavo en la ciudad sagrada,
Adonde está del alto paraíso
La santa llave al viejo apóstol dada,
Tuve de la cristiana fe el aviso
Que gobierna la gente bautizada,
Y junto con las lenguas de cristianos
Supe sus sacros cultos soberanos.

»Y siendo mi intencion y mi deseo
Renacer en el agua del bautismo,
Me trajo de uno en otro devaneo
El fiero rey del espantoso abismo,
Hasta que libre ya tras gran rodeo
Me volvió al africano barbarismo
Y al poder de mi tío y de esta gente,
Enemiga de paz naturalmente.—

»Con esto se quedó sin movimiento,
Y yo lleno de lástima y de pena;
Mas conociendo que el vital aliento
Aún no faltaba, puesto que era pena,
Con el recato que yo pude y tiento
Le levanté de la sangrienta arena,
Y como ya se ha visto, le he traído,
De mi promesa y su deseo movido.»

Apenas fin al cuento aquí ponía
Discretamente el capitán famoso,
Cuando Garin, que atento estado había
Al referir del caso misterioso,
Al grande Alberto, lleno de alegría,
Dijo, cual verdadero religioso:
«Con tu licencia yo de Armeno quiero
Ser para cuerpo y alma el enfermero.»

Holgóse el General; pero mostrando
Valor heróico príncipe perfecto,
A Filadelfo cuanto puede honrando,
Así dice con término discreto:
»En eso, padre mio, yo no mando;
A Filadelfo Armeno está sujeto,
Pues en tan buena guerra le ha ganado;
Y así, pedidle á él lo demandado.»

Filadelfo, el honor reconociendo
Que á su valor su general hacia,
Discretamente fué correspondiendo
Con alta y generosa cortesía:
De manera que todos concediendo
Al buen Garin la peticion tan pia,
El se amparó del moro caballero
Con celo de cristiano verdadero.

Mas entre tanto que en el campo nuestro
En tales modos Marte ha sucedido,
El injuriado moro, del siniestro
Suceso en brava cólera encendido,
Como valiente capitan y diestro,
No reposaba en descuidado olvido;
Sino con cuidadosa diligencia
Descubre allí su plática experiencia.

Y sabida la nueva lastimosa
De la prision de su sobrino Armeno,
De dolor bravo y de pasion furiosa
El irascible y fuerte pecho lleno,
Con diligencia á su querida esposa
Despacha un hombre en elocuencia bueno,
Para que con discreto y cuerdo aviso
Del triste caso sepa darle aviso;

Y para que la mueva y solicite
A que venga al ejército volando,
Y á que á su hermano, como suele, incite,
Con los valientes moros de su bando,
A que venga á gozar de aquel convite,
Que con victoria les está esperando;
Y sobre todo manda que encarezca
Que vengan todos antes que amanezca.

El bravo capitan Abenagonte,
De la famosa Lijerea hermano,
Con cien caballos, de Biserta el monte
Habita; y corre la marina y llano;
De quien por todo el clima y horizonte
Que ilustra el suelo bárbaro africano
La veloz fama esparce y cuenta hechos
Que dan envidia á mil valientes pechos.

Este es de quien la veloz fama cuenta
Aquella maravilla señalada
De aquel dragon que tuvo en tanta afrenta
A Biserta, su patria regalada;
El cual tenia por tributo y renta,
Para comida suya dedicada,
Una doncella noble cada dia,
Que por concierto el pueblo le ofrecia.

Es caso en toda la Africa sabido
Que, destruyendo este dragon la ti erra,
Y no habiendo el poder della podido
Jamás vencerle con sangrienta guerra,
Vino por cierto oráculo á partido
De dar de las familias que en sí encierra
Más nobles, una moza la más bella,
Cada dia al dragon para comella.

Cupo la suerte á Rosa, ilustre dama,
Dama de Abenagonte más querida
Que el alma propia, y á quien ella ama,
Con casto y justo amor, más que á su vida:
Ardiendo en él de amor la viva llama,
Su vida á muerte tal viendo ofrecida,
En lugar della, el bravo moro y fuerte
A la fiera se ofrece y á la muerte.

Salió, sin que supiese dél alguno,
Al mismo tiempo que de oscuro bosque
El hambriento dragon salia ayuno
Al pasto con quien él despues se embosque;
Y animoso y valiente y oportuno,
Antes que el largo cuello desenrosque,
Bate las piernas el veloz ginete,
Y por frente al dragon fiero arremete.

Y con tal suerte, y tal destreza, y tanta
Fuerza al dragon la larga lanza arroja
Por medio de la boca y la garganta,
Que en medio el corazon el hierro aloja:
Si el alto silbo, si el mirar espanta,
O si la sangre con que el suelo moja
Y la espuma mortifera que vierte
Amenazaban en tal muerte, muerte.

Juzgar podráse con saberse sólo
Que fué este drago de la misma raza
Que el Piton cruelísimo de Apolo,
Del mismo daño y de la misma traza:
Abenagonte, al fin, así matólo;
A quien su dama por su esposo abraza
En digno premio del famoso hecho
Y del amor que lo inspiró en su pecho.

Pero el moro que el triste aviso lleva,
Donde está Lijerea llega, y dalo,
Haciendo de su ingenio y lengua prueba
En hablar con afecto y con regalo,
De tal manera, que consuele y mueva
A todos tanto, que sin intervalo
De turbacion ó triste sentimiento
Ceilan consiga su prudente intento.

Y así sucede como pretendia;
Que apenas el aviso Timbro ha dado,
Cuando en són alto ya el clarin heria
El aire triste, lóbrego y turbado:
«¡A caballo, á caballo!» referia
El sonoro arambre apresurado;
Y luego «¡al estandarte, al estandarte!»
Y el socorro tras esto apriesa parte.

CANTO X.

ARGUMENTO.

Llega en socorro el bravo Abenagonte
Y Lijerea lastimada y fiera,
Cuyo llorar enterneciera un monte,
Si capaz de sentille un monte fuera:
Dan al claro ilustrar del horizonte
Fiero principio al daño que se espera,
Mostrando alto valor de fuertes manos
Y nobles pechos, moros y cristianos.

YA que marchando á toda furia viene
La bella mora con su fuerte hermano,
La pasión tierna que en el pecho tiene
Del casto amor, dulcísimo tirano,
Con poderosa fuerza contraviene
Al enojo mortal que en el cristiano
Pide rigurosísima venganza,
Y muere ya por emplear la lanza.

Y no para estorbar esto se opone
El amor al enojo en Lijerea;
Porque antes más la mueve y la dispone
A la fiera venganza que desea:
Para lo que sus fuertes fuerzas pone
Amor, que la gobierna y señorea,
Es para que su blando sentimiento
Se vea más que el vengativo intento.

Y así la bella mora, ya rendida
Al fiero mal que el corazón le parte,
Entre la furia airada y encendida
Del iracundo proceder de Marte,
Y entre el ronco rumor de la movida
Selva por donde sigue el estandarte,
Hechos dos ríos los hermosos ojos,
Así mueven la lengua sus enojos:

«¿Tanto os parece que durado habia,
Envidiosa fortuna de mi estado,
El regalo, el contento y la alegría
De Lijerea con su esposo amado?
¿O tanto os enfadaba y ofendia
Su valor, de mil glorias adornado,
Que para mi mortal congoja y duelo
Puesto le habeis en tanto desconsuelo?

»El pecho ilustre de virtudes lleno,
Para mí tan amable y amoroso,
Que mi alma por él de mí enajeno,
Y en él le doy dulcísimo reposo,
¿Es posible, querido y dulce Armeno,
Es posible, querido y dulce esposo,
Que está rendido á voluntad ajena,
Y atado y puesto en áspera cadena?

»Y ¿es posible, ¡ay de mí! que la valiente
Y diestra mano, tan acostumbrada
A conseguir victoria eternamente,
Y para mí tan blanda y regalada,
La tiene esa enemiga infame gente
Con duro hierro y fuerte lazo atada,
Y que quizá en su rostro esos villanos
Ponen ¡ no plega á Dios! sus viles manos?

»¿ Que Armeno está, que Armeno está cautivo,
 Y Lijerea no le libra y venga ?
 ¿ No venga y libra ? Aunque aquel hado esquivo,
 Cual vino contra él, contra mí venga,
 Haré, si en mi vigor tres horas vivo,
 Que el que mi bien cautivo tiene, tenga
 Paga cruel, subida de quilate,
 Por venganza justísima y rescate.»

Así la bella dama dolorida
 Sus quejas esparcia por el viento,
 Con lastimosa y triste voz salida
 Del corazon á fuerza de tormento;
 Así la viva llama en él prendida
 Descubre el amoroso encendimiento,
 Mientras con prestos piés la selva espesa
 Por lóbregos caminos atraviesa.

• Pero ya cuando se llegó la hora
 Que abrió las puertas del dorado oriente,
 Y por ellas salió la bella aurora
 Ante el hermoso sol resplandeciente;
 La apasionada valerosa mora,
 Toda encendida en cólera impaciente,
 Del bosque ya saliendo al ancho llano,
 Gran trecho se adelanta de su hermano.

Ya el sol los dos ejércitos mostraba
 Muy cerca, y ya la mora arremetía,
 Cual acosada tigre ardiente y brava,
 A nuestro campo, que delante via;
 Cuando Ceilan, que al paso la esperaba,
 Con blando ruego en él la detenía,
 No permitiendo el temerario hecho,
 Quietando un tanto el fuerte y tierno pecho.

Cual soberbio lebrel acostumbrado
A pardos y osos, tigres y leones,
Que un bravo toro mira rodeado
De gente con agudos garrochones,
Y en encendida cólera abrasado,
Al dueño y al bozal y á las prisiones
Contra su voluntad está obediente,
Aunque fogoso, airado y impaciente;

Tal la valiente mora, acostumbrada
A emprender famosísimas hazañas,
Y á rendir por su lanza y por su espada
Mil fieras gentes bárbaras y extrañas,
Viendo tan cerca aquella gente armada
Que le tiene al que tiene en las entrañas,
Ardiendo en ira, está obediente al ruego,
Aunque impaciente, brava y sin sosiego.

Pero ya cuando Abenagonte llega
El escuadron con su jineta banda,
Las banderas el campo infiel desplega,
Y que marche Ceilan apriesa manda;
Que marche á dar principio á la refriega
Que con ardiente cólera demanda
Del sabio Armeno la valiente esposa,
De sangrienta venganza deseosa:

La cual y el bravo Alí vienen delante
Con su hermano y caudillo Abenagonte;
Tras ellos van el grande mago Atlante,
Medoro, Cloridano y Rodomonte,
Abenzoar, Hamida, Zeit y Organte,
Hazen, Hamet, Muley y Telefonte,
Getulo, Coraben, Pertan y Audalla,
Y tras éstos la bárbara canalla,

Venia Abenagonte en un overo
Rico curiosamente y alheñado,
Revuelto y hollador, presto y ligero,
De corazon robusto y alentado:
Hermosos son caballo y caballero,
Y fuertes tanto, que al más alto grado
Parece que ambos llegan de belleza,
De gala y gallardía y fortaleza.

Era el jaez de seda roja y oro,
Con estribos y hebillas de ataugía
Y como muy galan y fuerte moro,
Una marlota carmesí traía,
Que, segun su belleza, un gran tesoro
Con el tocado y capellar valía;
Trae la espada tunecí y la lanza
Larga cuarenta palmos, á su usanza.

Un moro de estatura de gigante,
Puesto á su estribo, le traía una adarga
Bordada con mil perlas de Levante,
Ancha en debida proporcion y larga;
En cuyo campo un gran leon rapante
Está pintado, que la garra alarga
Al alto fruto de una fértil palma,
Con bravo aspecto en que descubre el alma.

Viene la dolorida Lijerea
En un caballo blanco mosqueado,
Que con agilidad salta y voltea
Delante al diestro y al siniestro lado;
Con un bravo jaez de su librea,
Que es terciopelo azul, todo asombrado
De estrellas de oro fino al propio, cuales
Son las claras estrellas celestiales.

Parece así vestida al mismo cielo,
Cuando forma en la noche un claro día
La blanca hermana del señor de Delo,
A quien su lindo rostro parecía:
Calmaba el mar, paraba el sol, y el vuelo
El más furioso viento suspendía
Por contemplar su rostro milagroso,
Y condolerse viéndole lloroso.

Una lanza jineta blandeaba
Con la valiente diestra, y con la izquierda
La rienda y la ancha adarga gobernaba,
Sin que de fuerte y diestra un punto pierda:
Un alfanje del hombre le colgaba,
Que del famoso capitán se acuerda,
Abuelo suyo, Cidi Abenchapela,
Que al mauro dió del Alcorán la escuela.

De verde y plata viene Alí su hermano,
En un castaño oscuro, fuerte y grande,
Estrellado, cuatralbo y rabicano,
En extremo galán, ó corra ó ande:
Una asta gruesa y corta trae en la mano,
Que no hay quien mejor que él la rija y mande,
Con una adarga cuyo campo es cielo,
Y en medio del pintado á Mongibelo.

Medoro, que es del capitán sobrino,
Viene vestido de brocado pardo,
En un caballo rucio tunecino,
Cual si fuera andaluz lindo y gallardo:
Lanza jineta de ancho hierro y fino,
Y adarga cuyo campo un suelto pardo
Atado muestra en hierros inhumanos,
El fuerte jóven trae en ambas manos,

En un caballo negro como endrina,
Con los ojos ardientes como llama,
De español padre y madre tunecina
Nacido, más ligero que una gama,
Atlante, el grande astrólogo, camina,
Y al capitán á grandes voces llama,
Diciendole: «Señor, sigue esta suerte
Con ánimo seguro, osado y fuerte;

»Que mirando en el cielo atentamente,
Y alzando una figura judiciaria,
He visto que tu fuerte brazo y gente
Vencerá esta canalla temeraria:
Toda la esfera en tu favor consiguiente;
No hay cosa en ella que te sea contraria:
Vamos; que en fe de lo que digo, quiero
Ser en acometerlos yo el primero.»

Pone piernas tras esto aprieta, y parte
El rocin ligerísimo volando,
Sin aguardar trompeta ni estandarte,
El daño del desórden despreciando;
Y da principio al espantoso Marte,
Que, ya sangriento y fiero, amenazando
Saña cruel, venganza horrible y brava,
En ambas partes riguroso estaba.

Venía ya también bajando en esto
El católico campo al campo llano,
Por el prudente y viejo Ulisio puesto
En forma cuadra, en batallón romano;
Y Alberto con espíritu dispuesto
A ganar el renombre de africano,
Hecho ya al cielo su debido ruego,
Viene delante con el gran don Diego.

Y á los amigos dos consigo tiene
El sabio Alberto con don Diego junto,
Dando á los tres el puesto que conviene
A sus quilates de tan alto punto;
Del heróico valor que en sí contiene
Mostrando en sí y en ellos un trasunto
Digno de que le guarde por ejemplo
La eternidad en su famoso templo.

Venia Alberto con un peto á prueba,
Morrión, gola y espaldar armado,
Espada y daga y una gruesa y nueva
Pica de un fresno altísimo tostado:
Un paje la rodela fuerte lleva,
En cuyo campo de oro está grabado
Un unicornio que con la alta frente
Mueve las aguas de una dulce fuente.

Por las armas y aspecto venèrable,
Venerable por canas y presencia,
Se muestro el grande Alberto, y sin que él hable
Persuade con altísima elocuencia:
Su ejemplo de valor raro, admirable,
Visto en heróica y célebre apariencia,
Mueve más los honrados corazones,
Que pudieran mover mil Cicerones.

Y no menos persuade y mueve y fuerza
Al escuadron que honor heróico inflama
El Florel valeroso, con la fuerza
De ejemplos de valor de eterna fama,
Y sus parientes dos; y así se esfuerza,
Ardiendo de valor en viva llama,
Por estos solos tres, de la manera
Que si en favor mil Césares tuviera.

Puesto se habia el castellano fuerte
Un fino coselete de un soldado
A quien la brava y rigurosa muerte
En la primer batalla lo ha quitado :
La fina espada tunecí que vierte
La sangre de su gente, tiene al lado,
Y á la robusta y fuerte diestra aplica
Una larga, derecha y gruesa pica.

Y desta misma suerte armados vienen
Todos los capitanes ya nombrados,
Que sus puestos delante en órden tienen
Con los cuatro varones señalados :
Las hileras despues en sí contienen,
Segun sus grados y armas, los soldados,
Y en medio, cual su espíritu y aliento,
Van las banderas ondeando al viento ;

Y las cajas ante ellas, con el fiero
Rumor de Marte, que aire y tierra atruena,
Que infunde aquel espíritu severo
Que á muerte furiosísima condena,
Que extremece, que asombra, que el entero
Juicio ofusca, que arma y guerra suena,
Que las iras fortísimas provoca
Del corazon armígero que toca.

Así viene el ejército pequeño
Del pueblo fiel, á recibir el grande
Del pueblo infiel; que con airado ceño
No hay mal en su intencion que no le mande;
Así viene obediente al sabio dueño,
Sin que del órden nadie se desmande,
El cristiano escuadron ; así la ofensa
Tener vengada en breve espacio piensa.

Llegaba en esto el indiscreto Atlante
Con su rocin, que el suelo apenas toca,
Cuando el Florel, haciéndose adelante,
Fuerte se opone á aquella furia loca:
A su santo don Diego; el nigromante
En alta voz á su profeta invoca;
Y vióse bien la diferencia luego
Del pérfido Mahoma al santo Diego.

El fuerte cuento de la pica asienta
En tierra, y afirma la una y otra planta
El español gallardo, y se presenta
Al que tan confiado se adelanta:
Fuera bien que mirara en esta afrenta
El moro mago con su ciencia tanta;
Pero ¿qué digo? ya revuelto habia
Toda la judiciaria astrología.

Y habiendo en ella á su sabor hallado
Lo contrario que allí le ha sucedido,
Por eso arremetió tan confiado,
Mostrándose valiente y atrevido;
Más mostrólo don Diego atravesado
En la pica fortísima y tendido
Gran trecho del caballo cuya silla
Ya ocupa el caballero de Castilla.

No bien habia el sabio judiciario
Visto tan á su costa la experiencia
De lo que daña un hecho temerario
Y de lo que es incierta aquella ciencia,
Cuando el bravo español, con su ordinario
Espíritu y valor y diligencia,
Y con gallarda ligereza y brio,
Alegre salta en el rocin vacío.

No pudo contenerse el generoso,
Habiendo visto la veloz carrera
Y el menudo tropel bravo y furioso,
A no ver del caballo prueba entera,
Y á no mostrar tambien cuán valeroso,
Cuán fuerte y diestro caballero él era,
Y cuán ejercitado en la campaña
Con los jinetes pláticos de España.

Ya en esto llega el escuadron jinete,
Y con grande tropel y alto alarido
Nuestro pequeño ejército acomete,
De quien es bravamente recibido:
Al gran don Diego el bravo Alf arremete,
Visto lo que de Atlante ha sucedido,
Pensando en él hacer lo que solia
En mil valientes que vencido habia.

Mas sucedióle adversa allí la suerte,
Que siempre le fué amiga y favorable,
Aunque en extremo fuese osado y fuerte
Y en destreza y espíritu notable;
Porque la espada en quien la brava muerte
Airada se mostraba y espantable,
De un tajo brazo y lanza le echa al suelo,
Y la cabeza de un revés en vuelo.

Abenagonte y Lijerea, viendo
La miserable suerte del hermano,
En ira y rabia y en dolor ardiendo,
Furiosos arremeten al cristiano:
Fué de los dos el fiero encuentro horrendo,
Tal, que el veloz rocin cayó en el llano;
Pero queda el diestrísimo don Diego
En pié y ardiendo en vengativo fuego.

• A los dos vuelve como tigre fiero,
Y aunque fué el revolver en un instante,
Ya no los halla el bravo caballero;
Que volando pasaron adelante;
Y entre ellos y él un escuadron entero
Así se opuso, que la bella amante
Y el bravo Abenagonte, aunque quisieron
Volver al español, jamás pudieron.

Mas pensando acabar de su venganza
Lo que quedaba, aquel gigante moro
Que para que la adarga lleve ó lanza
Le estima Abenagonte en un tesoro,
Con fuerza inmensa y con bestial pujanza,
Cual acosado grande y bravo toro,
A don Diego se arroja, ardiendo en ira,
Y mil golpes bravísimos le tira.

Con la adarga del amo el siniestro
Robusto brazo el gran gigante vino;
Gobierna el desmedido brazo diestro
Un ancho y fuerte alfanje damasquino:
Cual con broquel y espada un hombre diestro,
Así se aviene el bravo tunecino
Con el alfanje largo de una braza
Y con la adarga anchísima que embraza.

En tanto ya los bravos escuadrones
A toda furia vienen á las manos,
Las cuales muestran bien las intenciones
De fieros enemigos inhumanos:
Batalla de fortísimos leones
Contra tigres bravísimos hircanos
No se pudiera ver más rigurosa,
Más fiera, más trabada y espantosa.

Allí caen caballo y caballero
Atravesados de una larga pica;
Acullá muere el diestro balletero
Mientras la jara á la ballesta aplica;
Acá un jinete temerario y fiero
Contra cien contrapuestas picas pica;
Aquí, mientras el otro el arco flecha,
Atravesarse siente de una flecha.

Pero donde el furor más riguroso,
El ronco, airado y confundido grito
Del bélico rumor, fiero, espantoso,
Levanta en son del infernal Cocito,
Es donde el grande Alberto valeroso
Sustenta igual el desigual conflicto,
Puesto con sus infantes coseletes
Al furor de los bárbaros jinetes.

Allí de aquellos capitanes fuertes
Y de valor y honor de sus soldados,
Se vian famosas y gallardas suertes
De varones destrísimos y osados;
Allí la muerte con airadas muertes
A los soberbios moros confiados
Les muestra cuánto daño trae consigo
El estimar en poco al enemigo.

Allí de los amigos generosos
Cardona y Aragon famosamente
Son llevados los moros sediciosos
Por el rigor de la mortal corriente;
Y allí los pasajeros valerosos,
A imitacion de la guerrera gente,
Mil vidas quitan, muertes mil desprecian
Por el honor que en alto punto precian.

Bien que donde la brava Lijerea
Con Hazen, con Medoro y con Audalla,
Con Guido, Olindo y Telamon pelea,
Diferente de aquí va la batalla;
Que aunque no llega al fin que ella desea,
Rompe dichosa la cristiana malla,
Entrando el escuadron á viva fuerza:
Amor la anima, amor su brazo esfuerza.

Ni menos donde el fuerte Abenagonte,
Organte, Zeit, Abenzoar, Hamida,
Con Anselmo y Ricardo y con Oronte
Combaten, van los moros de vencida;
Antes si por Florante y por Almonte
No fuera aquella parte socorrida,
Por ella hubiera al campo fiel hallado
Dichosa entrada el fuerte moro osado.

Que allí un robusto moro combatia
Con infernal furor, saña y braveza,
Que el fuerte Abdeluzema se decia
Por su maravillosa fortaleza;
A quien Almonte el campo defendia
Con singular valor, brio y destreza,
Aunque de Rodomonte y Cloridano
Guardado estaba de una y otra mano.

Y allí el famoso tirador de arco,
Robusto cuanto diestro y arrogante,
Cuñado de Ceilan, llamado Zarco,
De nacion turco, en fuerzas un gigante,
Mató al suave músico Aristarco,
Griego en linaje de la fértil Zante,
Cuya voz, que á la lira concertaba,
Las almas suspendia y encantaba.

Y allí con Benamir, español moro
Que andaba foragido de Valencia,
Su dulce patria, que en continuo lloro
Vive por ella en su forzosa ausencia,
Y era entre éstos tenido en gran decoro
Por su valor, jüicio y experiencia,
Tienen los nuestros resistencia fuerte
Y puesta la victoria en alta suerte.

Y allí tambien el espantable Alfardo,
En fealdad y en fuerzas mónstruo fiero,
Mató al valiente alférez Belisardo,
Y á Guido Baldo, noble caballero,
De quien el famosísimo Ricardo,
Hermano suyo y único heredero,
Vengó la injusta muerte dolorida
Privando al feo mónstruo de la vida;

Y matando tras él al gran Calibio,
Hechicero famoso y herbolario,
Y á un bravo capitán de nacion libio,
Primo de Tulipante, dicho Alario;
Y metiendo el sangriento estoque tibio
Por el pecho á Zacinto, gran cosario,
Y matando al bastardo Amirhabena,
Hijo del rey de Fez y de Aridena;

De Aridena, mujer de Sabá, aquella
Que el viejo rey de Fez á su alcazaba
Se la llevó mientras el padre della
Por mujer gozosísima le daba,
Haciendo á un tiempo al padre, á él y á ella
Agravio tal y sinrazon tan brava,
Que produjo en Sabá el más bravo hecho
Que jamás emprendió bárbaro pecho.

Tomó Sabá aquel caso de tal suerte,
Y fué tal su congoja y sentimiento,
Que con su corazon soberbio y fuerte
Y con su temerario pensamiento,
Sin temer el peligro de la muerte,
Ni otro alguno, si le hay, mayor tormento,
Determinó con rigurosa furia
Cobrar su dama y vindicar su injuria.

Para lo cual en una noche oscura,
El solo, sin ayuda de su gente,
Hecha una eficacísima mistura
Para dar fuego repentinamente,
Con tan grande artificio y tal ventura,
Le puso á la alcazaba del pariente,
Que la furiosa y repentina llama
Le abrió el palacio y le entregó la dama.

Perdió el de Fez mujeres, joyas y oro;
Perdió el castillo rico y admirable;
Fué espanto eterno de su tierra y lloro
El no entendido caso memorable;
Y el mozuelo Sabá con el tesoro
A su amoroso pecho inestimable,
Huyó, mudando el nombre, el trato y traje,
Y disfrazando el rostro y el lenguaje.

Lloróse por quemada en Fez la mora
Con las que se quemaron rëalmente,
Y al que causó la llamá vengadora
Por quemado lloró tambien la gente;
Y en especial el triste rey los llora
Con afectos de amante y de pariente;
Tan fuera de pensar el triste estuvo
El engaño bravísimo que hubo.

A Túnez Sabá vino, y heredando,
Hizo claro el engaño al viejo tío,
El cual, la atroz injuria blasfemando,
Quiso vengar el loco desvarío;
Mas el bravo Sabá, fiero mostrando
Su soberbio valor y ardiente brio,
De modo el caso al tío zahirióle,
Que en perpétuo silencio sepultóle.

Parió del viejo rey la moza dama
A Amirhabena, aquel que ahora muere,
A quien libró al nacer de ardiente llama,
Donde Sabá que muera al punto quiere:
Allí la madre, que cual madre le ama,
Le dió dos vidas, y á un su fiel requiere
Que el niño crie, y él hasta ese punto
Aquí le tuvo, donde fué difunto.

Mas el terror furioso que acompaña
Con fiera amarillez á Marte ardiente,
Cuando en su punto la sangrienta saña
Muestra su bravo espíritu inclemente,
Discurre con don Diego la campaña
Con tan horrenda y espantable frente,
Que no hay quien no revuelva dél la suya,
Y por no verle á toda furia huya.

No espanto tal al marinero triste
El flaco pecho le convierte en hielo,
Cuando en la mar el que al gobierno asiste,
Con el timon es arrojado en vuelo,
Y la galera sin remedio embiste
En peñas levantadas hasta el cielo;
Cual es el miedo que esta gente tiene
De aquel terror que con don Diego viene.

Habia, con la brava resistencia
De aquel gigante, tanto acrecentado
El enojo y la saña y la impaciencia
En el pecho á vencer acostumbrado,
Que no don Diego, sino la inclemencia
Entoncés era el español airado,
Haciendo pruebas con su brazo fuede,
Cuales las hace la espantosa muerte.

Fué la batalla que con Alimauro
Tuvo (que así llamaban al gigante)
Tal, que el teatro del famoso Escauro,
En el tiempo de Roma más triunfante,
A ninguno dió palma ó roble ó lauro
Que ser le pueda igual ni semejante,
Ni entre las suyas el turbado Janto
Alguna vió que se extremase tanto.

CANTO XI.

ARGUMENTO.

Alcanza Alberto por Florel victoria
Del temerario bárbaro africano,
Con su doliente fin lleno de gloria
Para el valor del escuadron cristiano:
Trágicos casos dignos de memoria
Traen muerte y amor con fiera mano
Que de ordinario en lo mejor se emplea,
A Filadelfo, Armeno y Lijerea.

Como tal vez del cielo airado suele
En seco campo con rigor violento
Fuego caer, que prenda en él y vuela
Con el furor de algun airado viento,
Sin que al villano mísero, á quien duele
Con mortal ánsia el fiero encendimiento,
Le dé lugar que miés ó fruto guarde
De la alta llama que le enciende y arde.

Así don Diego, riguroso, airado,
En colérico fuego convertido,
El escuadron más fuerte donde ha entrado
En vuelo lleva roto ya y vencido;
Sin que al bravo Ceilan que con cuidado,
Mira por él su campo destruido,
Le dé lugar alguno á que provea,
Cosa que en su reparo y órden sea.

Y así el valiente moro belicoso,
Ya sin remedio ni esperanza alguna,
Blasfemando colérico y furioso
Del cielo y de Mahoma y de la luna,
Al valiente español que victorioso,
Con su valor seguía su fortuna,
Se arroja airado con intento ardiente
De matalle, ó morir honradamente.

En tanto los demás, con furia horrible,
Como fuertes varones peleaban,
Y en varias formas con rigor terrible,
El fiero espanto bélico mostraban:
Y en su más alto punto la irascible
Saña del bravo Marte levantaban,
Haciendo cosas dignas que la gloria,
Haga en el tiempo eterna su memoria,

La brava y hermosísima africana,
Después de haber el campo discurrido,
Y con grande valor sangre cristiana
Dichosamente acá y allá vertido,
La furia airada que con sangre humana
El serpentino crin trae teñido
Con fiero asombro y grima de la tierra,
Cuyo espantable y triste nombre es guerra;

Hizo que con el sabio y valeroso
Capitan Filadelfo se topase,
Aquel cuyo valor su amado esposo
Causó que en su poder preso quedase:
El la acomete airado y envidioso
De que tan victoriosa por él pase,
No pensando que fuese tierna dama,
Sino fuerte varon de excelsa fama.

Ella se vuelve á él, visto su intento,
Y el caballo cansado, al dar la vuelta,
Sin piernas y sin manos y sin tiento
Deja á la dama entre la arena envuelta;
Pero la bella mora en un momento,
En extremo animosa y fuerte y suelta,
Con la espada en la mano en pié se halla,
Y viene airada á la cruel batalla.

Su hermano en esto con el grande Alberto,
A pié tambien, y cuerpo á cuerpo, muestra
En un duelo peligroso, incierto,
La brava fuerza de su fuerte diestra;
Mas la sagacidad del viejo experto
Y la grande prudencia que le adiestra,
Resiste aquel furor, mostrando un claro
Ejemplo de valor notable y raro.

Aragon y Cardona, inseparables,
Mil almas de mil cuerpos separando,
Con sangrientas espadas espantables
Hinchen de espanto el enemigo bando:
Invencibles los dos é incontrastables,
Venciendo á todos van y contrastando:
Con este par ¡oh fama! no compares
Aquellos tus famosos Doce Pares.

Y así como en valor sin par señales
Este par soberano y peregrino,
Muevas tus lenguas mil y tus mil alas
En mostrar de amistad su sér divino;
De amistad verdadera que á tan malas
Penas hallamos huella en su camino,
En este siglo lleno de perfidia,
Donde es reina cruel la infame envidia.

Fueron estos dos fuertes caballeros
En la ley de amistad tan señalados,
Que por ella, entre tantos pasajeros
En el oscuro olvido sepultados,
Son en esta jornada dos luceros
Del claro sol de fama iluminados,
Ante la cual hallar no pueda excusa
La pérvida amistad que el mundo hoy usa.

Fundaron en razon esta ley santa
De su amistad, y con verdad sincera
Altamente ilustraron la de cuanta
Virtud le da su calidad entera:
Virtudes digo que si ahora espanta
No haber fiel amistad ni verdadera,
Es porque en vicios mil tiene la mira,
Y sin razon se funda y con mentira.

Mil claras sinrazones, mil mentiras,
De que abundan los hijos de los hombres,
Y mil vicios ¡oh mundo! en que te añas,
Quitán de alta amistad claros renombres;
Pero tú, ingrátitud, que al mundo tiras
Mil mónstruos del infierno con que asombres;
Tú, de quien todo bien volando huye,
Eres quien más santa amistad destruye.

Tú, fiera ingrátitud, que del ingrato
Enemigo comun eres amiga,
Y del divino verdadero trato
De amistad santa pérvida enemiga,
Causas que con infame desacato,
Por la misma razon que á ser le obliga
Un hombre de otro amigo fiel y justo,
Enemigo le sea infiel y injusto.

Pero ¿dónde me lleva y me trasporta
La infame ingratitud con sus dolores,
Por la ocasion que da á mi lengua corta
La amistad santa destes dos señores,
Cuyo excelso valor á Alberto importa
En los airados bélicos furores
De la batalla en que se ve la vida
De célebre victoria enriquecida?

Aragon de un revés al mauro Lancho,
Capitan valeroso y señalado,
Los dos brazos cortó que en alto un ancho
Y fino alfanje habian levantado:
La rodela dejó el paje en el rancho
Adonde estuvo su aduar plantado
Aquella noche; que si la trujera,
No poco en este golpe le valiera.

Pero, aunque en este golpe aprovechara
Al fuerte capitan el fuerte escudo,
De otros mil fieros golpes no escapara,
Con que Aragon matar á muchos pudo:
Zarante, nieto de la reina Zara,
Se entró rabiando por el hierro agudo
Que de punta Aragon al pecho fuerte
Le ofreció, envuelto en rigurosa muerte.

De otra punta cual esta á Sacripante
Al mismo tiempo allí mató Cardona;
Y de un revés cortó por medio á Argante,
Y el un brazo de un tajo á Maratona;
Maratona, que en fuerza era un gigante,
Y un muy pequeño enano en la persona,
Mónstruo notable, contrahecho y feo,
Que afirmaba en blason ser rey pigmeo.

Bravo era el mónstruo, y más lo queda ahora
Con el brazo cortado, y encendido
En braveza y en ira vengadora;
Mas poco le ha durado y le ha valido
Que la veloz espada matadora,
Cardona, reportado y prevenido,
Al corazon indómito le apunta,
Y á las espaldas hace ver le punta.

Aquí tambien Uberto, Olindo y Dánes,
Matan á Yarbas, á Selin y á Zerta,
Que habian sido, cual ellos, capitanes
En galeras de Argel y de Biserta:
Caramamin, que al capitan Alfánes
Deja en un muslo larga llaga abierta,
Queda por él sin la espantosa vida
De insolente ladron, fiero homicida.

Telamon, cual aquel bravo de Troya,
Tambien aquí furiosa y bravamente
Peleó con la bárbara Lancroya,
Mujer monstruosa, fiera y insolente,
Tenida entre estos bárbaros por joya,
Venida desde el último oriente
A ser allí, cual ellos, salteadora
Furiosa, cruelísima y traidora.

Matóla el fuerte Telamon, y Guido
A su lado mató al soberbio Zaide,
Desta fiera mujer falso marido
Y del gran Caruan traidor álcaide:
Florante aquí fué de Selin herido,
Y él mató en recompensa al Albenzaide,
Moro galan, en Túnez señalado,
Y al Merlin, por gran mágico estimado.

Y en este fuerte y riguroso punto
Los españoles pasajeros tanto
Mostraron el valor nativo junto
Al diestro proceder, que fué un espanto:
Excelso y sonoro contrapunto
Fueron al valeroso heróico canto
De los demás en la armonía y arte
De la sublime música de Marte.

Y por ellos decir solia Alberto,
Cuando desta batalla se trataba,
Que de cautivo con su gente ó muerto
Sin duda le libró la gente brava:
Su término, su honor y su concierto
Con grande admiracion siempre alababa;
Y con obras, mostrándose les hizo
Honor despues que al suyo satisfizo.

Ya dos horas habia que duraba
La batalla bravísima y sangrienta,
Cuando en confuso y fiero punto estaba
Más incierta, más brava y más violenta;
Y de la misma suerte se mostraba
Que el alto mar en áspera tormenta,
Cuando á veces las ondas tempestuosas
Vencidas van, y vuelven victoriosas.

Ya el campo infiel con ímpetu retira
Al católico ejército animoso;
Ya el campo fiel revuelve, ardiendo en ira,
Sobre el bárbaro ejército orgulloso;
Y así cada cual dellos fiero aspira
Al fin tan deseado victorioso,
En pretension del cual prestos llegaban
A muchos los que menos deseaban.

Hamet, Muley, Pertan y Telefonte,
Getulo, Coraben, Hacen y Audalla,
Hácia la parte donde está en el monte
La chusma fiel, con quien Garin se halla,
Con Anselmo, con Guido y con Oronte
Traban rigurosísima batalla,
De mil moros los unos ayudados
Los otros de los míseros forzados.

Y aquí sin duda todos perecieran
A manos de los bárbaros furiosos,
Si por el sabio Ulisio no tuvieran
Socorro los cristianos valerosos;
Y aún en cien otras partes padecieran
Trances infortunados y afrentosos,
Si el campo no tuviera por sargento
Un varon de tal sangre y tal talento.

Trajo consigo á Telamon y Alardo,
A Alcimedonte y á Fadrique Dánes,
A Uberto, á Sinforoso y á Ricardo,
Valientes marineros capitanes;
Y él, más que todos plático y gallardo
En los sangrientos bélicos afanes,
El primero acomete el moro bando,
Victoria en alta voz apellidando.

Jamás tan lejos della habia estado
Como entonces lo estaba el campo nuestro;
Mas el prudente y fuerte viejo osado,
En aquel menester sabio maestro,
Por ardid toma el nombre mejorado;
Y á tiempo fué tan próspero y tan diestro,
Que, saliendo de allí la voz amada,
Por el campo voló luego esforzada.

Y adonde con Ceilan está don Diego
En sangrienta porfía, alegre llega,
Y allí, aumentando el encendido fuego,
Las alas ligerísimas despliega;
Y no tomando punto de sosiego,
Parte de allí, no ya confusa y ciega,
Sino evidente y clara en tono fuerte,
Diciendo de Ceilan la cierta muerte.

Por diez heridas al furioso moro
Sacó don Diego el alma rigurosa,
Que, blasfemando del celeste coro,
Huyó á la eterna cárcel tenebrosa:
Luego en un tono altísimo y sonoro,
Con dulce voz clarísima y famosa,
La gloria el nombre del Florel en vuelo
Levantó por el aire alegre al cielo.

Terror, espanto, miedo, pasmo, muerte
Infunde en el infiel pueblo africano
La alegre voz que la dichosa suerte
Divulga del ejército cristiano,
El cual en puro esfuerzo se convierte
Al triste fin del árabe inhumano;
Y así los unos huyen temerosos,
Y los otros los siguen victoriosos.

No puede Abenagonte socorrellos,
Que á manos del famoso Alberto muere;
Ni amparo, ayuda ni favor de aquellos
Valientes caballeros nadie espere;
Que en este punto no hay alguno dellos
Que de la vida ya no desespere:
Sólo la linda mora en la batalla
Con Filadelfo al parangon se halla.

Mas poco más duraron los valientes
Dignos de eterna y alta poesía,
Por quien vivan en bocas de las gentes
Mientras el sol causare al mundo el dia;
Que ambos, vertiendo lastimosas fuentes,
Dieron á un punto fin á su porfia,
A la tierra los cuerpos entregando,
Sin sangre ya y sin fuerza agonizando.

Amor, que tanto tiempo habia vivido
En el hermoso pecho de la mora,
Más regalado y más entretenido
Que en todo cuanto habita y enamora,
Turbado, sin consuelo y afligido,
Apaga el fuego, el arco rompe, y llora
Con sentimiento tan amargo y fuerte,
Que parar hace y suspender la muerte.

El fiero brazo y el cuchillo alzado,
Quedó la feroz muerte suspendida,
Oyendo el lamentar desconsolado
Que el amor hace por aquella vida:
Y sin calar el golpe acelerado
Pasó adelante casi enternecida,
Volviendo á Filadelfo el cuerpo en hielo,
Y abriendo al alma puerta para el cielo.

En tanto pues que deja Lijerea
La muerte, de su muerte lastimada,
Y en el vencido ejército se emplea
Más furiosa que nunca y más airada,
La triste dama, en quien amor desea
Alargar su dulcísima morada,
Animada del niño blando y fuerte,
Así se queja de la brava muerte:

«¡Obras son tuyas, furia aborrecible,
Espanto eterno de la humana gente !
Hazañas son de tu furor terrible,
Muerte cruel, fierísima, inclemente,
Representarte airada y invencible,
Cuando tu brava y espantable frente
Triste sea, mas temerosa y fiera
A quien ni te desea ni te espera.

» ¿ Este fin tiene, este suceso alcanza
Aquel gozo de amar que el alma mia
En su gozosa bienaventuranza
Largos años de gloria prometia ?
¿ Aquella sin igual rica esperanza
De juventud, nobleza y gallardía
Paró en tan pobre y desigual tormento ?
¡ Ay cuántas esperanzas lleva el viento !

» ¿ Y desta suerte, dulce esposo mio,
Más que mi vida y que mi alma amado,
Remedió vuestra lástima y desvio,
El fiero golpe que os señala el hado ?
Si este sangriento y encendido rio
Que mana ¡ ay triste ! de mi pecho helado
Os diera libertad á vos y vida,
Consuelo fuera mi mortal partida.

» Mas esto á vuestra amada Lijerea,
Que muriendo os contempla y os adora,
Y más que nunca os llama y os desea,
Querido Armeno, en su postrera hora,
Es lo que duele más, es lo que emplea
Su fuerza más terrible y matadora ;
Que ella sin vos se parte muerta, y vivo
Sin ella vos quedais, triste, cautivo.

»¡Amargo trago, amargo trance y fuerte!
¡Aspero y lastimoso apartamiento!
¡Fiero y bravo rigor de adversa suerte!
¡Insufrible dolor, cruel tormento!
¡Oh sangre sin valor! ¡Oh vana muerte!
¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!
Ni ya de Armeno gozo, ni su vida
Es con mi sangre y muerte socorrida.

»Esto me mata, desto sólo muero;
Y es más mortal herida y penetrante
Que esta del brazo de ese caballero
Que en mi venganza muerto veo delante;
Mas ¡ay de mí cuitada! que no espero
Que á la una la otra se adelante:
Juntas las dos el cuerpo y alma cercan
Y apriesa la mortal congoja acercan.»

Esta postrer palabra apenas fuera
Salió de aquellas perlas orientales,
Rompida de un sollozo que pudiera
Enternecer las furias infernales,
Cuando la muerte acelerada y fiera,
Con presurosos pasos desiguales
Por allí vuelta, con veloz corrida
De Lijerea se llevó la vida.

En esto, á toda furia, á toda priesa
Vuelve la frente ya la gente mora,
Quien á la selva lóbrega y espesa,
Y quien á la montaña defensora;
Mas á cual en la fuga se atraviesa
Cierta y aguda jara voladora,
Y á cual con mejor suerte, aunque no buena,
Fuertes cordeles ó áspera cadena.

Quinientos de las manos se escaparon
De la sangrienta muerte encarnizada,
De los seis mil ladrones que causaron
La peligrosa y súbita jornada;
Mas todos, sin valerles piés, quedaron
En manos de la gente bautizada,
Que venció aquella bárbara braveza
Con cristiana prudencia y fortaleza.

De los cristianos no faltaron ciento,
Aunque todos allí sangre vertieron;
Mas atóles las llagas el contento
Que de la gran victoria recibieron;
Y alegres del dichoso vencimiento,
Repararon su armada y proveyeron
Del agua y leña que con sangre y vidas
Se compró de las gentes descreidas.

Hecha la provision y despojado
El miserable y triste campo muerto,
De su pillaje cada cual cargado,
Alegre vuelve al deseado puerto;
Y del buen Filadelfo malogrado
No se olvidó su general Alberto;
Que le estimaba cuanto conocia
Su discrecion, su sangre y valentía.

Garin tomó á su cargo el sepultarle
Con la pompa mayor que allí se pudo,
Y Alberto fué el primero á levantarle,
Ya puesto sobre un ancho y fuerte escudo;
Y cual estaba armado, sin quitarle
Alguna pieza ni el estoque agudo,
Garin guiando y veinte capellanes,
Le llevan Guido, Olindo, Oronte y Danes.

Una cruz rica en alto levantada
Lleva el pio Garin, delante puesto
De la fúnebre pompa, encaminada
Hácia la mar, al cabo de un recuesto;
Donde, al reposo eterno encomendada
El alma, y el sepulcro ya dispuesto
En una peña junto el mar sagrado,
El cuerpo ilustre fué depositado.

Tambien los demás cuerpos se enterraron
Que de entre los revueltos africanos
Con piedad dolorosa retiraron
Los que eran en milicia sus hermanos;
Hecho lo cual, apriesa se embarcaron,
Y con robustas y maestras manos
Fué reparado el daño peligroso
Del pasado naufragio riguroso.

Y los heridos asimismo en tanto
Se repararon algo; solamente
Armeno acrecentó con pena y llanto
Su no mortal herida y su accidente:
¡Oh cuánto amor, tu ardiente llama, oh cuánto
Y en cuántas formas tu rigor se siente!
Sin duda Armeno de su mal curara
Si tanto tu furor no le apretara.

Curara Armeno si tuviera cura
La pasion amorosa cuando llega
A privar la razon y la cordura,
Y al alma triste el uso dellas niega;
Y cristiano y en próspera ventura,
Lejos de su africana gente ciega,
Viviera con el gozo y el consuelo
Que tiene acá quien sólo aspira al cielo.

A la rēal galera, donde estaba
Con Armeno Garin, llegó un soldado,
Trayendo de la mora linda y brava
El vestido de estrellas adornado;
El alfanje del hombro le colgaba,
De los brazos las ropas, y el tocado
Que á la curiosidad misma excedia,
De las manos; y alegre así decia:

«Bien puede haber ganado plata y oro
Otro en esta jornada peligrosa,
O cautivado algun valiente moro,
O habido alguna joya muy preciosa;
Mas cosa que, sin serlo, en un tesoro
Es digna de estimarse por hermosa
Yo la he ganado; y si esto no es creido,
Mírese este bellísimo vestido.»

Diciendo así delante del cuitado
Y triste Armeno en manos de otros pone
La almalafa, la aljuba y el tocado
Que con diversos lazos se dispone:
Quien, de marlota y capellar ornado,
Piensa, mientras se mira y se compone
El azul estrellado terciopelo
Que está vestido de un sereno cielo;

Quien el alfanje saca, y la fineza,
Haciendō alguna prueba en él, admira:
Quien la labor alaba, la riqueza;
Quien solamente con codicia mira;
Quien quisiera comprarle, y la pobreza
Con helado despecho le retira;
Y así, al fin, todos todo lo alababan,
Y al dueño engrandecian y envidiaban.

Tambien Armeno, en hielo convertido,
Atónito, confuso, embelesado,
Está mirando el trágico vestido,
Cual si estuviera en piedra trasformado;
Mas siendo de aquel pasmo conmovido
Al triste preguntar de aquel soldado,
Que le dice si sabe cuyo habia
Sido el rico pillaje que traia:

«El alma os lo podrá decir, responde
El pobre Armeno con la voz turbada,
Si sale, como yo deseo de donde
Está tan bravamente atormentada;
Si á mi triste deseo corresponde
Fortuna contra mí siempre indignada;
Si ya dolido de mi mal el cielo,
Me quiere con la muerte dar consuelo.

»¡Oh tristes ropas, cuando Dios queria
Alegres á mis ojos lastimados,
Cuando con vos, oh bien del alma mia,
Pasaba dulces dias regalados!
¡Ay Lijerea, gloria y alegría
Y dulce fin de todos mis cuidados!
¿Cuán inhumana furia, brava y dura,
Os le dió á vos tan lleno de amargura?

»Sin duda que á traicion os dió la muerte
Quien os quitó, mi rico bien, la vida,
Pues ni el rostro os valió ni el brazo fuerte
Contra el traidor, cruel, fiero homicida;
Que vos en él trocárades la suerte
Si fuérades á vista acometida;
O si él en el hermoso rostro os viera,
Antes os adorara que ofendiera.

»No, no pudiera ser tan valeroso
Soldado alguno, que de bueno á bueno
Rindiera vuestro brazo poderoso,
De mil victorias admirables lleno;
Ni hubiera corazon tan escabroso
Ni tan lleno de cólera y veneno,
Que vuestros ojos no le enternecieran
Y en dulce mansedumbre le volvieran.

»Muerta, al fin, sois, y sois sin duda muerta
A traicion, mi dulce esposa amada:
Cada cual destas cosas es muy cierta,
Más de lo que quisiera está probada;
Y así ya sólo resta que la abierta
Senda por vos sea por mí pisada;
Que os siga yo, mi Lijerea, en esta
Triste jornada sólo ahora resta.

»¡Oh vos, dueño cruel de ese vestido,
Si sois el que matastes á mi esposa,
Y esto que habeis ahora de mí oido
Por mi bien os enciende en ira honrosa;
Dadme la muerte ya que ha merecido
Mi lengua apasionada y licenciosa;
Dadme la muerte, que es el justo medio
Para vuestra venganza y mi remedio.»

Aquí se le quedó súbitamente
La voz á Armeno en la garganta asida;
Y la muerte veloz, fiera, inclemente,
Con el vestido trágico venida,
Desenlazando al mísero doliente
El nudo estrecho de la amada vida,
Le dejó el cuerpo convertido en hielo,
Con los ojos y manos hácia el cielo.

Garin, su cuidadosísimo enfermero,
Que junto á él estaba, apercibiendo
Santas razones con que aquel mal fiero
A fácil cura fuese reduciendo;
La postrera congoja, el postrimero
Trago cruel que le apretaba viendo,
Acude presto, y diligente aplica
Al pobre enfermo toda su botica;

Y fué á tal tiempo, que aunque el cuerpo helado
No pudo ser de muerte defendido,
Antes de ser el nudo desatado,
Fué el espíritu tanto entretenido,
Que el pio Garin con celestial cuidado,
En su perfecto acuerdo y su sentido,
Al alma vida dió con la agua pura,
Despues con llanto al cuerpo sepultura.

CANTO XII.

ARGUMENTO.

Deja el puerto africano Alberto, y parte
 Para Italia con viento favorable,
 Y della alegre toma aquella parte
 Que es la grande Partenope admirable,
 De donde el buen Garin, aunque se aparte
 Con diligencia y con fervor notable
 Para ir á Roma como le conviene,
 Su adversario el camino le detiene.

LA armada en tanto ya aprestada, sólo
 Aguarda que el rigor de la corriente
 Que causa el porfiar del bravo Eolo,
 Aplaque su mortal ira inclemente,
 Y que el revuelto mar de polo á polo
 Muestre serena la turbada frente,
 Para volver por su camino incierto,
 De infiel y extraño, á fiel y propio puerto.

Al tardo aparecer del cuarto día
 Que en órden aguardando está la armada
 Próspero tiempo y viento de alegría
 Para la dulce Italia deseada,
 Calmó el soberbio soplo que tenia
 Toda la costa de Africa atronada,
 Y della, cuando el sol faltó del cielo,
 Un viento salta con ligero vuelo.

El contrapuesto viento favorable,
A la corriente indómita contraria
Venciendo, vuelve el alto mar tratable
Con la mudanza entre ellos ordinaria:
Queda el soberbio piélagos espantable
Manso al volver de la fortuna varia;
En bonanza se ofrece, y al esfuerzo
Del ábrego quedó rendido el cierzo.

Alegre entonces el famoso Alberto,
Cuando la noche, á la mitad subida
De su camino sosegado y cierto,
La prima guardia tuvo ya rendida;
Manda dejar el africano puerto
Con la cierta señal de la partida,
Cuyo alto són apenas fué escuchado,
Cuando el puerto se vió desocupado.

Salen al ancho mar, y al largo viento
Las velas dan con gozo y esperanza;
Ofrece el tiempo al general contento
El viento en popa, y la alta mar bonanza:
Huye la tierra infiel, y el firme intento
De alcanzar la que espera el fiel alcanza:
Vuela la armada como su deseo,
Y toma el promontorio Lilibeo.

Tres veces saludaron la ribera
De la fértil Sicilia alegremente,
Y tres veces alegre la parlera
Eco los fines replicar se siente:
Ya queda atrás el puerto y la ladera
De Trápana, que el alto descendiente
De Cápis, con su nombre y su ceniza,
Por el único Títiro eterniza.

Persevera en su vuelo el africano
Viento, y pasa la escuadra italiana
Mirando alegre á la derecha mano
La floreciente isla Siciliana;
Y á la siniestra, de Eolo y Vulcano
Las siete, donde viento y fuego mana,
Lípara, Hiera, Estróngila, Ericusa,
Erónima, Didima y Fenicusa.

No cesa el fresco y dulce viento moro,
Ni Alberto amaina la cruzada entena,
Hasta que, junto casi ya á Peloro,
La voz airada de Caribdi suena;
Y Cila, amenazando eterno lloro,
Revuelve el faro, y cielo y tierra atruena:
Aquí á media asta amaina, y del estrecho
Pasa el bravo reflujo, un Argos hecho.

Vuelve á dar la ancha vela al largo viento,
Pasado el removido mar Sicano,
Y ve á la diestra Agrópoli y Cilento
Y la espumosa boca de Brandano,
Salerno, Malfi, Masa, y de Sorrento
El deleitoso aunque pequeño llano:
Aquí al anochecer el viento el vuelo
Volvió cansado á su africano suelo.

Con los remos suplió la fuerza humana
La falta del soplar de travesía,
Abriendo por la mar quieta y llana
Segura senda en la derecha via;
Y al claro aparecer de la mañana,
El que la guardia en el carcer hacia
Descubre á Capri, y luego en voz gozosa,
«Nápoles, dice, Nápoles famosa.»

Ausente madre de su hijo amado
Que anda con Marte en furias repentinas,
Y largos dias y años le ha esperado
Con suspiros y lágrimas continas,
Y siente que le dan del bien llegado
El parabien y nuevas sus vecinas,
No con mayor consuelo y regocijo
Gozosa y presta acude á ver el hijo;

Que á la alta y dulce voz del marinero
Acudieron á ver la amada tierra
Los tristes trabajados del mar fiero
Y de la brava y peligrosa guerra;
Y con gusto y contento verdadero
Están mirando la más alta sierra,
Y luego el monte ménos alto, y luego
El llano donde esperan su sosiego.

Ya cerca al fin, á menos de una milla
La fuerte escuadra el manso mar navega,
Y descubriendo va en la amiga orilla
La inmensa gente que á esperalla llega;
Y gozosa y alegre á maravilla,
Las banderas y flámulas desplega,
Las tapieras, los ricos tendales,
Las banderolas y los gallardetes.

Y con vistosa muestra así adornada,
Y en forma de batalla en órden puesta,
A la querida tierra deseada
Se va acercando con alegre fiesta:
Suenan la caja con furor tocada;
Dale el alto clarin dulce respuesta,
Y acompañando el marcial sonido,
Alza la humana voz dulce alarido.

Con el aplauso mismo recibida
Es de la tierra la contenta gente,
Y en el muelle seguro recogida,
Al mar arroja el corvo y fuerte diente;
Y demás dél, con cabo en tierra asida
Pone la armada más seguramente;
Luego con el batel que nadar hace
Del todo á su deseo satisface.

Alberto sale en tierra acompañado
De toda la nobleza de su armada,
Trayendo al diestro y al siniestro lado,
Con honra merecida, aventajada,
Al buen Garin, de todos estimado
Por su vida ejemplar ya muy notada,
Y al famoso don Diego, su querido,
Por nuevo Marte en general tenido,

Y á los dos valerosos y notables
Amigos, de quien tanto él muestra serlo,
Cuanto ellos con sus obras memorables
Llegan perfectamente á merecerlo:
En medio de estos hombres admirables,
Lleno de excelsa majestad al verlo,
Alberto sale, y llega así contento
Donde le aguarda gran recibimiento.

Es la estacion del General famoso,
Primero que otra alguna, al templo santo,
A dar debidas gracias del dichoso
Fin del viaje deseado tanto:
De allí á palacio, y luego más gozoso
Al suyo va, donde con dulce llanto
Su familia le espera de la suerte
Que Penélope al hijo de Laerte.

A los cuatro españoles sus queridos
Lleva consigo Alberto á su posada,
Deseando tenellos divertidos
En aquella su patria regalada:
Alentando sus ánimos traídos
Por la trabajosísima jornada
Quedan los dos amigos y don Diego;
Pero Garin quiso partirse luego.

No fué posible detenelle un hora
Más de las que tardó la noche fria
A dar lugar que la siguiente aurora,
Con claros rayos llenos de alegría,
Mostrase el rostro que ilumina y dora
Cuanto en la fértil madre el cielo cria,
Y abriese al rubio Febo radiante
Las clarísimas puertas de levante.

Parte el gozoso monje, al fin, por tierra,
Solo y á pié, para la sacra Roma:
No fuerte bestia en que pasar la sierra
Acepta ni dinero alguno toma;
Ni en la bizaza acostumbrada encierra
Las cosas prevenidas de que coma:
¡Oh pobreza de espíritu subida,
Cómo de todo estás bien proveida!

Riquísima pobreza, tus tesoros
Sólo aquel que los goza los estima,
No el que goza del mundo pompas y oros,
Si la ambicion con ellos le lastima:
¡Dichoso el que en grandezas y en decoros
Desta humilde pobreza se sublima!
No el ambicioso, aunque el haber le sobre:
Rico es aquel, mísero es éste y pobre.

Si contento no estás, si satisfecho
El estado que tienes no te tiene;
Si levantado, si alterado el pecho
La alma con tus haberes no se aviene;
Si el corazon te aprieta, si en estrecho
Te pone lo que menos te conviene;
¿Qué es el no contentarte con tu suerte?
Miserable mortal; tu vida es muerte.

¡Miserable mortal, martirizado
De ambicion, fuerte furia del infierno,
Que sin cesar acá y allá arrojado
Lleva tu pensamiento en vuelo eterno,
Jamás de tí contento ni pagado,
Satisfecho jamás de tu gobierno,
Siempre de tí quejoso, imaginando
El modo siempre, siempre el cómo y cuándo!

¡Oh dulce paz, quietud, gozo, consuelo
Del alma do te acoges y regalas,
Del alma, á quien para elevarse al cielo
Das de águila real ojos y alas;
Libre de afectos míseros del suelo,
Pobreza que al Perú más rico igualas,
De la fiera ambicion destruidora,
Y en ella de mil monstruos vencedora!

Dame que, así como tus bienes veo,
Sepa dellos gozar como el prudente
Garin, con el espíritu y deseo
De pobre peregrino y penitente;
Dame que, sacudiendo el devaneo
Con que ambicion turbando va la mente,
Tu razon sosegada el alma rija,
Y sólo lo que el cielo elige elija.

Cuando de nuestro cielo el sol faltando
A la nocturna sombra se le entrega,
Y así como él se va en poniente entrando,
Ella sus alas lóbregas despliega,
Con su santo deseo, apresurando
El contrito Garin el paso, llega,
No con poco deseo de posada,
A una en todo extremo regalada.

Habia, sin pensarlo, el monje errado
El camino derecho que llevaba,
Y por un ancho del siniestro lado
Confiado y contento caminaba,
Hasta dar en un valle que, adornado
De un alto monte que le rodeaba,
Aquel albergue vió maravilloso,
Y á él se fué con paso presuroso.

Desde que vió la casa y su lindeza
Se le ofreció el camino llano y lleno
De lo más lindo que naturaleza
Pone á la tierra en el fecundo seno:
El alma le robó con su belleza
A Garin por la vista el valle ameno,
Imprimiéndole en ella un cierto aviso
Que entraba en el terrestre paraíso.

Via selvas umbrosas, verdes prados,
Jardines curiosísimos, hermosos,
De mil vivos colores matizados,
De mil frutos y flores abundosos;
Altas mieses con granos sazonados,
Anchos viñedos, largos y espaciosos,
Bosques, dehesas, sotos, granjerías,
Torres, cercados, casas y alquerías.

Y via bellas fuentes que cristales
Deshechos como nieve parecian,
Que con sonoros y altos manantiales
Del monte por mil partes descendian,
Y las mieses y plantas y frutales
Del admirable valle enriquecian,
Por todo él alegrísimo riendo,
Sus corrientes dulcísimas torciendo.

Iban, despues de haber todo el hermoso
Valle fertilizado y discurrido,
A dar á un lago claro y espacioso
De jazmines y rosas circuido,
El cual en medio tiene el suntüoso
Palacio, en mil columnas sostenido:
Centro del valle es la laguna bella,
Y el hermoso palacio es centro della.

Por cuatro bien labradas y anchas puentes,
Que van á dar á cuatro grandes puertas
Que á todos de ordinario están patentes,
Y como propias, á cualquiera abiertas,
Se entra en la casa; y por las mansas fuentes
Del lago tambien tiene entradas ciertas
En muchos barcos, que por todas partes
Pescando van con industriosas artes.

Todo esto va Garin mirando mientras
La escasa luz del sol se lo consiente;
Pero ya, al fin, casi en un punto él entra
En la ancha casa y Febo en occidente;
Y luego en la primera puerta encuentra
Un huésped, aunque viejo, diligente
Tanto, que en todo lo que disponia,
La misma diligencia parecia.

Era lo que en el valle habia mirado
Y en la grande laguna el monje pobre,
Con lo que dentro via comparado,
Como oro fino á bajo peltre ó cobre:
Contempla el gran palacio sustentado
(¡Extraña y admirable cosa!) sobre
Altas columnas, no de mármol pario,
Sino de vidrio quebradizo y vario.

Bien que no sólo el monje no juzgara
Ser frágil vidrio las columnas bellas;
Mas, creyendo jurar verdad, jurara
Diamante ser la menos fuerte dellas;
Y de tal fortaleza la estimara
Cual las dos que sustentan las estrellas;
Tanto podia en el palacio extraño
Del diligente huésped el engaño.

Como quien á la nieve está mirando
Desde cerca en un alto ventisquero
Gran rato, cuando el sol reverberando
Hace con ella fuerte resistero,
Que del todo la vista disgregando,
Queda sin su valor y ser primero,
Sin que ver pueda lo que mira atento,
Ni tener dello algun conocimiento;

De la misma manera deslumbrado,
En poniendo los piés en los umbrales
De aquel hermoso albergue, frecuentado
De mil famosas gentes principales,
Quedó Garin, y con el viejo al lado,
Que le acaricia con palabras tales
Que le obliga á que tome muy despacio
Gracioso alojamiento en su palacio.

En una pieza grande y rica mete
El huésped á Garin con rostro afable,
Donde una cena (antes un gran banquete)
Le ofrece cual á un príncipe notable;
Y como tal, en un réal retrete
Una cama cual tálamo admirable:
Cena Garin templadamente, en tanto,
Con gusto grande y no pequeño espanto.

Satisfecho ya el monje con la cena,
El viejo dice: «Mientras llega la hora
De reposar, serálo, huésped, buena
De entretenerte entre Pomona y Flora;
Que al claro rayo de la luna llena,
Mejor que á los del sol, podrás ahora
Gozar un rato de un jardin curioso,
De cuanto el mundo puede dar copioso.»

Tómale por la mano así diciendo,
Y Garin se levanta alegremente,
Y á su huésped afable va siguiendo,
Por entre grande multitud de gente;
Toda la cual parece estar riendo
Con tan serena y sosegada frente
Que el júicio á Garin se le confunde
Y aquella extraña risa en él se infunde.

Al medio de la casa á cielo abierto
Llegan, al fin, por donde una ancha puerta
Les da seguro paso, siempre abierto,
Para la grande y regalada huerta:
«Aquí (el viejo astutísimo y experto
Dice á Garin) el ánimo despierta
Para gozar de todas estas cosas
Que ahora se te ofrecen milagrosas.»

La luna llena en el sereno cielo
Con la prestada luz resplandecía
Tanto, que del hermoso y fértil suelo
Las cosas y colores descubria:
Plata pura llevaba un arroyuelo
Que por la primer calle discurría
De aquel jardín, y en su pintada orilla
Oro era la flor, si era amarilla;

Si era encarnada, era amatiste fina;
Rubí, si roja parecía al verla;
Si azul, rico zafir de nueva mina,
Y si era blanca, diámanete ó perla;
Y por lo que se ve se determina
Cualquier dellas llegándose á cogerla,
Y aunque son tales las extrañas flores,
Tienen sus suavísimos olores.

De verdes jaspes, tersos, transparentes
Los troncos y las ramas parecían,
En mil árboles varios, eminentes,
Que las iguales calles dividían;
Cuyas hermosas hojas excelentes
De esmeraldas color y sér tenían
Y los diversos frutos que producen,
Como en el cielo las estrellas, lucen.

De varia luz alegres rayos claros
Despiden los hermosos frutos, tales,
Que á lo admirable de sus visos raros
No hay visos que les puedan ser iguales:
Apacibles, dulcísimos y caros,
Maravillosos, sobrenaturales,
Y de tal fuerza en su agradable vista,
Que tiraniza á toda humana vista.

Admirado Garin de la extrañeza
Del único jardín, pasa gozando
De su rara y riquísima belleza,
Las nunca vistas cosas admirando;
Y en unas la bellísima riqueza,
La novedad en otras contemplando,
Ya bebiendo de todas el veneno,
Casi del todo de sí mismo ajeno.

Espiraba un olor de mil olores
Regalados, preciosos y suaves;
Oíanse esfogar los ruiseñores
Con voz aguda sus dolores graves;
Víanse andar gozando fruto y flores
Otras, aunque nocturnas, lindas aves:
Sentíase tras esto una armonía
Que el cielo y elementos suspendía.

Para donde la música sonaba
Vuelve Garin la vista y el oído;
Y á la sonora voz, que se acordaba
Al suave y dulcísimo sonido,
Sin resistencia alguna apresuraba
Los mal guiados piés tras el sentido,
Metiéndose con paso apresurado
En un enredo crético intrincado.

La dulce lira y dulce voz oía
Más cerca cada paso, y no por eso
Al músico agradable ver podía
Por el hermoso laberinto espeso;
Y por la misma privación hacia
Siempre mayor el comenzado exceso,
Con más deseo el músico buscando,
Y más adentro en la maleza entrando.

Al centro del enredo ya llegado,
En un prado se vió maravilloso,
De rosales espesos rodeado,
Con cierto desconcierto artificioso;
Y en un redondo estanque bien labrado
Puesto en medio del prado deleitoso,
Al claro rayo de la luna llena
Descubrió una bellísima sirena.

De la cintura arriba se mostraba
Compuesta de una linda vestidura,
De carmesí encendido, que adornaba
El pecho y brazos con sutil hechura:
El dorado cabello, que igualaba
Al sol en resplandor y en hermosura,
Parte atado tenía y parte suelto,
Parte entre perlas y rubís envuelto.

Las manos, que á la nieve no tocada
Exceden en blancura milagrosa;
Al blando pecho tienen arrimada
La vihuela dulcísima y hermosa:
Cantó siempre, aunque vió que era mirada,
Fingiendo de no verlo la engañosa,
Y del sonoro artificioso canto
Fué tal desde aquel punto el falso encanto.

«¿Quién tan esquivo, quién tan inhumano
Consigo mismo es con vano intento,
Que del suave y dulce amor humano
Huya el gusto y el goce y el contento?
Al nemeo leon, al tigre hircano
Ablanda el regalado sentimiento
Del natural amor de la criatura,
Lleno de suavísima dulzura.

»¿Y hombre ha de haber que dél se aparte y huya
Siéndose á sí cruel, duro y arisco,
Y que á sus calidades atribuya
Las del áspid mortal y basilisco?
Quien éstas da al amor, será la suya
De un yerto yermo aborrecido risco,
Lleno de eterna sombra y triste luto,
Que ni produce flor ni espera fruto.»

Aquí dió fin al engañoso acento
La falsa y hermosísima sirena,
Dejando juntamente el instrumento,
Llena de engaño y de lascivia llena;
Y luego por el líquido elemento
Calar dejóse á la profunda arena,
Primero habiendo con lascivo juego
Hecho del agua del estanque un fuego.

Cual de profundo sueño recordado
Fué Garin por el huésped, al decirle
Que era ya hora de dejar el prado,
Y en reposada cama convertirle:
No le responde el monje embelesado,
Sino luego dispónese á seguirle:
Guíale el viejo por más corta vía,
Adonde ya la cama le atendía.

Déjale solo, porque así lo quiere
Garin, el huésped en el aposento;
La puerta el monje sólo ya requiere,
Y ciérrala con llave á su contento:
La cama mira y el retrete inquiera,
Y divertido en el oído acento
Y en lo demás de aquella casa, al sueño
Hizo, en la blanda cama, de sí dueño.

Ya que el retrato vivo de la muerte
Al monje en el primer sueño entretuvo,
Y en la profundidad del ocio inerte
Los trabados sentidos le detuvo;
Aquel que su remedio y bien le advierte
Desde que en guardia y proteccion le hubo,
Permite el Rey de la admirable esfera,
Que le dé su favor de esta manera.

Muéstrase en sueño el soberano nuncio,
Cual cuando en el altar de Magdalena
Le dió aquel dulce y regalado anuncio
Que fué remedio de su angustia y pena,
Y dícele: «Garin, yo te denuncio
Eterna muerte en inmortal cadena,
Si con menos descuido y más recelo
No adviertes lo que siempre te revelo.

»¿En regalada cama, descuidado,
Fuera de tu costumbre, duermes? Vela;
Que estás de mil peligros rodeado,
Y en ellos tu enemigo se desvela:
No estés al torpe sueño así entregado;
Haz sobre tí cuidosa centinela;
Para volver á tu camino esfuerza,
Y para resistir la infernal fuerza.

»Advierte atentamente lo que digo,
Que en parte estás donde, si no lo adviertes,
Quedarás preso por el enemigo
En esa cárcel llena de sus muertes:
Prepárate á vencerle; que contigo
Siempre yo asistiré con armas fuertes:
Alerta pues, no más descuido: alerta;
Que el enemigo llama ya á la puerta.»

CANTO XIII.

ARGUMENTO.

Ilusion, tentacion, peligro y duelo
Garin padece en la fingida casa,
De donde sale con favor del cielo
Todo encendido en vergonzosa brasa:
Vuelve al camino lleno de consuelo
Con el fervor que el corazon le abrasa;
Mas halla estorbo lleno de dolores,
Prendiéndole crueles salteadores.

A PENAS dijo la razon postrera
El ángel santo, el vuelo revolviendo
Con gravedad á la más alta esfera,
El aire oscuro con su luz abriendo;
Cuando al retrete llega por de fuera
El viejo huésped, tal rumor haciendo,
Que del triste Garin huyó al momento
El torpe sueño cual ligero viento.

Abre el monje los ojos y recoge
Apriesa los sentidos derramados,
Y en el alma con ellos luego acoge
Los nuevos pensamientos y cuidados,
Y por entre ellos al deseo descoge
Largas alas en vuelos regalados:
Allí la casa mira, allí le suena
Al oído la voz de la sirena.

Estaba así suspenso y pensativo
El sueño y las visiones cotejando,
Así ya en uno con razon esquivo
Y ya sin ella en otro dulce y blando;
Cuando, cual suele poco á poco el vivo
Rayo del sol salir iluminando
Con claros y dorados resplandores,
De los fértiles campos los colores;

Así la pieza, en que Garin tenia
La cama nunca dél acostumbrada,
De un admirable inusitado dia
Poco á poco quedó toda ilustrada:
Del pecho el corazon se le salia,
La voz tenia en la garganta atada,
Mirando atento aquella luz extraña,
Y espera y teme, y piensa que se engaña.

Mas otra maravilla mayor luego
De esta primera le dejó olvidado,
Con más temor, con más desasosiego,
Con mayor turbacion, miedo y cuidado,
Que fué ver, tras el dulce y claro fuego
Con que el rico retrete fué alumbrado,
A su lado, en su cama, una doncella
Como la misma hermosura bella.

En el rico trenzado artificioso
Y el extraño atavío, parecia
A la sirena que en el deleitoso
Estanque aquella noche visto habia;
Mas en el rostro y el mirar gracioso,
En el rëal donaire y gallardía,
Aquella muestra ser que de su sierra
Con corazon contrito le destierra.

De aquella dama á quien la injusta muerte
Dió con tanta crueldad su injusta mano
Garin el rostro y la belleza advierte,
No en la imaginacion ó sueño vano,
Sino en formado cuerpo, de la suerte
Que es junto con el alma el cuerpo humano,
Tan retratada al vivo que el ser muerta
Tiene entonces Garin por cosa incierta.

Y con debido miedo recelando
De vision en tal forma aparecida,
Al alto cielo en su favor llamando,
Della se aparta con veloz huida;
Y ella la voz entonces desatando,
Así con sus venenos le convida:
«¿De quién, mi gloria, quieres alejarte?
¿De quién quieres huirte y esquivarte?

»No soy yo sierpe ponzoñosa y fiera
Que usar quiera en tu daño su veneno;
No soy Aleto yo, no soy Megera,
Ni tengo su mirar de espanto lleno:
Mujer soy, y mujer que amando espera
En tí, que de mi amor estás ajeno,
Sin razon siendo de tu propio gusto
Fiero enemigo y matador injusto.»

Aquí paró la lengua ponzoñosa,
Y en vez della, las manos atrevidas
Quisieron emplear la rigurosa
Fuerza que rinde y doma tantas vidas;
Pero de la estacada peligrosa
Huye Garin, y evita las heridas
De aquella combatiente dama bella,
Y huye por vencer con ánsia della.

El huye victorioso, y ella sigue,
Vencida su porfía comenzada;
Y no ya con las manos le persigue
Ni con la lengua de dulzura armada:
Para que su dureza se mitigue
Otra arma toma más aventajada;
Vierten sus ojos cristalinas lluvias,
Y sus manos arrancan hebras rubias.

Pudiera el rico aljófar trasparente
Que por la nieve y púrpura corria,
Y la enojada mano que impaciente
El cabello bellissimo rompía,
Y el suspirar tiernísimo y ardiente
Con que el lascivo lloro interrumpía,
Hacer piadosa la implacable muerte,
Y dar vencido lo más bravo y fuerte.

Pero derrama en la infecunda arena
En vano su mortífera semilla,
Y queda, al fin del blando ruego, llena
De excesivo dolor y maravilla:
El llanto enjuga, el rostro ya serena,
Ya no suspira, ya no se amancilla;
Sino brava, brava, colérica y furiosa,
Hacerle fieras amenazas osa.

Que no le dejará salir le jura,
Si con su voluntad no condesciende,
De aquel retrete, que en prision oscura
Convertirá si en cólera se enciende;
Donde estará en eterna desventura
Si más su dura obstinacion la ofende;
Que entienda que en aquella casa grande
No hay quien contra lo que ella manda mande.

Ni por aquí tampoco en el valiente
Halla para vencelle entrada cierta;
Que siempre victorioso y diligente
Huye, buscando acá y allá la puerta;
Y aunque es ya tal su turbacion vehemente,
Que con la parte donde está no acierta,
Sigue su retirada victoriosa
Por triunfar de la dama poderosa.

Tigre á quien haya el cazador experto
Del ponzoñoso albergue saqueado
Algun hijuelo, y otro alguno muerto
En su sangre revuelto haya dejado,
No tanto con su airado desconcierto
Muestra el furioso pecho lastimado,
Cuanto aquella el dolor que la lastima
De ver cuán poco el buen Garin la estima.

Y así, con un furioso y bravo ceño,
Los ojos en dos fuegos convertidos,
Vencida por el monje zahareño,
Huye dando tristísimos aullidos:
Garin entonces, no rindiendo al sueño
Con el descuido de antes los sentidos,
Sino despierto y de rodillas puesto,
Dice, parando en mil suspiros, esto:

«Mis fuerzas, ¡oh clemente Rey eterno!
Y mi deseo os es pantente y claro:
Este quiere, Señor, vuestro gobierno,
Y han menester aquellas vuestro amparo:
Sin esto llevará de mí el infierno
Lo que os costó, Señor, á vos tan caro;
Pues ¡oh mi Dios! vuestra clemencia sea
Quien de amparo y gobierno me provea.»

La nocturna tiniebla que asombraba
Lo que ilumina el sol resplandeciente,
Ya con ligeras alas se acercaba
A las oscuras puertas de poniente,
Y al horizonte en su lugar dejaba
Al que siguiendo va perpétuamente,
A cuya luz al avisar del alba
Hacen las aves sonora salva;

Cuando salió Garin más consolado
A buscar para irse cierta via:
Salas y patios deja apresurado,
Y á las salidas de la casa guia:
Ya cuatro vueltas casi en vuelo ha dado,
Y de las cuatro puentes que tenia
Para entrar en la casa la laguna,
Para salir hallar no puede alguna.

Ni en toda la ribera aborrecida
Ve cosa en que pasar el lago pueda,
Sino una barca rota y destruida
Que encima apenas de las aguas queda:
Pasmado allí, no viendo otra salida
En cuanto el espacioso extraño rueda,
En otro más revuelto de sí mismo
Está Garin hasta el más hondo abismo.

Un piélagos revuelto le es el pecho
Con todo cuanto mira y cuanto infiere,
Presuponiendo que de aquel estrecho
Salir, y luego, en todo caso quiere:
Por parecerle temerario hecho
Fiarse en aquel frágil barco, inquiere
Otra vez y otra toda la ancha costa
Del grande estanque, á su deseo angosta.

Mas viendo, al fin de grande rato, que era
Excusado esperar otro camarino
Para pasar la alta laguna y fiera,
Que era, revuelta, un lago caminero,
Con viva fe encendida y verdadera
Entra animoso en el abierto pino,
La amarra suelta, y con aliento extremo
Cala con arte el uno y otro remo.

Gimió de popa á proa la barquilla
Al peso del varon determinado;
Rechinaron costillas, borde y quilla;
Hizo mucha agua de uno y otro lado:
Garin, con faz mudada y amarilla,
Mas con entero corazon y osado,
Sigue animoso su viaje, abriendo
Con presurosa boga el lago horrendo.

A la mitad de la laguna estaba
Con su corta barquilla peligrosa,
Y anhelando y cansado apresuraba
Todavía la boga fatigosa;
Cuando saltó con furia presta y brava
Una borrasca súbita, espantosa,
Que revolviendo el lago, al lago averno
Le iguala, abriendo en él bocas de infierno.

No pueden contra la áspera tormenta
La frágil barca ni la débil fuerza
Del triste monje, aunque mil artes tienta
Y en mil modos con ánimo se esfuerza;
Que el batel, del rigor que le atormenta,
A dar á fondo el gran furor le fuerza,
Y Garin, de los remos desasido,
Queda en las altas aguas sumergido.

Sacude recio la una y otra pierna,
Tendiendo á un tiempo el uno y otro brazo,
Hallándose con ánsia tan interna
Del alto lago en el cruel regazo:
Las ropas y el temor que le gobierna
Le son mortal estorbo y embarazo;
Y así el bravo combate de las ondas
Ya le sorbia en sus cavernas hondas.

Cuando el viento calmó y la lucha fiera
De las revueltas aguas espantosas,
Y á un tiempo el triste monje en la ribera
Firmó las flacas plantas temerosas,
Esfuerza entonces, y del todo fuera
Sale de aquellas ondas peligrosas,
Y está en lo enjuto apenas, cuando advierte
Que lago y casa en humo se convierté.

Espántale el suceso temeroso,
Y huye del lugar aborrecible
Con paso apresurado y codicioso,
Aunque turbado del temor terrible:
El valle que antes era tan hermoso
Es monte ahora casi inaccesible,
En todo el cual sola una senda yerta
Halla Garin para subir abierta.

No duda de emprender la alta subida
Por la difícil y enriscada senda,
Para volver en su afanada vida
Con más valor la mal regida rienda;
Porque tiene esperanza que, subida
La excelsa cumbre, podrá ser que entienda
Adonde se perdió el primer camino,
Cuando al valle y laguna y casa vino.

Sube, al fin: ¿quién dirá con qué fatiga,
Con cuánto afán, cansancio y desconsuelo?
El mojado vestido le fatiga,
Pesando, y convirtiendo el cuerpo en hielo:
Esle naturaleza allí enemiga,
Con hambre y sed pidiendo su consuelo:
El esfuerzo le falta, y le parece
Que la aspereza del camino crece.

Pero el fuerte varón, fuerza sacando
De la cruel necesidad urgente,
Y con firme propósito aspirando
Al remedio esencial de su accidente,
Aunque con tanta lástima afanando,
Sigue la senda valerosamente,
Tanto, que aún con la febea lumbre
Llegó del yerto monte á la alta cumbre.

Descubre, allá llegado, un ancho llano
Alegre y lleno de infinitas flores,
Que muestra un templadísimo verano
Y espira suavísimos olores,
Y en medio un fuerte alcázar soberano,
Que con la luz del sol da resplandores
Tan llenos de dulcísimo consuelo,
Que alegran y enriquecen tierra y cielo.

El tormento, el cansancio y la tristeza
Huyó del afanado peregrino
Al punto que la excelsa fortaleza
Tan cerca descubrió de su camino:
Apresura los piés por la belleza
Del admirable llano, que divino
Llamar se puede, pues del cielo tiene
Cuanto para este nombre le conviene.

Llega, al fin, al alcázar, y á la entrada
Halla una bella dama generosa,
De ricas vestiduras adornada,
Cual principal señora y valerosa:
Está de un hombre grave acompañada,
Y de dos dueñas que á cualquiera cosa
De su servicio acuden diligentes,
Como ministros fieles y prudentes.

No bien hubo pisado los umbrales
Del soberano alcázar, y humillado
A la dama y sus gentes principales
Con el debido acatamiento honrado,
Cuando con mil consuelos celestiales
Fué dellos recibido y hospedado,
Haciéndole el regalo y cortesía
Que en todo el suelo desear podia.

A un aposento alegre le llevaron,
Donde cómoda cama le pusieron;
El vestido mojado le mudaron,
Y sobriamente refeccion le dieron;
En reposado sueño le dejaron,
Como necesitado dél le vieron,
Hasta que al asomar del sol luciente
Le recordaron amorosamente.

Ya las ropas enjutas y compuestas
El peregrino alegre y consolado
Halla junto á la cama, á punto puestas,
Y otro cualquier regalo aparejado;
Y la dama y las dueñas ve dispuestas,
Y el hombre, á regalarle con cuidado,
Así en cuanto requiere el hospedaje,
Como en cuanto conviene á su viáje.

Para el cual desde allí gozoso toma
El camino que va derechamente
A la alta, invicta y santa madre Roma,
Alegre fin de su deseo ardiente:
Pasa con prestos piés la verde loma
Del alto monte rico y floreciente;
Su viaje larguísimo prosigue,
Y el derecho camino apriesa sigue.

Tuvo, cuando quedó en tiniebla el suelo
Por la ausencia del sol, buena posada,
De donde, alegre, al aclararse el cielo,
Salió á seguir su próspera jornada;
Y cuando ya llegó el señor de Delo
Al fin de su carrera acostumbrada,
El de la suya el presto pié detuvo
Donde tambien buen hospedaje tuvo.

Sale la aurora, de su blanca mano
Pintadas flores derramando y rosas,
Con viva luz volviendo al monte y llano
Sus colores vivísimas, hermosas:
Huye la blanca luna del hermano,
Vuelan á dar las sombras tenebrosas
Al antípoda nuestro noche fría,
Mientras Febo á nosotros nos da día.

Y á este tiempo vuelve el cuidadoso
Garin á su camino apresurado,
Más contento que nunca y animoso,
Más alegre que nunca y más confiado.
¡Oh estado de los hombres lastimoso!
Mas ¿á qué llamo yo en el hombre estado?
¿Qué cosa tiene en este mundo el hombre
Que con razon pueda tener tal nombre?

Si es un pasar sú corta y frágil vida
Triste, de descontento en descontento:
Si es un andar de afanes combatida,
Sin que en la tierra tenga ó halle asiento;
Si es un volar, en siendo poseida,
Pará su fin ligera como el viento:
No hay en el suelo estado ni hay holganza,
Si no es que sea estado la mudanza.

Y es así que el estado invariable
En sola la mudanza en él consiste:
Posee perpétuo estado miserable
De variedad, de afan, el hombre triste;
El grado más subido y estimable
Varia miseria le circuye y viste:
Mil martirios de espanto el rico y alto
Tiene, y ¿cuáles no tiene el bajo y falto?

¡Oh césares supremos! ¡Oh monarcas!
¡Oh potentados de la tierra grandes!
¡Oh rico que te ves llenas las arcas
De cuanto á la codicia le demandes!
¡Oh pobrecillo tú, que unas abarcas
Apenas tienes con que arando andes!
Cada cual en su estado y suerte, ¡cuántos
Martirios padeceis, penas y espantos!

¡Oh pura vanidad de vanidades,
Viendo que los estados de este mundo
Son pura variedad de variedades,
De desventuras y de horror inmundos!
¡No conocer las claras ceguedades
Que á despeñar nos llevan al profundo!
¡Ay! que sí conocemos, pero el daño
Es el dejar vencernos de su engaño.

Cuando llegaba con su clara lumbre
El amoroso padre de Faetonte
Al alto punto de la excelsa cumbre
Que parte en su mitad nuestro horizonte,
Vió de gente Garin gran muchedumbre
Al camino calar de un alto monte
Que un laberinto era su espesura,
Y un infierno en espanto y desventura.

De ballestas, venablos y lanzones
La confusa canalla viene armada,
Siguiendo á paso largo á dos varones
O mónstruos fieros, de quien es guiada;
Los cuales, cual hicieran dos leones
A mansa res, medrosa y desmandada,
Así á Garin á un tiempo se arrojaron
Cuando ya en el camino le alcanzaron.

Y con su mismo ceñidor las manos
Atrás le ataron rigurosamente,
Y soberbios, airados y inhumanos,
Al triste entregan á su infame gente:
Corren fieros tras esto los cercanos
Caminos todos, hasta que en poniente
El sol abrió las puertas de alegría,
Por donde lleva al nuevo indio el día.

Entonces por el alto monte espeso
Coléricos se emboscan y encaraman;
Y el día, airados por el mal suceso,
Enormemente maldiciendo, infaman:
Tiénenle por tristísimo y avieso,
Y blasfemando dél, así le llaman,
Por no haber hecho presa más notable,
Que aquel inútil hombre miserable.

Llegan, al fin, en una gran quebrada,
A una boca estrecha y peligrosa
De una caverna de árboles cercada,
Escondida, enriscada y escabrosa :
Entran en la alta cueva, y arrimada
Una peña á la puerta tenebrosa,
Que con hierros fortísimos la cierra,
Pasan á las entrañas de la sierra.

Casi en el medio el fiero monte tiene
Un ancho descubierto, á cuya altura,
Si no es la que en el aire se sostiene,
Llegar no puede alguna criatura;
Por el cual á la grande cueva viene
Tanta luz, que le quita el ser oscura;
Y la tiene en dos partes dividida
Y en cien grandes cavernas repartida.

Un lestrigon, Formínolo llamado,
Es señor de la cueva peñascosa,
De Antifates y Lamio derivado
En Formia, que hoy es Nola deleitosa;
Al cual, en corazón duro y airado,
Y alma inhumana, brava y desdeñosa,
Jamás monstruo ha tenido el ancho mundo
Que de gran trecho no le sea segundo.

Ni antropófago alguno tan enorme
Hubo jamás en sus antecesores;
Ni Sicilia ciclópe tan disforme
Tuvo entre sus indómitos mayores;
Ni pudo ser á este cruel conforme
En fuerzas y en soberbias y en rigores
Alguno de los hijos de la tierra
Que al trono celestial movieron guerra.

De carne humana el inhumano horrible
El vientre insaciable se saciaba;
Fieras de espanto y de furor terrible
Con sus robustas manos halagaba;
Las sierpes de veneno aborrecible
Como queridas hijas regalaba,
Y alimentadas de lo que él comía,
A su plato en su mesa las tenía.

Cárceles oscurísimas y fieras
Llenas tenía de cautiva gente
Que prendian sus gentes carniceras
En los caminos ordinariamente:
Seis escuadras tenía siempre enteras
Consigo en la ancha cueva el inclemente,
Que cada cual era de cien ladrones,
Todos de su linaje, lestrigones.

Los cuales no jamás en otra cosa
Ocupaban las noches y los días,
Que en correr la montaña peligrosa
Y los vecinos pueblos y alquerías:
Hambrienta escuadra, fiera y asquerosa,
De robadoras y hórridas arpías
Nunca tal se arrojó á poblada mesa,
Cual estos fieros á cualquiera presa.

De mil gallardos jóvenes lozanos,
De mil hermosas mozas delicadas,
Tenian los ladrones inhumanos
Las cárceles tristísimas pobladas;
Y de otros mil varones que las manos
Pusieron con valor á las espadas
En su defensa, el monte, sus laderas
Poblaban espantosas calaveras.

Para el sangriento plato que ordinario
 El soberbio Formínolo tenia,
 Con el perverso, abominable y vario
 Tropel de fieras que con él comia,
 De tierna juventud aquel nefario
 Y triste robo con rigor hacia
 Su gente, y ella para sí la tierra
 Tala, destruye, abrasa, asuela, atierra.

CANTO XIV.

ARGUMENTO.

A las fieras que comen carne humana
 Es el pobre Garin por pasto puesto,
 Pero fuerza del cielo soberana
 Le libra deste mal tan manifiesto;
 En tanto que á la infiel gente inhumana
 Asalta gente fiel el fuerte puesto,
 Con tan airada y tan sangrienta guerra
 Que se extremece á su furor la sierra.

LORANDO la espantosa desventura
 LA que sus graves culpas le han traído,
 Teniendo siempre de la muerte dura
 Presente el amarguísimo gemido,
 Garin estaba en la mazmorra oscura
 A donde el primer dia fué metido:
 Ya treinta habia cuando el monstro fiero
 A ver llegó su triste prisionero.

El soberbio Formínolo espantoso,
Que visitar sus cárceles usaba
Cada vez que la luna el espacioso
Cielo con lleno rostro le mostraba,
A la prision del monje doloroso
Llegó con gente que le acompañaba,
Y uno que va mostrándole el camino,
Trayendo ante él un encendido pino.

De cien tiernos mancebos que allí habia
Escogió diez el mónstruo abominable,
Tomando el que mejor le parecia
Para su fiero plato detestable;
Los cuales á otra cárcel los hacia
Pasar, aunque mejor, más espantable,
Donde por orden muertos y guisados,
A su mesa despues eran llevados.

Así en las otras cárceles dezmaba
Tristes mozos y mozas doloridas,
Y á la nueve prision los apartaba
Cada mes, ordenando sus comidas;
Y de otros que comellos no gustaba
Con las sangrientas fieras sus queridas,
Otras mil que tenia aprisionadas
Eran bastantemente alimentadas.

Señalaba tambien el mónstruo á esto,
Y eran luego los míseros sacados,
Y en otra cárcel más terrible puestos
Hasta ser á las fieras entregados:
Vivos, y de sus ropas mal compuestos,
Cuales estaban estos desdichados,
A las fieras los fieros los echaban;
No como á los primeros los guisaban.

El triste monje, el mísero romero,
Por trabajos tan ásperos traído,
El buen Garin, retrato verdadero
De aquel varon paciente en Hus nacido,
Fué nombrado, con otros, el primero
Por aquel fiero mónstruo descreído,
De toda humana piedad esquivo,
Para ser de las fieras pasto vivo.

El cuarto dia por el claro oriente
Con piés apresurados asomaba,
Despues que la cruel muerte inclemente
En la segunda cárcel aguardaba;
Cuando al cuitado, la perdida gente
Que las hambrientas fieras ministraba,
Metió en un fuerte torno que asentado
Estaba en la pared de un gran cercado.

Confusamente sierpes y panteras,
Dragos y grifos, tigres y leones,
Mantícoras, crocutas y otras fieras,
Varias en fuerzas y armas y naciones,
Son en aquel cercado prisioneras
De los más fieros que ellas lestrigones,
Solamente por gusto allí criadas
De ser de humana carne sustentadas.

Puesto pues en el torno de la muerte
El mísero Garin, ya della cierto,
De rodillas en él, con pecho fuerte
Y con fervor de fe vivo y despierto,
Al alto Dios sus lágrimas convierte,
Y con cristiano y varonil concierto
Dice llorando así, mientras el torno
Para darle á las fieras anda en torno:

«Vos, mi Dios, mi refugio y mi consuelo,
A quien nada se encubre ó disimula,
Sabeis bien mi intencion, sabeis mi celo
Y el dolor que me aqueja y me atribula;
Si en este afan, martirio y desconsuelo
Conviene que se limpie, adorne y pula
Mi alma para entrar en vuestras bodas,
No queden penas; vengan luego todas.

»Vos, trino Dios, eterno, omnipotente,
Que, como al grande Pablo, del mar fiero
Ya me librástes milagrosamente
Con clemencia de padre verdadero;
Podeis librarne ahora del presente
Peligro, en que tan triste muerte espero,
Como al humilde Daniel: de suerte
Que es vuestra voluntad mi vida ó muerte.

»Y así, Señor, con ella yo de hecho
Mi voluntad conformo aquí gozoso;
Sólo por la piedad de vuestro pecho,
Sólo, Señor, sólo pediros oso
Que pase alegre este mortal estrecho
Al ancho mar del inmortal reposo
El alma, triste ahora y dolorida,
Y cuanto puede y debe arrepentida.»

Así Garin decia; y entre tanto
Le puso el fuerte torno, removido,
En el cercado de terror y espanto
Sepulcro de hombres, y de fieras nido:
Cesó la voz, cesó el amargo llanto,
En mayor sentimiento convertido,
En el punto que vió las carniceras,
Cruelles, grandes y espantables fieras.

En esto en la ancha cueva un espantoso
Ruido de armas y de voces suena,
Tal, que parece el monte cavernoso
Al alto cielo cuando airado truena:
Eco en son ronco, bravo y presuroso,
Responde acá y allá, y alto resuena,
Diciendo en voz distinta, airada y fiera:
«Arma, arma, arma; muera, muera, muera.»

Al ancho descubierto de la cueva,
Que mil pasos en cuadro rodeaba,
Por todas partes el rüido lleva
La cruel gente enojadiza y brava:
Quien con fuerte coraza armado á prueba,
Apretando un venablo allá llegaba;
Quien con ballesta, quien con un escudo
Y una ancho espada corre allá desnudo.

A un lado del gran patio mal seguro,
En fuerte punto á pura fuerza entrado,
Teniendo por espalda el fuerte muro,
El paso de la puerta ya ganado,
Con un arnés más que la noche oscuro
Y un pequeño escuadron fuerte y osado,
Un valiente mancebo recogido
Es el que causa y mueve el gran rüido.

Ganó la primer puerta y la segunda,
Y el patio ahora fiero poseia,
Donde la grita, estruendo y baraunda
Toda la sierra retiñir hacia;
La cual desde la parte más profunda
Apriesa allí su brava gente envia,
Para que se socorra aquella parte
Que está ofendida del rigor de Marte.

De la manera que naturaleza,
Cuando le ofenden parte muy sensible,
Envia humor sangriento con presteza,
Para ayudarla en cuanto le es posible;
Así en aquella súbita braveza,
La cueva con sangriento humor terrible
La parte ayuda que ofendida siente,
Viniendo en vuelo allí toda su gente.

Ya el jóven, más osado y valeroso,
Y más rendido á la amorosa llama,
Que bien aconsejado y venturoso,
Apresurando el hado que le llama;
Y su escuadron, no menos deseoso
Que su caudillo de gloriosa fama,
Como generosísimos leones
Reciben á los bravos lestrigones.

¿Qué batalla se vió jamás cual esta ?
¿Dónde la furia del sangriento Marte
Llegó por sus bravezas á ser puesta
En tan airada y rigurosa parte ?
Jamás hallarse pudo tan dispuesta
La cruel ira que el rencor reparte,
Para tomar aquello todo junto
Que la puede poner en mayor punto.

Jamás con tal rigor y enojo tanto
Se peleó sobre el pesado cerco
Donde en sangre trocó el agua del Janto
El cruel griego porfiado y terco;
Ni cuando influye su mayor espanto
El fiero Marte desde su alto cerco
Se muestra tan furioso y tan airado,
Cual se mostraba allí el menor soldado.

El valeroso caballero que era
Caudillo de la fuerte compañía,
Metido en medio de la gente fiera
Con generoso esfuerzo y osadía,
Mata de un golpe al capitán Quimera,
Así llamado porque descendía
Del espantoso cuadriforme monte
Que tanta fama da á Belerofonte.

Mata tras este al medio toro Trinco,
Y junto á él al medio lobo Sigre,
Mónstruo veloz que á él se fué de un brinco,
Cual si no hubiera cosa en que peligre:
Cinco pesados golpes le dan cinco
Mónstruos horrendos, hijos de una tigre;
A los cuales, volviendo el varón fuerte,
Con otros cinco golpes les dió muerte.

A Bronte, después destes, de una punta
El corazón indómito barrena;
Con Glauco luego riguroso junta,
Y el brazo de la espada le cercena:
La gran cabeza á un fuerte casco junta
A divorcio del cuerpo le condena
Al gigante Ariston, el cual, cayendo,
Mató á Filanto con el peso horrendo.

Corta de un tajo el muslo diestro á Lampo,
Y de un revés las manos á Trimulco;
Parte el hinchado estómago á Melampo,
Y en dos medios el rostro á Libifulco:
Rompe, al fin, y abre en el infame campo
Con la furiosa espada un ancho sulco,
Por donde sigue en ira y muerte envuelto
Su pequeño escuadrón bravo y resuelto.

Junta con el bravísimo Esterope,
 Que ve cubierto de una piel de drago;
 Y como no hay acero en que se tope,
 Hace la espada en él mortal estrago:
 Cae rabiando el áspero ciclópe,
 Más cruel que el más duro antropofágo;
 Y arañando y mordiendo, aulla y gime,
 Y dientes y uñas en la peña esgrime.

A Formio, que de un peto sin la gola
 Se habia armado en aquel punto triste,
 Tú desde un alto, amarga madre Nola,
 Atravesarle la garganta viste:
 Luego la espada el capitan arbola,
 Y mata de un revés al loco Alpiste;
 Y tras él siega el blanco cuello á Runco,
 Como delgada vara ó tierno junco.

Pero la fiera y lastimada madre,
 Que al hijo vió matar de aquella suerte,
 Como que no haya cosa que le cuadre,
 Sino venganza ya en el mundo, ó muerte,
 Cual perro que, rabiando y sin que ladre,
 Suele embestir con furia brava y fuerte,
 Así callando con furor terrible
 Al patio salta la mujer horrible.

• No hay hombre entre la bárbara caterva
 Que á esta mujer en fuerza aventajase;
 Y en ligereza, á tigre ó pardo ó cierva
 Jamás quiso alcanzar que no alcanzase;
 Y en ánimo y en ánima próterva
 Ni hay hombre ni animal que la igualase:
 Una furia infernal era encarnada,
 Y como tal, al patio sale armada.

A dos manos un tronco de una encina,
La mitad hecho brasa y encendido,
Trae la furiosa Nola, y se avecina
Al fuerte caballero sin rüido;
Y á su salvo el pesado tronco inclina,
Con ánimo gozoso, enfurecido,
A la cabeza con tal fuerza y vuelo,
Que como muerto le tendió en el suelo.

Y entonces, con un grito airado y triste,
Como rabiando y cual vengada en parte,
« A mis manos, traidor, dijo, moriste;
Pero fáltame aún despedazarte;
El corazon que en ese pecho asiste
Me he de comer; no sólo he de matarte. »
Así decia en són horrendo y ronco,
Y alzaba en alto el encendido tronco.

Cuando dos camaradas del valiente
Capitan, que á su lado peleaban,
Ambos á un tiempo valerosamente
Fuertes escudos al reparo alzaban,
Sobre quien descargó la encina ardiente;
Y aunque ambos del gran golpe arrodillaban,
Diestros los dos, á un tiempo de dos puntas
Las espadas en ella arrojan juntas.

Y ambas al ancho vientre que dió vida
Al que ahora le es causa de la muerte,
Hallaron cierta entrada y acogida
Por donde al corazon el golpe acierte;
Al cual llegando la mujer caida,
Con gemido mortal, horrible y fuerte,
Sobre el caído capitan, le causa
Que vuelva en sí del mal que ella fué causa.

En sí vuelve el valiente caballero,
Y viéndose en el suelo, al punto salta
En pié, mil veces que antes más ligero,
Para enmendar aquella quiebra y falta;
Que tal la estima el ánimo severo,
Juzgando como tal la heróica alta
Obligacion de aquel honor que debe
Más blanco ser que no tocada nieve.

A Farra, poderoso ladron bravo;
A Canino, tan perro como el nombre;
A Forcolino, renegado esclavo;
A Leon, más leon hambriento que hombre;
Al insolente sedicioso Flavo;
A Orbuz, traidor de singular renombre,
Con varios golpes diestros, bravos, fuertes,
Dió varias, bravas y espantables muertes.

No menos que el caudillo valeroso
Sus valientes soldados peleaban,
Pues ya con largo paso y victorioso
Gran parte de la plaza granjeaban,
Y en un hirviente lago y espumoso
Con la sangre inhumana la tornaban;
Aunque eran los feroces lestrigones
Seis tantos que los ínclitos varones.

Pero sin duda la cruel pendencia
Fuera dichosamente definida,
Aunque fuera mayor la resistencia
De aquella brava gente mal nacida,
Si del caudillo la fatal sentencia
Pudiera ser trocada ó diferida
Siquiera el breve término de un hora
Por la muerte, furiosa ejecutora,

La cual en una jara enarbolada,
Envuelta y escondida y presurosa,
Por entre el morrion y gola entrada,
Fué á quitarle la vida valerosa;
Y en la tierna garganta atravesada,
Con prestas alas, brava y rigurosa,
Se llevó el alma en riguroso vuelo,
Volviendo el cuerpo valeroso en hielo.

Alzaron alaridos victoriosos,
Viendo al valiente capitan caido,
Aquellos bravos mónstruos espantosos,
Y cobraron el ánimo perdido;
Y aunque los fuertes mozos generosos,
Con gran valor sustentan su partido,
No pueden contrastar á la corriente
De la súbita bárbara creciente.

Y tanto más que en este punto amargo,
El terrible Formínolo, indignado
De haber visto cuán poco en su descargo,
A su opinion, su gente ha peleado,
Entraba ya en el patio á paso largo,
Desde la planta á la cabeza armado
De fuertes planchas de templado acero,
Con una maza que era un roble entero.

Rayo parece el bravo mónstruo horrendo,
Que entre espesos relámpagos y truenos
En tormenta deshecha va rompiendo
Negros nublados de temores llenos;
Y acrecentando el espantoso estruendo,
Muestra quemar del mar los anchos senos,
Hundir el cielo, destruir la tierra,
Y al infierno doblar la eterna guerra.

Mata del primer golpe á Federico,
Un soldado romano, fuerte y noble,
Metiéndole el templado peto rico
En las entrañas con el duro roble;
A Paulo, boloñés, y á Genserico
Muertos tras él derriba de un mandoble;
Y á Sulpicio de Arezo los dos brazos
Hace de un golpe escaso mil pedazos.

Cuatro nobles mancebos naturales
De la grande Parténope famosa,
Viendo las bravas fuerzas desiguales
Del fiero mónstruo, y lo que puede y osa,
En intencion, en fuerza y celo iguales,
Con heróica virtud maravillosa
Juntos se arrojan, bravos y furiosos,
Y danle á un tiempo golpes rigurosos.

Cual jabalí valiente y enojado,
De cuatro nuevos perros circuido,
Que al uno deja el pecho atravesado,
Y al otro por el vientre dividido,
Y otro á sus piés derriba degollado,
Y al otro tiende casi en dos partido;
Tal el valiente mónstruo á golpes fieros
Hizo de aquellos cuatro caballeros.

Cláudio, Leandro, Marco y Trimegisto
Los nombres eran de estos valerosos,
Dignos que del Antártico á Calisto
Suenen sus apellidos generosos;
Los cuales eran Pino, Muso, Almisto,
Y Sancio de los Sículos famosos,
Cuya mano en la lira y en la espada
Con espanto era vista y escuchada.

Cayó un helado pasmo temeroso
En los valientes mozos que quedaban,
Viendo del mónstruo airado y espantoso
Lo que el enojo y fuerza amenazaban;
Y aquel ardiente brio generoso
Con que tan vivamente peleaban
Se convirtió en temor terrible y fuerte
De la presente inevitable muerte.

Y á la voz infernal y rostro horrendo
Con que el bravo Formínolo iracundo
Amenazando sigue el estupendo
Estrago de su brazo furibundo
Las frentes á la puerta revolviendo,
Nadie queriendo ser allí segundo,
Procuran la salida temerosa
Por la infelice entrada tenebrosa.

Pero como es estrecha y mal pulida,
Aunque la desdichada escuadra estaba
A número tan corto reducida,
Que de veinte soldados no pasaba;
La maza de Formínolo regida
A los míseros últimos llegaba,
Haciendo dellos con su fuerza fiera
Cual si de vidrio el más armado fuera.

La mitad de los veinte desta suerte
Por el pesado tronco endurecido
Recibieron amarga y presta muerte,
Muy á gusto del mónstruo embravecido:
Los otros diez, con más dichosa suerte,
Salvos salieron del enorme nido,
Y por las altas peñas se arrojaron,
Y al camino real juntos llegaron.

Donde, por singular alto misterio
De quien gobierna y rige el cielo y tierra
Con aquel poderoso magisterio
Que sola su divina mente encierra,
Hallaron quien del fiero cementerio,
De donde huyen con tan triste guerra,
Desenterró los míseros cautivos
Que en él morian sepultados vivos.

Y quien de su caudillo generoso
Y de sus compañeros desdichados
Hizo justa venganza, á su famoso
Nombre dando renombres señalados :
Es don Diego Florel el valeroso,
A quien hallan los míseros soldados
En el camino, y danle en breve cuenta
Del mónstruo, del caudillo y de su afrenta.

Las armas pide el español valiente:
« Armas, » airado dice; y en un punto,
Ya puesto á pié, recibe de su gente
El fuerte arnés que allí le trae junto;
Y animoso y colérico y ardiente,
En un momento puesto todo á punto,
A los diez dice que uno dellos sea
Guia por quien la fiera cueva vea.

Pudo la fama allí del varon fuerte
Tanto en los diez soldados valerosos,
Que ya sin miedo de la airada muerte,
Todos se ofrecen bravos y animosos;
Y probando con ánimo su suerte
Segunda vez, con pasos presurosos
Guiando van al fuerte caballero
A la alta cueva del ciclope fiero;

A cuya boca, que un pequeño llano
Tiene delante de árboles cercado,
Hallaron á Formínolo inhumano
A su roble fortísimo arrimado.
« ¡ Muera ! » en voz alta dice el castellano:
« ¡ Muera ! » replica su escuadron osado;
Y como furiosísimos leones
Se arrojan á los bravos lestrigones.

La plaza era pequeña, de manera
Que aquellos diez valientes no tenían
Contra sí entonces de la gente fiera
Más de otros tantos, porque no cabian;
Y el espantable lestrigon, que espera
Hacer lo que sus fuerzas ya solian,
De solo á solo á singular batalla
Ahora ya con el Florel se halla.

De suerte que su bárbara esperanza
No le sucederá como imagina;
Sino en vez della, altísima venganza
De la mano justísima divina;
De la cual, cuanto más es la tardanza,
Tanto es mayor la fuerte disciplina;
Que asiste en ella, por igual concordia,
Con la justicia la misericordia.

El primer golpe fué el del gran don Diego,
Que á la soberbia frente amenazando,
Sacó del morrion repente fuego,
Y al lestrigon dejó vaiveneando;
Mas afirmase el mónstruo al punto, y luego
La persona y la maza levantando,
Un golpe cala que en su fantasía
Muerto á sus piés al español tendia.

Y tal fuera el suceso del pesado
Y fuerte golpe, si don Diego, diestro,
Mudando piés hácia el siniestro lado,
No le dejara en tierra el lado diestro;
Y al mismo tiempo extremadamente osado,
Y extremadamente plático maestro,
Al alto lestrigon fiera se junta
Con una brava y rigurosa punta.

No fué la furiosísima estocada
Por donde el caballero pretendia;
Pero tampoco fué del todo errada,
Pues el gran brazo al peto le cosia:
Ser la rabia del mónstruo comparada
A cosa alguna que la tierra cria,
Con palabras pensando exagerarla,
Será muchos quilates amenguarla.

Las hermanas crinadas de serpientes,
Furiosas hijas de la noche triste,
Cuando en su pecho en daño de las gentes
En el punto mayor su saña asiste,
Jamás podrán sus furias inclementes
En el punto de furia en que consiste
Aquel pecho del mónstruo enfurecido,
En un ardiente infierno convertido.

Cala otra vez la ya empinaña maza;
Mata al fuerte español si el golpe acierta:
Corta es, y embarazada está la plaza;
La vida importa la destreza cierta:
Nada desto á don Diego le embaraza,
Antes le aviva más y le despierta;
Y así se guarda de este golpe fiero
De la manera que esquivó el primero.

Fuego y humo y mortífero veneno
Por los ojos y boca el mónstruo arroja;
No sabe qué partido le sea bueno;
No atina qué arma ó qué remedio escoja:
En esto ya el Florel, de industria lleno,
Tiñe otra vez la cortadora hoja,
Haciéndole en un muslo gran herida,
La ancha escarcela por mitad partida.

No pudo más la cólera impaciente
Del bravo lestrigon sufrir la pena
Que en las heridas y en el alma siente;
Y alzando en alto la nudosa entena,
Con la ancha cara como brasa ardiente,
Y de espuma mortal la boca llena,
Representando allí la misma ira,
Al valiente don Diego se la tira.

Fué favor singular del alto cielo
No acertarle la maza rigurosa,
Que como jara de ballesta en vuelo
Salió de aquella mano poderosa:
Erró á don Diego, pero no en el suelo
Dió sin dañar la encina temerosa;
Que á cuatro lestrigones dió la muerte,
Y á Jenofonte de Verona el fuerte.

Casi en un punto fué el echar la maza
Y cerrar con don Diego el mónstruo artero;
Mas él, haciendo con la espada plaza,
De sí le alarga con acuerdo entero,
Y luego el ancho escudo desembraza
Por añadir más fuerza al fuerte acero,
Y alza á dos manos la furiosa espada,
Y cala una espantosa cuchillada;

La cual en medio de la frente fuera,
Mas echándola atrás el mónstruo airado,
Cebó en el fuerte peto de manera,
Que en dos partes por medio fué cortado:
Dobló el golpe el Florel á la testera,
Al cual el gran cuchillo atormentado
Saltó en cuatro pedazos dividido,
El monte respondiendo al gran rüido.

Y al mismo punto el lestrigon horrendo
Aturdido midió la dura tierra
Con aquel fiero cuerpo que, queriendo,
Hacer pudiera á todo el mundo guerra:
Hizo temblar el desigual estruendo
De la caída toda la ancha sierra,
Cual si un terrible y bravo terremoto
Pasiera el mundo todo en alboroto.

Va sobre el fiero lestrigon vencido
El fuerte caballero victorioso,
Alegre y bravo; y el puñal buido,
Arma en tal punto de valor precioso,
Por cuatro veces le dejó metido
En el soberbio corazon furioso:
Huyó al eterno abismo el alma en vuelo,
Con su ausencia alegrando tierra y cielo.

CANTO XV.

ARGUMENTO.

Es de la muerte el pio Garin librado
Por el Florel, que en la mortal caverna
Al detestable lestrigon la ha dado,
Haciendo su valor su fama eterna:
Vuelve el monje al camino, y anegado
Casi es de una borrasca; mas su interna
Virtud le ayuda, y al romano suelo
Llega, y avisa dello al Papa el cielo.

EN tanto que el Florel famoso estuvo
En tal batalla con el mónstruo envuelto,
Su pequeño escuadron propicio tuvo
Al fuerte Marte ya á su bando vuelto;
Y en la pequeña plaza se entretuvo
Con la soberbia multitud revuelto
De aquella enorme gente, cuyos brazos
Hace el temor ahora mil pedazos.

Atónito el infame bando queda
Al temor que la muerte le dispensa;
No hay mano que regir la espada pueda,
Ni en la espada hay aceros ya ni ofensa:
A cualquier brazo el torpe miedo veda
El escudo subir á la defensa;
Suspenso cada cual á su caudillo
Mirando está, pasmado y amarillo.

Ni para procurar, huyendo, vida
Les concede el helado espanto aliento
Y así la muerte del Florel traída
Airada emplea su cruel tormento:
No quedó de la gente mal nacida
Quien esquivase el triste fin violento
De su caudillo: todos perecieron,
Y en muerte como en vida le siguieron.

Hecha pues la venganza rigurosa
En aquella infernal infame gente,
Con sus nueve soldados la espantosa
Cueva discurre el español valiente;
Y abriendo aquí una cárcel tenebrosa,
Y otra prision haciendo allí patente,
Fueron todos los presos libertados,
Que en la gran cueva estaban sepultados.

Toda la cual habiendo discurrido,
Al patio con los presos ya salían,
Cuando hallaron otro triste nido,
Donde muchas mujeres se dolían:
Sube el Florel, de los demás seguido,
Por unas gradas que á la estancia guían;
Las puertas rompen, y entran en la fiera
Cárcel, que clara y espaciosa era.

Estaba en alto esta prision, y había
En el un cuadro della una ventana
Que al cercado mortífero salía
De las fieras que comen carne humana;
Donde la Providencia eterna guía
Al Florel con su mano soberana
Para que al buen Garin, su amigo, vea,
Y vida á un tiempo y libertad le sea:

No bien á la ventana el varon fuerte
La cabeza asomó, reconociendo
Lo que en aquella casa de la muerte
Con espanto y horror van descubriendo,
Que del pobre Garin la extraña suerte
En que le puso el lestrigon horrendo
Se le ofreció á la vista, que turbada
Quedó, en dolor inmenso embelesada.

Mira al monje carísimo entregado
A la parte del torno que entregaba
Los miserables hombres al airado
Tropel de fieras que el corral cerraba:
En éxtasis divino arrebatado
El ermitaño parecia que estaba,
Las rodillas hincadas en el suelo
Y los ojos clavados en el cielo.

Los leones, los tigres, las panteras,
Los osos, dragos, grifos y serpientes,
Y todas las demás sangrientas fieras
Que en aquel gran cercado están presentes,
Hambrientas y coléricas y fieras,
Con espantoso rechinar de dientes,
Y el monte con aullidos atronando,
Al contrito Garin andan mirando.

Y no hay alguna ¡oh gran Padre divino!
Que llegar ose á la comida puesta
En el gran torno, donde de continuo
Les era en tanta multitud dispuesta:
Visto pues el amado peregrino,
El gran Florel á le salvar se apresta,
Y no sabiendo otra más cierta vía,
Saltar por la ventana ya queria.

Pero los prisioneros le dijeron
Del torno y de la parte donde daba,
Al cual corriendo todos acudieron,
Siguiendo al español que los llevaba:
En breve espacio con el torno dieron,
Y roto el hierro que le aseguraba,
Danle la vuelta, y libran al cuitado
Que tanto tiempo en tal martirio ha estado.

Desde el amanecer hasta aquel punto,
Que pasado de Atlante el sol se via
A la ancha puerta de poniente junto,
Llevándose consigo apriesa el dia,
Estuvo allí Garin vivo y difunto
En la espantosa muerte que temia,
Pasando aquel tormento riguroso:
Favor del cielo, raro y milagroso.

No de otra suerte el ermitaño queda,
Cuando le deja en parte ya segura
Del fuerte torno la voluble rueda,
Llena de espanto y miedo y amargura,
Que un hombre á quien el cielo le concede
Salir con vida de la sepultura;
Y así elevado está sin movimiento
Y sin poder articular acento.

Pero ya vuelto en sí, al Florel famoso,
Con agradecimiento y alabanza,
Sublima y pone en el lugar glorioso
Que sola la virtud heróica alcanza;
Y luego el uno y otro victorioso
Al patio van de la cruel matanza,
Donde ya las mujeres habian ido
Y alzaban amarguísimo alarido.

De aquellas que en el último aposento
Halló la mano del Florel famosa,
Levanta aquel tristísimo lamento
Una mujer que muestra ser hermosa:
El dorado cabello suelto al viento
Arrancaba con mano rigurosa,
Puesta sobre el caudillo de la gente,
Que entró la cueva temerariamente.

Severo el español y disgustado,
Como que el triste llanto le ofendia,
La causa dél pregunta, y un soldado
De aquellos nueve, que con él venia,
Con un suspiro del amor causado
Que á su infelice capitan tenia,
Los ojos arrasados, desta suerte
Al gran don Diego de aquel caso advierte:

«Es Almonte, señor, aquel difunto,
Tu amigo regalado y verdadero,
Sobrino del famoso Alberto, y junto
El que le habia de ser solo heredero;
Si llegó de valor al alto punto
El pobre malogrado caballero,
Ya tú, señor, lo sabes; sólo ahora
Diré por qué y quién es la que así llora.

»Ismeria, aquella moza dolorida
Que el llanto hace sobre el cuerpo helado,
Fué del famoso Almonte tan querida,
Siendo su amor por ella tan pagado,
Que parecia de una sola vida
El fin, el pensamiento y el cuidado
Que á los dos regalaba ó afligia,
Y en las demás acciones los regia.

»Mientras Almonte anduvo con su tío
En las galeras todo este verano,
Ella quedó, vuelta de llanto un río,
En un lugar pequeño aquí cercano;
El cual, por cierto enojo ú desvario,
Destruir quiso el lestrigon tirano:
Destruyóle, y robó las damas bellas,
Y á la infelice y triste Ismeria entre ellas.

»Lo cual sabido por Almonte cuando
A Nápoles volvieron las galeras,
Con insufrible alteracion mostrando
Del falso amor las furias lastimeras,
La muerte al lestrigon amenazando,
Mal informado de sus fuerzas fieras,
De la ciudad partió secretamente
Con sesenta soldados de su gente.

»Aquella furia, del amor nacida
Y del frio temor alimentada,
Que es bravo infierno á la afanada vida
Del triste pecho donde fué criada;
Aquella matadora embravecida
De todo el bien con que su padre agrada;
Aquella peste, aquella ardiente llama
Que el mundo, á quien abrasa, celos llama;

»Aquella pudo tanto en el valiente
Y desdichado Almonte, que al momento
Que supo de su Ismeria el inclemente
Rigor de su amarguísimo tormento,
Partió, como ya dije, con su gente,
De su materno dulce alojamiento,
Siguiendo su tristísima fortuna,
Siu que él supiese entonces cosa alguna.

»Con infelice suerte, al fin salimos,
Aunque principios prósperos llevamos;
Porque cuando en la cueva nos metimos
Tras cien ladrones que al subir hallamos,
Con las muertes que á ellos y otros dimos,
Dos puertas y este patio les ganamos,
Adonde el amarguísimo suceso
Está, cual ves, bien claramente expreso.»

Así le dijo Hipólito de Aricia,
Que así llamaban á este buen soldado,
Cual al buen Virbio, que por la malicia
De su torpe madrastra fué arrastrado:
Quedó el eterno honor de la milicia,
Don Diego, extremadamente lastimado:
Sabido de su amigo el triste cuento,
Al cuerpo va con tierno sentimiento.

Adonde ya Garin, visto el furioso
Llanto de aquella moza lastimada,
Había con espíritu piadoso
Llegado á socorrer su pena airada;
Y con afecto santo y fervoroso,
Y con santa elocuencia aventajada,
Sabido el fin del capitan valiente,
Así á la dama dice brevemente:

«La amorosa pasión no pueda tanto,
Hermosa dama, en vuestro tierno pecho,
Que ponga con su triste duelo y llanto
Al alma pobre en miserable estrecho:
Conviértase ese amor profano en santo;
Aspire ese dolor á más provecho;
Pues si deja de ser el amor ímpio,
Podrá el dolor el corazón dar limpio.

»No presta sobre el muerto ya haceros
Fuentes de amargas lágrimas los ojos,
Sino para perder vuestros aceros
Y dar al enemigo los despojos:
De ese mismo dolor debeis valeros
Para que en paz se vuelvan los enojos
Que al santo amor vuestra alma á dar se atreve,
Dando al humano lo que á él se debe.

»Ea pues, ya no cosa indigna humana
Cause ese llanto, ese dolor y pena;
Rinda la eterna parte y soberana
En vos á la mortal, flaca y terrena:
Temed al Juez de cuya mano mana,
Con su potencia de justicia llena,
Irrevocable altísima sentencia
Contra quien es ingrato á su clemencia.

»¿Así sois grata á la divina mano
De esa belleza que afeais llorando,
Que por vano dolor de amor humano,
¿Divino amor y eterno echais en bando?
Paso abierto teneis, fácil y llano,
Para ganar lo ya perdido, cuando
Convirtais el dolor que os precipita
En el que penas infernales quita.

»Gozad desta ocasion que Dios piadoso
Con tanto amor en vuestras manos pone;
Mirad que quiere ver si el amoroso
Corazon vuestro á amarle se dispone:
Temed, temed de verle riguroso;
Gozad de la clemencia que interpone
A la justicia merecida tanto
De vuestro injusto amor y injusto llanto.

»Temed la eterna pena del infierno,
Que granjeais con tantas de este mundo;
Amad la gloria del amor eterno,
Bien empleando vuestro amor profundo:
Claro ingenio y juicio en vos discerno;
En él la persuasion mayor yo fundo:
Pues tanto amar sabeis, no en ciego engaño
Vuestro amor empleeis con tanto daño.

»Ese amor y ese ingenio que contemplo
Tan subidos de punto en vos, conviene
Se aprovechen ahora del ejemplo
Que en dama como vos cada cual tiene:
De Magdalena el amoroso templo
Doy por ejemplo, y cuanto en sí contiene
Este cual la piedad divina diólo,
Os represento ante los ojos solo.

»Ahora, pues es tiempo y coyuntura
Para gozar de estos divinos dones,
Trocad ahora en celestial dulzura
El amargo dolor de esas pasiones:
Con mil otros ejemplos de escritura
Podria reforzar mis persuaciones;
Pero no más en cosa tan sabida:
Quede con esto Ismeria persuadida.»

Con espíritu tal de tal sujeto
El buen Garin hizo á la triste Ismeria;
Este breve sermon santo y discreto,
Para remedio á su mortal miseria;
Que penetrando en su inmortal secreto,
Le descubrió lo que en aquella feria
De pérdida tenia y de ganancia,
Aclarando las sombras de ignorancia.

Y así con admirable alivio, luego,
Del difunto querido retirada,
Dando al cuitado corazón sosiego,
Y algún consuelo al alma apasionada,
Condescendió con lo que el gran don Diego
Ordenó de la mísera jornada,
Que fué llevar él mismo al jóven muerto
A la presencia de su tío Alberto.

Y que ella juntamente con él fuese
A la ciudad, donde con honra eterna
En obediencia santa convirtiese
La vana libertad que la gobierna,
Adonde granjear mejo pudiese,
Con el dolor de aquella pena interna,
Gloria que fuese ejemplo, cual de santa,
A quien el sensual encanto encanta.

Esto se concertó y se puso á punto
Por obra, y el Florel excelso y claro
Acompañó tristísimo al difunto,
De virtud dando un alto ejemplo y raro:
No va Garin con este llanto junto,
Hecho del rico tiempo sabio avaro;
Vuelve cuidadoso á su camino santo,
Tanto estorbado, y deseado tanto.

A Nápoles llegó el Florel famoso
Con el difunto en breve tiempo, pero
Ismeria no; que su dolor rabioso
Le dió la muerte en el lugar primero;
Fué el suceso más triste y lastimoso
Que vió jamás la luz del hemisfero:
Mirando un día el frío cuerpo amado,
El de la triste moza quedó helado.

Amor causó esta triste desventura;
Pero ¿por qué la fiera causa desto
Se ha de llamar amor, sino locura,
Sino infernal tormento manifiesto?
Si cual se pone en la mortal criatura,
En el eterno Criador es puesto,
Amor será; pero desotra suerte
Es furia airada y es eterna muerte.

En el mismo lugar fué sepultada
La sin ventura Ismeria, donde habia
Sido antes por Formínolo robada
En infelice y en aciago dia:
Al fin, al grande Alberto ya dejada
La malograda prenda que traía,
El buen Diego su licencia toma,
Y por la posta vuelve á ir á Roma.

De la cual el alegre peregrino,
Con gusto celestial, con gozo inmenso,
Apresurando siempre su camino
Con su fervor y su deseo intenso,
Causando en su enemigo el desatino
Y el dolor que es de envidia horrible censo,
Ya pocas millas lejos se hallaba,
Y á más andar, á ella se acercaba.

No pudo el rey de la tartárea corte,
Del buen Garin, bravísimo enemigo,
Sufrir el ver que tanto ya se acorte
El fin al monje de su intento amigo;
Y yendo airado en un momento al norte,
Al aquilon de eterno desabrigo
De sus furias cavernas saca en vuelo,
Haciendo estremecer al ancho suelo.

Granizo y piedra á un tiempo, y agua y truenos
Y rayos, que uno á otro se alcanzaban;
Relámpagos de horror y espanto llenos,
Con priesa y furia repentina y brava,
El aquilon de los hinchados senos
Con ímpetu fierísimo arrojaba,
Haciendo al aire y fuego y agua y tierra,
Y al cuitado Garin airada guerra.

Grandes nublados, tristes y espantosos,
El dar su luz al mundo el sol vedaron,
Y sus alegres rayos luminosos
En tinieblas negrísimas trocaron:
Las aguas de los llanos espaciosos
A los altos collados se igualaron,
Llevándose sus súbitas corrientes
Plantas, ganados, casas, peñas, gentes.

¿Qué turbacion, qué miedo, qué desmayo
Fué el tuyo, oh buen Garin, cuando esto viste?
¿Cómo á la piedra, al agua, al fiero rayo,
Santo varon, entonces resististe?
¿De qué manera este infernal ensayo,
Cristiano pacientísimo, venciste?
Dílo tú; que á mi lengua en tus loores
Fáltanle los retóricos colores.

En un barranco de profunda altura,
Que entre dos cerros raudo al mar corria,
Y de árboles y peñas y espesura
Hasta las cumbres lleno descendia,
Se vió Garin cuando en tiniebla oscura
La borrasca trocó la luz del dia,
Sin humano remedio sumergido
Furiosamente del raudal traído.

¡Oh fe bastante á que el más alto monte
 Por tu virtud se mude de su asiento,
 Y á detener la luz del horizonte
 Y remover el firme firmamento!
 ¡Oh fe merecedora que remonte
 La palabra de Dios el ornamento
 De sus altas palabras elegantes;
 Loando al capitan de cien infantes!

¡Oh capitan el más famoso y claro
 Que tuvo el vencedor romano suelo,
 Pues tuviste por término tan raro
 La disciplina militar del cielo!
 ¡Soldado á los soldados tan preclaro,
 Que á la luz de tu fe y tu honor y celo,
 Contento cada cual con su estipendio,
 De valor y virtud será un compendio!

Que no menos un alto ejemplo labra,
 Y libertad en disciplina muda:
 Por el camino que el capitan abra
 Seguirán los soldados: ¿quién lo duda?
 ¡Oh gran Centurion! con tu palabra
 La de Dios viendo cuán propicia acuda,
 Tal bien el alma del soldado cobre,
 Que entre el Señor en su morada pobre.

Y tu gran fe mirando, pues miralla
 Tanto se precia en límites humanos,
 Que ni le impide mar, foso ó muralla,
 Fuegos y aceros, fieros y inhumanos,
 Halle con ella el bien que Garin halla,
 Valiéndole sus rayos soberanos,
 Porque en medio del agua repentina
 Ardía en él su viva luz divina.

El mismo curso arrebatado y fiero
Del hinchado barranco riguroso
Sacó al contrito monje al verdadero
Puesto de su camino trabajoso:
Los piés en él firmó, y el hemisfero
Al punto se mostró claro y hermoso
De las oscuras nubes despejado,
A su cárcel el viento retirado.

Quedó en la cuesta de un collado ameno
El trabajado peregrino cuando
El cielo se mostró claro y sereno,
Y la fiera borrasca fué calmando;
Desde donde, de gozo inmenso lleno
Lágrimas amorosas derramando,
Descubrió la ciudad santa, señora
Del mundo, á quien así postrado adora:

«¡Oh dulce fin de mi deseo ardiente,
Sacra morada de la santa Esposa
Del Príncipe glorioso omnipotente,
Más que toda la tierra venturosa!
A tí se postra humilde y reverente
Esta alma fatigada y congojosa,
Por camino tan largo á tí venida
Para volver al de la eterna vida.

»Acógeme, santísima morada,
Aunque indigno, en tu seno generoso:
Sea esta alma afligida consolada
En tu regazo maternal piadoso;
Da lugar á que sea ya escuchada
Del que es en cielo y tierra poderoso,
Para que de su mano disciplina
Reciba santa y santa medicina.»

Así dijo; y regando las mejillas
Vuelve á seguir la santa romería,
Que al buen romero ya de pocas millas,
Por entonces alegre se ofrecia.
¡Oh excelsas y secretas maravillas!
¿Quién hay que entienda vuestra oculta via?
Fin este del trabajo aquí parece,
Y por principio de mayor se ofrece.

Fin del trabajo inmenso que trabaja
Al buen Garin, este parece ahora,
Y es principio de aquel que se aventaja
En virtud de perdon mercedora,
En aquella virtud con que se ataja,
La muerte eternamente matadora,
Haciendo el cuerpo en penitencia cuanto
Le pide el alma en su contrito llanto.

Trabajo al corazon le causa inmenso
Al buen Garin, y el alma le atormenta
Aquel deseo de perdon intenso
Y aquel dolor de su mortal afrenta,
Y no menor que le recibe, pienso
De lo que él piensa en dar su errada cuenta;
Pero el mayor que pide su conciencia
Es el dalla, y pagar con penitencia.

Entra pues el romero en la gran Roma,
En regaladas lágrimas deshecho,
Y el camino más corto apriesa toma
Que al gran palacio sacro va derecho:
El cual ya viendo que de cerca asoma
Saltos el corazon le da en el pecho,
De mil hielos y fuegos rodeado,
Ya triste, ya medroso, ya animado.

Y primero que llegue al aposento
Del Pontífice sumo de la tierra,
Para esforzar el ánimo y aliento
Al victorioso fin de aquella guerra,
Entra devoto al sacro alojamiento
Que á quien no cabe en todo el orbe encierra,
En la capilla del Apóstol sacro
Que fué allí con sus lágrimas lavacro.

Y allí en breve oracion calificada
Con amor y esperanza y fe encendida,
Para poder hacer la deseada
Confesion de las culpas de su vida,
Pide al Señor la gracia que aprestada
Está para cualquiera que la pida,
Teniendo como debe la conciencia
Del todo aparejada á penitencia.

Cosa admirable he de decir, mas cierta
En un varon cual el leon sagrado,
Y por Garin, que ya del todo abierta
Tenia el alma al esencial cuidado:
El monje apenas de la sacra puerta
Hubo el umbral con devocion pasado,
Y al gran Pedro en su altar favor pidiendo
Está contritas lágrimas vertiendo;

Cuando el Sumo Pontífice del suelo,
Que en su retrete retirado estaba,
Mirando atentamente el alto cielo,
Al claro resplandor que le alumbraba,
Vió abrir el aire con ligero vuelo
Un pelícano bello, y que llegaba
Al capitel del templo, donde via
Que un hijo enfermo y flaco le atendia.

Y llegado el pelícano amoroso
Adonde el hijo estaba agonizando,
El tierno pecho abriéndose piadoso,
Y sobre él de su sangre derramando,
Vió que se levantó sano y gozoso,
Y que tras él el hijo fué volando,
Hasta que, entre la luz del sol envueltos,
En ella pareció quedar resueltos.

Admiró la vision al gran prelado;
Mas fué la admiracion breve, que al punto
Supo en revelacion ser lo mirado
Del bien del buen Garin vivo trasunto:
Así de su venida fué avisado
Y de las tristes causas de ella, y junto
De lo que él hacer debe; y ya entre tanto
El pio monje deja el templo santo,

Y pasa de palacio la ancha puerta,
Patio, escalera, corredor y sala,
Hallando con dichosa suerte abierta
La que al retrete del gran Padre iguala:
Llega con esperanza alegre y cierta;
Entrada pide, y dulcemente dala
Quien á cargo la tiene, ya primero
Brevemente informado del romero.

CANTO XVI.

ARGUMENTO.

Las culpas que le agravan la conciencia
Garin confiesa al Papa enteramente,
Y la alta absolucion y penitencia
Recibe humilde el santo penitente;
Llega del gran Prelado á la presencia
Con santo amor el español valiente,
Y al mismo tiempo de Sabá es sabido
El alegre naufragio dolorido.

OH musa! tú las lágrimas y el llanto,
Tú la voz y el juntar de palma á palma
Aquí medicta; que este varon santo
Gran tormenta corrió en aquella calma;
Y juntamente, pues entiendes cuánto
Para su bien lo ha menester mi alma,
Haz que no sola el raro caso diga,
Sino que en él al penitente siga.

Ante el sacro Leon, Cuarto en el nombre,
Cual el primero en celo y en prudencia,
Que daba resplandor mayor que de hombre
Con divina y santísima presencia,
Llega el buen monje, digno de renombre
Mientras tuviere el mundo su existencia;
Y el pecho derribado por el suelo,
Adora humilde al que abre y cierra el cielo.

Como la santa amante venturosa
Estaba ante los piés de su querido
Con alma convertida y faz llorosa,
La mejor parte habiendo ya escogido;
Y como la clemencia generosa
Del gran Señor á redimir venido
Estaba oyendo el congojoso llanto,
A sus oidos sonoro canto;

Así el contrito monje, á los piés puesto
Del gran teniente de aquel Rey eterno,
El corazon á su salud dispuesto,
El llanto vierte con dolor interno;
Y así tambien en su sagrado puesto
El gran Leon de celestial gobierno
Oyendo está mansísimo y clemente
El lloro del contrito penitente;

El cual el monje reprimiendo en parte
Con su nativa singular prudencia,
Ya convertido en un cristiano Marte
Al valor del que tiene en su presencia,
Sin dejar de decir la menor parte,
Purga y limpia su alma y su conciencia,
No se olvidando ni una circunstancia
Que fuese para el caso de importancia.

Oyóle el sacro Príncipe del suelo
Con oidos de padre tan piadoso,
Y tras dalle santísimo consuelo
Con santo afecto dulce y amoroso,
Todo inflamado en un fervor del cielo,
Dice al ya confesado religioso
Que el dia siguiente á su presencia vuelva
Por penitencia y para que él le absuelva.

Con esto el monje á un monasterio santo
Se fué á esperar el venidero dia;
Y el Pontífice sacro, visto cuanto
Mirar en aquel caso convenia,
Al alto cielo lo consulta en tanto
Que el señalado término venia;
De donde el órden tuvo expresamente
Que habia de dar al santo penitente.

Ya el tardo sol con claros rayos de oro
Los montes y la mar iluminaba,
Ilustrando del campo aquel tesoro
Que el rocío del alba aljofaraba;
Y Filomena al lamentar sonoro
El aire suspendia y regalaba,
Alternando sus quejas tan suaves,
Con todas las demás diurnas aves.

Cuando del sueño breve interrumpido
Y de la noche larga y enojosa
El buen Garin del todo desasido
Con alma consolada y cuidadosa,
Para mejor hallarse apercebido
A la clemente absolucion preciosa
Y á recibir la santa penitencia,
Descargo principal de la conciencia;

Con las rodillas puestas en el suelo
Y el alma al alto empíreo levantada,
Está pidiendo su favor al cielo
Con la santa oracion acostumbrada;
La cual con suavísimo consuelo
Siendo en un hora á dulce fin llegada,
Vuelve por el entero cumplimiento
De su importante pretension y intento.

Hasta que al sol ya cerca del poniente
Las horas de la tarde le servian,
Y las nocturnas en el alto oriente
El estrellado carro apercibian,
No tuvo tiempo el santo penitente
(Tantos tan graves casos le impedian)
Para acabar lo que en su bien quedaba,
Aunque su santidad lo deseaba.

Pero lugar habiendo entonces, luego
Entró Garin; y acaso fué á tal punto,
Que entró en la sacra cámara don Diego
Casi con él, sin intervalo, junto:
El gran Florel es el que entró, aquel fuego
De heróico y alto honor, aquel trasunto
Del mayor griego y del mayor romano,
Del grande macedon y pio troyano.

Despues que el muerto Almonte dió á su tío,
Ya con cuidado de volver á España,
Sin detenelle caudaloso río,
Fragosa senda ó áspera montaña;
Probando de una y otra posta el brio,
Y áun el de quien le sigue y acompaña,
Vino á tomar con amoroso celo
La bendicion del gran rector del suelo.

Fué por el sacro príncipe acogido
El español con tanto regocijo,
Cual suele ser del padre recibido
Tras larga ausencia el deseado hijo.
«Tanto, dice el Prelado esclarecido,
Me alegre, me consuelo y regocijo
¡Oh valeroso caballero! en veros,
Que es imposible el cuánto encareceros,

»Y no sea tenido á maravilla
Este mi regocijo y mi contento,
Pues fuistes vos de la romana silla
En aquel gran peligro tal sustento;
Y sereis de la célebre Castilla
Honor y gloria, lustre y ornamento,
Con que á mil reinos pueda aventajarse;
Que no menos de vos debe esperarse.

»No menos de esa excelsa sangre goda
Que os levanta el espíritu á la cumbre,
Donde muestra el valor heróico toda
La grande luz de su admirable lumbré,
Debe esperar quien mide y acomoda
El discurso á la clara certidumbre
Que por vuestros abuelos, como ejemplo
En vos y en vuestros nietos yo contemplo;

»De los cuales (y aquí el Pastor divino
Mostró el rostro encendido y relumbrante)
Tal valor, tal grandeza me imagino
Y me parece aquí tener delante,
Que serán un escudo diamantino
Desta su santa Madre militante,
Contra las armas fieras y crueles
De poderosos bárbaros infieles.

»Y no han de serle solamente escudo
Para guardalla de enemiga ofensa,
Sino cuchillo juntamente agudo
Ejecutor de su justicia inmensa:
Por esto solo el buen Pelayo pudo,
Con tan pequeñas fuerzas y defensa,
Valerse allá en las ásperas Asturias
Contra las bravas africanas furias.

»Por esto solo, tras hazañas tales,
Que admirarán las venideras gentes,
Hechas con mil favores celestiales
Por todos vuestros claros descendientes;
Concordantes en méritos iguales
Los dos famosos nombres florecientes
De godos y Austria, en santo ayuntamiento
Serán con suerte de perpétuo aumento.

»Por esto solo un invencible Cárlos,
Emperador de la romana silla,
Sublimes triunfos de quien suele darlos
Tendrá con infinita maravilla;
Mónstruos fieros domando, que domarlos
Al cielo y al infierno maravilla;
Mónstruos horrendos, que querrán á saco
Poner al mundo, idolatrando en Baco.

»Mónstruos que de las furias y las iras
De aquel ídolo torpe conmovidos,
Tendrán en un abismo de mentiras
Sus almas y sus cuerpos sumergidos;
Mónstruos sordos, cual áspid, á las liras
Que regalan católicos oídos,
A la virtud del todo el rostro vuelto,
Del todo el freno para el vicio suelto.

»¡Oh Cárlos dichosísimo, oh dichosos
Los que militareis en su milicia,
Siguiéndole en sus hechos tan famosos,
Cuanto llenos de honor y de justicia!
Será gran vencedor de sediciosos,
Gran domador de envidia y de malicia,
Justo castigador de injustos crueles,
Fiel triunfador de bárbaros infieles.

»Y en suma será digno de ser padre
Del monarca de España poderoso,
Hijo querido de esta santa Madre,
Como el más obediente y religioso:
No habrá en el mundo á quien ser rey le cuadre
Con mil quilates (afirmarlo oso)
Como el gran rey Felipe, del gran Cárlo
Hijo, cual puede el suelo desearlo.

»Felipe, que en razon del gran gobierno
De estado y religion y fe y potencia,
Será el mayor en quien el brazo eterno
Ha de mostrar su inmensa providencia;
Y su caro Felipe, que el paterno
Valor tendrá cual infalible herencia;
A quien en tierna edad, reino en el suelo
Dejando, al reino subirá del cielo.

»Pacífico monarca de la España
Y de otros reinos mil y señoríos,
Su dulce hijo dejará en campaña,
Opuesto á infieles sediciosos bríos,
Con ira santa y con divina saña
Haciendo en la alma heróicos desafíos
A los contrarios de esta su gran Madre,
No menos que su excelso invicto padre.

»Y de Austria una preciosa Margarita
Le dejará por compañía divina,
La cual desposará mano bendita
De un papa á quien Ferrara se destina,
En aquella ciudad con su infinita
Gloria, cual de ocasion tan peregrina,
Y con gozo de Italia, su distancia
Atravesando y de la mar de Francia.

»Y con divino altísimo consuelo
Y gozo en general de España toda,
Y en especial del valenciano suelo,
Donde será la suntüosa boda;
Suelo favorecido por el cielo
En grato ser á vuestra sangre goda,
Y con razon, porque tendrá Valencia
En aquel tiempo altísima excelencia.

»Largos años colmados de mil glorias
Tendrán Felipe y Margarita juntos,
Altas empresas, célebres victorias,
Hazañas famosísimas y asuntos:
Veráse en mil auténticas historias
Con eternos de honor divinos puntos;
Que ellos y cuantos fueren de Austria y godos
Serán fuerte católico en mil modos.

»En vuestra sangre, en vuestros nietos fundo
De la Iglesia el amparo y el consuelo,
Siendo ella la que mande todo el mundo
Con poder y saber dado del cielo;
Mas si el poder con el saber profundo,
Con afecto piadoso y santo celo,
Por la fe y religion se arma y se auna,
¿Puede faltar felicidad alguna?

»Esto al fin baste; y vos, varon notable,
Apresurad el viaje comenzado;
Volved gozoso á vuestra patria amable,
Que os aguarda cual hijo regalado:
Dad principio al intento inestimable
Que en vuestra alma real está guardado,
De emprender cosas dignas que la gloria
Las eternice en su inmortal memoria,

»Que con ellas el cielo generoso
Permitirá, discreto caballero,
Conforme á vuestro intento valeroso,
Que seáis en mil glorias el primero;
Y con esto, en el nombre poderoso
Del alto Rey del lucido hemisfero,
Volved alegre á vuestra patria ilustre,
De quien sereis un sol de eterno lustre.

»Y yo con tierno afecto al cielo pido
Que esto así sea en su servicio y nombre,
Pues él honra aquel suelo esclarecido
Con el valor heróico de tal hombre;
Y que viva en su vuelo más subido
La fama, dando celestial renombre
A vuestras cosas, de quien yo me obligo
Ser siempre favorable y grato amigo.»

Puso el Florel humilde por el suelo,
Al oír esto, el rostro y manos, dando
La adoracion debida al que del cielo
Tiene en la tierra el poderoso mando;
Y con inmenso y celestial consuelo
Partió del gran pontífice, llorando;
El cual tambien, cual padre de amor lleno,
Riega con tiernas lágrimas el seno.

Y ya partido el español valiente,
El gran doctor de autoridad divina
Vuelve el afable rostro á aquel doliente
Que espera saludable medicina;
El cual, postrado ante él con llanto ardiente,
La pide y solicita y la avecina;
Mas por entonces otro caso impide
Lo que Garin con este afecto pide.

Llega del gran prelado á la presencia,
En aquel punto con Garin estando,
Un cardenal de santa reverencia
Un cautivo cristiano apadrinando;
Y en el aspecto grave y apariencia
Alegria dulcísima mostrando,
Albricias pide á su prelado divo
De la nueva que trae aquel cautivo.

Las cuales el pastor divino manda
Conformes á su ser, y juntamente
Al cautivo cristiano afable manda
Que la nueva que trae él mismo cuenta;
Y él dice así: «Santo señor, quien anda
Con el término aún de aquella gente
Que cautivo me tuvo, la elocuencia
Le ha de faltar debida en tu presencia;

»Mas aunque esto es así, tu mandamiento
Haré, señor, como mejor pudiere;
Y ya que no adornare yo mi cuento,
Será llana verdad lo que dijere:
Es la nueva de gozo y de contento
Que este tu siervo trae y decir quiere;
Que Sabá, tu enemigo y nuestro, queda
Al fondo ya de la inconstante rueda.

»Milagroso suceso, y que sin duda
Ha sido por tus méritos, ¡oh santo
Y divino pastor! con quien se escuda
La santa Madre, á quien amparas tanto
Cuando el cosario rey con su desnuda
Gente, que al cristianismo puso espanto,
De tus manos huyó roto y vencido,
Por el romano mar embravecido.

»El agua y viento en tu favor pusieron
Su fuerza en acabar la del tirano,
Y su armada fortísima embistieron
Con rigurosa vengadora mano:
Los bárbaros bajeles esparcieron
Por el revuelto mar siciliano,
Y en varias peñas de la mar batidas
Hicieron sacrificio de mil vidas.

»Cual á la costa de Sicilia arroja
La tramontana con su fuerza entera,
En parte donde el mar airado moja
Altos peñascos de áspera ribera;
Y cual adonde es fama que se aloja
Vulcano fiero con su gente fiera,
En parte que los mares rigurosos
Rompen en los bajos engañosos;

«Y á cual sepulta el mar en su alto centro
Con bravos y furiosos remolinos,
Hecho fiero señor del todo dentro
Con el favor de raudos torbellinos;
Y á cual, con un encuentro y otro encuentro,
En medio del rigor de sus caminos,
Acá y allá le vuelve y le revuelve,
Y al fin en mil pedazos le resuelve.

»Desta suerte los bárbaros bajeles
Fueron del fiero viento destrozados,
Y así fueron los míseros infieles
Del espantoso y bravo mar tragados;
Y así también á mil cautivos fieles
Con la tormenta fueron acabados
Los ásperos tormentos del pesado
Yugo del cautiverio desdichado.

»El rey Sabá, que, en una galeota
Huyendo, de la playa habia salido,
Por el derecho viento la derrota,
Diestro, tomó de su africano nido;
Y aunque en mil partes destruida y rota,
Dichosamente fué el infiel traído
A dar á la canal del ancho lago
Que está en medio de Tunez y Cartago:

»Mas fué de suerte, que en la playa brava
Dió el bajel al través de un bajío,
Antes harto de entrar adonde entraba
El mar en el estaño por su río;
Donde la triste gente, que pensaba
Haber dado á la muerte ya desvíó,
Viéndola entonces ya tan manifiesta,
Quedó en sus manos más que nunca puesta.

»Uno de los esclavos que tenia
El bajel era yo, y en aquel punto
La libertad estuvo y vida mia,
Cuando pensaba yo quedar difunto:
Sabá, que en el peligro horrendo via
De fiera muerte en l' alma ya un trasunto,
Lleno de horror y asombro, á mí se vuelve
Mientras la arena su bajel envuelve.

»Estaba yo junto á la popa suelto
Cuando embistió el navío en el arena;
Y á mí, cobrando espíritu, el rey vuelto,
Con voz de un confiado esfuerzo llena,
Dice:—Matías, si del mar revuelto
Me ayudas á salir libre de pena,
La amada libertad desde aquí tienes,
Y parte, como hermano, de mis bienes.

»Yo, que en nadar, señor, toda mi vida
He sido extremadamente ejercitado,
Al dulce són de la promesa oída
Al moro prometí lo demandado;
Y con él junto al agua embravecida
Al punto me arrojé todo animado
De alcanzar libertad, vida y hacienda,
Valiendo al Rey en la mortal contienda.

»Puestos los ojos en la deseada
Tierra donde esperaba mi ventura,
Y el alma bien de veras levantada
Con ruego humilde á la celeste altura,
Con robusta destreza ejercitada,
Al Rey, que su salud tambien procura
Sólo con ayudarse y no impedirme,
Pasé desde el bajío á tierra firme.

»Y por ella conmigo mano á mano
Para Tunez se va, sólo seguido
De algunos que tambien del mar al llano
Salir como nosotros han podido,
Era de ver el bárbaro africano,
Perdido habiendo lo que habia perdido,
Ir sosegado y grave, y ni gozoso
Mostrarse, ni tampoco doloroso.

»Del naufragio tristísimo la pena,
Y de salvar la vida la alegría,
Ni llena el alma de dolor, ni llena
De contento mostrarla ya podia:
Al fin, así por la mojada arena
Fuimos con la turbada luz del día
A Tunez, donde el moro tristemente
Fué recibido de su casa y gente.

»Y allí, cumpliendo la palabra dada
En aquel su mortal desasosiego,
Me dió la libertad tan deseada
Con el primer pasaje, que fué luego;
Y juntamente para la jornada
Hasta verme en España en mi sosiego:
En tanto tuvo el moro agradecido
El habelle ayudado yo y valido.

»Este es, padre santísimo, el suceso
Del moro rey que vuestra sacra mano
Con su valor hizo volver avieso
El intento sacrílego y profano
Que con solemne juramento expreso
Hizo á su pueblo bárbaro africano, ¡
De destruir esta sagrada tierra
A sangre y fuego con airada guerra.

»Y yo sólo á decillo aquí he venido,
Como soy, sacro príncipe, obligado,
Despues de haberlo en voto así ofrecido
Cuando salí del bravo mar á nado:
Y ahora, humilde y reverente, pido
En albricias, señor, de lo contado,
La santa bendicion y alto consuelo
De esa mano que cierra y abre el cielo.»

Estas albricias y otras generosas
A Matías le dió el Pastor divino,
Y con lágrimas santas y gozosas
Al cardenal mandó que con él vino,
Que con solemnes fiestas y piadosas
Luego de aquella nueva al Uno y Trino
Dé el pueblo gracias con efectos cuales
Se deben á favores celestiales.

Y tras esto, á Garin vuelve amoroso
El sacro rostro lleno de alegría,
De su largo esperar ya cuidadoso,
Cual padre que su pena le dolia;
Y con afecto paternal piadoso
Y palabras de altísima armonía,
Todo inspirado de divina ciencia,
Al monje impone así la penitencia:

«Habiendo al alto cielo consultado,
Garin, vuestro negocio de importancia,
Con la solicitud, celo y cuidado
Que me pidió vuestra cristiana instancia:
Sé que el clemente Dios, aparejado
A dar su mano siempre á la constancia
Que en los buenos propósitos se emplea,
Quiere que lo que oireis sin falta sea.

»Para que vuestras culpas criminales
Os perdone, Garin, el Rey eterno,
Y goceis los asientos celestiales
De aquel que los posee en el infierno:
Como andan los terrestres animales
A cuatro piés, por natural gobierno,
Así habeis de ir desde esta santa tierra
Hasta vuestra morada en vuestra sierra.

»Digo que á cuatro piés á Monserrate
Volver habeis desde esta casa, donde
Ordena Dios que vuestro bien se trate
Con el que á su clemencia corresponde;
Y no habeis de perder de aquel quilate
Aunque cual fiera os cace Jofré conde,
Hasta que un niño de tres meses sea
Quien otra cosa os mande y os provea.

»Esta es la voluntad de Dios piadoso,
Y aquella penitencia saludable
Que vos pedistes con dolor ansioso
En vuestra santa confesion loable:
Sed en ella prudente y animoso,
Y del poder altísimo inefable
Fiad; que dél tendreis favor, de suerte
Que venzais al infierno y á la muerte.»

Así dijo el gran Príncipe del suelo;
Y aceptando Garin la penitencia,
La santa absolucion le dió y consuelo
Con paternal amor, celo y clemencia;
Con lo cual lleno del favor del cielo,
Parte de su santísima presencia,
Animado el contrito penitente
Con alta fe vivísima y ardiente.

CANTO XVII.

ARGUMENTO.

Sale de Roma el penitente raro,
 Su rara penitencia comenzando,
 La cual prosigue con valor preclaro,
 Toda la Italia y Francia atravesando:
 Llega á su monte deseado y caro,
 Donde el alegre fin della esperando,
 Cual fiera en la aspereza dél se esconde,
 Y cual fiera es cazado por el Conde.

Q UÉ canto, ó lengua ó pluma habrá que diga,
 Oh Garin, valeroso peregrino,
 El trabajo, el tormento y la fatiga
 Que pasaste en el áspero camino?
 Tu santidad y la razon obliga
 A engrandecer tu pecho diamantino;
 Pero ¿cómo podré llegar á tanto
 Yo con mi débil pluma y lengua y canto?

Si es trabajo excesivo al caminante
 El caminar acomodadamente
 En un caballo que ande de portante
 Con prestos piés y con alegre frente;
 Si la blanda litera y si el triunfante
 Carro de cuatro ruedas excelente
 Cansan, como se alargue la jornada,
 No más de á conocer nueva posada;

Y si el marchar á pié dicen que es muerte,
Y lo es casi en efecto, aunque más sea
El que camina acostumbrado y fuerte,
Y aliento y fuerza y juventud posea:
¡ Bendito monje ! si esto así se advierte,
¿ Qué juzgará quien considere y vea
Que vais á cuatro piés y de rodillas,
Por camino de más de dos mil millas;

Y que habeis de pasar Alpes subidas
Al cielo con tan áspera espesura,
Y compañías de sierras, y encendidas,
Sin reparo, sin sombra y sin verdura;
Y corrientes hinchadas y crecidas
De raudal fiero y de espantosa altura;
Y helados y altos Pirineos fragosos,
Y otros cien mil peligros rigurosos ?

Juzgar podrá, varon de eterna fama,
Quien esto considere sabiamente,
Que ardia en vos con encendida llama
La virtud de perfecto penitente;
Y que el divino Amor, que á sí nos llama,
Os abrasaba el sabio pecho ardiente
Con deseos vivísimos de aquella
Patria del alma, inmensamente bella.

Y juntamente podrá ver los fuertes
Varones de la Iglesia primitiva,
Que ofrecian los cuerpos á mil muertes]
Por ver las almas llenas de fe viva:
Trocadas ¡ oh gran Dios ! están las suertes
En esta edad á la virtud esquivá;
Más blandura en la Iglesia y más terneza,
Y en los cristianos menos fortaleza.

Sale pues de la reina de la tierra
El buen Garin de la manera impuesta,
Las manos baja, el pecho y rostro atierra,
Y al viaje asperísimo se apresta:
Ni espeso bosque, ni enriscada sierra,
Ni ardiente llano, ni nevada cuesta,
Las rodillas levántanle del suelo:
Tanto en él puede el alto amor del cielo.

Sólo para tomar algun sustento
Entraba el santo monje en los poblados,
Yéndose al general alojamiento
De los enfermos y necesitados;
Con quien, tomado mísero alimento,
Sin dar algun lugar á mas cuidados,
Al único esencial en que se via,
Con alto aliento y ánimo volvía.

Así la gran Toscana regalada
Pasó el gran peregrino y penitente;
Así pasó la Lombardía helada
Y sus rios de altísima corriente;
Así la cumbre al cielo levantada
De los Alpes subió el varon paciente,
Y desta suerte de la noble Francia
Atravesó la anchísima distancia.

Desta manera el alto Pirineo
Pasó Garin, regando las mejillas
Por ver desde él el fin de su deseo
En aquel caminar de tantas millas;
Y al fin así, tras largo y gran rodeo,
Le volvieron sus manos y rodillas
A su querido Monserrate, donde,
Como fiera emboscándose, se esconde.

Habia del zodiaco pasado
Siete veces el sol las doce estancias,
Y el campo siete veces habia dado
Al diestro agricultor ricas ganancias,
Despues que el triste monje trabajado
Pasó las asperísimas distancias
Que desde Roma á Monserrate habia,
Y allí su penitencia proseguia;

Quando el valiente don Jofré velloso,
Padre de aquella dama lastimada,
Por quien hace el contrito religioso
Esta su penitencia señalada;
Con gente de su estado poderoso,
La más ilustre y más á sí llegada,
Vino á cazar al alto monte mismo
Que antes le fué de pena un hondo abismo.

Que cuando ni á Garin ni á la doncella
Halló el cuitado padre, que esperaba
Vella sana, contenta, alegre y bella,
Sin la infernal pasion que le aquejaba;
Fué su congoja tal, que encarecella
Sólo se puede con lo que le amaba,
Y el tierno amor en esto se colija
De un amoroso padre á dulce hija.

Fué la congoja tal, fué tal la pena,
El asombro fué tal, tal fué la grima,
Que al triste Conde, el alma de amor llena,
Caso tan portentoso le lastima:
Tan fieramente al corazon le suena,
Por tan horrendo y tan atroz le estima,
Que no tuvo el consuelo en él abierta,
Por tiempo largo, ni una estrecha puerta.

Duró muy largo tiempo el gran tormento
Del suceso tristísimo espantoso,
En su punto mostrando el sentimiento
Que era razon de mal tan lastimoso:
Haciendo juntamente en un momento,
Así en todo el condado populoso,
Como en la fragosísima montaña,
Para buscarla diligencia extraña.

¿Qué maleza, qué bosque, qué espesura
Dejó de ser reconocida y vista?
¿En qué caverna lóbrega y oscura
No penetró su lastimada vista?
¿Qué escondrijo de fieras y de horrura,
Donde el peligro en fiero espanto asista,
Hubo, que al triste Conde le faltase
Para que no buscado le quedase?

Pero como jamás halló vestigio
El padre lastimado y dolorido,
Teniendo por tristísimo prodigio
El espantoso caso sucedido,
Con temor del poder del reino estigio
Estuvo largo tiempo recogido,
Dando muestras con claros sentimientos
Del dolor de sus tristes pensamientos.

Mas ya que el tiempo con su leve curso
Mitigó en parte su congoja y duelo,
Y abrió la puerta al varonil discurso
Por donde entrar pudiese algun consuelo,
Acudió el triste Conde al gran recurso
Que tienen los prudentes en el suelo,
Que es la razon, con que se cuadra y mide
El hombre á todo lo que el cielo pide.

Y con ella conforme en esto, dando
Lugar decente á lícitos contentos,
Anda en guerra de paz, ya ejercitando
Caballos y armas, galas y ornamentos;
Ya en corto barco el largo mar sulcando
Por la ribera, estando en paz los vientos;
Ya persiguiendo tímidos venados,
Y ya acosando jabalís osados.

Ya en curiosos riquísimos jardines
Gozando sus bellezas milagrosas,
De azahares, mosquetas y jazmines,
De clavellinas, alhelíes y rosas,
De fuentes y arroyuelos que confines
Son á calles y plazas deleitosas,
A quien mil parras y árboles defienden
Al sol los rayos cuando más se encienden.

Ya en saraos hechos á ocasion de bodas
De la nobleza de su ilustre corte,
Donde el contento humano muestra todas
Las galas de su fiesta y su deporte;
Donde tú, gusto humano, te acomodas
Tan á tu talle, á tu medida y corte,
Entre el regalo de las bellas damas,
Dulce y eterna yesca de tus llamas.

Ya músicas oyendo concertadas
De dulces instrumentos sonorosos,
De peregrinas voces acordadas
En altos modos casi milagrosos;
Ya historias escuchando celebradas
De sucesos altísimos famosos;
Ya con heróicas poesías el alma
Teniendo en celestial divina calma.

Pues como en estos ejercicios varios
Su pensamiento el Conde divertiese,
Y de los más gustosos y ordinarios
El de la caza de los montes fuese;
Llevando de aparatos necesarios
Cuanto en la caza desear pudiese,
A Monserrate, como dije, un día
Llegó, para cazar, de montería.

Y habiendo prevenido mil senderos
Con cautelosos lazos y paranzas,
Y puestos los solícitos monteros
En encubiertos puestos y asechanzas;
Con los diestros lebreles y rastreros
Buscando de las fieras la estanzas,
Hallaron una en una angosta cueva,
En todo á todos admirable y nueva.

Forma de hombre tenia, bien mirada
La extraña fiera, en lo que ser podía
Con atención y discreción juzgada,
Aunque en la tierra á cuatro piés yacía;
De un vello espeso y largo cobijada
Con gran monstruosidad la piel tenia,
Que, revuelto, encrespado y descompuesto,
Hacia fiero el cuerpo y bravo el gesto.

Espantados los perros, aullando,
Sin abocar la fiera se quedaron;
Confusos los monteros, recelando,
Calados los venablos, se pararon:
Y pláticos la fiera rodeando,
Al conde y caballeros convocaron,
Con furor esparciendo por el viento
Con los sonantes cuernos el aliento.

Acude el Conde y su gallarda gente
A la parte que el alto són guiaba;
Y mirada la fiera atentamente
Y el miedo y mansedumbre que mostraba,
Cierran con ella algunos frente á frente,
Y sin que se mostrase ó fuerte ó brava,
Con extraño contento y maravilla
De la cueva la sacan de trailla.

¡ Oh misterioso Dios ! El ermitaño
Que sigue humilde vuestra santa traza,
Y en recompensa del pasado daño
Su cruz de penitencia alegre abraza,
Es esta fiera que, con tanto engaño,
En tan monstruosa forma el Conde caza;
Forma en que con el tiempo y su vestido
La penitencia el cuerpo ha convertido.

Pudo tanto en el pobre penitente
La desnudez, el tiempo y la aspereza,
Que, vista de los piés hasta la frente
Su trabajada terrenal corteza,
Era de la que fué tan diferente,
Que nadie, aunque tuviera gran certeza
De ser Garin el que cual fiera estaba,
Dejara de pensar que se engañaba.

¡ Bendito y santo monje ! ¿ qué sentía
Esa alma heroica, de prudencia llena,
Cuando al velloso cuello te ponía
El diestro cazador dura cadena ?
¿ Por qué sabios discursos discurría
Para sentir consuelo en vez de pena ?
¿ Qué acuerdo hizo, envuelto en dulce llanto,
De las palabras del Prelado santo ?

«Este, diria, es fin de la aspereza
Que pasa mi mortal terrena parte,
Y principio muy lleno de certeza
Del bien que á la divina se reparte:
Aumente pues aquí la fortaleza
Su esfuerzo, su valor, su industria y arte;
Que este es principio y fin, en dulce liga,
De gozo eterno y temporal fatiga.

»Este es el alto punto en que consiste
La perfeccion desta importante obra;
Si aquí en su esfuerzo la virtud asiste,
Todas sus fuerzas para siempre cobra:
Si la perseverancia aquí resiste
Y en este mar ahora no zozobra,
Todo será despues seguro puerto
Hasta llegar al deseado y cierto.

»Pero del gran Pastor la alta promesa
Que la memoria por sin duda ofrece,
Al alma mia que este caso pesa
En la balanza de lo que merece;
Aunque es de peso tal lo que le pesa
De lo que el cuerpo mísero padece,
Esfuerce la virtud perseverante
Con ánimo y espíritu constante.

»Y sea la razon divina en esta
Fuerte batalla vencedora fuerte,
Pues ella tiene de su parte puesta
La alta victoria en tan heróica suerte:
Con ella pues el alma esté dispuesta
A padecer del cuerpo cualquier muerte
Por evitar la suya, y estar firme
En que la gran promesa se confirme.

»¡Oh fuerzas de dulcísima esperanza,
Que soleis resistir á las mayores
Con que el comun fuerte enemigo alcanza
Victorias de mil grandes defensores !
Vea el bravo ofensor su brazo y lanza
Rotos en vuestros célebres valores;
Espada y mano inútiles contemple
En vuestro acero de divino temple. »

Tales razones la razon divina
Por el alma del monje dilatava,
Con que el santo valor de elefantina
Fuerza con encendido ardor armaba;
Y l' alta eterna gloria en la vecina
Humilde y temporal pena mostraba,
Con vivo resplandor y clara lumbre,
Llena de milagrosa certidumbre.

Acordábase el monje valeroso
De lo que el gran Leon le habia impuesto,
Que aunque del conde don Jofré Velloso
En aquel punto y trance fuese puesto,
No dejase, valiente y animoso
De proseguir su firme presupuesto,
Hasta que milagrosamente diese
El niño el órden que tener debiese.

Y aunque de verse puesto en tal estado
Ante quien ofendió tan gravemente,
El valeroso pecho alborotado
Con recelo, temor y angustia siente;
En las santas palabras confiado
Del sagrado Pontífice prudente,
Se anima, y vence aquel terror y miedo
Con esforzado espíritu y denuedo.

Y el engaño notable conociendo
En que está el Conde y los demás, pensando
Que es bestia fiera ó mónstruo, no advirtiendo
Ser hombre lo que atentos van mirando;
Todo su aviso y discrecion poniendo,
Así al engaño se anda acomodando,
Que en todo el proceder de sus acciones
Les confirme sus falsas opiniones.

No fia al aire de ninguna suerte
La voz humana el sabio monje pobre,
Aunque el dolor de la cadena fuerte
O de otro algun pesar le aqueje y sobre:
Da á entender que no entiende y que no advierte
El bien ó el daño que con él se obre;
Pace la yerba, cébase en el suelo;
No vuelve nunca el rostro á ver el cielo.

Desta suerte contento y engañado
Va el Conde con aquel por quien habia
Cien veces la montaña rodeado,
Y cuantas en su estado poseía:
No con fin de tenelle aprisionado,
De la suerte que entonces le tenia,
Sino de demandarle estrecha cuenta
De su querida hija y de su afrenta.

Secretos son de la alta Providencia
Què en su fuerza sustenta y rige el mundo,
A que llegar no puede humana ciencia,
Aunque investigue el cielo y el profundo:
No es esto estrella ó hado ó contingencia,
Ni es el poder del disponer segundo
Que la esférica máquina gobierna,
Sino divina Providencia eterna.

Que sin que los pecados cometiera
Que cometi6 Garin con la doncella,
Ser santo perfectísimo pudiera
Con gozo y gloria de la patria bella;
Y sin venir á ser monstruosa fiera
Llegar pudiera al dulce fin de aquella
Trabajosa carrera en que se via
Por la que antes gozoso proseguia.

Mas es de Providencia inmensa eterna
Altísimo secreto misterioso
El proceder divino que gobierna
Lo que cria su brazo poderoso;
El cual, aunque ni sepa ni discierna
El humano juicio tenebroso,
No es falta, pues cualquiera en l'alma sabe
Lo que le importa cuanto en ella cabe.

Porque lo que saber al hombre importe,
Aquel ángel que tanto al hombre importa,
Por órden del gran Rey de la alta corte,
Con alto advertimiento traza y corta;
Y de cuanto conviene que le exhorte,
Con amoroso espíritu le exhorta;
Pero de sus sucesos el camino
Es reservado al disponer divino.

¿ Quién pensara jamás, si al monje viera
En su querido Monserrate puesto
Con tan extraña vida y tan austera,
En la limpia conciencia tan compuesto,
Que el triste habia de ser en tal manera
Derribado del santo presupuesto,
Y despues por tal término y tal via,
Llegar al fuerte punto en que se via ?

No hay asiento seguro, no hay estado
Ni cosa cierta sino la mudanza
En este mundo, en guerra siempre armado,
Do verdadera paz jamás se alcanza;
Donde, ora en alto y poderoso grado
Llenos de valerosa confianza,
Ora en mil varios y diversos puestos,
Los míseros mortales estén puestos.

En cualquier parte se levantan vientos
Que dan á sus intentos por la proa,
Donde quiera hay tormentas y tormentos;
Cada cual tiene un hueso donde roa :
La carraca mayor de pensamientos
Se vuelve en breve la menor canoa
Que traza la caduca humana ciencia
Y dispone la eterna Providencia.

Ya pues el Conde, tras haber cazado
La fiera que por única estimaba,
Y las demás del monte fatigado,
Sin dejar parte en su aspereza brava;
Divertido á su gusto, y regalado
En aquello que tanto le agradaba,
A Barcelona se volvió contento,
Donde tenia el principal asiento.

Y por grandeza y gusto, el mónstruo manda
En palacio poner cómodamente,
No en aposento alegre y cama blanda,
No en trato de hombre, y de hombre tan prudente,
Sino en la parte donde trata y anda
Con frecuencia mayor la comun gente,
Junto á una estancia grande y bella, donde
Cien hermosos caballos tiene el Conde.

Que en esto á maravilla era curioso;
 Y así para armas, de napolitanos
 Y de frisonos, y para el airoso
 Y ágil ginete, turcos y africanos;
 Como para que muestre el valeroso
 Caballero sus hechos soberanos,
 Tiene el lindo andaluz y el de Castilla,
 Reyes de todos, á una y otra silla.

Al fin, allí, con fin que el pueblo todo
 Del mónstruo goce, que se ponga ordena
 El Conde donde al frio, al agua y lodo
 En un rincon se puso á la cadena;
 Adonde todos llegan, y á su modo
 Cada cual le atormenta y le da pena
 Con tan varias maneras de disgustos,
 Cuanto de quien los da los varios gustos.

Cual le da á su pesar duros abrazos
 Por mostrar bestialmente valentía,
 Y le atormenta y hace mil pedazos
 Con su vana y torpísima porfía;
 Cual le levanta el rostro, el pecho y brazos
 Haciendo dél curiosa anatomía;
 Cuál le derrama un golpe de agua encima;
 Cuál con golpes de palos le lastima.

Quien por bestia le tiene; quien por hombre;
 Quien dice ser de aquella especie ó desta;
 Quien le llama de aquel, quien deste nombre;
 Quien le pregunta, y fuerza á la respuesta;
 Quien le amenaza, y gusta que se asombre,
 Y le aqueja y le aflige y le molesta,
 Dándole pesadumbre, angustia y pena,
 Con piés y manos, piedras y cadena,

Cual con viles manjares le convida,
Y porque coma le amenaza y grita;
Cual, viéndole gustar de la comida,
Por gustar dél, se le arrebatá y quita;
Y al fin, cual es y cuanta la movida
Gente que á ver la novedad incita,
Tales y tantos son los movimientos
Que al triste monje dan duros tormentos.

Pero, cual alto monte, cuyo asiento
Al furioso batir del mar airado
Y al soberbio soplar del bravo viento
Está firme, en su peso asegurado;
Tal al contiño desigual tormento
Del novelero vulgo porfiado,
Que le congoja y atormenta tanto,
Está en su intento firme el monje santo.

Y aunque el prolijo y enojoso dia
Pasa desta manera el afligido,
Y para el sueño de la noche fria
Con áspero cansancio va rendido;
No restaura con él esta porfía,
Que del todo le deja enflaquecido,
Por emplearse con ardiente celo
En ofrecer su penitencia al cielo.

Entonces es cuando discreto aplica,
Mostrando su santísima paciencia,
Aquello todo con que multiplica
El valor á su estrecha penitencia:
Allí la ilustra, allí la vuelve rica,
Allí le da finísima excelencia
Con lustrosos matices y colores
De alegres sentimientos y dolores.

¡Qué esperanza, qué fe, qué amor divino!
¡Qué constancia tan puesta en su fineza!
¡Qué saber tan excelso y peregrino!
¡Qué humildad y obediencia y fortaleza!
¡Qué corazon, qué pecho diamantino,
Lleno de heróica y celestial nobleza!
¡Qué desprecio tan célebre del suelo!
¡Qué deseo tan íntimo del cielo!

El que la sed del oro le atormenta,
Y el que la hambre del mandar le mata;
El que los torpes vicios alimenta,
Y el que santas virtudes desbarata;
El que regalos de Epicuro inventa,
Y el que cual Heliogábalo se trata,
¿Qué confusion tendrán, qué corrimientos,
Si al heróico Garin miran atentos?

CANTO XVIII.

ARGUMENTO.

De este poema el principal intento
 Aquí el arte descubre, descubriendo
 El celestial favor que dió y contento
 El virginal retrato apareciendo
 Y de su misterioso alojamiento
 El notable principio describiendo,
 Pintando la divina maravilla
 El verso heróico en puridad sencilla.

EL punto se descubre ya y la clave
 ¡Oh musa! donde estriba y donde funda
 Nuestro canto la música suave,
 Delicada, difícil y profunda;
 Pues para que lo dulce con lo grave
 No se altere, se afee y se confunda,
 Sino que en alta consonancia junto
 Se llegue al deseado firme punto,

Comenzad vos, divina musa, el canto
 En tono más sublime y sonoro;
 Dad más favor á lo que ahora canto,
 Levantando mi espíritu gozoso:
 Soltad la rica vena heróica tanto,
 Que dure el raudo curso presuroso
 Hasta dar en el mar de gracia y gloria,
 Adonde se eternice su memoria.

A vos, Reina santísima del suelo,
De su gran Redentor madre piadosa;
A vos, divina Emperatriz del cielo,
Del Espíritu Santo amada esposa;
A vos, amparo y luz, guía y consuelo
Desta alma indigna que llamaros osa;
A vos invoco, á vos, Señora mía,
Pido consuelo y luz, amparo y guía

Para que en vuestra gloria y alabanza
Pueda llegar mi corta voz y aliento
Al entonado punto donde alcanza
Mi generoso y alto pensamiento:
El ser vos mi firmísima esperanza
Excuse mi arrojado atrevimiento,
Pues tal valor por ella el alma cobra,
Que emprenderá cualquier difícil obra.

Mientras el penitente monje santo
En su admirable penitencia estaba,
Causando al bravo infierno triste espanto,
Y alegre al que en el mundo le miraba;
El tesoro santísimo que tanto
Enriquece el lugar que le guardaba,
Fué descubierto en una sacra mina
Con milagrosa luz clara y divina.

Aquel sacro retrato milagroso
De la Reina de la alta jerarquía,
Que al alto Monserrate venturoso
Da luz mayor que la del sol al día,
En este tiempo célebre y dichoso
Que Garin su paciencia enriquecía,
Dichosamente pareció, del arte
Que cantará mi musa en esta parte.

Entre muchos pastores que el ganado
En la fértil montaña apacentaban,
Donde al ardiente tiempo y al helado
Extremos templadísimos hallaban,
A siete pastorcillos que del lado,
Del claro oriente en la montaña andaban,
El alto Dios omnipotente quiso
Dar de este rico don alegre aviso.

Como al aparecer vuestro en la tierra,
Cuando, mi Redentor, del alto cielo
Vinisteis á trocar en paz la guerra
Del miserable habitador del suelo;
En la áspera montaña y yerta sierra
Entre el ganado y entre escarcha y hielo,
A los simples pastores avisastes,
Y á ellos los primeros os mostrastes;

Y así al parecer maravilloso
Del virginal retrato venerable,
Que al mundo dais con pecho generoso
Por inmenso tesoro inestimable,
Quereis, Señor, con órden misterioso,
Que en aquella montaña memorable
Simples pastores los primeros sean
Que con favor altísimo le vean.

Abrióles la infinita Omnipotencia
A los siete zagales venturosos
La humana vista, y con divina ciencia
Mostróles sus secretos misteriosos:
Hízoles ver en corporal presencia
Los divinos espíritus gozosos
Que en la córte de eternos moradores
Nobles ministros son y embajadores.

Ángeles los dichosos niños vieron
Del cielo descender en escuadrones,
Y por divina ciencia conocieron
Ser con alto misterio sus visiones;
Y sabios ya, y prudentes atendieron,
Con altos y elevados corazones,
Al discurso admirable y fin del vuelo
De aquel hermoso ejército del cielo.

Los ángeles santísimos bajaban,
Y aquellos simples pastorcillos vian
La clarísima luz con que ilustraban
El celestial camino que traian;
Y los divinos cantos que cantaban,
Atónitos los niños los oian,
Y las dulces finales que el sonoro
Monte formaba del celeste coro.

Vian venir los gozos y contentos
Por guias de los bienes celestiales,
Y las gracias tañer en instrumentos
Cuales jamás oyeron los mortales,
Y formar suavísimos concertos
Las angélicas voces inmortales;
Y llegando del cielo al monte santo
Doblar en él el són, el gozo y canto.

En una angosta cueva mal pulida
Vian entrar la ilustre y santa gente,
Cuyo alto asiento y áspera subida
Es á la parte del dorado oriente;
Y allí en forma admirable recogida,
Ya recogido el sol en occidente,
De aquel pequeño y escabroso suelo
Formaba un grande y regalado cielo.

¿Quién explicar podrá la alta armonía,
El canto dulce, alegre y sonoro,
La inmensa suavidad y melodía,
El divino concerto artificioso,
La dulzura, el consuelo, la alegría,
El regalo, el contento milagroso
Que sentían los rústicos zagales
Las músicas oyendo celestiales?

Para que de los orbes soberanos
El orden se encarezca la belleza,
Basta decir que es obra de las manos
Del gran Maestro de naturaleza ;
Y así de los divinos cortesanos,
Para decir la gracia y la fineza,
Basta también decir que son al corte
De las grandezas de su eterna corte.

Basta decir que los que el alto canto
Entonan en la cueva peñascosa
Con la admirable música que tanto
La simple gente tiene allí gozosa,
Son los que dicen «Santo, Santo, Santo»
Con incansable voz dulce y sabrosa,
En la alta eterna gloria, á la presencia
De la divina sempiterna Esencia.

Al fin, esta vision gloriosa, siendo
Muchos sábados vista y admirada
De aquellos simples niños, y atendiendo
A cosa tan divina y señalada,
A Monistrol, su humilde pueblo, yendo,
Con elocuencia por el cielo dada
Contaron á sus padres lo que vieron,
Y á que lo viesan ellos los movieron.

Van los padres á ver la vision santa,
Y venla de la suerte que sus hijos,
Con tanta luz, con alegría tanta,
Con tantos y tan dulces regocijos;
Y no menos que á ellos les espanta
Ver que éntre en los pequeños escondrijos
De la escabrosa cueva aquella gente
Tan regalada, rica y excelente.

Y admirados del caso misterioso,
Y en él algunos dias empleados,
Notando dél el órden milagroso,
Vuelven á su lugar apresurados;
Y con afecto santo y fervoroso
Del alto Dios movidos, inspirados,
Dan al ministro de su iglesia aviso
De la rara vision del paraíso.

Hacer el cura quiere la experiencia
Antes que crea cosa tan extraña,
Sabiendo de la rústica inocencia
Cuán fácilmente en el creer se éngaña:
Él lo quiere saber de cierta ciencia,
Y cuidadoso sube á la montaña
Un sábadó al partir del claro dia
Los pastores sirviéndole de guia.

No bien el sol se derribó al poniente,
Dejando oscuro el Artico hemisfero,
Cuando el rector y la aldeana gente
Que de la cueva pisan el sendero,
Otro sol más hermoso y más luciente,
Más alegre y gozoso y verdadero,
Descender vieron por el horizonte
Al fértil, rico y venturoso monte.

Aquella luz divina que fué vista
Por los simples zagales y pastores,
Aquella el cura ve, vuelta la vista
A sus claros y alegres resplandores,
Los cuales hacen que se adorne y vista
De alegres ropas de admirables flores
La felice montaña, y que se ilustre
El aire oscuro con sereno lustre.

Y aquella sonora melodía
Que los otros oyeron en la cueva,
En los oídos al rector hería
Con la admirable suavidad y nueva:
Ya la silvestre gente dado había
De lo que le contó bastante prueba,
Pues con su relación tan justa viene
La alta visión que ante los ojos tiene.

Hasta que á la mitad de su camino
Llegó la dulce noche sosegada,
Se oyó el cantar del escuadrón divino
En la cueva del cielo regalada,
Y entonces por el aire cristalino
Se volvió á su santísima morada,
Dejando al cura el alma y pensamiento
Lleno de admiración y de contento.

Y advirtiéndolo al altísimo misterio
Que la visión santísima mostraba,
Y á lo que del excelso eterno imperio
En su parte inmortal se le inspiraba;
Y mirando al divino ministerio
En que él en Monistrol se ejercitaba,
Del monte descendió determinado
De dar cuenta del caso á su prelado.

Un ardiente deseo no entendido
Que á publicar la santa maravilla
Suavemente le llevaba asido
En amorosa celestial trailla,
Con un gozo tan dulce y tan subido,
Que el alma le consuela y maravilla,
Hace al cura que en esto se resuelva,
Y que del santo monte apriesa vuelva.

A Manresa, ciudad allí cercana,
Que era entonces cabeza de obispado,
Llega el rector discreto á la mañana
A contar la mision á su prelado,
Con quien no siendo la embajada vana,
Tambien, cual los demás, de Dios tocado,
Ordena, sin que el caso se dilate,
De subir en persona á Monserrate.

Quiere ver la divina maravilla
De que le da su sacerdote nueva
El Obispo prudente, y conferilla
En cuanto importe con bastante prueba :
No quiere contentarse con oilla ;
Quiere inquirir la causa y ver la cueva ;
Y en esto ya resuelto, con su gente
Parte el Obispo el sábado siguiente.

Vos, mi Dios, que á Felipe en un momento
Llevastes por extraña y larga via
Al coche do el eunuco egipcio atento
Con gran deseo de entender leia,
Para que en vuestro nombre á su contento
Le declarase la alta profecía,
Y le diese en las aguas del camino
El sacramento que él pidió divino ;

Vos mismo sois el que al Obispo ahora
Y á la gente que alegre le acompaña,
Con voluntad de hecho ejecutora,
Llevais á la santísima montaña,
Para que llegue la dichosa hora
En que de la escabrosa cueva extraña
Sea sacado aquel retrato santo
Tan celebrado del celeste canto.

Para que de la santa mina sea
Sacado aquel riquísimo tesoro
Que á la tierra enriquece y hermosea,
Como su original al alto coro;
En quien halla descanso quien desea
El verdadero inestimable oro
Con que se dota el alma generosa
Que quiere ser del alto Rey esposa.

Deje ya de estimar la madre tierra
Sus fértiles entrañas abundosas
Por lo que en ellas cria y lo que encierra
Y lo que da con manos generosas;
Sólo se estime porque en esta sierra,
Entre sus duras peñas escabrosas
Tuvo guardado este tesoro santo,
Que es para enriquecer á tantos tanto.

A la hora que el sol, pasado Atlante,
Para el ocaso el día apresuraba,
Y de las nubes que tenia delante
Los extremos de oro iluminaba,
El pastor de Manresa vigilante,
Con los demás de quien se acompañaba,
Llegó del monte al sitio más dispuesto
Para lo que traía presupuesto.

Y cuándo ya la noche oscura y fría
Estaba con sus sombras en oriente,
Y contenta y alegre, se ponía
El vestido más claro y trasparente;
Cuando el fiel pueblo de la Ave Maria
La devota señal y alegre siente,
Hé aquí que asoma la vision divina,
Y á la sagrada cueva el vuelo inclina.

El aire ve de rayos de oro lleno
El Prelado que atento al cielo mira,
Cuyo divino resplandor sereno
Con luces hermosísimas le admira:
Del grande abismo en el más hondo seno
La nocturna tiniebla se retira,
Como sol resplandece la ancha sierra,
Y en sus entrañas la alta luz se encierra.

En la pequeña cueva acostumbrada
Entra la santa luz resplandeciente,
Donde, en el mismo punto que es llegada,
El alto canto angelical se siente:
Música tan suave y concertada,
Armonía tan dulce y excelente
Són, que con tal regalo y gusto suene
No tiene igual en cuanto el mundo tiene.

No puede, en cuanto tiene de consuelo
El ancho mundo y de gozosa suerte,
Cosa igualar á la que en dulce cielo
La cueva benditísima convierte;
Pero, ¿cómo podrá tener el suelo,
Aunque todo se junte y se concierte,
Cosa que iguale á la que allí se oía,
Si era del cielo y era por Maria?

Habia con su vuelo acostumbrado
La sosegada noche venturosa
De su alto curso á la mitad llegado,
Más alegre que nunca y más hermosa;
Cuando el divino canto regalado
Cesó en la sacra cueva peñascosa,
Y el alto coro envuelto en su alta lumbre
Volvió gozoso á la celeste cumbre.

Quedó en tiniebla oscura todo el suelo
Para los ojos que la luz seguian,
No tanto por estar sin luz el cielo,
Cuanto por causa de la que perdian;
Mas, aunque el carecer de aquel consuelo
De la vision angélica sentian,
Y la perdida inmensa luz causaba
Que en sombra cualquier otra se trocaba;

Una regaladísima esperanza,
Llena de mil gozosos pensamientos,
Daba á sus almas celestial holganza
Entre mil alegrías y contentos:
Creian con divina confianza
Los misterios altísimos, atentos
Que en la cueva del cielo regalada
Alta ventura habia de ser hallada.

Y no fué esta esperanza alegre cuales
Las tristes son del mundo lisonjero,
Que paran sus altísimas señales
En un hondo y cruel despeñadero;
Pero el fin de favores celestiales
Es bueno, es cierto, es rico, es verdadero,
Y el que en la tierra tiene fundamento,
Es sueño, es aire, es humo, es sombra, es viento.

Llegó la noche célebre y famosa
A las oscuras puertas de poniente
Con su alegre familia, que gozosa
La acompañaba regaladamente;
Y pareció más que jamás hermosa
La blanca aurora en el dorado oriente,
Vertiendo ante la clara luz del día
Contento y gozo, gloria y alegría.

Y el sacro Obispo, con deseo ansioso
De investigar cuanto posible fuese
La causa por que el cielo tan piadoso
Aquella cueva así favoreciese,
Mandó que con cuidado presuroso
La difícil subida se inquirese,
Poniéndose él tras diligentes guías
Por las fragosas y intrincadas vías.

Y así con esperanza alegre y cierta,
Llevados de su pia y santa instancia,
Fueron á dar á la pequeña puerta
De la sagrada y venerable estancia:
Los ámbares y almizcles que conierta
La humana industria para dar fragancia;
Los dulces y suavísimos olores
Más estimados de las bellas flores.

Y todo lo que en esto más regala
Y más consuela en toda la ancha tierra,
Al olor comparándose que exhala
De aquella rica parte de la sierra,
Es como si á la luz del sol se iguala
La de la luna cuando el tiempo encierra
En pardas nubes su turbada cara,
Y la del sol serena muestra y clara.

Entra con santo miedo y reverencia
El prelado, ya cierto de que habia
En la cueva de altísima excelencia
Cosa que á las humanas excedia:
¡Oh eterna y soberana Omnipotencia!
Un sagrado retrato de Maria
Halla el Obispo venturoso dentro
De aquel bendito y venerable centro.

Un divino tesoro que enriquece
Devotas almas de inmortal riqueza,
A la vista del Obispo se le ofrece
En aquella dulcísima aspereza;
Una imágen hermosa que parece
Obra divina de sublime alteza,
Mira el Prelado en la alta cueva, atento,
Lleno de celestial gozo y contento.

Es cual de venerable dama anciana
La sacra imágen que el prelado mira,
Cuya santa belleza soberana,
Dando consuelo celestial, admira:
Su perfeccion ser más que de obra humana
Con señales altísimas inspira,
Pues junto con beldad suave, espanta
Su gravedad y reverencia santa.

Es el color de su divina cara
Moreno, mas hermoso á maravilla,
Tanto, que ante él la luz del sol más clara
Es oscura, turbada y amarilla;
Y al fin, su perficion y forma rara
No es posible en su punto describilla,
Sino diciendo que es conforme cuanto
Ser puede á la del Hijo sacrosanto.

Del cual en las rodillas santas tiene,
Con maternal afecto acariciado,
El hermoso retrato, que conviene
En todo con su imágen, cotejado:
Con la siniestra mano le sostiene,
Puesta en el hombro izquierdo del amado,
Y al diestro lado la derecha asoma,
Como que alguna cosa en ella toma.

Tal es la sacra imágen que en la cueva
Hallada fué con celestial consuelo,
Por órden milagrosa, excelsa y nueva,
Dada en favor á todo el ancho suelo;
De la cual, viendo cuán de veras deba
Poner en venerarla afecto y celo,
El Obispo resuélvese en llevarla
A su iglesia, y en ella colocarla.

Resuelto pues en el consejo santo,
Manda que de Manresa al punto venga
Su clerecía, el pueblo y todo cuanto
A tan alegre fiesta más convenga:
Así se cumple luego, y entre tanto
Hace que todo el tiempo se entretenga
Dando en la cueva á Dios dulces clamores,
Con himnos, salmos, gracias y loores.

Con dulce voz, alegre y alto aliento,
La veloz fama, diestra embajadora,
Guiada del consuelo y del contento
Que las cristianas almas enamora,
Con las ligeras alas hiere el viento,
Y con la voz altísima y sonora,
Y á los pueblos del pié de la montaña
Cuenta la excelsa maravilla extraña.

Acuden gentes de una y otra parte
Al dulce són de la famosa nueva,
Y adoran, quien de cerca, y quien de aparte,
El gran tesoro de la rica cueva:
No ha pendon ni bandera ni estandarte;
No hay cosa de contento antigua ó nueva;
No hay música de paz ó són de guerra
Que no se traiga á la bendita sierra.

Y no hay cruz ni reliquia ni ornamento
En todos los lugares convecinos
Que, mostrando el altísimo contento,
No adorne del gran monte los caminos;
Los cuales para el santo y pio intento,
Con robustas encinas y altos pinos,
Con piedras y con otros materiales,
Son vueltos llanos, fáciles y iguales.

Ya el pueblo junto, y ya la clerecía
Con la devota pompa en órden puesta,
Y ya la sacra imágen de María
Para la santa traslacion dispuesta,
Hinchendo el alto monte de armonía,
Bajando van en procesion la cuesta,
Puestos en dos hileras con mil luces,
Siguiendo á los pendones y á las cruces.

Lleva el Obispo el celestial tesoro
Dentro de un palio entre la noble gente:
Divino canto altísimo y sonoro
Alza su clero ante él suavemente;
Y el alto monte otro apacible coro
En mil partes, al fin formar se siente,
Repitiendo con dulce melodía
Ya el nombre de Jesus, ya el de María.

A vos, omnipotente Padre Eterno,
Y á vos, Hijo divino, igual al Padre,
Y á vos, que de ambos procedeis coeterno,
Y á vos, oh Vírgen, de Dios Hombre madre,
Con alto són, y con el gozo interno
Que más al que desea el alma cuadre,
Alzan debidas gracias y loores
Los músicos, el clero y los cantores.

Y así en órden conforme procediendo,
Para bajar por más segura via,
Fué la devota procesion subiendo
Por donde el mejor paso se ofrecia;
¡Divina cosa y admirable! Siendo
Llegada la alta imágen de María
Al lugar donde ahora está, repente,
Sin poderse mover paró la gente.

Pára la gente sin saber la causa,
Y sin poder hacer que el movimiento
Sirva á la libre voluntad que causa
Su diferente accion á su contento;
Milagrosa conocen ser la pausa,
No interviniendo humano impedimento
Que así á todos les fuerce en un instante
A no poder pasar más adelante.

Estuviera confusa y temerosa
La gente con el caso señalado,
Si el sagrado pastor con voz gozosa,
Por el Eterno altísimo inspirado,
No dijera la causa misteriosa
De haberse de tal suerte allí parado,
Diciendo: «En este sitio, en este puesto
Este sacro tesoro ha de ser puesto.

»Aquí quiere el Eterno omnipotente
Que este retrato de su Madre y nuestra
Se quede en un lugar sacro y decente,
Hecho con el poder y industria vuestra:
Esto es lo que el pararnos de repente
Indubitadamente enseña y muestra.
Ea pues, á la obra; que yo quiero
En emplearme en ella ser primero.»

Así diciendo, en un altar formado
De sus pontificales ornamentos
Pone el santo tesoro encomendado,
Mientras se da principio á sus intentos;
Y al punto el pueblo alegre, ya tornado
A la accion corporal y movimientos,
A l' alta obra se ofrece y se dedica,
Y cada cual á su labor se aplica.

Quien con el sabio Obispo el sitio traza
De la iglesia y capilla y monasterio;
Quien de la puntual fábrica y traza
Cuidoso toma el cargo y magisterio;
Y la gozosa gente alegre abraza
Lo que éste ordena ó manda con imperio,
O cosa fácil sea, ó sea cosa
Cuanto pudiera ser dificultosa.

Tiene éste de la obra ya la planta
Que la intencion del arquitecto encierra,
Por donde, aunque es la diferencia tanta
De lo que se ha de obrar, nada se yerra:
Cual corta una cantera y la levanta,
Cual árboles altísimos atierra,
Cual zanjas y cual fuentes abre, y cuales
Traen mil diferentes materiales.

Todo fué aquí tambien maravilloso,
Pues muy en breve vieron hecho tanto,
Que al pueblo y al Pontífice gozoso
Causó notable admiracion y espanto;
Y así, del monasterio venturoso
Y del afortunado templo santo,
Por momentos la obra fué acabada,
Y en ella la alta imágen colocada.

Quedó en el monasterio aquel discreto
Cura de Monistrol y alguna gente,
A quien tocó en el íntimo secreto
Con más fervor la mano omnipotente,
Hasta que se pusiese por efeto
El santo culto más cumplidamente
Con religiosos dignos de aquel puesto
A vida perfectísima dispuesto.

Este era del Obispo el santo intento;
Pero Dios ¡oh bendita y santa sierra!
Más lustre te guardaba y ornamento,
Y más renombre en cuanto el aire encierra:
Santo era del Obispo el pensamiento
Y de los moradores de su tierra;
Mas lo que Dios de tí tiene ordenado
Es divino favor en sumo grado.

Al fin, esta divina y rica suerte,
Este raro suceso milagroso
Pasó, para bien nuestro, desta suerte
En este santo monte venturoso;
Mientras, en su virtud constante y fuerte,
En Barcelona el santo religioso
Con la alta perfeccion de la paciencia
Pasa su memorable penitencia.

CANTO XIX.

ARGUMENTO.

De su admirable penitencia al punto
Llega el fuerte Garin, y al monte vuelve
A trasladar el cuerpo que difunto
A su entender oscura tierra envuelve:
Hallan la dama viva y bella, y junto
Santa, pues con el padre se resuelve
A quedar en la santa casa nueva,
Que tan santo principio y nuevo lleva.

CON su dulce familia el regocijo
Por Barcelona desplegaba el vuelo,
Desterrando el pesar, al escondrijo
Más oscuro y más íntimo del suelo,
A causa de haber dado al Conde un hijo
Por singular favor y gracia el cielo,
Que de sus canas el regalo fuese
Y en el ilustre estado sucediese.

En cañas, toros, justas y torneos,
Galas, saraos, divisas y ornamentos,
Caballos, armas, máscaras y arreos,
En altas obras de altos pensamientos,
Y en todos los demás nobles empleos
De los ilustres lícitos contentos,
Ocupa el regocijo en Barcelona
Cualquier estado y suerte de persona.

No hay señor, no hay hidalgo ó caballero
Que no se muestre en lo que más confía,
O ya representando un Marte fiero
Con generoso esfuerzo y gallardía,
O ya, depuesto el relumbrante acero,
Mostrando general cortesanía
En gala, en ademan, en gracia y aire,
En dulzura, en regalo y en donaire.

El mismo Conde alegre y consolado
Sus nobles cortesanos acompaña,
O sea en sala, ó sea en estacado,
O sea en plaza ó calle ó en campaña;
Y diestro y animoso y remozado,
Ya doma al toro la furiosa saña,
Ya gana el prez en el torneo ó justa,
Ya en las follas las follas barausta.

Ya en aparatos de altas invenciones
Con grandeza rëal y pompa hechas,
Ya en varios casos de altas ocasiones
Que dan las sendas de virtud estrechas,
Deja los valerosos corazones
Y las heróicas almas satisfechas,
Poniendo el rëal término en su silla
Con amable admirable maravilla.

Y ya entre mil blanduras y mil galaís,
Conversable, apacible y cortesano,
Con las servidas damas en las salas
Convierte en blanda la robusta mano,
Dando mayor lugar á que sus alas
Despliegue y trate el regocijo humano,
Y toda la contenta compañía
Que le ministra y acompaña y guía.

Y al fin, por dulce fin de estos contentos,
Que fueron tales, que dobló la fama
Todos los sonoros instrumentos
Con que por la ancha tierra se derrama,
Consigo á sus reales aposentos
A los varones de su estado llama,
Y en su mesa real con ellos junto
Quiere en las nobles fiestas hacer punto.

Vinieron los barones de su estado,
Y fué el banquete rico y suntuoso,
De todas las grandezas adornado
Que adornarle pudiera un rey famoso;
Adonde no faltó quien, acordado
Al instrumento y són artificioso,
Con dulce pecho y voz, quiebro y garganta,
Cantase cómo fué Narciso planta.

Y cómo con menguada voz su pena
Muestra Eco, y de su amado el devaneo;
Como Ariadna en la desierta arena
Llama llorando al pérfido Teseo;
Cómo Vénus del cielo se enajena
Por ser sólo su Adónis su recreo;
Cómo Alcides mató y por qué al Centauro,
Y cómo fué vencido el Minotauro.

Y cómo del clarísimo planeta
Huyó volando Dáfnes infelice;
Cómo sacaba el músico poeta
De la cárcel eterna á su Euridice;
Cómo en la noche lóbrega y secreta
Alcion vió anegado á su Ceice;
Cómo se coronó Baco de yedra,
Y cómo Aglaura fué mudada en piedra.

Con tales cosas, del rēal banquete
El regalo el cantor acrecentaba,
Y cuanto con la música promete,
El regocijo largamente daba;
Cuando allí fué sacado de un retrete
El que las fiestas célebre causaba,
Traido para gozo de su padre
Por su segunda regalada madre:

El dulce hijo que al Jofré famoso
Dió con tal gozo el favorable cielo,
Por quien su fuerte pueblo generoso
Estaba en regocijo y en consuelo,
Traido al pecho dulce y amoroso
De que alimenta el tierno corpezuelo,
Adonde estaba el padre entró, ilustrando
Cuanto con los ojuelos va mirando.

Y apenas la ama con el tierno infante
A la mesa del Conde habia llegado,
Cuando el monje, en su cruz fuerte y constante
Entra en la sala á su cadena atado:
Mandó el Conde traelle allí delante,
Habiendo en la comida dél tratado,
Bien fuera de entender que le inspiraba
El cielo á él lo que él allí mandaba.

¡Oh infinita de Dios sabiduría,
Por cuán secretas sendas y admirables
Tu sempiterna omnipotencia guia
Sus excelsas hazañas memorables!
¡Oh felice cristiana monarquía!
¡Qué divinos favores tan amables
Recibes de la mano omnipotente
De tu gran Dios dulcísimo y clemente!

Pero ¿qué no ha de dar al Cristianismo
De gracias y favores celestiales,
Quien con tan alto amor se dió á sí mismo
Con manos en tal grado liberales?
¡Oh ceguedad, oh confusion, oh abismo
De ingratitud de míseros mortales!
¡Dádivas recibidas en tal suma,
Que el olvido en el alma las consuma!

¡Oh ingratitud de humanos corazones,
O por fiera dureza de diamante,
O por fragilidad que en tus pasiones
Tan varias te mantiene tan constante!
¡Cuán admirables y divinos dones
Desprecias como cosa no importante,
Miserable mortal, por las miserias
En que tienes tus tratos y tus ferias!

Ambicion de grandezas y de estados
De esta caduca y momentánea vida,
A cuyos vanos peligrosos grados
Se sube por tan áspera subida,
Es la que en tu memoria da cuidados
Que la traen de afanes combatida,
Con olvido total y con desprecio
De aquellos bienes de tan alto precio.

Codicia insaciable de riquezas
Sólo para que el cuerpo se recree
Con sensuales vicios y torpezas
En que cuanto hay en la ancha tierra emplee;
Envidias y pasiones y asperezas
Con que se postre á quien virtud posee,
Como si fuese oprobio vil del suelo,
Siendo el regalo y el honor del cielo.

Indómita soberbia y arrogancia,
De estos vicios horrendos producida,
Asentada en la bárbara ignorancia
De mentira cubierta y revestida,
Es lo que en l' alma tiene cierta estancia,
Y della es la virtud desposeida ;
Y así el pecar es su más cierto trato,
O con desprecio ó con olvido ingrato.

¡Padre piadoso, Dios, que sólo quieres
Dotar al hombre, por tu gracia pura,
De los grandes riquísimos haberes
Con que enriquece tu gloriosa altura!
Humilde te suplica, por quien eres,
Esta, Señor, tu amada criatura
Que tan ingrata así en pecar se emplea,
Que otro Garin en penitencia sea.

El cual, como ya dije, habia llegado
Adonde el Conde y los demás habian
Con la comida suntüosa dado
A las fiestas el fin que pretendian ;
Y siendo el santo mónstruo contemplado
Por los señores que le circuian,
Y sobre él varias cosas discuriendo,
Su especie y calidades inquiriendo ;

¡Milagroso suceso! El tierno infante
Que el ama en su regazo sostenia,
Con clara voz y angélico semblante,
Vuelto á la fiera lleno de alegría,
Dijo: «Dios quiere ya que se levante,
Garin, tu rostro al sér que antes tenia ;
Que ya tu penitencia es acabada,
Y tu culpa del todo perdonada.»

Y el pequeñito niño apenas hubo
Estas altas palabras declarado,
Con que en admiracion inmensa tuvo
Aquel ilustre pueblo allí juntado,
Cuando Garin el rostro alzó, y sostuvo
En los dos piés el cuerpo fatigado,
Y con humilde y santa reverencia
Llegó del Conde á la rëal presencia.

Y con palabras cuyo afecto un monte
Mover pudiera de su firme asiento,
Y convertir el reino de Aqueronte
A blando y amoroso sentimiento,
Puestos los ojos en el horizonte,
Y en su esperanza el alto pensamiento,
Al Conde dijo así sucintamente,
Toda su corte y casa allí presente:

«Yo soy, príncipe sabio y valeroso,
Aquel que á Dios y á tí con grave ofensa
Dí causa de emplear el poderoso
Rigor que con justicia se dispensa:
Yo soy Garin, y si nombrarme oso,
Es para dar debida recompensa
De mis grandes pecados, de la suerte
Que tu ofendida calidad concierte.

»Aquí me tienes ante tu presencia;
Puedes satisfacerte á tu contento,
O sea con rigor ó con clemencia,
Mi vida ó muerte es ya tu mandamiento;
Y á las dos cosas yo con obediencia
Doy, como debo, aquí consentimiento,
Pidiendo arrepentido y humillado
Perdon á Dios y á tí de lo pasado.»

No dice más el santo monje, y queda
Como elevado y de rodillas puesto:
La admiracion del todo al Conde veda
Poderle responder á lo propuesto;
Pero, ya reportado y vuelto en rueda
El admirado rostro, aunque compuesto,
Dice el sabio señor de Barcelona:
«Tambien perdono yo á quien Dios perdona.»

«Alzáos, oh santo monje, alzaos del suelo;
Que aunque tan gravemente me ofendistes,
Pues con tan gran favor y amor del cielo
Perdon de vuestras culpas merecistes,
Yo tambien os perdono y os consuelo,
Y de lo que en mi daño cometistes
En recompensa sólo aquí se elija
Que me digais á dónde está mi hija.»

Con el mayor decoro que ser pudo
Dijo el caso Garin, no claramente,
Sino cubierto de un honroso escudo
Para todas las partes más decente:
Oyólo el Conde: y que esté ya desnudo
El santo penitente no consiente:
Manda que luego se le dé vestido;
Y al punto de ermitaño fué vestido.

Y deja el Conde allí determinado
De partir luego para el monte santo,
A sacar dél el cuerpo sepultado
De la hija que quiso y lloró tanto;
Y tambien para ver el celebrado
Retrato de la Virgen, que ya el canto
De la fama veloz le divulgaba,
Y á irle á ver las gentes incitaba.

Ya en aquella comarca venturosa,
Con dulce son de altísimo consuelo,
Canta la fama la maravillosa
Merced que goza del piadoso cielo,
Con mil en que la mano poderosa
Del alto Dios muestra el gustoso celo
De que se pidan por la imágen santa
Que la fama veloz divulga y canta.

Toda movida la provincia tiene
Ya de la fama el canto de alegría,
Con voz que en la devota oreja suene
Celestial consonancia y armonía,
Por quien con santo afecto y celo viene
Ante el sacro retrato de María,
A pedir al Señor de los señores
Gracias, mercedes, dones y favores.

Parte pues con Garin y con su gente
Para el bendito Monserrate el Conde,
Y al deseo de todos igualmente
La presta diligencia corresponde:
Al lugar llegan donde la inocente
Dama venturosísima se esconde:
Mira el sitio Garin en la espesura,
Y señala despues la sepultura.

Abren por la señal la dura tierra
Diestros sirvientes con robustas manos,
No pretendiendo más en lo que encierra
De un cuerpo ya comido de gusanos,
Para que se traslade de la sierra
Al honroso lugar de sus ancianos,
Y allí cual los demás se deposite
Hasta que al gran jüicio resucite.

Mas ¡oh gran Dios, en todo poderoso!
No cuerpo allí es hallado desta suerte,
Sino vivo, fresquísimo y hermoso,
Libre de las señales de la muerte;
Cuyo alto rostro con mirar gracioso
Al dulcísimo padre se convierte,
Y cuyos piés á él se van, y cuyas
Manos al padre toman de las suyas.

Levante aquí el humano entendimiento
Las alas ligerísimas en vuelo
A la contemplacion del sentimiento
Que causaría aquel favor del cielo:
Considérese el gozo y el contento,
La inmensa admiracion y alto consuelo
Del padre y hija y de Garin triunfante,
Y de la atenta gente circunstante.

Ofuscada del gozo inmenso queda
A cada cual el alma allí y la mente;
La extraña admiracion á todos veda
Otra accion que miralla atentamente:
Que ojos ó lengua alguno mover pueda
La nueva maravilla no consiente,
En mar de gloria cada cual el alma
Tiene gozosa en admirable calma.

¿Qué se le puede preguntar á aquella
Señora ilustre de sí misma ahora?
¿O qué á cualquier pregunta podrá ella
Responder á la gente que la adora?
De claro aljófara la una y otra estrella
Hinche de gozo, con el padre llora,
Que con abrazo de dulzura lleno
Riega con tiernas lágrimas el seno.

Y con palabras llenas de dulzura
Dice la dama, llena de contento:
«Merced, á que de humana criatura
Ni llega merecer ni entendimiento;
Favor, á gloria de la Vírgen pura
Y de su sin igual merecimiento;
Gracia, que del mar dellas se deriva,
Es lo que veis en mí viéndome viva.»

Una señal sacó la dama ilustre
Que adornaba el suceso milagroso,
Que fué una raya de encendido lustre
En el cuello blanquísimo y hermoso,
Como en él puesta para que se ilustre
Su blancura por modo artificioso;
Y era la parte tierna y delicada
Por donde fué la dama degollada.

Todo era admiracion de la espantosa
Obra divina del poder eterno
De aquel Señor que con su voz piadosa
Nos llama siempre con amor tan tierno;
Y todo era triunfar de la envidiosa
Sierpe cruel del espantoso infierno
Aquel buen monje, en paga y recompensa
De la pasada lastimosa ofensa.

¡Qué gozo, qué consuelo, qué alegría
Con este triunfo altísimo y victoria
Que el pio Garin en l' alma sentiría,
Teniendo en lo pasado la memoria!
¡Y qué dolor y pena causaría
A su fiero adversario con su gloria,
Viendo vencer con triunfo tan subido
Al que él pensó del todo haber vencido!

En pena eterna y en dolor redunda
El triunfo de Garin, gozo y consuelo,
Del infernal poder, con que confunda
Su inícua saña el pio y justo cielo:
Dobló su llanto y su pasión profunda
El príncipe de eterno desconsuelo,
Victoria el santo monje dél teniendo,
Y su temido monte en gloria viendo.

Van, al fin, todos, tras haber pasado
De gozo y de consuelo un dulce rato,
Al templo santo donde está el sagrado
De la Virgen Santísima retrato;
El cual adora cada cual postrado
Con tierno corazón y ánimo grato,
Y de veras allí se regocija
El monje, el Conde y la dichosa hija.

Y ya que en tal consuelo entretenidos
Algunos breves días estuvieron,
Y los tuvo aquel gozo divertidos,
Como el más grande que jamás sintieron:
Ya que para partirse apercebidos
Y á punto el Conde y los demás se vieron,
La sabia dama al padre sabio y fuerte
Descubre su alto intento desta suerte:

«Bien fuera digna de castigo eterno,
Dulce padre y señor, si no mirara
A la merced presente con interno
Celo de gratitud, siendo tan rara;
Fuera culpa bien digna del infierno
Si desta obligación yo me olvidara,
Y por volverme á Dios no pospusiera
Cuanto del mundo desear pudiera,

»Que aunque puedo, volviendo á Barcelona,
En compañía de mi madre y vuestra
Emplear sabiamente mi persona
En lo que el cielo en nuestro bien nos muestra,
Mas en la religion se perfecciona
La alta virtud del sumo bien maestra,
Con quien, segun la obligacion que tiene,
La alma cristiana su vivir ordene.

»Todo es aquí suceso milagroso,
Mi vida, vuestro gozo, el admirable
Perdon de este bendito religioso,
Y esta sagrada imágen tan notable:
Todo pues en su modo misterioso
Nos persuade la intencion loable
Que á mí en l' alma me escribe de su letra
Quien sus cosas más íntimas penetra.

»Digo, porque declare bien mi intento,
Que con licencia vuestra yo querria
Quedar, señor, en este santo asiento
Con religiosa y santa compañía;
Que en este punto su acontecimiento
Es gran ventura, es grande suerte mia,
Y es gran señal que quiere Dios que sea
Esto que tanto mi alma ya desea.

»Y es razón que la vida que poseo
Por tan notable y rara maravilla,
Escoja por dichoso y rico empleo
El quedar á servir esta capilla;
Y por debido voto y por trofeo
Se dedique á la Virgen sin mancilla,
Pues por su gracia y mano valedora
Con tal merced yo la poseo ahora,

»Aquí podrán devotas religiosas
Ofrecerse conmigo en santa vida,
A quien hace estas obras milagrosas
Con que á su amor nos mueve y nos convida:
Sean por vos miradas estas cosas
Y la justicia de que soy movida,
Y dad, señor, con sentimiento justo
A mi loable y santo intento gusto.»

Así mostró la generosa dama,
Con sus palabras llenas de elocuencia,
El santo amor y celo que le inflama
El alma con altísima prudencia:
Tras lo cual, tiernas lágrimas derrama,
Del santo afecto efecto y apariencia,
Las cuales eran en su rostro, al verlas,
Entre rosas al sol, cristal y perlas.

No menos se admiró en la hija amada
El padre contentísimo con esto,
Y la gente que alegre y admirada
Oía atenta su deseo honesto;
De lo que su alma fué maravillada,
Y las de los demás en todo el resto,
Y así con alto sentimiento el Conde
En todo con la dama corresponde.

Dice que su intencion se cumpla y sea
Luego de la manera que ha ordenado,
Y manda que al momento se provea
Cuanto conviene al caso señalado:
Detiéndose allí más, y luego emplea,
Con lo que está en la casa fabricado,
Gasto mayor con trazas más costosas,
Y habitacion conforme á religiosas.

Las cuales fueron como las que ahora
Habitan en San Pedro en Barcelona,
Del órden santo con que ilustra y dora
El gran Benito su inmortal corona;
Y dellas fué cabeza la señora,
Que lo pudiera ser en Elicona,
Pues supo la mayor ciencia del suelo
Perfectamente, que es ganar el cielo.

La dama ilustre que escogió ofrecerse
A Dios en el convento milagroso,
Sin confiarse ni desvanecerse
En el mundo y el padre poderoso,
A ser cabeza quiso disponerse
En aquel monasterio misterioso,
De muchas que con ella estar quisieron,
Y su santo propósito siguieron.

Ya pues que el santo monasterio estaba
Cual á tan alto intento convenia,
Y el sacro culto en él se comenzaba
Con principios de altísima alegría;
Y viendo el Conde ya que en él quedaba
Su santa hija en santa compañía,
Y que no tiene en cosa alguna falta
De las de su intencion divina y alta;

Determinó dejarla en el deporte
De su devota soledad amada,
Y dar la vuelta con su casa y corte,
A su noble ciudad regocijada;
Y dado en todo ya el debido corte,
Fué para la partida señalada
Por hora aquella en que del sacro oficio
Se da fin al santísimo ejercicio.

Ya el claro sol por el abierto oriente,
Lleno de luz, alegre se levanta,
Y ya el devoto Conde con su gente
Ante la imágen milagrosa y santa
Oye el divino oficio atentamente,
Que el religioso coro oficia y canta
Con voz al celestial conciento unida,
El dia señalado á la partida.

Y ya el divino oficio habia llegado
Al fin alegre de su excelso canto,
Cuando el pio Garin, todo inflamado
En divino fervor y celo santo,
De un lustre celestial iluminado,
Con que causaba á quien le via espanto,
La lengua elocuentísima desata,
Y de altas cosas memorables trata.

CANTO XX.

ARGUMENTO.

Los divinos sucesos y grandezas
Del sacro milagroso monasterio,
Las heróicas hazañas y proezas
Que en él ha obrado celestial imperio,
Las excelsas santísimas altezas
A que ha llegado su alto ministerio,
La musa da á Garin que contar pueda,
Y la gran devocion fundada queda.

PUESTO del templo en la sublime parte
Al divino Evangelio dedicada,
Usando en el principio santo el arte
Que se acostumbra en la leccion sagrada,
Con el fervor que el cielo le reparte
En l'alma de sus gracias regalada,
Así dice Garin con alto aliento
Al Conde, que oye con su pueblo atento:

«No puedo ¡oh gran señor! en modo alguno
Dejar de publicar lo que me inspira
Este extraño fervor en mí importuno
Que así conmigo á todos os admira:
En este tiempo alegre y oportuno
Que quien así mueve mi pecho mira,
Quiere que diga yo á su santa gloria
Cosas dignas de altísima memoria.

»Oidme pues, oidme atentamente
Lo que han de oír y ver otras edades,
Que á mi lengua se ofrece y á mi mente
Con altas y lustrosas claridades:
Es la intencion de mi sermon presente
Deciros las divinas calidades
Que con divino y admirable ejemplo
Ha de tener este sagrado templo.

»Tú, Rey eterno, que mi pecho inflamas
De la luz clara de este templo santo
Que ha de encender en tus divinas llamas
Innumerables corazones tanto;
Los que con estas maravillas llamas,
De tu luz queden alumbrados cuanto
Conviene ahora, para que veamos
Las grandezas del templo que fundamos.

»Y tú, Reina santísima del cielo,
Causa destas grandezas milagrosas,
Mientras predico las que en todo el suelo
Han de ser predicadas y famosas,
Tú favorece el justo y santo celo
De celebrar tus memorables cosas,
Y el arte aclara en los oyentes todos
De este sermon y sus piadosos modos.

»Tu divino retrato milagroso,
Virgen, luz de las vírgenes prudentes,
Causa de este convento religioso
Y de sus altos dones preminentes,
Ha de ser el más celebre y famoso
De cuantos tengan las cristianas gentes,
Y aquel por quien hará en tu santo nombre
Infinitos favores Dios al hombre.

»No habrá nacion en todo lo habitado
Do desta santa imágen no se trate;
No asiento alguno se verá ilustrado
Con monasterio de mayor quilate;
No verá el sol lugar más celebrado
Que el felice y bendito Monserrate;
Y no habrá invocacion en todo el suelo
Por quien mayores gracias haga el cielo.

»Como fecunda planta en buen terreno,
De diestro agricultor bien cultivada,
Que al buen principio, de esperanza lleno,
Corresponde con suerte mejorada;
Así ha de ser en este monte ameno
Esta divina casa en él plantada,
Que su alto agricultor hará que sea
Más que deste principio se desea.

»Que quien aquí más altamente vuele
En desear su venturoso aumento,
Terrero quedará, cual siempre suele
El humano deseo y pensamiento;
Y por mucho que en esto se desvele,
Llegar no puede al elevado asiento
En que visiblemente yo contemplo
Que ha de estar esta casa y este templo.

»Y no más de cien años les concede
Dios á santas mujeres esta estancia,
No porque en ellas, aunque el tiempo ruede,
Ha de faltar altísima constancia,
Que ántes el bien que á la virtud sucede
Tendrá con ellas gran perseverancia;
Sino porque traerán aquí varones
Por justísimas causas y razones.

»Será tanto el concurso de la gente
Que aquí vendrá de todo el ancho suelo
A visitar devota y santamente
Esta imágen de altísimo consuelo,
Que ni será bastante ni decente,
Ni fuera de peligros y recelo,
El atender las religiosas santas
A la hospitalidad de gentes tantas.

»Un Borrel, sucesor en este estado,
Con celo santo y discrecion cristiana,
Su conveniente intento autorizado,
Por la silla apostólica romana,
Dejará este convento trasplantado
En su ciudad con honra soberana;
Y en vez de las castísimas doncellas,
Monjes pondrá del orden mismo que ellas.

»Pues cuanto desde entonces adelante
Ha de ir creciendo la grandeza santa
Desta casa real, desta importante,
Divina, excelsa y milagrosa planta,
No hay lengua humana á lo decir bastante;
Porque ha de ser de maravilla tanta,
Que los que entonces llegarán á vella
Aún apenas podrán comprehendella.

»Una perpétua fama en todo nueva
Criará el cielo en este tiempo solo,
Para que en honra de esta nueva
Cuantos vivientes mira el claro Apolo,
De las riquezas que en sus ondas lleva
El Indo, el Tajo, el Hemo y el Pactolo,
Y de la luz de la febea llama,
Se ha de adornar esta gloriosa fama.

»Y á par del tiempo ha de durar creciendo
Por puntos siempre en voz y en hermosura,
De este templo santísimo poniendo
El dulce nombre en la mayor altura;
Maravillas rarísimas diciendo
Llenas de celestial gozo y dulzura,
Ricas gracias y altísimos favores
Siempre más milagrosos y mayores.

»Ciudades moverá, moverá estados
A venir á pisar estos umbrales,
Trayendo á sus señores y prelados
Con deseos y afectos celestiales;
Y todos en amor santo abrasados,
Con poderosas manos liberales
Ofrecerán aquí famosos dones
De rentas, joyas, oro y posesiones.

»Y esto será con muy mayor instancia,
Con más fervor, más celo y más frecuencia,
Cuando pongan aquí santa observancia
Dos reyes de católica excelencia;
Los cuales en divina coligancia,
Viviendo con altísima prudencia,
En honra de sus hechos señalados
Serán Reyes Católicos llamados.

»Vendrá á ser desto el lustre y ornamento
De esta bendita casa en sumo grado;
Crecerá el sitio, crecerá el convento,
Con mil comodidades mejorado:
Para todos será el alojamiento
Alegre y apacible y regalado;
Y asimismo tambien para el divino
Retrato santo en modo peregrino.

»Que cuanto ser pudiere esta capilla
En aquel tiempo se verá ilustrada,
Dando á la imágen más costosa silla
Con fábrica real acrecentada:
De mano de la misma maravilla
Mostrará ser la obra señalada
En devocion, en lustre y en decoro,
Y en la belleza del retablo de oro.

»Y tomando de mí, aunque indigno pobre,
Principio aquí la vida de ermitaños,
Será que tanto lustre y tanta cobre
Perfeccion santa ya en aquellos años,
Que este monte será donde zozobre
La infernal rabia y sus eternos daños,
Y donde el celestial divino aviso
Dé á sus cultores dulce paraíso.

»Catorce humildes celdas repartidas
Por este santo monte venturoso
Poseerán los monjes que las vidas
Ofrecerán al singular reposo;
Donde en contemplacion entretenidas
Las almas con regalos de su esposo,
Convertirán este dichoso suelo
En dulce parte para sí del cielo.

»Que con el órden y la compostura
De sus celdas y templos y ejercicios,
Y el asiento y la vista y hermosura,
Y todos los humanos beneficios,
Y el alto acuerdo de la eterna altura,
Y el olvido total de humanos vicios,
No será en ellos menos que una gloria
Este monte de célebre memoria.

»Pues cuanto los benditos religiosos
En estos sacros claustros encerrados
Han de ilustrar con hechos virtuosos
Estos santos y fértiles collados,
Y con los rayos, más que el sol lustrosos,
De sus divinos bienes y cuidados
Han de dar luz á cuanto el aire rueda,
No hay lengua humana que decirlo pueda.

»De ordinario serán más de setenta
Estos benditos monjes recogidos,
Todos hombres de letras y de cuenta,
Famosos en la tierra y escogidos;
Y donados habrá más de noventa,
Todos en vida activa entretenidos
Con huéspedes y pobres ordinarios,
Y en otros ministerios necesarios.

»Y demás de estos inclitos varones,
De religiosos hábitos ornados,
Serán en otras mil ocupaciones
Otros doscientos hombres ocupados;
Sin los que á varias partes y naciones
Serán por las limosnas enviados,
Con los regalos de la cofradía
Que aquí ha de haber en honra de María.

»La cual ha de tener por sus cofrades
Todos los potentados que en la tierra
Seguirán las santísimas verdades
Del que en el suelo el cielo abre y cierra,
El cual de las mayores calidades
Que su poder universal encierra,
Ha de dotar la cofradía ilustre
Que será deste monte eterno lustre.

»Pero ¿qué voz, qué espíritu y aliento
Las memorias dirá de las mercedes
Que adornarán de este real convento
Las columnas, los techos y paredes ?
No podrás ver ¡ oh sol ! tal ornamento
En cuanto ver de todo el mundo puedes,
Como el que aquí pondrán fieles devotos,
Con presentes, con dádivas y votos.

»El enfermo llegado al postrer punto,
Y la alumbrada, el de parir llegado,
Con su mortaja el que ya fué difunto,
La madre con el hijo ya anegado,
En estos claustros serán vistos, junto
Con mil que, ó en desierto ó en poblado,
Por mil traidoras manos enemigas
Tuvieron mil peligros, mil fatigas.

»Aquí de aquel mancebo á quien convino
Que, de su propia patria siempre ausente,
En la comun de corte el desatino
Comun siguiese en su veloz corriente,
Y esta alta invocacion le abrió el camino
A la salud del alma conveniente,
La oferta se verá de cortesano,
No ingrato ni soberbio ni tirano.

»Aquí de aquel varon á quien en suerte
Cupo el seguir al espantoso Marte,
En vida que es una perpétua muerte,
Sin que en cosa de vida alcance parte,
Y tuvo esta alta devocion de suerte,
Que vino á ser de su milicia el arte,
Las armas se verán con gozo y gloria
Rendidas en señal de gran victoria,

»Aquí del preso y del cautivo rota
La doblada cadena será vista;
Aquí la nave que enemiga flota
O tormenta bravísima resista;
Aquí el bajel que en áspera derrota
En altas peñas ó en bajos embista,
Pintados se verán en las tablillas
Que son memorias de estas maravillas.

»Y aunque estas gozosísimas señales
Serán ya más que yo decir podría,
Al tiempo que los dones celestiales
Comience á repartir la cofradía;
Cuando sus altas fuerzas principales
Alcance la española monarquía,
Tendrá esta maravilla un admirable
Punto de aumento, excelso y memorable.

»Que así como será favorecida
Entonces esta casa milagrosa
Por los reyes de aquella edad florida,
Que serán condes de esta tierra honrosa;
Así tambien del cielo enriquecida
Con mano liberal maravillosa
Será esta santa iglesia entonces tanto,
Que vendrá á ser un celestial espanto.

»Cuando el sacro Felipe poderoso
Será monarca de lo que es España,
Y digno por su sér maravilloso
De mandar cuanto el mar circuye y baña,
Llegará este convento milagroso
Y el nombre de esta célebre montaña
Al rico sér de celestial fineza
Y al colmo de su altísima grandeza.

»Habránse visto ya milagros tantos
Por esta invocacion santa en el suelo,
Y estarán ya los religiosos santos
Con fama tal por su divino celo,
Tendrán tal bien y tal remedio cuantos
Aquí vinieren por favor del cielo,
Que entonces en el mundo no habrá cosa
Más celebrada, excelsa y milagrosa.

»Monserrate será la maravilla
Mayor del mundo en aquel tiempo bueno
Que por Felipe á la española silla
La mayor suerte albergará en su seno:
Esta casa, este templo, esta capilla
Y este retrato de alta gloria lleno,
Entonces echarán rayos mayores
De milagrosas gracias y favores.

»¿Qué será ver en aquel tiempo tanto
Concurso aquí de peregrinas gentes?
¿Qué, oír el incesable y dulce canto
Del sacro oficio en horas diferentes?
¿Qué será ver honrado el templo santo
De riquezas al tiempo suficientes?
¿Qué, las luces eternas colocadas
En oro y plata y joyas estimadas?

»¿Qué será ver labrar un rico templo,
Que en aquel tiempo emprenderá el convento,
El cual ya desde aquí miro y contemplo
Ser obra de riquísimo ornamento?
Bien mostrará tener el alto ejemplo
De la que entonces con divino intento
Hará aquel sabio rey de eterna fama
En las faldas del alto Guadarrama.

» ¿Qué será ver el orden y aparato
Para hospedar pontífices y reyes,
Y el ordinario y abundante plato
Que aquí darán á innumerables greyes ?
¿Qué, contemplar el celestial ornato,
Las órdenes, preceptos y las leyes
Con que lo humano y lo divino junto,
Aquí pondrán en su perfecto punto ?

» Bien se echará de ver en esta parte
Que tendrá entonces la española tierra
En su favor al poderoso Marte
Que en este altar en blanco arnés se encierra;
Y que siguiendo siempre su estandarte,
Militará Felipe en justa guerra
Contra los fieros del contrario bando,
Mil hidras y mil mónstruos sujetando.

» El cual, vencido habiendo mónstruos tales
Con excelso valor, divino y santo,
Llamado ya á los reinos celestiales
Con gozo dellos, regocijo y canto ;
Vencido de accidentes corporales,
Que causarán al mundo inmenso espanto,
En ellos por un Job siendo estimado,
Para siempre á reinar será llevado.

» Y no menos entonces será claro
El gran favor del cielo poderoso,
En aumento y en honra y en amparo
De nuestra España y de su rey famoso,
En darle un sucesor que en el preclaro
Nombre y en el valor maravilloso
Sea retrato de su padre, tanto,
Que cause en tierna edad gozoso espanto.

»Hará con la esperanza solamente
 En aquel tiempo el jóven rey Felipe,
 Que tan de veras la española gente
 Del gran favor del cielo participe,
 Que el coro de virtudes excelente
 Que gusta de las aguas de Aganipe
 Tendrá más dulce albergue en nuestra España,
 Que en cuanto el sol rodea y el mar baña.

»Y juntamente dos infantas bellas,
 Dignas hermanas de este rey glorioso,
 Entonces mostrarán vivas centellas
 De su gran rey, cual de su sol lumbroso,
 Siendo las dos clarísimas estrellas
 Que ilustren aquel siglo venturoso,
 Dando Isabel á Flandes luz divina,
 Y al Piamonte, aunque breve, Catalina.

»Y no será en España solamente
 La buena suerte entonces; que yo creo,
 Segun lo que mi alma nota y siente
 Del sumo bien que en este templo veo,
 Que en cuanto alumbra el sol resplandeciente
 Verá cumplido el fiel su fiel deseo,
 Viendo tener á cuanto mire Apolo
 Sólo un pastor en un aprisco solo.

»Y así se ha de creer que cuando sea
 La alta felicidad de este convento,
 Cuanto ahora en el mundo se desea
 Ha de llegar á su lugar y asiento:
 ¡ Dichoso el hombre que lo alcance y vea,
 Y gozar sepa de aquel gran contento,
 Y no menos dichosos los que en está
 Iglesia celebramos esta fiesta !

»No es menos buena nuestra alegre suerte
Que la que en este caso declaramos,
Pues el clemente cielo nos advierte
Del rico bien del templo que fundamos;
Y más, si vale para que se acierte
El camino real á que aspiramos,
A cuya causa Dios nos la declara
Con dulce amor y maravilla rara.

»Y esto aquí se contemple, esto se sienta,
Y á esto cada cual el alma encare,
Pues tanto más ha de quedar contenta,
Cuanto más desta suerte aquí repare:
Por esto Dios su sacro culto aumenta,
Y ha de aumentar mientras el sol no pare,
En este santo monte, con eterno
Dolor y espanto del oscuro infierno.

»Por esto aquí su sacra Madre amada,
Por medio de su imágen milagrosa,
Ha de ser sumamente venerada
Y ha de mostrar su mano poderosa;
Y por esto ha de ser tan frecuentada
Esta fértil montaña venturosa
En todo tiempo, y mucho más el día
Del santo nacimiento de Maria.

»¡Oh Virgen soberana! ¿qué pinceles,
Qué matices, qué esmaltes, qué colores,
Qué Zeuxis, qué Timantes ó qué Apeles
Bastarán á pintar vuestros loores?
O ¿qué cuenta podrán contar los fieles
Que aquí recibirán vuestros favores
Este bendito día, dedicado
Por el mayor de vuestro templo amado?

»En este día, que esta sacra puerta,
Llena de gozo y de dulzura tierna,
Estará, como siempre, franca, abierta,
Representando la real eterna,
Se verá por notada cuenta cierta,
Que la experiencia larga la discierna,
De cinco á seis mil almas ser entrada,
Dándoles hospedaje y dulce entrada.

»Que puesto que vendrán por todo el curso
Del año innumerables peregrinos,
Mas tal será este día su concurso,
Que ocuparán el monte y los caminos:
Pues ¡oh gran Dios! si hago aquí discurso
De los grandes favores y divinos
Que en día tal con tu clemencia tanta
Harás aquí por esta imagen santa;

»Antes que pueda la más breve parte
Con presteza decir sucintamente,
El claro sol que el día nos reparte
Le llevará consigo al occidente:
Todo sirva, Señor, para agradarte,
Todo tu culto y religion aumente,
Pues todo, tú, gran Dios de eterno nombre,
Quieres que sea para bien del hombre.

»En suma, digo, ¡oh Conde poderoso
Y pueblo ilustre á mi sermón atento!
Que en este santo templo venturoso
Y en este felicísimo convento,
Y por este retrato milagroso
Y su alta invocación y llamamiento,
En cuerpo y alma sus devotos todos
Alcanzarán favor en varios modos.

»Los cuitados enfermos de accidentes
A las humanas ciencias incurables,
Con lástimas y afanes diferentes,
Con lisiones y penas espantables,
Sumamente afligidos y dolientes,
Tristes en todo extremo y miserables,
Si aquí la devocion los encamina,
Del cielo alcanzarán la medicina.

»Los desterrados pobres y afligidos,
Del cruel mundo acá y allá arrojados;
Los dél, como no suyos, perseguidos,
Con su envidia y malicia atormentados;
Los hombres libres, sueltos, distraidos,
Y en humanas miserias engolfados,
Aquí viniendo, altísimo consuelo,
Gracias y dones hallarán del cielo.

»Los que el soberbio espíritu ambicioso
Traen revuelto en vanos pensamientos,
Cual suelen del hinchado mar dudoso
Las aguas revolver soberbios vientos,
Aquí, si con afecto fervoroso,
Para no zozobrar con sus intentos,
Piden gobierno cual conviene al alma,
Hallarán puerto de segura calma.

»Al fin, aquí de todos cuantos males
El mísero mortal tome y padece,
Que cuantos sean en el mundo y cuales
En la alma y cuerpo á cada cual parece,
Si con santos afectos celestiales
A la Virgen Santísima se ofrece,
Poniendo esta alta invocacion por medio,
En cuerpo y alma alcanzará remedio.

» ¡Virgen piadosa, que de la afligida
Alma sois dulce puerto de consuelo !
¡Virgen gloriosa, que á la humana vida
Para la eterna, puerta sois del cielo !
¡Virgen hermosa, que, del sol vestida,
Luz sois que alumbra todo el ancho suelo !
Aquí los penitentes peregrinos
Estos dones tendrán por vos divinos.

» ¡ Santa, sabia, graciosa, honesta y bella,
Ilustre y hermosísima María,
De aqueste tempestuoso mar estrella
En la dulce region de la alegría !
Vos nos llevad con vuestra gracia á ella,
Siéndonos norte de infalible guia
La invocacion de este retrato vuestro,
Inmenso bien, de vuestra mano, nuestro.

»Vuestra bendita imágen, colocada
Con tal favor de esa divina mano
En esta excelsa sierra dedicada
A ser del cielo ya camino llano,
Con viva fe y espíritu invocada
En las miserias del linaje humano,
Será el refugio suyo y el gobierno,
El gozo temporal y el bien eterno.

»Ea pues, no haya alguno que no sea
Devoto de esta imágen sumamente,
Desta sagrada imágen, por quien crea
Tener favor del alto Omnipotente,
Tal, que en esta mortal fiera pelea,
Que perpétua en el mundo el hombre siente,
Ganará al enemigo la victoria,
Y triunfo alcanzará de eterna gloria.»

Aquí dió fin el santo religioso
Al sermón santamente predicado,
Y al Conde y á su pueblo venturoso
Dejó en amor santísimo abrasado;
El cual consoladísimo y gozoso,
El tiempo de partirse ya llegado,
Se despidió con tierno sentimiento
Del templo y de su hija y del convento.

Garin también, y en la bendita sierra
Volvió á tomar su solitaria estancia;
Y la señora á quien el claustro encierra
Quedó con las demás en su observancia;
Y aquella sacra imagen que en la tierra
Para el favor del cielo y su importancia
Nos es tesoro de tan gran quilate,
Así fué colocada en Monserrate.

FIN DEL MONSERRATE.



BIBLIOTECA ECONÓMICA

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

Administracion general: Barcelona, Angeles, 14

DIRECTOR LITERARIO

CONSULTOR

DR. D. JOSÉ DE PALAU Y DE HUGUET

RDO. PADRE JOSÉ MARÍA MON

ABOGADO

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

OBRAS PUBLICADAS.

SECCION CASTELLANA

PRECIO EN REALES

RÚST. MED. HOLAN.

Los Trabajos de Jesus: la incomparable obra que en los calabozos berberiscos escribió el siervo de Dios, <i>Fray Tomé de Jesus</i> , tan recomendada para la meditacion como por lo selecto de su estilo, consta de tres tomos de 300 páginas cada uno.	15	48
La Conversion de la Magdalena, escrita por el renombrado <i>Malon de Chaide</i> , obra de estilo esmeradísimo, que contiene un fecundo manantial de consideraciones para el alma devota y para la predicacion: en las traducciones de los Salmos presenta el más acabado modelo de la poesía castellana. Consta de dos tomos de 300 páginas cada uno.	10	12
El Príncipe Cristiano, del <i>Padre Riva-deneyra</i> . Obra clásica entre las clásicas, citada siempre como uno de los primeros ejemplares de la literatura española. Consta de un tomo de 380 páginas.	5	6
El Filósofo Rancio, del <i>Padre Alvarado</i> . El solo epígrafe de esta obra es ya su recomendacion, tal ha sido siempre el aplauso con que ha sido recibida. Consta de seis tomos de 320 páginas cada uno.	30	36

Hechos políticos y religiosos del que fué Duque de Gandía y Virey de Cataluña, San Francisco de Borja,

escrita por el *Padre Juan Eusebio Nieremberg*, de la Compañía de Jesus. Libro notabilísimo, tanto por el estilo del celebrado autor como por el asunto, que magistralmente retrata aquella época de fe y esplendor de la monarquía española. El tercer tomo contiene obras originales del Santo, no publicadas antes, y de un mérito extraordinario. Es este libro rarísimo hoy día, y sólo á costa de gran sacrificio hemos logrado adquirirlo. Consta de dos tomos.

10 12

Obras de San Francisco de Borja, publicadas por el *Padre Juan Eusebio Nieremberg*. Un tomo.. . . .

5 6

El Orinoco ilustrado, del *Padre Gumilla*.

En esta obra se propuso el sabio autor defender á los españoles conquistadores de América, y al paso que va desvaneciendo las calumnias tramadas contra España, describe de mano maestra el país, las costumbres de los indios, el modo de catequizarlos, etc., etc. Obra muy amena y curiosísima de la cual apenas se tiene hoy noticia. Consta de dos tomos.

10 12

La Providencia de Dios, de *don Francisco de Quevedo*. Interesante obra, tan notable como poco conocida. Un tomo.

5 6

Historia de Guipúzcoa, del *Padre Larra-mendi*. Obra inédita, copiada del código que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia y cuidadosamente anotada por el eminente bibliófilo *Padre Fidel Fita*, de la Compañía de Jesus. Un tomo.

5 6

El Epistolario y la Victoria de la muerte, del nunca bien ponderado *Beato Padre Orozco*. Dos tomos.

10 12

La Crotalogía, del *Padre Fernández Rojas (Liseno)*. Obra recreativa, que á la delicadeza de la sátira reúne la profundidad de concepto y la belleza de dición.

5 6

Meditaciones devotísimas del amor

de Dios, por el *Padre Fray Diego de Estella*. Consta de dos tomos. 10 12

Obras de San Juan de la Cruz, con un dibujo de su vida, escrita por *Fray Jerónimo de San José*. Edición la más completa que se habrá publicado hasta ahora de las admirables obras del primer místico español. Cuatro tomos. 20 24

Exámen de Ingenios para las ciencias, compuesto por el *doctor don Juan Huarte de San Juan*. Libro especialísimo en su género y del cual se han hecho en España, y en menos de un siglo, más de quince ediciones, y ha sido traducido á la mayor parte de las lenguas cultas de Europa. Es indispensable á los padres de familia, á los directores de espíritu y á los maestros. Un tomo. 5 6

Autos sacramentales, de don Pedro Calderon de la Barca; un tomo. 5 6

La Vanidad del mundo, por *Fray Diego de Estella*. Libro raro y muy buscado es este que ofrecemos á nuestros suscritores y de los más clásicos de la lengua castellana. Consta de tres tomos. 15 18

El Pintor cristiano y erudito, ó tratado de los errores que suelen cometerse frecuentemente en pintar y esculpir las imágenes sagradas. Dividido en ocho libros con un apéndice. Tres tomos. 15 18



SECCION LATINA

La célebre obra titulada:

In Quatuor Evangelistas Commentarii (*Joan. Maldonati*). Reconocido como el primer expositor, las naciones todas han editado sus obras, que se recomiendan por una solidez de doctrina que no tiene rival. Consta de 10 ts. de 300 á 400 págs. cada uno.

95 105

Las obras más notables de los Padres españoles empezando por el siglo IV y seguirán todos los demás.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV (*DD. Paciani et Damasi Opera*). Un tomo.

9'50 10'50

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV (*Faustini, Ossii, Polamii, Severi Majoricensis et Cælii Sedulii Opera*). Un tomo.

9'50 10'50

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV (*Theodosii, Bachiarrii et D. Philastrii Opera*). Un tomo.

9'50 10'50

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV (*Juveni Opera*). Un tomo.

9'50 10'50

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV (*Gaudenci Opera*). Un tomo.

9'50 10'50

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV (*Luciferi Opera*). Un tomo.

9'50 10'50

Para celebrar la reciente beatificación del ilustre español, Beato Alfonso de Orozco, hemos publicado dos tratados de sus magníficas y voluminosas obras, tituladas:

De Suavitate Dei et Custodia Lingue, divididas en dos tomos.

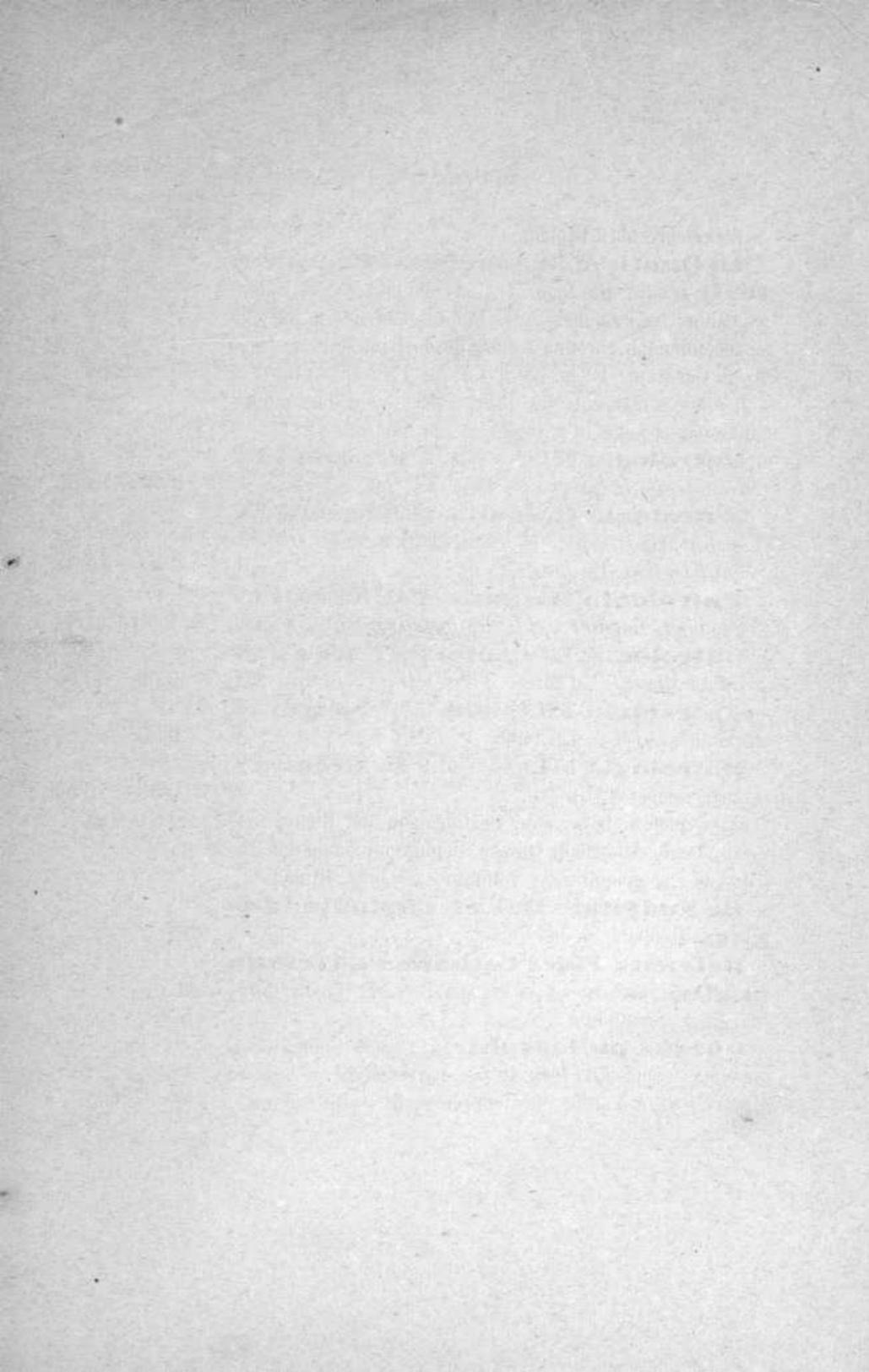
19 21

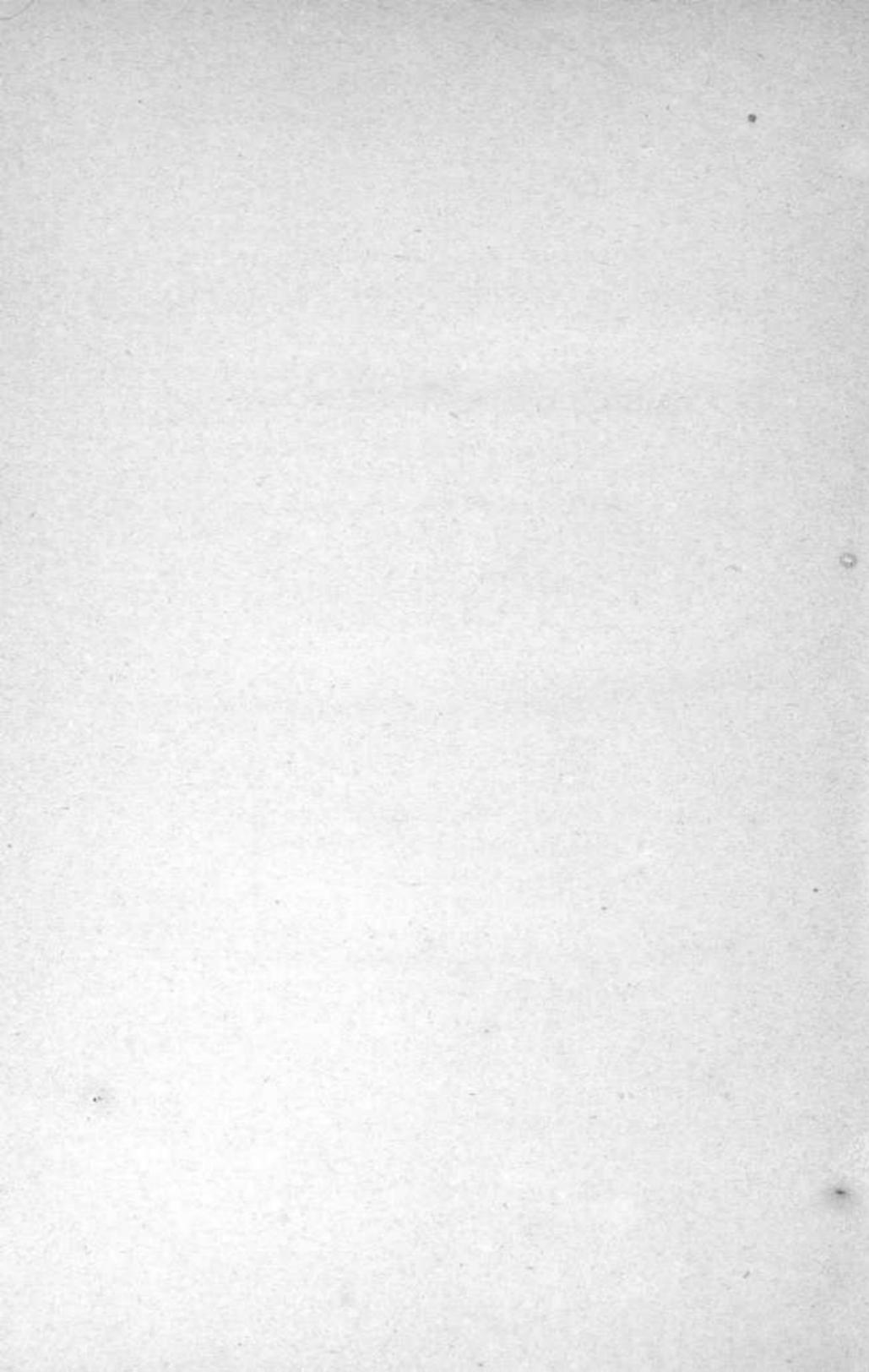
Defensio Fidel Catholicæ adversus anglicanæ sectæ errores. P. Franc. Suarez, S. J. Seis tomos.

57 63

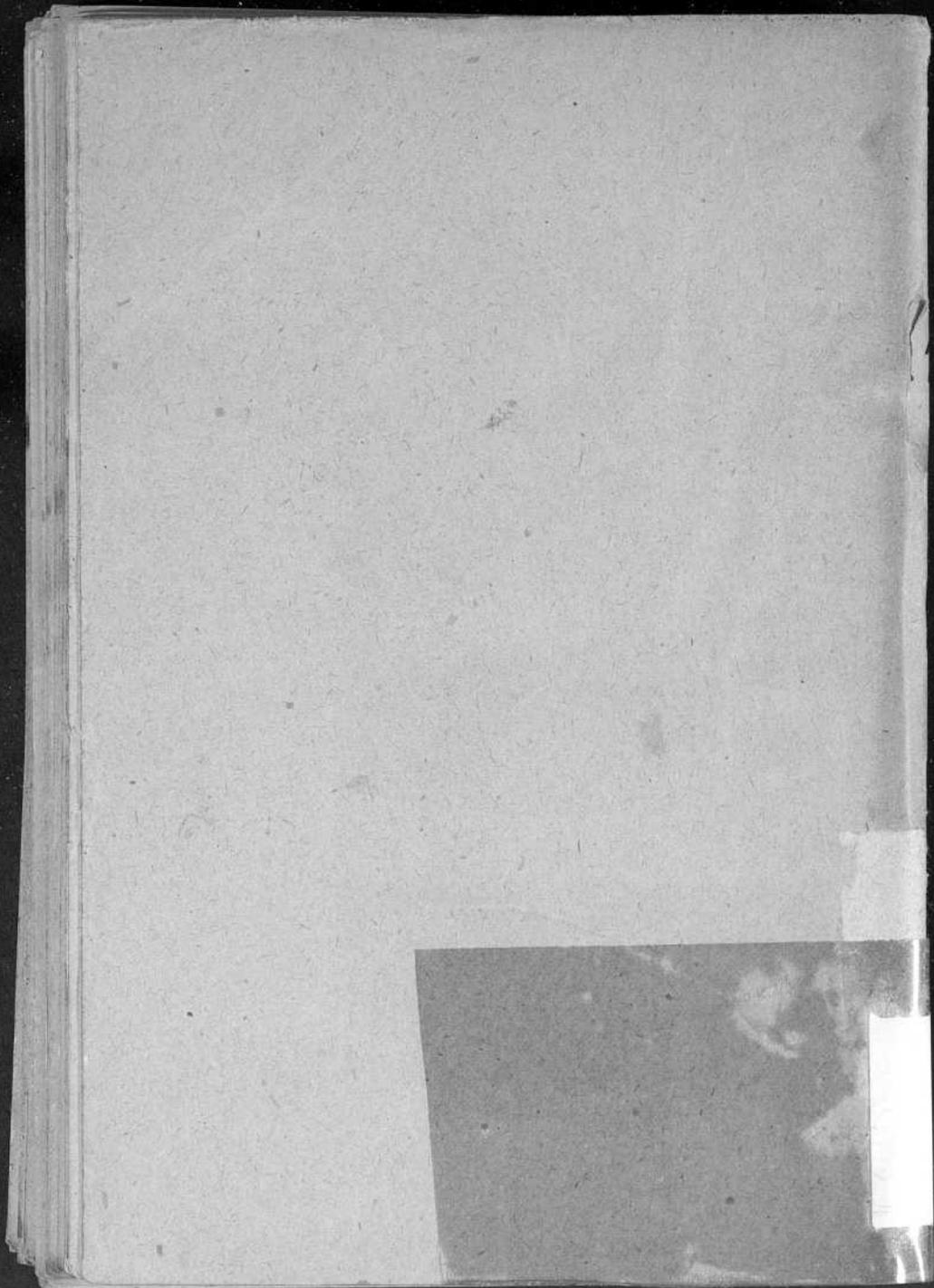
Cursus philosophici, regalis Collegii Salmaticensis Societatis Jesu, in tres partes divisi.—Auctore Ludovico de Lossada, eiusdem Societatis.—Diez tomos.

95 105









70

EL MONSERRAT

HOMO UNICO

D-1
2142